



# **LA CONJURA DE CAIN**

**CARTER DAMON**

© Carter Damon

*Esta obra tiene todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de la misma a través de cualquier medio o procedimiento. Asimismo, queda también prohibida la distribución a través de cualquier canal no aprobado por el autor y cuyos derechos se vean quebrantados por tales prácticas. Cualquier violación de los derechos intelectuales será puesta en conocimiento de las autoridades internacionales, con las sanciones que ello conlleve para el infractor.*

# **INDICE**

[CAPITULO 1](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[PARTE DE LANCE](#)

[CAPITULO 4](#)

[PARTE DE EDWARD](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[PARTE DE EDWARD](#)

[CAPITULO 14](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 15](#)

[PARTE DE JACK](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 23](#)

[PARTE DE ELSY](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[PARTE DE GRACE](#)

[CAPITULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 29](#)

[PARTE DE GRACE](#)

[CAPITULO 30](#)

[CAPITULO 31](#)

[CAPITULO 32](#)

[CAPITULO 33](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 34](#)

[CAPITULO 35](#)

[PARTE DE DANNA FOSTER](#)

[CAPITULO 36](#)

[CAPITULO 37](#)

[CAPITULO 38](#)

[CAPITULO 39](#)

[PARTE DE GRAHAM](#)

[CAPITULO 40](#)

[CAPITULO 41](#)

[CAPITULO 42](#)

[CAPITULO 43](#)

[CAPITULO 44](#)

[CAPITULO 45](#)

[CAPITULO 46](#)

[CAPITULO 47](#)

[CAPITULO 48](#)

[PARTE DE DONALD](#)

[CAPITULO 49](#)

[CAPITULO 50](#)

[CAPITULO 51](#)

PARTE DE JACK

CAPITULO 52

CAPITULO 53

CAPITULO 54

CAPITULO 55

PARTE DE DONALD

CAPITULO 56

PARTE DE EDWARD

CAPITULO 57

CAPITULO 58

CAPITULO 59

PARTE DE JACK

CAPITULO 60

CAPITULO 61

CAPITULO 62

EPILOGO

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

# CAPITULO 1

La fotografía, situada sobre una mesa de escritorio metálica desprovista de cualquier otro adorno, mostraba a tres personas felices que miraban a la cámara con sonrisas plenas, fundidas en un abrazo de camaradería. Irradiaban seguridad en sí mismos y fe en un futuro común inquebrantable. Sin embargo, la amistad que había unido a Edward Cooper, Elsy Abney y Graham Lycoon se había perdido, irremisiblemente arrastrada por las mareas incontrolables que constituyen los acontecimientos de la vida. Graham Lycoon contemplaba la imagen ocasionalmente, cuando hacía una pausa en su trabajo, sin poder evitar emitir un largo suspiro cada vez.

No era una tarea cualquiera la que ocupaba sus días y sus noches. Refugiado en su mansión del bosque de Somerset, apenas tenía contacto con el exterior y vivía como un ermitaño. Las cosas marchaban solas en la empresa y el mundo seguía su curso. Nadie le echaba de menos. Dejó de mirar la foto y se centró de nuevo en lo que estaba haciendo. A veces le costaba mantener la concentración. Dada la magnitud de lo que acometía, no era extraño. No era habitual que un alto directivo de una empresa se empeñara en destruir el imperio económico que tanto esfuerzo le había costado erigir. Y, además, su afán destructivo no carecía de riesgos... de grandes riesgos.

Junto al portátil disponía de una libreta, atestada de anotaciones. Había manuscrito las pautas que debía seguir el programa que estaba elaborando. Como ingeniero informático Graham era un avezado programador, aunque siempre se había sabido rodear de personas incluso mejor capacitadas que él mismo. Él prefería la dirección, la organización, liderar a cuantos se movieran a su alrededor. Era su carácter. Era su sino. Pero ahora estaba solo. Irremediablemente sólo. Todo había fallado. Él representaba la última opción de salvarlo todo. Todo.

El programa era sencillo. Graham sabía que podía superar los controles de seguridad habituales. No obstante, esta vez no se trataba de burlar los

cortafuegos normales. El servicio de cibervigilancia estaría reforzado y Graham tenía serias dudas de si su ardid informático cosecharía el discreto éxito en el que confiaba. Añadió algunas notas más a sus apuntes y se puso manos a la obra. Apenas le llevó una hora más de intenso trabajo completar el código. Una vez finalizado repasó la larga retahíla de comandos. Llevaba un mes enredado con aquel programa y sentía que estaba definitivamente terminado. Revisó pacientemente la estructura de la programación y le pareció elegante y coherente. Se sintió satisfecho. Estaba convencido que superaría los filtros de seguridad, por muy exhaustivos que fueran. Era ingenioso...y simple. ¿Sería suficiente? Si esa información llegaba a las personas adecuadas... quizás.

Grabó el ejecutable en un pendrive, al que adjuntó un archivo que tenía por nombre “Dossier Lycoon”. Suspiró al pensar en el controvertido contenido recopilado bajo aquel título. ¿Sería capaz después de todo? Sí, debía serlo. Eran demasiadas las vidas de inocentes que se había cobrado el proyecto.

Tomó el cartucho de información y lo guardó en su bolsillo. Miró en derredor suyo como si fuera aquel un lugar al que ya no pensara regresar nunca más. La habitación en la que se encontraba era un cuarto desprovisto de mobiliario, pintado de blanco, y salvo la fotografía que reposaba sobre la mesa, no ofrecía su insípida presencia ningún otro objeto o ventana al exterior que lo distrajera de su tarea. Había sido el lugar idóneo para trabajar, una estancia cuyo cometido inicial había sido una habitación del pánico, pero que nunca llegó a adecuarse como tal.

Graham abandonó el habitáculo y llegó a un hall redondo que permitía acceder a una piscina climatizada de aguas turquesas desde la que se disfrutaba de una magnífica vista panorámica de la naturaleza. Desde allí también se podía acceder al gimnasio y el spa, y tomando la dirección opuesta, un breve corredor iluminado tenuemente conducía a unas escaleras de caracol, amplias y de mármol claro, que ascendían primero a la planta principal de la vivienda y después continuaban hasta la segunda planta donde se ubicaban las habitaciones. Si todo salía bien Graham se prometió la recompensa de disfrutar de una larga sesión de relax en el jacuzzi. Pero todavía quedaba la tarea más delicada.

Subió las escaleras y llegó a un atrio sombrío desde el cual se accedía a una amplia sala de estar, cuya disposición en forma de alargada media luna la remataba un ventanal que la recorría de extremo a extremo. La mansión se situaba en lo alto de un pequeño acantilado que dominaba las aguas oscuras de un lago, cuyas orillas limitaban con las estribaciones de un bosque denso y de un verdor intenso. La visión de la naturaleza virgen impresionaba.

La claridad del alba le recordó a Graham que había pasado toda la noche en vela. En el exterior la temperatura debía ser baja. El rocío se condensaba en gotas en algunos puntos de la cristalera. Se dirigió a la cocina, de diseño vanguardista, y se preparó un café con leche. Necesitaba algo caliente que aliviase la desagradable náusea que crecía por momentos dentro de él. Era como si se acercara al borde de un precipicio y sintiera la inexplicable tentación de lanzarse al vacío... cuando su voluntad realmente deseaba intensamente vivir y alejarse de aquella perversa sugestión. Oleadas de ideas contradictorias nublaban su mente, pero Graham se aferraba a una decisión tomada tiempo atrás para evitar las vacilaciones. Sabía cuál era el próximo paso, el que más temía. Debía hacerlo sin falta, antes de que el miedo se lo impidiera.

Una vez ingirió la bebida caliente, abandonó la cocina y atravesó la sala de estar, hasta llegar al hall de entrada de la casa, un espacio en el que se evidenciaba la simbiosis entre la construcción humana y la roca original. El arquitecto había respetado la piedra agreste y la había sabido convertir hábilmente en un atributo que dotara de personalidad al inmueble. De allí accedió a un confortable despacho personal. Se sentó frente a su escritorio y activó el ordenador de sobremesa. Tan pronto como el sistema operativo se lo permitió, accedió al pendrive y ejecutó el programa que había elaborado.

Graham observó que nada parecía suceder. Era lo esperado. El ejecutable operaba sobre los archivos del sistema, desapercibido. Entonces inició el navegador y realizó una larga ronda de visitas por los principales diarios económicos del país. Graham sabía que mientras permaneciera navegando se produciría una corriente de bits que entraban y salían de su ordenador. Era lo que necesitaba, que la información fluyera, que los bits de datos que entraban y salían de su terminal, aprovechando los puertos informáticos abiertos para la

navegación, completaran un ciclo que permitiera que su programa cumpliera sigilosamente la función establecida.

Después de dos horas se sintió agotado. La contradicción que experimentaba le provocaba una dolorosa confusión. Quería destruir todo lo que había construido en los últimos años, lo que más amaba y lo que más temía. Un empeño que daría fin a todo lo que era su vida, a todo cuanto poseía y él mismo encarnaba. Pero ese mismo deseo lo amedrentaba, y más aún las consecuencias que podría tener, tanto si tenía éxito... como si fracasaba.

Porque Graham sabía que podía fallar... Eso era lo peor de todo. Que fallara y que fuera descubierto.

Se sintió enormemente intranquilo al reconsiderar esa posibilidad y se levantó de su asiento, nervioso, como si hubiera caído en la cuenta de algo importante. ¿Estaría todo bien? ¿No debía haber repasado el código una vez más antes de emprender una acción tan arriesgada?

“No tengo tiempo. Debía avisarlos a todos... antes de que fuera demasiado tarde para todos nosotros... para el mundo entero. Al menos ahora hay una oportunidad”.

Se repitió esas ideas varias veces, a fin de tranquilizarse, pero pensó que sería mejor tomar un buen trago de bourbon para lograr ese fin, dado que el café con leche no había logrado borrar la ansiedad que se irradiaba desde la boca del estómago. Eso le ayudaría a serenarse. En cualquier caso, ya no valían las lamentaciones. Su suerte estaba echada. “Todo está cumplido”, pensó resignado.

Una vez en la sala de estar se acercó a un elaborado mueble bar cuyo diseño ergonómico parecía pensado para aunar funcionalidad y arte, y se sirvió una copa de alcohol al que no añadió hielo. Su pulso temblaba al servirse. Después tomó la copa con una mano y la botella en la otra y se las llevó consigo mientras bebía esporádicamente y paseaba junto al ventanal, pensativo, inquieto. Reparó entonces en la mesa del comedor y se acercó hasta ella. Su superficie bruñida la ocupaba el expediente diseminado de Edward Cooper, o Cooper, como él solía llamarlo. “Bien sabía Dios que había intentado hacer todo por su amigo”, consideró. Graham brindó en silencio por la memoria de Edward, y quedó quieto, fijándose en algunas de las fotos que

yacían desordenadas sobre la mesa mientras una oleada de recuerdos lo inundaba. “Qué lástima como fueron las cosas”.

Al cabo de unos minutos su pensamiento regresó al presente. Decidió sentarse en uno de los mullidos sillones que permitía una contemplación del paisaje más placentera. Dejó que el alcohol fuera apaciguando la tormenta de pensamientos que se agitaba en su interior, hasta que al final su alma se asemejó a las espejadas aguas del lago que se extendían a sus pies. “Quiero pensar en ella”.

—Summertime... —dijo a media voz. El sistema de control inteligente de la casa activó inmediatamente el equipo de sonido, que maximizó los altavoces a fin de que la calidad y nitidez de la música se optimizaran para la posición que ocupaba en ese momento el dueño de la mansión. La voz sedosa de Ella Fitzgerald y la más profunda y quebrada de Louis Armstrong lograron impregnar el ambiente de un tono cálido, pero a su vez cargado de melancolía. Era el tema favorito de su ex.

Antes de finalizar la tercera copa, Graham quedó sumido en un profundo sueño.

\*\*\*\*\*

Se incorporó sobresaltado.

Algo lo había despertado bruscamente de su profundo sopor. Atardecía y una siniestra niebla se deslizaba por el valle, aproximándose al lago y amenazando con sumir a la casa en frías tinieblas. Pero no era esa la visión que auspició en él una profunda inquietud. Había oído algo. Había alguien en la casa y eso resultaba del todo imposible.... Salvo que...

Graham se incorporó del asiento rápidamente, como una fiera sorprendida que inmediatamente se pone a la defensiva. ¿Qué sucedía? Un pensamiento irrumpió en su mente, provocándole un escalofrío en todo su cuerpo. “Algo ha salido mal... y él lo sabe”. La idea aceleró su pulso. ¿Cuál habría sido el error que había dado al traste con su plan?

El sonido procedía de la cocina, como si una persona estuviera revolviendo los utensilios de uno de los cajones en busca de un objeto particular. En las penumbras del atardecer la casa se mantenía a oscuras, pero

Graham creyó distinguir una silueta que abandonaba la cocina y llegaba al atrio donde se encontraba la escalera que comunicaba las distintas plantas de la casa. Su garganta estaba completamente seca, sus cuerdas vocales atenazadas. Quiso decir algo pero le resultó imposible. La figura emprendió la subida de las escaleras. Sus pasos, completamente silenciosos, alejaron al intruso del campo visual de Graham. ¿Qué hacer?

Oyó como se abrían y cerraban discretamente las puertas de los dormitorios de la planta superior. ¿Qué estaba haciendo aquella persona? Graham comprendió al cabo de un momento de vacilación que el intruso estaba verificando que no había nadie más allí. ¿Cuánto tiempo llevaba en su domicilio? ¿Qué pretendía?

De nuevo la silueta regresó y se plantó en el atrio. Imposible determinar quien era. Graham podía activar las luces con solo decirlo... pero horrorizado se dio cuenta de que no podría llamar a nadie. El teléfono estaba bloqueado, recordó. Aun así, daba igual. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar la policía? Una eternidad. Tampoco podría abandonar la casa, ya lo había intentado mucho tiempo atrás.

—¿Cooper? ¿Eres tú?

Le había parecido reconocer la silueta de su antiguo amigo... pero no estaba seguro, los nervios le estaban jugando una mala pasada. ¿Podría ser él? Eso no tenía lógica... Pero ya nada tenía ninguna lógica, al menos una lógica que él pudiera interpretar.

Graham exclamó asustado. Aquel intruso llevaba un objeto brillante y metálico en la mano. Comprendió qué había estado haciendo en la cocina. Se había provisto de un afilado cuchillo de cortar de hoja estrecha. De nuevo la idea de que había fracasado en su intento de divulgar el Dossier Lycoon ocupó toda su mente. El intruso se dirigió hacia él, pero lo único que observaba Graham era como asía el cuchillo con la mano crispada por la fuerza con la que lo sujetaba.

Echó a correr. El despacho fue el único refugio al que se le ocurrió acudir. Su adversario le siguió pisándole los talones. No tuvo tiempo de encerrarse en su gabinete y debió parapetarse tras la mesa del escritorio.

—¿Por qué?

Su pregunta la realizó con un agónico tono de súplica, pero resultó inútil intentar dialogar con su agresor, porque este lanzó dos rápidas cuchilladas en su dirección que Graham apenas pudo esquivar. Un corte en la mejilla provocó una vistosa hemorragia que incrementó aún más su estado de pánico. Aprovechó una cinta fallida de su agresor para salir corriendo de allí. Si llegaba a tiempo a la cocina tal vez pudiera armarse con otro cuchillo.

Pero la carrera a través de la sala de estar fue desigual. Graham calzaba unas zapatillas cuya suela resbalaba sobre el pavimento pulimentado, no así el intruso, que con calzado deportivo estuvo a punto de darle alcance. A duras penas Graham se refugió tras la gran mesa del comedor, que junto con las sillas que la rodeaban, se convirtieron inesperadamente en un baluarte tras el que ganar algo de tiempo.

—Lo siento de verás... No volverá a suceder, lo juro... No pretendía causar más daños, de verdad... Siempre te he obedecido... Lo sabes...

El discurso de Graham empleaba tonos lastimeros. Él nunca había sido así. Siempre era él el que imponía condiciones, plazos, normas. Era una patética sombra de sí mismo, un mero títere. Graham sintió lástima de sí mismo mientras se refugiaba tras el mobiliario e intentaba mantener las distancias con su agresor, que se movía como un felino al acecho alrededor de la mesa, esperando un error de su presa.

De pronto con gran agilidad, el agresor saltó sobre la mesa, arrastrando consigo multitud de documentos que conformaban el expediente de Edward Cooper, deslizándose velozmente en busca de su víctima. Graham retrocedió precipitadamente, pero sin poder evitar sufrir un traspies al olvidar la existencia de los dos escalones que separaban el comedor de la parte más baja de la sala de estar. Cayó torpemente de espaldas mientras gritaba llenó de pánico, suplicando por su vida.

El agresor se precipitó sobre él y bloqueó los brazos de su víctima, dejando caer su cuerpo sobre el torso de Graham. Forcejeó intentando liberarse y desequilibrar a su oponente, pero en vano. Con horror vio como éste alzaba su mano, la mano que empuñaba el cuchillo, y la dejaba caer con brutal precisión sobre él, sobre su rostro.

El metal afilado alcanzó su ojo derecho y penetró con fuerza a través de la

cavidad ocular hasta lo más profundo de su cerebro. Graham comprendió aterrorizado lo que acababa de suceder. Su cuerpo dejó de responderle y empezó a convulsionar. Aún permanecía consciente cuando el agresor repitió el mismo golpe en el otro ojo.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 2

Donald Kaspersen se ajustó el nudo de la corbata y contempló el resultado en el espejo del baño. Impecable. Se había puesto el traje bueno. La ocasión lo requería. Comprobó la hora en su móvil. Iba bien de tiempo. No era ocasión de llegar tarde. Retomó el peine a fin de repasar la línea del cabello, que ligeramente peinado hacia atrás, brillaba aún húmedo y limpio. Desde abajo llegaban los grititos de Elizabeth, que reía alguna travesura que por lo que se percibía, había contagiado la risa a su madre. Donald sonrió y se apresuró a bajar las escaleras para dirigirse directamente a la cocina. Jane preparaba unas tortas en la sartén que olían magníficamente, y Lucy tironeaba de su camisón, impaciente por su desayuno.

—Papipapipapi... —la pequeña correteó torpemente hacia su padre, entusiasmada por darle los buenos días. Donald la atrapó al vuelo y la elevó tanto como pudo mientras giraba como un tiovivo con la niña en sus brazos y hacía ruidos como si fuera un avión surcando los cielos. Elizabeth rió feliz y su mujer reconvino a Donald con una advertencia para que no hiciera juegos demasiados arriesgados con la pequeña.

Donald guiñó un ojo a su hija y la dejó suavemente en el suelo. Era su señal de que mientras mami estuviera por los alrededores más valía portarse bien. Otra cosa sería cuando no hubiera moros en la costa.

—¿Cómo tienes el día hoy? Te has puesto el traje bueno... ¿A quién quieres impresionar?

Donald se sonrió. A Jane no se le pasaba nada por alto. Sería una buena agente, siempre se lo decía.

—Es por el caso Lycoon.

—Un caso importante, por lo que veo... —comentó ella mientras dejaba un plato con las tortas sobre la mesa. La rápida manita de Lucy atrapó una, pero enseguida la retiró. Estaba aún demasiado caliente.

Donald se sirvió café generosamente y tomó una torta que embadurnó con

mermelada de fresa.

—Un gerifalte de una industria tecnológica. Un asunto turbio... Tiene pinta de ser una venganza... o tal vez pura mafia empresarial.

—En ese caso ya sabes, hay que buscar a alguien a quien hubiera hecho daño, o traicionado, o robado...

Donald sonrió divertido. En ese mismo punto estaban.

—No te cuento detalles porque está la pequeña aquí y no queremos que después tenga pesadillas.

—Yo no tengo pesadillas —protestó Elizabeth, que seguía atentamente la conversación de sus padres. —Puedes contármelo papi, ya soy una persona casi mayor.

Tanto Jane como Donald rieron la ocurrencia de la pequeña. Elizabeth era terriblemente asustadiza y cualquier cosa que la impresionaba hacía que después acudiera durante muchas noches seguidas al dormitorio de los padres para conciliar el sueño sin sobresaltos.

—Es verdad... eres una persona casi mayor, debería contarle lo que ha sucedido...-valoró Donald asintiendo mientras miraba serio a su hija.

Jane abrió los ojos escandalizada mientras bebía de su taza de café.

Pero Donald no se arredró.

—Verás pequeña Elizabeth. Hemos encontrado el rastro de una criatura perversa, de ojos amarillos y codiciosos, que se alimenta de niños pequeños... y que tiene unas garras enormes con los que atrapa a sus víctimas por la barriguita...

Y mientras decía esto sus dedos hacían cosquillas a la niña en la barriga y ésta no paraba de reír.

—No le digas esas cosas ni en broma, que después eres tú el que más se queja de que Elizabeth venga a dormir con nosotros, —recordó Jane entre divertida y molesta por las bromas de su marido.

Donald se zampó dos tortas más a toda velocidad, vació la taza de café de un último trago y se despidió de sus “mujercitas favoritas”, como le gustaba decir, con sendos besos en las mejillas. Poco después se subía al coche estacionado en el acceso al garaje de la casa, arrancaba y emprendía camino de la sede del FBI de Boston.

—Donald Kaspersen, vas a tener lío en casa... vas a tener lío en casa...  
—se dijo mientras aceleraba el vehículo.

\*\*\*\*\*

La sede del FBI en Boston se hallaba en las afueras de la ciudad, y se trataba de un inmueble convencional e insulso en su exterior. Donald aparcó el vehículo con pericia y se dirigió a la entrada principal, donde se llevó a cabo el protocolo habitual de control en la entrada. Era hora punta y tuvo que hacer algo de cola. Después tomó el ascensor con destino a la planta cinco. Estaba algo nervioso y se revisó de nuevo el nudo de la corbata y comprobó que estaba correctamente peinado en el espejo de la cabina.

—Buenos días Don...

La gente que se cruzaba en su camino le saludaba y lo mismo hacía él. La rutina de cada día, solo que aquel día iba a ser algo diferente.

—Le esperan en...

—Sí, en el despacho del jefe... —completó Donald a la secretaria de su sección. Tenía una reunión a primera hora y se veía que a pesar de haber llegado antes de la hora, ya se habían personado los asistentes. No era una reunión multitudinaria precisamente, pero sí significativa. Se le iba a asignar nueva compañera de investigación. No es que estuviera insatisfecho de Harry, ese bastardo un tanto haragán y malhablado, como Donald se refería a él interiormente cuando sus actuaciones rebasaban los límites. Se entendía muy bien con Harry, pero siempre tenía la impresión de que era él el que hacía todo el esfuerzo. A menudo debía controlar el genio de su compañero que no era muy dado a seguir los protocolos y sí a meterse en líos.

Abrió la puerta después de llamar. Allí estaba su jefe, el señor Harrelson, un hombre de color, de mejillas gruesas y cuerpo voluminoso, que le invitó a pasar con un gesto enérgico.

—Donald, su nueva compañera, la agente Danna Foster.

Ambos se estrecharon la mano.

La agente Foster era una mujer atractiva. Donald lo comprendió casi sin mirarla, confirmando lo que sus compañeros le habían avisado con socarronería. Su pelo lacio y suelto y su figura esbelta, delgada, ya llamaban

la atención simplemente posando tal cual estaba, sentada con las piernas cruzadas. El traje negro con camisa blanca le conferían el tono de seriedad de una agente especial que cabría esperar. Donald confiaba haber causado una impresión similar. Cuando sus miradas se cruzaron y esbozaron una leve sonrisa al estrecharse las manos Donald comprendió que las habladorías de sus compañeros se habían quedado cortas cuando decían que su nueva compañera era una “chica guapa”. Sí, muy cortas, se dijo.

—Ambos están asignados al caso Lycoon. Agente Foster, su compañero ya estuvo días atrás con los forenses en la casa donde se cometió el asesinato. No quiero entrometerme, tienen libertad completa para llevar a cabo la investigación. Solo les pido que me mantengan informados convenientemente. Mi teléfono ya ha sonado varias veces en relación a este asunto, y les aseguro que las personas que llamaban eran gente importante. No quiero cagadas.

Tanto Donald como la agente Foster asintieron seriamente.

—Su compañero, el señor Kaspersen, me sugería que podía ser interesante que llevaran al principal sospechoso al lugar del crimen... Puede ser particularmente relevante observar su reacción. La casa ya ha sido barrida a fondo por el equipo forense, aunque creo que todavía quedan algunos chicos fisgando. Por mí tienen el visto bueno... pero tomen precauciones anticontaminación.

La agente Foster le miró intrigada, pero si tuvo algún pensamiento en contra de la idea de Donald se la guardó y se limitó a asentir. El director Harrelson puso cara de circunstancias.

—No es una idea que me entusiasme especialmente, pero... esta claro que el señor Cooper conocía muy bien a la víctima y es un buen punto donde empezar. —El jefe Harrelson suspiró mientras echaba un vistazo a un dossier que tenía sobre la mesa. —Tiene una pinta rara. La víctima, en los últimos meses, se había limitado a vivir como un ermitaño en su pequeño cubil. ¿Quién hace eso? ¿Alguien que se esconde o que tiene miedo? ¿De quién? Averígüenlo. —El director se echó para atrás en su asiento y miró a los agentes de hito en hito. —Muy bien, adelante con ello, movimiento... quiero algo, cuanto antes, pero algo.

\*\*\*\*\*

—¿Por qué Edward Cooper? —había preguntado la agente Foster mientras Donald le pasaba el expediente de Edward Cooper, una vez llegados a su despacho. Donald había señalado el expediente a modo de respuesta. Allí se enumeraban buenas razones que su compañera debería estudiar para ponerse al día.

Donald le había resumido el conjunto de evidencias que apuntaban hacia el ingeniero, y su compañera se había limitado a hacer un ruido con la boca, como un ronroneo, cada vez que Donald enumeraba cada apunte.

Eso había acontecido un par de horas atrás. Donald se preguntaba si la agente Foster vería en Edward Cooper el principal sospechoso del crimen como lo hacía él mismo mientras conducía su vehículo por los bosques de Vermont, camino del condado de Windsor. Llevaban más de media hora en coche, con el señor Cooper en silencio y sentado en el asiento de atrás. Apenas habían hablado con él. Se habían presentado en su domicilio, temprano, antes de que saliera a su trabajo, y le habían enseñado sus placas. No pareció impresionado. Se limitó a rascarse la cabeza y mirar atentamente sus identificaciones, como si quisiera memorizarlas. Le recomendaron que tomara un abrigo. Hacía fresco allá donde iban.

—El FBI le requiere para colaborar en la resolución de un crimen, —explicó con voz modulada la agente Foster, y el señor Cooper parpadeó varias veces.

Y allí iba, callado, en el asiento de atrás, sin siquiera preguntar para qué se le requería. ¿Era eso sospechoso?, se preguntó Donald. “Como mínimo es raro”, concluyó.

Había empezado a llover con intensidad y el limpiaparabrisas chirriaba, molesto, ocasionalmente. La agente Foster parecía estar entretenida en la contemplación del paisaje. Donald no pudo evitar que el pensamiento que le rondaba durante toda la mañana acudiera a su mente de nuevo; “vas a tener lío en casa”.

No le iba a hacer gracia a Jane que sustituyeran al bruto de Harry por la escultural belleza que le acompañaba, pero lo cierto era que no sabía cómo

abordar la naturaleza del cambio. ¿Y si se lo callaba? La idea pasó rauda por su cabeza, pero tan pronto la enunció, fue descartada.

—Estamos llegando.

Donald abandonó la carretera y condujo con más moderación por un húmedo camino de tierra y grava que se adentraba en los bosques otoñales de Vermont. La hojarasca amarillenta y rojiza alfombraba el camino. Ocasionalmente, en algunas curvas, un claro permitía ver una panorámica de extensos bosques dorados que, tamizados por un sol que se colaba entre los jirones de las nubes, destellaban, prístinos, reflejando la lluvia recién caída. Donald sintió el impulso de detener el vehículo hipnotizado por la belleza del paisaje a la que la melodía que sonaba en la radio, “Wicked game”, contribuía a ensalzar de romanticismo y misterio, pero Danna, que notó su duda, le miró extrañada. La inesperada inspiración pasó y Donald hundió el pie en el acelerador y el coche se precipitó, camino a través, en la arboleda, rumbo a su destino.

—Señor Cooper, ¿alguna vez ha estado por aquí? —Preguntó la agente Foster con curiosidad.

El ingeniero no tardó en responder.

—Nunca he venido por aquí, la verdad...

—Por aquí vivía Graham Lycoon, —comunicó Donald a título informativo.

—Llevo mucho tiempo sin saber de él, —fue la respuesta de Edward.

—¿Eran amigos? —Preguntó Donald.

—Lo fuimos hace años.

La agente Foster y Donald intercambiaron una discreta mirada.

— ¿Cómo es que perdió contacto con su amigo? No viven tan lejos el uno del otro...

Esta vez Edward Cooper tardó en responder.

—Supongo que la vida nos llevó por derroteros distintos, —sentenció, y la conversación terminó en ese punto.

Poco después Donald detenía el vehículo en una amplia explanada de grava que lindaba con la larga fachada de una mansión de montaña. Tejado de pizarra, acristalamientos con polígonos de formas caprichosas, una arriesgada estructura que se precipitaba hacia el vacío de un acantilado próximo, todo en

el diseño de la casa hablaba de vanguardismo y desprecio hacia la arquitectura convencional. Se apearon del vehículo. Fue la agente Foster la que tomó la palabra.

—Señor Cooper. Debo disculparme con usted. Le hemos pedido que nos acompañe, pero no le hemos comunicado la razón. El señor Graham Lycoon fue asesinado en su casa. Como verá hay muchas circunstancias que apuntan a que usted mantuvo una estrecha relación con la víctima, y pensamos que debido a ello... puede resultar de inestimable ayuda.

Edward pareció tomarse el asunto con mucha sangre fría. Donald observó que no pareció ni extrañado ni asustado. Una curiosa impassibilidad parecía ser la marca de su idiosincrasia.

—No ha parecido sorprendido ni dolido por la noticia... —comentó Donald conforme avanzaban hacia la puerta de la vivienda. Un agente de policía local custodiaba el lugar y saludó llevándose la mano al ala del sombrero.

Edward se limitó a no decir nada. Su aspecto era taciturno, casi aburrido. Donald le ofreció unos guantes de latex que tanto él como sus acompañantes se pusieron previamente a entrar en la casa, así como un gorro para la cabeza y unas polainas de plástico destinadas a cubrir el calzado.

—¿Cuándo sucedió el crimen? —preguntó Edward mientras se ajustaba los guantes.

—Lo sabremos con certeza cuando el forense termine de examinar muestras del cadáver... pero en su análisis preliminar asegura que, teniendo en cuenta el estado de descomposición, hace como mínimo seis meses.

—¿Nadie se dio cuenta antes? —Esta vez Edward sí que parecía sorprendido. —Creo que estaba casado.

— Es preciso ponerse estas fundas en los zapatos para evitar generar cualquier tipo de contaminación, —explicó el agente. —Los forenses ya han tomado muestras y fotografiado todo, pero aún así por prevención no queremos tocar nada. En cuanto a su pregunta... esa es una de las cuestiones que esperamos que nos ayude a aclarar. No sabemos de quien tirar para conseguir información del señor Graham. Usted... y su exmujer parecen ser los dos únicos vínculos que hemos logrado establecer con claridad.

Edward asintió. Habían entrado en la casa y, tomando el camino de la derecha, se dirigieron hacia la espléndida sala de estar. La visión del lago de aguas oscuras junto con el paisaje de árboles dorados bajo un cielo poblado de nubes cenicientas, que el viento desgajaba una y otra vez, ofrecía una panorámica inquietante.

Pero lo que realmente captó la atención tanto de la agente Foster como de Edward Cooper fue el cadáver retorcido que se hallaba al pie del ventanal. La ropa aún conservaba restos de su color original, pero la podredumbre del cadáver la había deteriorado irreversiblemente. Una calavera parecía observarles con una extraña fijeza.

—¿Qué le ha sucedido en los ojos? —Preguntó Edward que no podía dejar de reparar en el extraño aspecto que ofrecía la mirada del cadáver.

—Al parecer el asesino mató al señor Graham hundiendo un cuchillo de cocina en sus ojos.

—No debió de ser muy agradable,- comentó la agente Foster.

Edward asintió impertérrito. No parecía demostrar ningún sentimiento por la víctima. Después miró en derredor y reparó en los documentos que permanecían esparcidos sobre la amplia mesa del comedor, unos metros más allá. Se dirigió hacia ellos y Donald se apresuró a seguirle, indicando que no podía tocar ninguno de ellos.

—Vaya—, murmuró el ingeniero en voz baja. Tanto la agente Foster como Donald observaban con máxima atención la reacción del mismo.

Esparcidas sobre la mesa había muchas fotografías y documentos cubiertos de polvo. La mayoría de las fotografías incluían a Graham y a Edward. En una de ellas aparecía también una mujer rubia, muy guapa, Elsy, la exmujer de Graham según había comprobado Donald. Edward se detuvo unos segundos observándola, algo en lo que reparó el agente del FBI. Se trataba de una fotografía que se había tomado en un ambiente informal, en el interior de un pub con decoración deportiva. Los tres sonreían muy felices. El resto de las fotografías tenían siempre a Edward como protagonista y habían sido realizadas en distintos lugares, desde simposios académicos a otras en comidas con grupos heterogéneos de gente, o con aire más informal en el campus del MIT. Edward se detuvo junto a unas carpetas de archivador que

permanecían abiertas.

—Parece mi expediente médico... —comentó perplejo.

—Es su ficha completa. Escáneres cerebrales, analíticas sanguíneas, un exhaustivo estudio científico sobre su persona... —repuso Donald, que no le quitaba ojo de encima. —No sabemos cómo se agenció con documentación suya personal, privada, sin duda, salvo que usted lo autorizase...

—Para nada, —respondió Edward lacónico pero cortante. Después se fijó en una de las fotografías, con la intención de cambiar de tema. —Indudablemente somos Graham y yo... —explicó Edward con voz modulada, como si no le inquietara lo más mínimo que toda aquella información sobre él apareciera en la escena del crimen.

—¿Recuerda donde las tomaron? —preguntó la agente Foster refiriéndose a las imágenes.

—Sí, por supuesto... la mayoría tienen muchos años, —aseveró el ingeniero, —aunque las fechas exactas... me llevaría un tiempo determinarlas... —concluyó indeciso y en voz más baja.

Después, previa consulta a Donald, tomó algunos de los documentos impresos que permanecían esparcidos sobre la mesa sin guardar ningún orden aparente.

—Parece la impresión de una correspondencia entre Graham y yo ... una correspondencia que no reconozco... no recuerdo, la verdad. Fue hace más de tres años, desde luego.

Los agentes del FBI intercambiaron una mirada entre ellos.

—Me imagino que algo así es fácil de demostrar... —indicó Donald.

—Debería serlo, —repuso sin demasiado convencimiento el ingeniero, que pasaba de la lectura de un documento al siguiente con evidente concentración.

—No parece muy convencido de que todo esto sea auténtico.

—Me extraña, eso es todo. Graham y yo dejamos de hablarnos hace mucho tiempo. Perdí la amistad que nos unía mucho antes de que Graham se comprara esta mansión... No sé a qué viene tener toda esta información sobre mí desplegada de esta manera... en el escenario de un crimen.

—Esperábamos que usted nos ayudara a aclarar ese extremo, —intervino

Donald, atento a la reacción del interpelado.

Pero Edward Cooper calló. Seguía con la mirada fija en la fotografía en la que figuraban los dos hombres y la exmujer de Graham.

—Sí, de hecho eran socios de una empresa que fundaron entre los dos... Lycoon Industries, ¿verdad? —prosiguió Donald.—. Gracias a eso pudimos identificarle, señor Cooper. ¿Qué sucedió en la empresa para que usted la abandonara?

El ingeniero tomó aire. Parecía que iba a dar una respuesta vehemente, pero después calló.

—Eso no es asunto de su incumbencia, —repuso finalmente.

Dicho esto abandonó la inspección de los documentos y se volvió hacia el ventanal. Su mirada quedó fija en la esplendida visión del lago y sus orillas boscosas, pero resultaba evidente que Edward Cooper mantenía su mente ocupada en asuntos muy alejados de consideraciones bucólicas.

—Usted es de las pocas personas con las que hemos conseguido relacionar al señor Graham Lycoon además de su ex mujer. ¿Quién cree que ha hecho esto? ¿Tenía enemigos?

Edward cabeceó negando.

—Como le he dicho hace años dejé de mantener contacto con Graham. No sabría decirle. El era un empresario de éxito. Desarrollo de nuevas tecnologías... a eso nos dedicábamos...

—¿Qué sector en concreto? —preguntó la agente Foster.

—Inteligencia artificial. —Después de unos segundos sacudió la cabeza. —Implementación de sistemas autónomos de decisión en procesos de producción, especialmente aplicados al desarrollo de software cognitivo.

—¿Traducido al cristiano...? -Donald intuía a qué se refería el ingeniero pero no acababa de entenderlo.

—No se trata de construir un cerebro artificial inteligente, sino uno capaz de hacerse cada vez más inteligente. Creo que es fácil comprender la diferencia, aunque desde el punto de vista de la ingeniería el asunto es bastante complejo. Partíamos de la teoría de que lo importante de la inteligencia no era el CI inicial,... CI, coeficiente intelectual...-aclaró al poner Donald una expresión interrogativa, — por así decirlo, sino el

mecanismo de autoaprendizaje, y tomábamos como modelo el cerebro humano, partiendo de teorías de... bueno, no les quiero aburrir con esto.

— ¿Habla en plural? ¿Usted estaba involucrado en ese proyecto?

—Sí, inicialmente íbamos juntos en eso... —Edward dejó de mirar por el ventanal y se enfrentó a la mirada de los agentes que le observaban inquisidores. —Teníamos diferencias en nuestro método de investigación y desarrollo. A mí me gusta saber por qué y a Graham le gustaba probar cosas a ver qué pasaba. Supongo que eran filosofías de vida distintas. Parecerá pueril, pero en la práctica implicaba inversiones y líneas de investigación que podían divergir enormemente... y eso implicaba polémicas y discusiones interminables. Siempre he considerado que probar por probar parecía una técnica chapucera e infantil... supongo que por el hecho de tener formación en física teórica y estar habituado a trabajar siempre en base a fórmulas y teorías, estoy acostumbrado a dejar la experimentación para el final. En cualquier caso, sufrí un penoso accidente justo antes de que Lycoon Industries arrancara... y quedé fuera del proyecto—, Edward hizo una pausa en este punto en el que pareció reflexionar sobre lo que acababa de decir. —Aunque a decir verdad a él le fue mucho mejor que a mí. Desde luego era más emprendedor. Una vez se ponía manos a la obra no había quien le parara... —terminó en un murmullo apenas audible. —Parece que no le fue mal como empresario... mientras vivía.

Los agentes asintieron y se intercambiaron una mirada de comprensión. De vez en cuando, uno de los forenses que permanecían registrando a fondo la mansión, cruzaba la sala enfundado en su bata blanca sin prestarles atención alguna.

—Entonces... ¿no sabría decirnos en qué asunto trabajaba su excolega actualmente?

Edward se encogió de hombros. Donald lo observó con detenimiento. Se trataba de un hombre joven, a punto de llegar a los cuarenta. Una mente brillante, según su expediente académico, pero de carácter retraído, que su complexión delgada, similar a la de un corredor de fondo, de alguna manera, refrendaba. Aún así no le costaba mucho imaginar a aquel hombre hundiéndose un cuchillo de cocina a través de las cavidades oculares hasta llegar al

cerebro de su víctima. Había visto ya tantas cosas increíbles... que no la podría descartar. Edward Cooper tenía unos ojos claros que miraban con timidez, no parecía ser de naturaleza irascible, aunque esa era una presunción ingenua dado lo poco que sabían de él. Sobre sus labios se delineaba un bigote fino, que crecía sin apenas convicción, al igual que una perilla que no acababa de concretarse en algo tupido y firme. Todo en él denotaba falta de carácter. Pensaba mucho las cosas antes de decirlas. Parecía vacilar antes formular una afirmación, como si tuviera miedo a meter la pata o que la gente se riera de él. Era fácil intuir la razón por la que su compañero de emprendimiento había decidido seguir adelante sin él. Donald tomó nota mental de sus cavilaciones con el propósito de compartirlas más adelante con su compañera de investigación.

—Agente Kaspersen... por favor, ¿podría venir conmigo un momento? — Un joven agente requería a Donald para que lo acompañara y este le interrogó con la mirada. —Se trata de una nueva prueba que hemos encontrado algo por completo inesperado.

Donald asintió y siguió a su compañero, que le guió a la planta inferior de la casa. Desde allí diferentes pasillos conducían a diversos lugares de esparcimiento de la casa, como gimnasio o piscina, o a otras zonas accesorias, como el garaje. Hacia este último lugar condujo a Donald.

—Como ya sabe hemos comprobado que los servidores de las cámaras de vigilancia de la casa han sido saboteados. Probablemente por el asesino. Formateados de tal manera que será imposible recuperar nada. Sin embargo, al parecer, existía un sistema independiente que se instaló en el garaje. Desconozco el motivo, pero la grabación de imágenes no iba al servidor general, sino a una instalación ubicada en el propio garaje...

—Qué raro...

—Es muy posible que fuera una cagada del instalador, o del ingeniero que diseñó la instalación, y más tarde se olvidaron de integrar el sistema... el caso es que hemos descubierto algo.

Acababan de llegar al garaje. Otro agente tenía un monitor y un teclado conectado a un pequeño cajetín negro que procedía de un registro de tapa blanca que se había abierto en la pared. El agente que había guiado a Donald

hizo una señal a su compañero y una imagen del garaje, estática, apareció en pantalla.

—¿Qué tiene de especial esto?

—Fíjese en la fecha. Es de hace algo más de seis meses.

—Este tipo de cámaras de seguridad se suele activar por movimiento, y sin embargo no se ve nada...

—Así es... pero este modelo es más sofisticado. También cuenta con audio... de hecho, fue el audio lo que activó la grabación.

—¿El audio?

El agente asintió y de nuevo hizo una señal a su colega, que subió el volumen de la interfaz al máximo hasta que el crepitar del sistema se volvió incluso molesto. Pero en medio de ese sonido difuso una voz que gritaba, lejos, probablemente en la planta de arriba, podía percibirse con cierta claridad.

—¿Cooper? ¿Eres tú? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué haces con eso amigo mío?

## CAPITULO 3

A la mañana siguiente Donald y la agente Danna Foster tomaban un desayuno en la cafetería del centro del FBI de Massachusetts. Todavía les quedaba un rato antes de iniciar el interrogatorio y Donald le había pedido a su compañera de investigación unos minutos para charlar. Donald removía el azúcar que acababa de verter en su café, más pensativo de lo ordinario. Las ideas que lo habían asaltado durante la noche no le resultaban tan claras y evidentes a la luz del día.

—Iré al grano, —dijo finalmente. Su mirada se cruzó con la de Danna, que le observaba atenta por encima de la taza de café que se llevaba a los labios. —No parece que Edward Cooper sea culpable. —Danna Foster le miró intrigada y abrió un tanto los ojos en señal de que le requería más explicaciones.- Todo es demasiado burdo. Los mails sobre la mesa, las fotografías, su expediente médico... ¿crees que un asesino dejaría ese material en la escena del crimen?

La agente Foster hizo un gesto con las cejas.

—Si lo piensas bien no sería mala estrategia. Es tan absurdo... que te obliga a descartar al sospechoso... pero por otro lado a lo mejor justamente es eso lo que pretende.

—¿Y qué me dices del audio grabado por el equipo de seguridad? Es un detalle demasiado enrevesado y contradictorio. Se han borrado todos los registros de seguridad menos ese... porque seguramente el asesino desconocía la existencia de ese último dispositivo. ¿Qué significa eso? ¿El criminal deja pruebas evidentes tras de sí que le incriminan... o alguien ha buscado que pongamos nuestra atención en Edward Cooper como principal sospechoso? En ambos casos lo que no me gusta de la situación de partida es que no somos nosotros los que estamos desarrollando una investigación independiente... nos limitamos a seguir unas evidencias... yo diría que extrañas y contradictorias.

—Son conjeturas interesantes, pero a veces la realidad resulta ser

extraordinariamente simple, ¿verdad? El audio es interrogativo. Da la impresión de que Graham no está seguro de que sea Edward Cooper el que está allí.

Donald asintió. Sabía de sobra que la maquinaria de investigación prefería los casos simples a los complicados. Cualquier indicio adicional que apuntara hacia el ingeniero podría resultar definitivo.

—Es curioso que digas algo así, —comentó Donald finalmente, —después de haber resuelto uno de los casos más memorables de los últimos años, la investigación de la trama Stoyanov.

Danna sonrió complacida, aunque no dijo nada. Fue Donald el que continuó.

—La mafia búlgara metida en la trata de blancas en las ciudades de la costa Este y después empleando ese dinero en la compra de armas que iban a parar al mercado negro y el narcotráfico. Una red con conexiones internacionales, servicios bancarios de paraísos fiscales, y funcionarios corruptos que hacían la vista gorda. Y todo lo que he oído por ahí apunta a que sin tus habilidades y tu intuición habría resultado un caso imposible.

—Exageraciones.

—Venga ya, —protestó Donald. —Te habías infiltrado para obtener información... ¿no me vas a contar qué ocurrió?

Pero Donald observó que Danna ponía cara de desagrado. Por la razón que fuera prefería no hablar del tema.

—Pobre Stoyanov. Cadena perpetua... —se limitó a murmurar Donald mientras contemplaba el paisaje urbano más allá de las ventanas de la cafetería.

—Es la hora, Donald. Vamos allá —fue la única respuesta de la agente Foster, que había dejado de sonreír.

\*\*\*\*\*

Edward Cooper permanecía sentado con semblante impasible y la mirada perdida en el infinito. Los agentes del FBI lo observaron unos segundos a través del cristal-espejo de la sala de interrogatorios. No parecía nervioso ni impaciente, sino imbuido en una extraña resignación. Quieto, con las manos

sobre la mesa, respirando con absoluta normalidad.

Cuando entraron en la sala y le saludaron el repuso en idéntico tono anodino, como si fueran vecinos que se cruzan todos los días en el rellano de la escalera.

—Hemos visto que ha rechazado la asistencia de un letrado. ¿Está seguro de ello? —Preguntó la agente Foster.

—Estoy seguro. Soy inocente absolutamente. Colaboraré con ustedes en lo que necesiten de mí. Si creen que manteniéndome entre rejas seré de ayuda, adelante con ello. Pero soy inocente.

Donald asintió comprensivo.

—Pero las evidencias no corroboran esa afirmación.

—Tal vez a alguien le interesa incriminarme... o destruirme.

—¿Qué razón tendría para ello?

Edward Cooper negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea.

Los tres quedaron sumidos en silencio. Entonces Danna Foster abrió la carpeta del expediente y leyó con voz neutra.

—Varias decenas de puñaladas infligidas con un cuchillo de cocina de aproximadamente un centímetro y medio de ancho, realizados en distintos ángulos, que penetraron a través de sendas cavidades oculares hasta el cerebro, provocando la muerte inmediata de la víctima. -Levantó la vista del expediente y miró al ingeniero con interés. —Parece un ensañamiento innecesario. ¿Por qué?

Edward volvió a negar con la cabeza.

Fue Donald el que retomó la palabra al cabo de unos segundos de silencio.

—Ayer nos comentaba que surgieron diferencias entre usted y su entonces socio, Graham Lycoon, que le impidieron continuar en el proyecto. ¿Nos podría explicar en qué consistían? Debieron de ser graves para que usted decidiera abandonar una empresa que después procuró millones a su exsocio.

Edward seguía guardando silencio.

—Un jurado podría entender que existían varios móviles en su conducta criminal. La envidia al ver que su socio triunfaba sobre usted, que se había quedado sin nada al haber sido expulsado de la sociedad... o tal vez el hecho

de que Graham triunfara con ideas que eran de usted y que él le robó... —La agente Foster se mostraba incisiva y parecía estar logrando lo que pretendía porque el semblante de Edward se crispó.

—Eso son mentiras. Es verdad que existieron diferencias entre los dos, pero éramos amigos. Nunca le habría hecho daño. Nunca he sido vengativo.

Los agentes guardaron silencio.

—Nunca ha sido vengativo... luego tenía razones para vengarse de Graham...

—No he dicho eso. Nunca he sido violento ni he albergado intenciones de hacerle daño. Cuando nuestra amistad cesó simplemente quise apartarme de él. Además... sufrí un accidente... estuve en coma mucho tiempo.

Donald asintió mientras ojeaba el expediente médico de Edward, una carpeta con abundante documentación.

—Un coma grave, según parece. No tenía un buen pronóstico.

Edward asintió, serio.

—Sería conveniente entonces que detallara los pormenores de su amistad, señor Cooper. Tal vez de esa manera logremos aclarar la verdad, —apuntó la agente Foster.

Edward resopló, pero esta vez su expresión parecía más calmada. Por un momento pareció que estaba dispuesto a dar explicaciones, pero después cambió de idea.

—Deberían hablar con Jack Green. Era la mano derecha de Graham en su empresa según he leído. Dada mi situación... buscó a alguien que supliera mi especialidad. El señor Green al parecer fue el elegido. Hace años que no sé nada de él... pero Graham y él eran buenos amigos de la universidad. No creo que sea difícil de localizar... Seguramente su crimen obedezca a otro tipo de razones que no tengan que ver con asuntos de índole personal.

Una luz roja se encendió en la pared del fondo de la salita mientras sonaba un timbre corto y molesto. Era el aviso de que eran requeridos. El interrogatorio debía finalizar. La agente Foster cerró la carpeta y ambos agentes se pusieron de pie y abandonaron la sala, dejando a Edward Cooper sentado, impasible, de nuevo con la mirada perdida en no se sabía donde.

El jefe Harrelson les aguardaba en la puerta, impaciente. Tan pronto la

cerraron les explicó la situación.

—Acaban de asesinar al exsenador Beake en su ático de Nueva York.

Donald le miró lleno de asombro. Iba a preguntar qué tenía que ver eso con su caso, pero su jefe se anticipó a su pregunta.

—Ha sido asesinado de la misma forma que el caso que lleváis. Apuñalado en las cuencas oculares... un sinfín de cuchilladas. Es una salvajada. Aún no ha salido en las noticias. Os quiero allí ahora mismo.

Donald dirigió una mirada al interior de la sala de interrogatorios donde Edward aguardaba con semblante tranquilo. “Parece que te vas a librar”, pensó. Después le pidió a su jefe que insistiera en que formalizara un testimonio por escrito en relación a lo que sabía de Graham Lycoon.

# **PARTE DE LANCE**

Curso de la investigación

## CAPITULO 4

—Su nombre, señor...

Una azafata de aspecto impecable, joven y delicadamente maquillada inquiría los datos a un hombre de aspecto severo y cara de pocos amigos.

—Lance, —replicó con sequedad. —

—¿Pagará con tarjeta de crédito o efectivo?

—Efectivo. Quiero ir yo solo.

La azafata levantó la vista del ordenador con cara sorprendida.

—Los vuelos llevan varios pasajeros, señor.

—Lo sé. Por eso se lo digo. Quiero comprar todos los pasajes de mi vuelo.

La azafata sonrió primero y luego suspiró. Después se disculpó y se ausentó. Lance observó que se dirigía al despacho posterior de las oficinas. Seguramente consultaría con el gerente su extraordinaria petición. Al cabo de un largo minuto regresó, tomó el fajo de billetes que le ofrecía Lance y murmuró que no había ningún problema.

—El siguiente vuelo disponible para adquirir todos los pasajes es a las cinco de la tarde.

Lance asintió. La azafata pensó que parecía que ya lo sabía y le expidió los tickets del vuelo, que Lance tomó sin decir palabra.

—El helipuerto se encuentra en la parte posterior del edificio. Hay una sala de espera y una cafetería.

Lance asintió y se dirigió hacia allí.

Era un hombre alto, pero no corpulento, sino de complexión atlética. La ropa le caía holgada. Vestía una camisa azul oscuro, que llevaba por fuera de unos vaqueros desgastados. Una gabardina de cuero negro, igualmente desgastada por su uso intenso, le abrigaba de la brisa fresca que soplaba ese día sobre Nueva York. Su cabellera, al igual que su barba, era del color del trigo y su mirada acerada, fría como el metal.

Se sentó con las piernas extendidas hacia adelante y depositó en el suelo, junto a él, una pesada bolsa de deportes de lona negra. Quedaba tiempo, y Lance aprovechó para dar una cabezada.

Ocasionalmente llegaban turistas y familias ruidosas, y Lance se limitaba a prestarles una atención superficial, mirando por el rabillo del ojo y escuchando las risas de los niños o las voces de algún estridente gracioso de turno. El día era gris, de una nubosidad compacta y difusa, que entristecía la presencia del sol, apenas discernible como una mancha luminosa en el cielo.

Las horas transcurrieron con lentitud. Lance se limitó a observar como se relevaba el personal de oficina, a la gente que subía a los helicópteros, nerviosos y emocionados, y a su regreso comentando con entusiasmo lo más sobresaliente del paseo. Parejas de jóvenes enamorados alternaban con matrimonios de jubilados, y turistas del medio oeste con grupos de nipones que se movían sin alejarse mucho unos de otros.

Finalmente llegó su turno.

La azafata que le había atendido en el mostrador se dirigió a él para indicarle cuál era el helicóptero con el que haría el recorrido. Abandonaron el edificio y se encaminaron por el helipuerto hacia el aparato, de color azul brillante, en el que haría la excursión. Un piloto uniformado con pantalón negro y camisa blanca con galones, aguardaba en el interior.

—Señor Lance, —saludó mientras le estrechaba la mano. —¿Dónde prefiere sentarse, a mi izquierda aquí delante, o tal vez en alguno de los asientos de atrás?

—Aquí delante estaré bien, —afirmó mientras se sentaba en el asiento que el piloto había ofrecido en primer lugar.

—Vamos a hacer un recorrido en el que veremos en primer lugar la isla de Ellis. Después nos aproximaremos la estatua de la Libertad y desde allí encararemos el sur de Manhattan, ascendiendo por la margen derecha del río Hudson...

Pero Lance no prestaba atención a las palabras del piloto, que explicaba el protocolo del *tour*. Asintió conforme con sus explicaciones, aunque no le interesaba lo más mínimo el recorrido que había contratado.

\*\*\*\*\*

Sobrevolaron la isla de Ellis, una isla verde y salpicada de bosquecillos ordenados que crecían alrededor de edificios históricos, que alineados en distintas formaciones, se distribuían a lo largo de los cuatro puntos cardinales de la pequeña isla. Más allá, la que parecía en la lejanía diminuta Estatua de la Libertad, fue engrandeciéndose y mostrando su verdadera dimensión a medida que la distancia se reducía. Había pocos turistas en la base estrellada del monumento, pero después Lance se apercibió de la enorme cola fuera para acceder al interior del recinto turístico.

El helicóptero giró entonces a la izquierda y enfiló rumbo al probablemente skyline más conocido del mundo, el del sur de la isla de Manhattan. El piloto seguía su parloteo, pero Lance no prestaba la más mínima atención. Empezaba a hablar de las Torres Gemelas y del impresionante *One World Trade Centre*, cuyos reflejos hipnotizaron a Lance por unos segundos. El helicóptero rebasó el núcleo financiero del sur de la isla y tomó el margen derecho del río Hudson, sobrevolando el *West Side* mientras proseguían las explicaciones.

Lance observó como se divisaba ya el rectángulo verde de Central Park, y más allá el otro distrito de rascacielos más emblemático de la isla. Se inclinó hacia delante y abrió su bolsa de deportes. Extrajo una larga cuerda de montaña, preparada con abrazaderas. El piloto interrumpió su discurso y le observó escandalizado.

Lance señaló hacia Central Park.

—Imposible. Los helicópteros que hacemos tours turísticos no podemos sobrevolar la ciudad. Totalmente prohibido.

Lance suspiró.

—Vamos a ir a uno de los edificios que están al pie de Central Park. No es una cuestión sobre la que tengas ninguna opción de negarte.

El piloto miró a Lance y comparó sus fuerzas con la de aquel hombre de aspecto atlético y fuerte. Su mirada no reflejaba un asomo de duda. Si no lo hacía por las buenas lo haría por las malas. Pero él había servido en el ejército y no se iba a dejar amedrentar fácilmente. Mantuvo la ruta normal del

helicóptero.

—Susan, Anthony, Tammy, —dijo Lance con voz neutra.

El piloto le miró asombrado.

—Son los nombres de tu mujer y tus hijos, ¿no es así?

El piloto asintió visiblemente preocupado.

—Créeme, es mucho mejor que me hagas caso por las buenas. A la policía podrás decirle que te amenacé... no te meterán en prisión, pero si no lo haces... mis amigos no se lo tomarán muy bien.

El piloto maldijo.

—¿A qué maldito lugar tengo que llevarte?

Lance sabía que tenía que ser una operación rápida, antes de que la policía metropolitana pudiera intervenir.

—Simplemente quiero que sobrevuelas un edificio determinado... lo suficiente para dejarme caer en su azotea. Te iré indicando.

Lance señaló hacia adelante para que el piloto siguiera su ruta convencional sobre las oscuras aguas del río, pero él miraba hacia el verdor del parque, utilizándolo como referencia para determinar en qué momento debía efectuar el giro y lanzarse sobre la ciudad.

—¡Ahora!- indicó con vehemencia. —¡Y rápido! Recuerda a tu familia... si quieres que sigan vivos cuando regreses a casa más vale que hagas todo lo que digo.

El piloto asintió preocupado y giró la trayectoria del aparato hacia donde le señalaba Lance. Para ganar velocidad añadió unos grados de caída, y el helicóptero se precipitó a gran velocidad hacia el interior de la ciudad.

Lance mantenía su índice señalando una dirección y el piloto, evidentemente nervioso, la mantenía. Debajo de ellos las azoteas de todo tipo de edificios pasaban raudos. Lance observó que el piloto respiraba intranquilo.

—Es allí, junto a la iglesia. Donde se ve el tejado de la torre. Se trata del edificio que queda a la derecha, justo delante del parque.

El piloto asintió y sabiendo ya cuál era su objetivo aceleró incluso un poco. No tardó mucho en tener que hacer la maniobra inversa. Estaban próximos. Cuando Lance se dio cuenta de que ya se hallaban a menos de cien

metros del objetivo abrió la puerta de la cabina y procedió a anclar la cuerda en un punto del fuselaje que estaba preparado para esa función. El viento y el clamor de las hélices harían imposible comunicarse de no ser por los auriculares que permitían amortiguar el ruido y conversar entre sí.

—Sí, aquí es... —indicó Lance mientras señalaba la enorme terraza de un ático, que incluso en la distancia, resultaba evidente se trataba de una casa lujosa. Varias personas caminaban por entre los jardines que decoraban el espacio y que se hallaban salpicados con carpas en los que camareros uniformados servían canapés. Más allá, unos amplios ventanales, algunos de ellos abiertos de par en par, permitían el acceso al interior de una vivienda que se adivinaba debía resultar magnífica.

El piloto vaciló al ver que se trataba de un lugar donde había mucha gente, pero la mirada desafiante de Lance, que no dejaba entrever ni un ápice de compasión, lo determinó a concluir su cometido.

La estridencia del helicóptero que se aproximaba no pasó desapercibida a la gente que se encontraba en el ático. Primero se quedaron mirando, pero después observaron con preocupación como del helicóptero que sobrevolaba una de las esquinas de la azotea del inmueble caía una cuerda que un hombre vestido de negro se aprestaba a utilizar para descender hasta ellos.

Lance observaba la indecisión que cundía entre el público, pero no se arredró en su propósito. Observó que la cuerda, bajo sus pies, aún pendía sobre el vacío. Instó al piloto a que se acercara más al edificio, y este, temeroso, movió el helicóptero una decena de metros hacia delante. Una serie de cables de sujeción de una antena no recomendaban que la maniobra se extendiera más allá de donde se situaban, y abordar el edificio desde otro ángulo implicaría una enorme pérdida de tiempo. Sin embargo, Lance comprobó que, aunque por poco, la cuerda tocaba ya el suelo de la azotea. Se descolgó y en una hábil maniobra de rappel descendió velozmente.

Pero no resultó tan fácil como parecía. El helicóptero había reulado y de pronto los pies de Lance pendieron en el vacío. Por el rabillo del ojo observó como la gente de la azotea, las mujeres vestidas con trajes de noche y los caballeros con smoking, seguían sus evoluciones con interés, aunque algunos invitados al ágape, temerosos, empezaban a retirarse. Lance maldijo, estaba

produciéndose una lamentable pérdida de tiempo. Confiaba que no fuera demasiado.

La cuerda oscilaba y le llevaba de un lado a otro, pero el helicóptero había perdido altura. De improviso su cuerpo golpeó la piedra del edificio. Tuvo tiempo de prepararse para el golpe, pero éste le hizo perder unos metros de sujeción. La cuerda se acababa y si el piloto no recuperaba altura no tendría nada que hacer. Pero era un veterano con aquel aparato. Se había dado cuenta de la situación y ahora elevaba el helicóptero de nuevo. Lance aprovechó la oscilación provocada por las sacudidas y en cuanto vio que de nuevo la azotea se situaba bajo sus pies, se soltó.

Fue una caída de dos metros de altura, casi al borde del parapeto de la azotea. La inercia le hizo rodar peligrosamente hacia el precipicio que se abría al final del mismo. Logró detenerse justo en el límite.

Cuando se giró hacia la terraza donde se aglutinaba la gente, se enfrentó a unas cuantas docenas de ojos que le miraban con extrañeza, pero en especial a cuatro pares, los que correspondían al personal de seguridad, cuatro individuos trajeados y de aspecto impecable, que se dirigían hacia él con paso firme y mirada severa.

Lance se dirigió hacia ellos sin ninguna vacilación y pronto se encontraron. La gente que no se había ido permanecía clavada en su sitio, hipnotizados por la escena que se desarrollaba ante ellos.

Uno de los hombres sacó unas esposas de un accesorio adherido al cinturón y que había permanecido oculto por la chaqueta del traje. Nadie dijo nada. El hombre del traje beige, el que había extraído las esposas, dio un paso hacia él, y alargó su mano en busca de la muñeca de Lance, pero este esquivó el contacto en el último segundo, y con un movimiento violento y preciso golpeó la tráquea de su rival. Inmediatamente los otros tres hombres se abalanzaron hacia él, pero Lance no se dejó atrapar fácilmente. Se lanzó sobre el que acababa de golpear y que estaba aún conmocionado y ambos rodaron por el suelo. Lance se levantó con agilidad y detuvo un par de golpes de uno de sus contrincantes. Logró golpear su rodilla con una furiosa patada y el hombre flaqueó, lo suficiente para que Lance terminara de rematarlo con un gancho de su derecha. Entonces recibió un puñetazo en su costado que lo dejó

sin respiración, y estuvo a punto de recibir otro golpe en la cara que probablemente lo habría noqueado, pero lo esquivó en el último segundo. Trastabilló. Aun así, logró retroceder unos metros y establecer una distancia de seguridad con los dos contendientes que quedaban en pie. Necesitaba esos segundos para recuperar la respiración.

Uno de los miembros de seguridad se llevó la mano a la pistolera que llevaba oculta bajo la chaqueta. Una glock pequeña y negra apuntó hacia él. De inmediato la gente alrededor, que ya al ver el inicio de la pelea, se había retirado hacia el interior del ático abandonando la terraza, echó a correr despavorida en busca de salida al ver el nuevo cariz de la situación. Lance aprovechó la oportunidad y se mezcló entre el público. No podrían hacer fuego.

Aunque su vestimenta era por completo distinta a la del resto de la gente, parecía que gracias al pánico que se había apoderado del público, su presencia no era ya tan relevante. Lance atravesó uno de los accesos acristalados al interior de la vivienda y se encontró en una lujosa y amplia galería con vistas al jardín y terraza exteriores. Varias puertas permitían acceder a las dependencias interiores de la casa. Se quedó unos segundos valorando cuál tomar mientras la gente corría por esa misma galería con ánimo de abandonar la vivienda, pero ignorando su presencia, como si fuera invisible.

Finalmente se decidió. Se aproximó a la puerta del extremo norte de la galería y entró en ella justo a tiempo de ver cómo uno de los guardas de seguridad que le habían perseguido segundos atrás lo descubría.

Cerró la puerta tras de sí y aprovechó un pequeño aparador cercano para bloquear el pomo de la puerta y dificultar el trabajo a sus perseguidores. El pasillo que tenía ante él era abuhardillado, y su pared derecha ofrecía varias ventanas. Lance tardó unos instantes en decidirse. Optó por abrir la ventana y salir al exterior. Un viento fuerte y frío lo recibió, zarandeándolo. Aquella fachada del edificio sufría la embestida del aire húmedo del noreste. Cerró la ventana tras él y avanzó en paralelo al pasillo aprovechando un alfeizar de medio metro de ancho. Se trataba de un camino estrecho pero que lindaba con un tejado de pizarra extremadamente inclinado que finalizaba en el vacío.

Permanecía atento a lo que sucedía en el largo pasillo que iba dejando a su izquierda. En un momento dado la pareja de guardas que venían tras él se toparon con otro agente que procedía del otro extremo del pasillo. Lance los observó con cuidado de ser descubierto. Resultó evidente que habían coincidido en concluir que seguramente se habría introducido en alguna de las habitaciones que colindaban con el pasillo. Retrocedieron y dejaron vía libre a Lance, que siguió avanzando por el alfeizar. El corredor quedó atrás y a través de la última ventana descubrió un amplio despacho enmoquetado. Las paredes forradas de librerías sobrecargadas de gruesos tomos lujosamente encuadernados y la iluminación escasa e indirecta, le confería un aire de confortable estudio.

Había gente en su interior. Un hombre de gruesas espaldas vigilaba el acceso por una puerta cercana, pero daba la espalda a la ventana junto a la cual se situaba Lance. Más allá un hombre mayor, que debía superar los sesenta años y que vestía un smoking, se hallaba sentado tras una amplia mesa de escritorio. Frente a él, en el otro lado de la mesa, una mujer con un vestido de ejecutiva, pero cuyas manos, curiosamente apoyadas sobre los reposabrazos de su butaca, y la expresión tensa de su mirada, revelaban que no disfrutaba de una situación agradable.

No había mucho tiempo para calcular cómo proceder.

Lance se precipitó sobre la ventana, que se rompió en añicos. Cristales y astillas salieron despedidas en todas direcciones. El guarda de seguridad se volvió rápidamente, pero no pudo esquivar la embestida de Lance, que cargó con todas sus fuerzas contra él. Lo golpeó tan rápidamente como pudo en el costado y el estómago, y finalmente, cuando observó que los reflejos de su adversario se ralentizaban y la respiración se le hacía costosa, lo golpeó en la cabeza, hasta dejarlo tendido en el suelo, inconsciente.

El anciano le observaba con semblante crispado, pero al ver que salió victorioso del encuentro extrajo una pistola de un cajón del escritorio que había abierto cuando se inició el asalto. Lance no tenía muchas opciones de esquivar un disparo desde tan cerca, no obstante, se precipitó hacia él. La mujer gritó.

El anciano disparó con rabia, pero erró el tiro. El grito de la mujer lo

había sorprendido. Lance observó por el rabillo del ojo que las muñecas de la mujer permanecían sujetas al reposabrazos por sendas bridas.

El anciano vio impotente como Lance se situaba a su lado, y cuando intentó levantar la pistola para apuntarle de nuevo,... Lance tomó el abrecartas dorado que reposaba sobre la mesa y lo clavó en una de las cuencas oculares del anciano. La mujer gritó sorprendida por la violencia del acto, y el anciano cayó al suelo, convulso.

Lance quiso completar el trabajo, y clavó sucesivamente, una y otra vez, el abrecartas en las cuencas oculares de su víctima. El sonido de la carne siendo machacada sucesivamente fue lo único que se oyó en la habitación durante largos segundos. Cuando terminó, las manos de Lance estaban completamente empapadas en sangre. El cadáver presentaba un aspecto macabro y la mujer contempló con asco al asesino, sin llegar a entender el porqué de semejante ensañamiento.

—Debemos irnos de aquí cuanto antes, —dijo el hombre mientras liberaba a la mujer.

La mujer le miró horrorizada y después con más espanto aún, al cadáver.

—¿Qué significa esto? ¿Qué es eso? ¿Por qué lo has hecho? —preguntó llena de pavor señalando a la víctima.

Pero el hombre no respondió a su pregunta si no que la miró con apremio.

—Estoy aquí por ti,... entre otras razones. Iban a liquidarte... y lo harán si no vienes conmigo. A estas alturas ya debes saberlo.

Lance se dirigió hacia la ventana y trepó al exterior. Desde allí tendió una mano a la mujer, que aún permanecía sentada en su silla, negándose a acompañarle.

—Te matarán, —dijo Lance con su voz impasible.

La mujer bufó, y finalmente, a duras penas, se puso en pie, indecisa. Sin embargo, a algún género de conclusión llegó finalmente, porque echó a correr hacia la ventana mientras murmuraba para sí la incoherencia que estaba cometiendo.

Un viento racheado e impredecible recibió a Lance en el exterior. Su gabardina ondeaba violentamente mientras tendía la mano para ayudar a la mujer a subir hasta su posición. Resultaba difícil mantener el equilibrio en el

estrecho alfeizar en el que se situaba. A un lado se hallaba el tramo del tejado de pizarra del edificio, demasiado inclinado para trepar por él. Al otro lado, una abrupta pendiente que finalizaba en el vacío.

La huida por allí iba a resultar complicada para la mujer, con su vestido largo y sus zapatos de tacón alto. Lance observó la situación. La mujer sentada sobre el alfeizar, incapaz de ponerse en pie, le miraba impotente.

—Así no llegarás muy lejos, —avisó Lance.

La mujer asintió, indecisa al principio, pero después tomó su determinación. Con sendos gestos enérgicos se descalzó. Después tomó el bajo de la falda y la rasgó casi hasta medio muslo. De esa forma podría dar pasos más largos y estables.

—Sígueme, —indicó Lance.

Avanzaron despacio hasta llegar a un extremo del edificio. Allí doblaron en un ángulo de noventa grados y siguieron su avance. Lance sabía que no pasaría mucho tiempo sin que las fuerzas de seguridad descubrieran lo que había hecho.

Lograron llegar a dónde se había propuesto. Un pequeño cuarto de servicio, la parte de la casa con un acceso independiente, que era usada por el personal contratado que atendía a los dueños, camareras y mayordomía. Lance forzó la ventana haciendo el menor ruido posible. Aprovechando su propio peso, la madera cedió, y con un crujido, acabó abriéndose. Ayudó a la mujer a descender al interior. Tras la puerta del cuarto, un lugar donde se guardaban las toallas limpias y la ropa de cama cuidadosamente dobladas en armarios que ocupaban todas las paredes, accedieron a un corto pasillo. Lance no dudó hacia donde dirigirse. Llegó al final del mismo y sin encender luz alguna, dieron con una pequeña escalera que descendía un piso. Una vez llegaron abajo se encontraron en un pequeño y austero hall con una puerta blindada que daba al exterior. La puerta no tenía sus cerrojos echados y pudieron abrirla y salir a la zona de escaleras y ascensores del edificio. Lance presionó el botón de llamada mientras le decía a la mujer que aguardara en el interior de la casa por si surgían problemas.

Pero el ascensor finalmente llegó. Estaba vacío. Ambos entraron y Lance presionó el botón del garaje.

—Me llamo Lance, —dijo mientras el ascensor descendía velozmente.

La mujer observó el semblante impassible de su captor. Pelo y barba rubia y revuelta, y una mirada fría, de unos ojos claros que no parecían comunicar gran cosa, salvo una resuelta determinación.

—Grace... mi nombre es Grace, —titubeó la mujer.

Lance parecía que no la había escuchado. Su expresión parecía distante, ausente. Estaba prestando atención a lo que oía.

—Debemos abandonar el ascensor.... ¡ahora!

Y presionó con determinación el botón de parada.

Las puertas se abrieron y Lance indicó a Grace que le siguiera. Bajaron por las escaleras varios pisos, hasta llegar a la primera planta, previa al vestíbulo del edificio. Se oía un gran número de voces y algunas sirenas que procedían del exterior.

—Estas escaleras llegan hasta el garaje... vamos a tener que arriesgarnos a que nos vean, pero no creo que estén controlando tan pronto las escaleras de servicio. Siempre empiezan por los ascensores...

Y efectivamente. Siguieron bajando, atravesando la planta primera sin ningún contratiempo. Una puerta contraincendios que permanecía cerrada amortiguaba el murmullo de voces que procedía del vestíbulo principal del edificio y en el que no resultaba difícil adivinar la presencia de fuerzas especiales de la policía.

Lance sabía perfectamente lo que debía hacer una vez llegaron al garaje. Se dirigieron a una moto aparcada con dos cascos apoyados en su manillar. Le facilitó uno de color gris metálico a la mujer y él mismo se colocó otro de color negro. Se sentó sobre la moto y la arrancó. Una *Africa Twin*, de color oscuro y sin brillo, rugió con fuerza. Lance miró a la mujer para que se sentara tras él. Grace dudó. Era evidente que percibía que su vida oscilaba sobre el filo de una navaja y tomara la decisión que tomara su existencia estaba en juego.

—Soy yo el que te ha rescatado de una muerte segura, —Lance intuía la vacilación de la mujer.

Finalmente tomó una decisión y se subió tras de Lance.

—Al diablo.... —maldijo Grace.

La moto salió disparada hacia la puerta que daba a la calle describiendo arriesgados giros en el trayecto.

—El acceso del garaje se encuentra lejos de la entrada principal. Probablemente aún no la controlan. — informó el hombre.

Lance manipuló entonces un mando a distancia, que dirigió hacia la puerta, la cual empezó a abrirse lentamente. Mientras tanto hacía rugir el motor de la moto, aumentando sus revoluciones, preparándola para cualquier maniobra de evasión si se topaban con un control de la policía vigilando aquel acceso.

Pero no había nadie allí. Lance arrancó con furia, emitiendo un sonoro rugido del motor y precipitándose hacia la luz del exterior. Rápidamente se incorporó al tráfico, sorteando a los vehículos que circulaban por la calzada como un depredador en medio de una manada de antílopes.

## **PARTE DE EDWARD**

Tres años y medio antes del crimen de Graham Lycoon

## CAPITULO 5

Edward Cooper y Graham Lycoon caminaban a paso firme por Pearl Street, una calle de rascacielos, al sur de Manhattan, en pleno distrito financiero. Edificios acristalados se erguían flamantes a cada lado de la acera. A su sombra, el tráfico bullicioso y la multitud caminando apresurada se desdibujaban en la mente de ambos ingenieros, cuya atención estaba mucho más allá de cuanto les rodeaba. La cita a la que acudían podía cambiarles por completo la vida, y esa expectación ensombrecía hasta el estupendo día primaveral del que disfrutaban.

Llegaron al edificio donde se encontraba la sede del Endeavour Capital, una firma de capital riesgo que había aceptado recibirles. No era una reunión cualquiera porque hacía dos meses habían enviado un extenso dossier a la firma solicitando el capital necesario para emprender su aventura empresarial.

Edward y Graham formaban una extraña pareja. Edward veía en Graham una persona extrovertida y campechana, pura empatía. Alto, ancho y fuerte, había sido siempre un jugador aficionado al baloncesto. No le importaba el contacto físico ni trabajar en equipo. Necesitaba la gente a su alrededor, y su don natural era el liderazgo. Era fácil trabajar bajo sus órdenes porque imponía su voluntad con una mezcla de lógica cartesiana y seducción de una madame experimentada. Edward era consciente de los atributos de su amigo, pero también conocía su lado oscuro, aquel en el que la vanidad se contaba como su principal defecto, pero lo aceptaba.

Edward representaba casi lo contrario que el joven hombretón que le acompañaba. Más reservado, callaba antes que decir una sandez, todo lo contrario que el parlanchín de Graham. Era de naturaleza deportiva, pero en facetas en las que el reto consistía en superarse a sí mismo. Atletismo y natación eran sus disciplinas preferidas. Se sabía poseedor de aptitudes para haber sido un buen triatleta si no hubiera sido por la enorme cantidad de tiempo que dedicaba al trabajo y la investigación. Sabía que Graham se

aprovechaba de ello, y cuando tropezaban con una dificultad, Graham dejaba el problema en sus manos, en la certeza de que toda su capacidad mental se volcaría en resolver la cuestión mientras él se ocupaba de tareas de índole más práctica... o frívola. Aunque buen ingeniero, Graham era más amigo de tener ideas brillantes, o de abrirse camino a través de burocracias académicas, o de la selvática jungla legal, que de concentrar su mente en un problema técnico determinado. No obstante, Edward comprendía que eran facetas indispensables para emprender una aventura como la que pretendían.

Juntos formaban una buena pareja, y ambos lo sabían.

Tomaron el ascensor hacia la trigésimo tercera planta del edificio. Iban callados, pero Graham golpeó el hombro de Edward con una palmada de su mano, para darle ánimo, y le dirigió una espléndida sonrisa. Todo iba a salir bien. Edward sonrió, pero su expresión resultaba más insegura.

Una secretaria les indicó que aguardaran. Edward, una vez sentado en un sillón que disponía el respaldo muy inclinado hacia atrás para su gusto, inspeccionó la sede de la empresa de Endeavour Capital. Enmoquetada, con paneles de madera color cerezo recubriendo las paredes y un logotipo en metal dorado dispuesto sobre la principal pared del hall de entrada, la antesala de la empresa financiera inspiraba orden y buen hacer.

Pasaron largos minutos en silencio. Apenas había movimiento en las oficinas. Ocasionalmente se veía pasar, de alguno de los pasillos que partían del hall, a algún hombre que iba de un despacho a otro, generalmente con corbata, pero desprovistos de la chaqueta del traje, o alguna mujer vestida con aire ejecutivo que se aproximaba a la recepción a dejar un recado a la secretaria, una chica de color de pelo rizado y sonrisa amable.

Pasó media hora antes de que el señor Curtis pudiera atenderlos. Habían llegado un poco antes de la hora. Edward sentía la emoción de una incierta anticipación de algo bueno. Los nervios le hacían sonreír casi sin darse cuenta.

El ejecutivo les recibió en un despacho amplio que contaba con unas magníficas vistas sobre la calle y el río Hudson. La estancia era, en cuanto a decoración, una prolongación del estilo impersonal que imperaba en la sede de Endeavour Capital. Unas litografías anodinas vestían las paredes. En

algunos estantes destacaban diversos trofeos de siluetas estrambóticas, pero a Edward le resultó imposible discernir su origen.

Los hombres se estrecharon las manos. Graham efusivamente, Edward con más delicadeza. El señor Curtis era un ejecutivo de mediana edad, de frente ancha y pelo lacio, que se elevaba en un curioso bucle antes de precipitarse hacia cada una de las sienes. Unas gafas redondas le conferían un aspecto amable. Su constitución era delgada, hasta el punto de parecer incluso delicado. Su voz le resultó meliflua a Edward, y hablaba con la calma de alguien que sabe que cuenta con todo el tiempo del mundo para tomar una decisión.

—Caballeros, en primer lugar, agradezco su presencia aquí, y así mismo quiero trasladarles la gratitud del consejo por haber presentado su propuesta a nuestra firma.

Edward y Graham agradecieron la cortesía del educado ejecutivo. Edward, expectante, no sabía si era un mero convencionalismo social tendente a suavizar la rotundidad de una negativa posterior a financiar su proyecto.

—Así que... —el señor Curtis tomó un abultado memorándum dispuesto sobre su mesa y lo abrió por el índice, —inteligencia artificial... ¡Inteligencia artificial! Nada más y nada menos... No puedo decir que haya leído el dossier hasta sus últimas palabras, pero les aseguro que les he echado un buen vistazo. Es lo que solemos hacer en primer lugar. Una vez que informo al consejo y contamos con el primer visto bueno... iniciamos un estudio más exhaustivo, como podrán imaginar...

El hombre sonrió y se echó para atrás en su respaldo.

—Caray... Inteligencia artificial, —repitió una vez más.- He leído algo al respecto... ¿No es demasiado pronto? ¿No es una esfera que pertenece al territorio de las grandes multinacionales del sector informático?

Edward carraspeó, dispuesto a tomar la palabra, pero fue Graham el que se precipitó a responder, después de haber soltado una buena risotada.

—Sí, muchos legos confunden términos, si me permite expresarme de esa manera. Una cuestión es la potencia de cálculo. Es bien conocida la ley de Moore, una ley de crecimiento exponencial, que viene a decir que el número de transistores de un microprocesador se duplica cada dos años. Y es

verdad... desde que se formuló la ley hace varias décadas los chips informáticos han multiplicado varios miles de veces el número de transistores que contienen... o dicho de otra manera, han incrementado brutalmente su capacidad de cálculo y bajado su precio. En la actualidad los ordenadores cuánticos prometen mantener ese crecimiento de capacidad... si es que no revolucionan por completo la escala.

Edward interrumpió a su compañero que había hecho una pausa para proseguir.

—Sin embargo, la Inteligencia Artificial no es una cuestión de potencia de cálculo... si queremos hablar de verdadera inteligencia artificial, de emular las aptitudes de un cerebro humano... nos referimos a un enfoque completamente diferente.

Los tres hombres callaron durante unos segundos. Graham y Edward porque querían que su interlocutor asimilara el mensaje y el señor Curtis porque estaba pensando en su próxima pregunta, pero a tenor de lo dicho, la reconsideró.

—¿Cómo definen ustedes la inteligencia artificial entonces?

—La capacidad de razonar como lo haría un ser humano,- respondieron ambos ingenieros al unísono.

Pero inmediatamente tomó la palabra Graham.

—Por supuesto, no solo es razonar, sino también aprender, e incluso, el modelo que proponemos da un salto mucho mayor porque plantea una quimera incluso más formidable aún...

Graham dejó la conjetura en el aire a fin de que el señor Curtis levantara la vista del dossier cuyo índice seguía ojeando. Cuando lo hizo, Edward completó la frase.

—El hecho de que esa inteligencia sea capaz de mejorar su propia capacidad inteligente, algo que ni siquiera el hombre hoy por hoy puede hacer.

El señor Curtis le miró con escepticismo, y fue Graham el que le respondió con vehemencia.

—Piénselo bien. Nuestro cerebro sigue siendo básicamente el mismo que el que tenían los primeros cromañones. No hemos evolucionado nada en las últimas decenas de miles de años... aunque está claro que sí estamos sacando

partido a nuestra capacidad inteligente.

—Y ustedes proponen una IA que no solo es capaz de aprender, sino también...

—...de hacerse a sí misma cada vez más y más inteligente. Imagínese la revolución tecnológica en todos los órdenes a los que la humanidad podría aspirar... e imagine la corporación que cuente con una máquina con tal capacidad pensante.

El señor Curtis suspiró.

—Sin duda se trata de una tecnología disruptiva, —concluyó el señor Curtis mientras hojeaba la introducción, que tenía precisamente ese título.

—No le quepa la menor duda de ello. Tiene el potencial de cambiar toda la industria, todos los servicios, de redefinir hasta la última coma de nuestro modelo económico y social. Lo cambiará todo... joder, ya lo creo que lo hará... —Graham tendía a expresarse a veces, cuando el entusiasmo le podía, con más franqueza de la que aconsejaba la educación.

—Claro está que esto no sucederá de un día para otro. Pero sucederá, —aseveró con más moderación Edward.

El señor Curtis asintió meditabundo antes de volver a tomar la palabra.

—He observado que parten de campos con orígenes muy diversos. Por ejemplo, incluyen tecnología de impresoras en 3d que aún no se ha desarrollado... aunque parece que son avances verosímiles porque es un sector que ya hemos financiado con éxito anteriormente y no parecen objetivos imposibles, ni mucho menos. Pero... regresando a lo que le decía inicialmente, siempre consideré que serían las tecnológicas informáticas las que estaban más cerca de lograr algo así.

—Bueno... nosotros, igual que muchos otros estudiosos de la materia, hemos llegado a la conclusión de que siendo el bit un buen adelanto tecnológico, está claro que en nuestro cerebro no existen bits, ni mecanismos que nos recuerden a ello. La teoría moderna establece tres pilares para el desarrollo de una verdadera IA. El principal es la creación de redes neuronales artificiales que emulen las del propio cerebro humano. Esta estructura como soporte físico de la inteligencia requiere a su vez una tecnología de programación adaptada, segundo pilar del proyecto. El tercero,

por supuesto, el que ha nombrado, una tecnología capaz de materializar el diseño y el software propuestos a una escala accesible.

El señor Curtis sonrió, como si hubiera pillado a Edward en un fallo.

—¿Llaman ustedes accesible a crear un cerebro artificial que ocupará un edificio de cien metros de alto, cien de ancho y cien de largo?

—El Cubo, —asintió Edward complaciente.

—Dada la cantidad trillonaria de sinapsis que es preciso reconstruir y los miles de millones de neuronas que integran la corteza cerebral, mucho me temo que sí—, añadió Graham con acento triunfal—. Y aún así le aseguro que es una proeza de la miniaturización.

El señor Curtis mostró un gesto de admiración por la envergadura del proyecto.

—Y toda su apuesta se basa en los postulados del Dr. Abney, por lo que veo...

—El pensamiento modular es nuestra inspiración...es el método propuesto para el desarrollo industrial que proponemos- corroboró Graham vehemente. —Si observa el dossier ya se han experimentado con éxito pruebas preliminares en el proyecto Alpha Zero... aunque nosotros proponemos mejoras sobre los sistemas empleados. Lo denominamos redes engrámicas... tal como hace el profesor Abney.

—Sí, sus trabajos son fuente de inspiración constante... Se trata de un viejo profesor universitario... —explicó Edward mientras exhibía una amplia sonrisa. —Aún ejerce en el M.I.T.

El señor Curtis asintió, serio.

—Deberían incorporarlo al proyecto, —concluyó en un murmullo.

Graham carraspeó sorprendido y Edward enarcó las cejas.

—¿Perdón? —preguntó Graham.

—Como les digo, —el señor Curtis aclaró su voz y se expresó con mayor franqueza,- es difícil que una propuesta que se basa en la teoría neurológica de un profesor no cuente con su respaldo personal. Deben incluirlo en el proyecto a fin de que el proceso de selección de su proyecto pueda seguir avanzando en Endeavour Capital y así obtener el respaldo de los quinientos millones de dólares iniciales que plantean.

Edward y Graham se miraron, primero confundidos, pero después la campechanía de Graham se impuso.

—Por supuesto que lo haremos, señor Curtis, contaremos con el viejo profesor Abney, claro que sí, ¡cuenta con ello! —concluyó eufórico, mientras estrechaba con energía la mano tendida del ejecutivo que les señalaba de esa manera el final de la entrevista.

Cuando llegaron a la calle ambos amigos echaron a caminar en silencio, cada cual abstraído en las dificultades que podría ocasionar incluir un nuevo socio, si es que este se hallaba dispuesto a consentir. Edward se sentía desconcertado a punto de dejarse llevar por el mal humor. Consideraba que había sido demasiado impulsivo dar por hecho incluir en el proyecto a un neurocientífico del cual no sabían absolutamente nada y cuyo contacto se limitaba a correos profesionales donde se habían efectuado consultas técnicas.

## CAPITULO 6

Edward Cooper no pudo evitar detenerse a contemplar las surrealistas formas arquitectónicas del campus del MIT Lab Plaque, un conjunto de edificios que pertenecían a la ilustre institución, en cuyo interior, entre otras, se hallaba el Picower Institute, lugar al que se dirigía.

El campus era un espacio que tenía poco de convencional. Su parte más lúdica y ajardinada lo constituía una amplia superficie abierta en la que se alternaban prados y grupos de árboles arracimados, cruzados por sinuosos paseos donde era fácil ver estudiantes haciendo picnic, gente corriendo y paseando, y en suma, el ambiente estudiantil efervescente de una universidad puntera. Las edificaciones del campus, sin embargo, sí se habían constituido en un elemento arquitectónico diferenciador y en esto su estética resultaba inconfundible. Los edificios de color arcilla de aspecto clásico se alternaban con módulos de fisonomía metálica, que parecían emerger violentamente en formas cúbicas pero deformes de la estructura convencional, como si se estuviera produciendo en aquel mismo instante una brusca metamorfosis de características estrambóticas. Las facultades, gracias a esa combinación de formas, constituían una vista pintoresca e inolvidable.

Edward finalmente se introdujo por una de las puertas de acceso, bajo una peculiar marquesina que parecía ser el último tramo de un edificio de fachada metálica que se escurría hacia el exterior. Comprobó la hora de su reloj y observó que llegaba con puntualidad.

Graham le había embaucado. No sólo había sido él el que había asegurado al señor Curtis que podrían sumar al proyecto a una eminencia científica que de momento desconocía su propuesta empresarial, sino que finalmente lo había convencido para que fuera él precisamente a abordar su participación en el proyecto. Edward se había negado de entrada, pero finalmente había comprendido las razones de Graham. Él tenía una mejor preparación técnica y una cualificación como ingeniero especializado que le acercaba más a la

disciplina del profesor Abney. Debería ser él el encargado de abordarlo.

Un directorio en la puerta del Instituto le sirvió para orientarse. “Departamento de Biología y Neurociencia”, allí estaba. Tomó el amplio pasillo de la derecha y localizó los ascensores. Tercera planta. El ascensor le condujo a una silenciosa y aparentemente vacía tercera planta, en la que se sintió desorientado. Vagó por un largo pasillo de un lado a otro, observando las placas que figuraban en las puertas, en las que con frecuencia resaltaba el nombre de un departamento con varias placas menores de profesores a continuación. Estuvo tentado de volver a su smartphone en busca del correo donde le explicaban las indicaciones para localizar el despacho del Ph. Abney, pero finalmente, en el último momento, dio con él.

Llamó a la puerta, pero nadie respondió. Decidió abrirla y entró en una amplia sala en la que se distribuían diferentes puestos de trabajo como en una oficina convencional, aunque no se veía a nadie en las inmediaciones. También la mesa de secretaria, situada frente a la puerta, se hallaba igualmente vacía. Dedujo por la tardía hora de la mañana que todo el mundo debía estar almorzando. El señor Abney había tenido la amabilidad de aceptar su petición de cita urgente trasladándola a una hora en la que habitualmente almorzaba.

Observó que al fondo de la sala se situaban varios despachos en cuyas puertas podía adivinarse las correspondientes placas de los profesores que eran sus titulares. Mientras las examinaba reparó que en uno de los puestos de trabajo una becaria trabajaba afanosamente ante su pantalla. Conforme se aproximaba a ella pudo apreciar que se trataba de una chica sumamente atractiva, con el pelo rubio recogido en una coleta juvenil, la mirada de ojos castaños parecía vivaz e inteligente, y a diferencia de lo que cabría pensar en una persona dedicada a la ciencia, tenía un aspecto muy arreglado, con un maquillaje leve pero que indudablemente le sentaba muy bien.

Edward Cooper carraspeó cuando llegó a su lado y ella pareció sobresaltarse.

—Buscaba al profesor Abney, E. Abney...

—Ah... —dijo la chica un tanto desconcertada.

—Creo que trabaja en este departamento...

—Sí... el profesor Abney... el veterano profesor.

—Sí, ese...

—Ah, cuidado con ese cascarrabias...- murmuró la joven mientras se echaba hacia atrás en su respaldo para observar mejor a Edward, que parecía un poco escandalizado con esa afirmación.

—Sí, cuidado con el viejo, —aclaró la joven mientras cuchicheaba señalando una de las puertas cerradas del fondo de la sala. —Hoy no tiene un día muy bueno, así que es posible que no sea buena idea reunirse con él...

Edward carraspeó de nuevo. No sabía cómo seguir la conversación.

—Hoy no ha querido tomarse la medicación, ese viejo insoportable, y claro, con su trastorno bipolar... lo que le digo... si tenía algo importante que decirle...

—Caramba, tenía concertada una cita importante con él...

La joven ladeó la cabeza de manera encantadora y con cara de circunstancias.

—Tendrá que ser otro día...

Edward suspiró contrariado.

—... a no ser... —, la joven dejó en suspenso la afirmación.

—¿A no ser? —repitió intrigado Edward.

—A no ser que me explique a mí el motivo de su visita y yo se lo presente al viejo chiflado cuando tenga la cabeza sobre los hombros... que cualquiera sabe cuándo será eso.

Edward sintió como la amargura partía de su estómago y recorría todo su cuerpo.

—Oiga, créame, debo hablar con el profesor.

—Hable conmigo... ¿Quién es usted?

Edward se sentía abatido, pero por otro lado la chica era tan agradable y su sonrisa tan cordial.

—Edward Cooper, ingeniero en sistemas de inteligencia artificial.

La joven estrechó su mano.

—Elsy, —se presentó. —¿Ingeniero en inteligencia artificial? No sé si ha acertado al querer conversar con un experto neurocientífico que se ha decantado por teorías de la mente que no son precisamente las clásicas, ya sabe a lo que me refiero...

La chica sonrió.

Edward se sentía cohibido ante la presencia de una mujer de carácter tan resuelto, de mirada inteligente y de una edad similar a la suya, o... incluso algo más joven.

—Pero verá... yo creía que... Quería hablar con él respecto su teoría del pensamiento modular, es una cuestión sobre la que he mantenido correspondencia durante largo tiempo con el profesor... Tenemos mucho interés en desarrollarla, desde un sentido práctico...

—¿Tenemos?

Edward suspiró. La conversación lo estaba llevando a tener que dar demasiadas explicaciones.

—Mi socio y yo somos ingenieros informáticos, pero desde hace años hemos estado ampliando nuestra formación en áreas muy diversas... Ahora mismo estamos implicados en la constitución de una empresa... Artificial Systems... —Edward suspiró, no merecía la pena andarse con rodeos. — Creemos que somos capaces de emular un cerebro humano. Nos hemos basado en el planteamiento del profesor de cómo funciona la mente humana. La tecnología que podría articular una fabricación de una inteligencia artificial es cada día más plausible. Con los fondos necesarios podríamos desarrollar una máquina capaz de crear un cerebro biónico, similar al humano, a partir de impresoras 3d de una precisión inimaginable.

—¿Un cerebro artificial? —La mujer le miró con cara absolutamente escéptica. Después meneó la cabeza—. ¿Cómo definiría usted la mente humana?

Edward suspiró. Esperaba un interrogatorio similar, pero por parte de un científico más veterano y no de una becaria. Tal vez aquella conversación fuera un buen entrenamiento.

— Bien, yo diría que es aquel conjunto sistémico de recursos físicos, biológico-neurológicos y psíquicos que sustentan en el organismo viviente humano los procesos de detección de información y la elaboración de las respuestas adaptativas al medio, a través no sólo del conocimiento, sino también de las emociones.

La joven becaria se quedó unos segundos en silencio, valorando la

respuesta, y después sonrió asintiendo.

—Bien, me gusta, ... una respuesta de libro—, dijo empleando un tono de autoridad inesperado para Edward.- Sin embargo, si supieran algo de las teorías de la mente sabrían que han acudido al departamento equivocado. Ya saben del dualismo existente en la materia, la vertiente más casuística que poco más o menos viene a decir que el proceso inteligente puede ser emulado por computadoras, el paradigma mecanicista, simplificando, en el que el cerebro es poco más o menos una máquina sofisticada. En el otro lado del ring tenemos las teorías que podríamos denominar menos convencionales, o emergentistas como suele denominarse entre otros epítetos no tan sofisticados, en cuya corriente se integra nuestro viejo carcamal...,-dijo señalando con el pulgar y por encima del hombro el despacho cerrado a sus espaldas mientras hacía una mueca,—. pero que seguramente es la que está más alejada de sus postulados...

—Todo lo contrario,- se apresuró a establecer Edward.

La becaria le miró con interés. Edward dudó si era conveniente dar ulteriores explicaciones. Después observó la puerta del viejo profesor cerrada y juzgó que tal vez no estaría de más contar con una aliada en el departamento caso de que tuviera que solicitar una segunda entrevista.

—Disponemos de software y hardware experimental que, de una forma muy básica, es capaz de aprender por sí mismo.

—¿Y?

—Nos hemos basado en los postulados de la teoría modular para construirlo... Hemos partido de sus axiomas de cómo se produce el conocimiento, en los que diseñamos redes neurales engrámicas... , así que básicamente hemos construido redes interconectadas en las que no hemos establecido patrones claros de generación de información...

—A fin de emular las redes neuronales.

Edward asintió, sonriendo.

—Y hemos visto cómo funciona... —añadió- y le aseguro que del caos inicial es posible crear inteligencia... muy básica en un principio... pero con fondos suficientes y la tecnología que pretendemos desarrollar...

—Quiero ver eso, —replicó la becaria casi sin pensar.

Edward Cooper sonrió satisfecho. Si había conseguido despertar el interés de la becaria tal vez lo lograra con el profesor.

—Sólo podrá verlo si su jefe participa en nuestro proyecto.

La joven frunció el entrecejo, contrariada, pero finalmente una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro.

—Hecho, —exclamó. —Acaba de convencerme. Me presento. Yo soy Elsy Abney, la profesora de neurociencia con la que se ha estado comunicando vía mail desde hace tres años y cuyas teorías al parecer tanto admira. Es un placer. En cuanto al viejo profesor chiflado le diré que es mi padre, que no tiene ninguna chifladura en absoluto, y lleva unos cuantos años jubilado sin aparecer demasiado por aquí, la verdad. A menudo la gente me confunde aún con él...lo cual me resulta exasperante, todo sea dicho de paso, por lo cual yo me permito la licencia de tomar un poco el pelo al personal.

## CAPITULO 7

Los días y semanas siguientes los recordaría Edward como uno de los periodos más entrañables de su vida.

Elsy había quedado obnubilada por el proyecto que compartía con Edward. Su interés se manifestó en intensas reuniones de trabajo en los que el ingeniero iba desgranando cada una de las ramificaciones de su proyecto, y Elsy aportaba con mayor frescura y definición conceptos que los ingenieros habían empleado no demasiado apropiadamente en su diseño, pero que, no obstante, parecían haber sido certeros en cuanto a los resultados preliminares que habían cosechado.

Y las reuniones intensas, que carecían de horario y que ocupaban todo el tiempo que Elsy era capaz de brindar a su colega, devinieron en una convivencia diaria que rápidamente derivó en una amistad sincera y cómplice. Edward se contagió del espíritu socarrón y divertido de Elsy, y poco a poco fue emulando a la científica en bromas y dobles sentidos que les hacían estallar de risa cada cierto tiempo, cuando la intensidad del estudio se volvía agotadora y era necesario tomarse un respiro.

Edward demoró su regreso a Nueva York. Hablaba con Graham por teléfono con frecuencia, y le explicaba la materia que estaba tratando con la profesora, tranquilizándolo en cuanto veía que su participación en el proyecto era incuestionable, pero precisamente por el intenso compromiso que la neurocientífica estaba asumiendo, el plan de trabajo se iba a dilatar en el tiempo. La inclusión de Elsy Abney les había obligado a reescribir la memoria que habían presentado a Endeavour Capital. Graham se mostraba ansioso por el regreso de su amigo porque interpretaba el mandato del señor Curtis literalmente, pero Edward insistía que había que aprovechar el momento y concluir el trabajo, incluyendo todas las mejoras insinuadas por su nueva asociada. A menudo, cuando conversaba con él por teléfono en presencia de Elsy, daba a entender que la profesora era tozuda, terca y corta de

entendimiento, lo cual provocaba las risas de la científica y el desconcierto de Graham, que le costaba comprender las bromas de un Edward que se sentía más juvenil y extrovertido que nunca antes. Sin embargo, cuando hablaba en privado, Edward le decía que todo iba bien. Una vez culminado el trabajo y asegurada la participación de la profesora, presentarían de nuevo el proyecto al señor Curtis... y Edward era muy optimista respecto al resultado.

Gran parte de ese optimismo era insuflado por la cercanía de la joven científica. En cuanto las obligaciones académicas lo permitían, ambos se encontraban para continuar su trabajo. Con frecuencia hallaban materia en la que discrepaban, y entonces se sucedían interesantes debates derivados de la intersección de puntos de vista casi antagónicos, que no obstante eran capaces de conciliar en enriquecedoras conclusiones. Muchas de las cuales eran muy del agrado de Edward, que veía como su proyecto maduraba constantemente y ganaba en solvencia.

La intensidad del trabajo no obstante acaparaba tanto tiempo que forzosamente los obligó a compartir, sin darse apenas cuenta, sus ratos de ocio. Almorzaban y cenaban juntos, paseaban por el parque o junto al río para debatir cómo enfocar determinados problemas técnicos, de plazos o económicos, y lo que inicialmente eran ratos que estaban totalmente ocupados por su proyecto, dio paso a otro tipo de conversaciones en las que surgían cuestiones personales. Empezaron a conocerse.

Ambos eran amantes del deporte. Descubrieron que coincidían en la práctica del atletismo, y de hecho Elsy era una consumada corredora de campo a través, mientras que Edward lo era en los diez mil metros. Ambos procedían de familias de clase media. En el caso de Elsy su amor por la ciencia lo había inculcado su propio padre. De hecho, ella mantenía la plaza de titular que en su día había ocupado su progenitor, y al igual que él, ostentaba el título de *philosophy doctor*. Por el lado de Edward su padre siempre había sido un hábil autodidacta al que le encantaba realizar todo tipo de invenciones. Convertía cualquier actividad en un juego, y desde pequeño Edward había deseado comprender cómo funcionan las cosas. La informática le había apasionado, y el interés por el cómo operaba la mente humana le habían llevado a querer estar en la cresta de la ola de los desarrolladores de la

inteligencia artificial.

En esos días, cuando Edward cerraba los ojos, recostado en la cama del apartamento que había alquilado, e intentaba dormir, le resultaba imposible. A su imaginación acudían los momentos del día que había compartido con Elsy. Su risa resonaba en sus oídos, y sus expresiones risueñas le aceleraban el corazón. Recordaba su mirada inteligente cuando discutían, o se complacía en recordar las expresiones de intensa concentración cuando se quedaba quieta, analizando un problema. Su figura le resultaba encantadora y atractiva, y a veces se interpelaba a sí mismo, como diciendo, Edward, qué haces con una chica tan inteligente y guapa, como si fuera un premio inmerecido que le había sido asignado por un error en la lotería de la vida.

Una noche, hablando con Graham por teléfono, le reconoció, cuando este le insistía en que debía regresar cuanto antes a Nueva York, que se estaba enamorando de la joven científica. Graham calló, y cuando Edward le interpeló, le repuso que tal vez estaba confundiendo el trabajo con la diversión y que quizás no fuera buena idea involucrarse emocionalmente en un proyecto tan ambicioso y difícil como el que iban a abordar. Edward no pudo sino admitir que tal vez tuviera razón, y un tanto fastidiado, decidió aplicar más seriedad y objetividad a su relación con la profesora Abney.

Pero esa decisión apenas ensombreció la luminosidad de su trato con Elsy. Le resultaba difícil, por no decir imposible, mostrarse serio o distante con ella. Existía una complicidad que no podía deshacerse fácilmente. De hecho, su trabajo era intenso y resultaba eficaz. En dos meses habían logrado hacer un repaso profundo de toda la filosofía y metodología que se detallaba en la memoria del proyecto. Su presupuesto también se había engrosado, porque Elsy había planteado varias líneas de investigación que debían implementarse. Era de natural optimista, pero tenía la cabeza sobre los hombros y obligó a Edward a ampliar muchas de las partidas presupuestarias recogidas en el proyecto, así como los plazos de ejecución, lo cual llevó al ingeniero a tener que defender esas medidas ante su socio Graham durante largas conversaciones nocturnas en las que finalmente Graham cedía de mala gana. No le gustaba que el proyecto se encareciera porque era obvio que eso dificultaría el apoyo de Endeavour Capital. Graham era más partidario de

lograr que alguien se embarcara con ellos, y una vez comprometidos, no le importaría pelear nuevas ampliaciones de capital conforme el proyecto lo requiriera.

Y Edward de pronto se dio cuenta, preocupado, que su estancia en Boston se hallaba próxima a su final. Tan solo quedaba realizar un repaso de las correcciones, releer el borrador una vez más, y todo quedaría listo para formalizar una nueva reunión con el señor Curtis.

## CAPITULO 8

Quedaba poco por hacer y era una de las últimas tardes que se reunían en el despacho del MIT de Elsy. El tiempo había transcurrido rápido y productivo, ocupado en una animada conversación en la que ambos repasaban su copia del dossier, cuando de improviso sonó el teléfono. Era el padre de Elsy, al que ella saludó cariñosamente. Después se produjo una conversación en la que se limitó a emitir leves murmullos de asentimiento para finalmente despedirse con un beso y dirigir una mirada sonriente y espléndida a Edward, que se había quedado abstraído mirando el juego de colores incandescentes que brindaba el cielo del atardecer, visible a través de la ventana del despacho.

—¿Te apetece carne a la parrilla? Mi padre nos invita a pasar lo que queda de tarde noche con él en su casa de la playa. Te aseguro que es un experto en cuanto a la barbacoa se refiere.

El plan sonaba maravillosamente y Edward no dudó en aceptar. Dejaron el trabajo en ese mismo punto y se dirigieron al parking en busca del coche de Elsy.

La casa del doctor Abney se situaba en la cercana playa de Nanstacket y se trataba de una bonita construcción de madera de tres plantas, color añil, cuya fachada destacaba por un gran porche que la recorría de extremo a extremo, y por el hecho de que en cada esquina de la fachada las habitaciones se engrosaban, adquiriendo el aspecto de un torreón que culminaba en un tejado abrupto y cónico de pizarra oscura. La casa exhalaba un aire familiar y encantador.

Las ventanas mostraban cortinas de encaje y el jardín parecía bien cuidado, con un césped verde y mullido que invitaba a sentarse en el suelo. Allí mismo se encontraron con el padre del Elsy, Elías Abney, que ya había hecho todos los preparativos y tenía todo dispuesto para empezar el festín. Era un hombre de la misma estatura de Edward, no demasiado alto, de constitución

delgada, aunque contaba con una tripa ligeramente abultada que su camisa a cuadros, que llevaba por fuera del pantalón, disimulaba la mayor parte del tiempo. Su tez morena contrastaba enormemente con su cabellera y con su ancho bigote, ambos completamente blancos. Su sonrisa era franca y cordial.

Edward Cooper y el padre de Elsy se saludaron efusivamente. Edward de inmediato se sintió cómodo en presencia del erudito profesor. Elsy le había advertido de la reputación que tenía su padre como investigador consumado, y el hecho de que en ningún momento el científico hiciera gala de ninguno de sus méritos engrandeció a los ojos de Edward la calidad humana de su anfitrión.

Elías había efectuado una compra generosa de chuletones de res, que sonrosados y jugosos, aguardaban a los comensales dispuestos en bandejas de acero. Había frito abundantes patatas al estilo francés y las brasas de la barbacoa crepitaban impacientes, así que en poco tiempo empezaron a comer carne a la brasa acompañados por abundante cerveza fresca mientras observaban como el horizonte de naciente iba oscureciéndose paulatinamente. La brisa era agradable, casi veraniega. Ocasionalmente, una pareja de gaviotas sobrevolaban ociosas, suspendidas grácilmente en el aire, la línea de la playa, que se situaba unos metros más allá de la calzada que transcurría frente a la casa del doctor Abney, confirmando al momento un aire de irreal eternidad, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel instante y en aquel lugar.

—Así que un cerebro biónico, ¿eh? —interpeló el padre de Elsy cuando ya estaban descansando del plato principal, recostados en las sillas de teca que el anfitrión había dispuesto en el jardín para la ocasión.

—Eso pensamos que somos capaces de crear, —asintió Edward con prudencia. —

—Me imagino que ya no estamos hablando de simple capacidad de cálculo, ni siquiera de ser capaces de responder a preguntas formuladas que puedan ser resueltas accediendo a una base de datos... por muy inmensa que sea esa base de datos.

Edward asintió.

—Sé que resulta muy pretencioso... pero nuestra intención es imitar la estructura y funcionamiento de un cerebro humano. El punto de partida no tiene

nada que ver con procesadores de silicio o computación cuántica. El fundamento es que se trate de una creación biónica... es decir, que imite la complejidad de un órgano natural.

—De ahí la incorporación de mi hija. Ya me ha hablado de engramas y procesos ocultos de pensamiento y no sé cuantas cosas más...- apuntó Elías.

—Yo soy el alma mater del proyecto, —dijo Elsy mientras hacía una mueca divertida a Edward, que sonrió sorprendido por su descaro.

— ¿Y habéis considerado las consecuencias del éxito?, —preguntó Elías con voz suspicaz.

—Será algo sensacional, qué duda cabe, ... si todo sale bien, —Edward moderó su entusiasmo inicial con un apunte de humildad.

El profesor sonrió y bebió un largo trago de cerveza de la lata que mantenía en su mano.

—No me refiero a eso. Estamos hablando de crear un ser más inteligente. ¿Cómo nos mirará a nosotros, sus creadores?

—¿Con respeto? Somos seres inteligentes, conscientes... y además lo hemos creado. -aseguró Elsy. -Desde luego su capacidad de emocionarse es algo que resultaría sorprendente. De hecho, me parece increíble que pudiera ser así. Un ser inteligente, consciente... ¿y con personalidad propia? ¿De veras seríamos capaces de hacer algo así? -Elsy hizo una pausa mientras imaginaba las implicaciones de sus propias preguntas. — Va a ser lo más parecido a encontrarse con un ser extraterrestre, ¿verdad? ¿Qué nos dirá? ¿Qué le pareceremos? —Elsy hablaba con vehemencia. El tema le apasionaba y más de una ocasión había debatido con Edward al respecto.

—Yo sostengo que será un importante aliado, —expuso el ingeniero dando a entender que era su principal hipótesis de lo que sucedería. — Sus capacidades sin duda evolucionarán rápidamente. Y lo mismo sucederá con el progreso de la humanidad, que se incrementará a la enésima potencia. Ambas consciencias, la humana y la artificial actuarán en simbiosis. Será sin duda un evento disruptivo tecnológicamente hablando, algo así como cuando el hombre inició el dominio del fuego, que marcó el principio de una nueva era.

Elías sonrió abiertamente, e incluso se rio por lo bajo.

—No dudo de que pueda ser un evento disruptivo, ... pero para la

humanidad como sujeto pasivo. Es posible que mi hija ya te haya anticipado mi punto de vista, y aunque pueda parecer un extravagante, sabrás que no soy el único que tiene serias prevenciones respecto a la inteligencia artificial. Más de un presidente ejecutivo de empresas tecnológicas ha dimitido o expresado sus recelos de lo que ese salto puede significar. Y no estoy pensando que va a dejar a mucha gente en el paro ni cuestiones meramente... superficiales. A menudo la gente tiene visiones muy pueriles sobre lo que es una IA... una verdadera IA, claro está. Si consideramos que un teléfono móvil es en cierto sentido inteligente porque sabe desarrollar una serie de tareas y programas estamos hablando de cosas distintas. No, hablamos ahora de consciencia, trascendencia, pensamiento abstracto, voluntad y emociones, ¿verdad?

Edward asintió, serio.

—Sí, por supuesto. Comprendemos de lo que estamos hablando... — confirmó Edward con voz prudente.

—Aún así, creo que no, que no lo comprendéis del todo, porque si no las prevenciones acabarían por haceros abandonar ese proyecto. A menudo he reflexionado sobre lo que Elsy acaba de plantear. ¿Cómo nos verá una inteligencia infinitamente más potente que la humana? Para comunicarse con nosotros tendrá que descender a unos niveles intelectuales mínimos... ¿lo hará? Si lo hace será motivada por ... ¿curiosidad? ¿compasión? ¿necesidad... en tanto que somos nosotros los que de momento condicionamos su existencia y le damos sustento? ¿No seremos para la IA tan atractivos como si nosotros nos comunicáramos con hormigas o bacterias? ¿No verá en nosotros la misma utilidad que nosotros encontramos en ... —el padre de Elsy se quedó mirando indefinidamente al cielo, buscando un símil, hasta que reparó en el hueso del chuletón que yacía en su plato y lo señaló para completar su ejemplo,- la chuleta de res que acabamos de cenar? La vaca también es un animal inteligente... y ya ves con que gusto hemos interactuado con ella.

Elsy y Edward rieron la comparación.

—Obviamente la IA no nos va a comer, papá. De hecho, la construimos en un cubo, incomunicada del mundo exterior, sólo en contacto con una sala de control estanca.

—No, no me preocupa que no nos vaya a comer, Elsy, querida, —sonrió benevolente su padre.

—¿Entonces?

—Es el bien y el mal. ¿Con qué clase de ética se formará ese nuevo ser? ¿Buscará nuestro bien o sólo el suyo propio? La consciencia acarrea como una demoledora consecuencia la comprensión de la propia finitud, de la vida y la muerte, y que esta nos puede alcanzar. Los seres inteligentes sufrimos con la idea de la muerte en tanto que nos resistimos a morir. ¿Tendrá un instinto de conservación supremo que condicionará cada uno de sus pensamientos o será capaz de trascender de sí misma y sentir amor por sus creadores?

Los tres se quedaron en silencio reflexionando sobre esas cuestiones.

—Lo que me preocupa es que ni se me ocurre que utilidad podríamos tener nosotros para una IA capaz de mejorar sus aptitudes sucesivamente—, concluyó el padre de Elsy en voz baja. —Sí... lo podría resumir en un pensamiento terriblemente simple, casi pueril. Cuando ese nuevo ser artificial comprenda lo que es... ¿Qué es lo que querrá hacer realmente? No sé si sois conscientes, pero de la misma manera que lo que hacemos resulta completamente ininteligible para un perro, muy probablemente las acciones y propósitos de un ente así escapen por completo a nuestra comprensión... hasta que sea demasiado tarde.

Edward desvió la mirada hacia el horizonte buscando la tranquilizadora vista del océano fundiéndose con el cielo, pero ya se había hecho de noche. Nada se vislumbraba más allá de las espumeantes olas que batían la playa. Sólo oscuridad.

## CAPITULO 9

Decidieron hacer una excursión para celebrar la culminación de su trabajo.

Elsy a menudo bromeaba con que ella era mucho mejor corredora que él. Aunque habían compartido momentos de deporte, corriendo junto al río o en el campus, nunca lo habían hecho bajo el punto de vista de una carrera. Edward decidió aceptar el reto, divertido, y Elsy le propuso realizar una ruta, montaña a través, de unos quince kilómetros, en el parque estatal de Pisgah.

Fueron un domingo en el que se levantaron al alba y recorrieron las desérticas carreteras hacia el interior sin apenas cruzarse con vehículos. El día se adivinaba espléndido desde primera hora, cuando un horizonte de nubes que resplandecían como teas al trasluz del sol, fue despejándose hasta devenir en un cielo de un azul intenso y limpio. La carretera, en ascenso, cruzó bosques de un verdor vivo e impenetrable mientras ellos charlaban infatigables, en esta ocasión hablando de sus gustos musicales. Pop, jazz, chillout o música clásica... sobre cualquier género tenían opinión y gustos, en los que a veces coincidían. A menudo sus preferencias singulares les llevaban a presentar grupos o artistas que el otro desconocía, y Edward, que iba de copiloto, buscaba los temas para que sonaran a través del bluetooth, en los altavoces del coche.

El viaje de dos horas duró un segundo.

\*\*\*\*\*

Corrieron a través de parajes hermosísimos. A menudo los senderos les conducían a orillas de pequeños lagos rodeados de bosques en los que era fácil sentir la inspiración de esos solitarios parajes e imaginar que acaso ellos dos fueran los dos últimos moradores de la Tierra. El sendero subía por crestas empinadas, a veces descubiertas, en las que el sol implacable les hacía sudar sin piedad. En otras ocasiones se adentraba en lo profundo del bosque, y la brisa fresca aliviaba su esfuerzo. Cruzaron arroyos, y se pararon extasiados

cuando de improviso, tras salir de la frondosidad, un paisaje maravilloso se aparecía ante sus ojos reclamando su atención.

Ambos tenían buena resistencia física, y ninguno de los dos sugirió en ningún momento que debían descansar. El ritmo y las paradas de su carrera las había impuesto de por sí la ruta que habían emprendido, que ocasionalmente obligaba a hacer paradas para deleitarse con las vistas.

Pero cuando llegaron a lo alto de una loma desde la que se divisaba un paisaje hermoso y sereno Elsy anunció que habían llegado al final del recorrido. Se sentaron entonces a descansar, contemplando a sus pies un lago en el que se espejaban las montañas y colinas circundantes. Nada recordaba la presencia del hombre en aquel lugar, salvo una pequeña y primitiva cabaña de madera, apenas visible, oculta en la penumbra del sotobosque que medraba en el extremo opuesto de la laguna. Era un paraje virgen, natural y salvaje, ante el cual permanecieron en silencio durante largo rato, mientras su respiración se normalizaba.

Abrieron la mochila y repusieron fuerzas con sendas bebidas energéticas y saboreando alimentos especiales para deportistas, dulces y vigorizantes.

Elsy bromeó con el hecho de que se había visto obligada a detener la marcha debido al aspecto débil y penoso que presentaba Edward. Este repuso que había sido ella quien necesitaba un descanso y que no en vano lo había reclamado desesperada. Elsy intentó derribarlo entonces, pero Edward, lejos de perder el equilibrio se rehízo y se impuso sobre Elsy, logrando que esta se recostara en el mullido suelo herbáceo donde se encontraban. De pronto ambos fueron conscientes de la cercanía de sus cuerpos, Edward, inclinado sobre ella, sujetando sus antebrazos con sus manos, su caras enfrentadas, a pocos centímetros la una de la otra.

La mirada de Elsy se serenó de pronto y la sonrisa de Edward dio paso a una expresión solemne.

Sus labios se unieron en un beso largo y deseado.

“Te quiero”, pensó Edward, intensamente, lleno de pasión.

Sin embargo, las palabras, nunca llegaron a ser pronunciadas.

## CAPITULO 10

Dos meses después

El día crítico había llegado. Elsy llegó a Nueva York por la mañana y tanto Edward como Graham fueron al JFK a recogerla. Graham le propinó una palmada en el hombro de su amigo cuando vio aparecer a su colega femenina, vestida elegantemente con un traje de tweed muy femenino. “Es mucho más guapa de lo que me habías dicho”, le murmuró a su amigo, justo antes de estrechar la mano de la joven y dirigirle una de sus mejores sonrisas.

Edward no las tenía todas consigo. Había sucedido algo extraño durante las últimas semanas en las que había vivido alejado de su incipiente amor, y era que la relación se había enfriado inexplicablemente. Edward no sabía cómo había sucedido exactamente. Los primeros días apenas pudieron conversar por teléfono, aunque sus conversaciones eran risueñas y alegres, eran cortas, ambos ocupados por el reto que se erigía ante ellos. Graham le aguardaba con una montaña de trabajo que debía ser atendido sin demora. Los experimentos habían continuado en su ausencia y era necesario revisar aquella montaña de resultados. Cuando no le abrumaba Graham con el trabajo pendiente e intentaba centrarse en conversar con Elsy, parecía que las horas nunca eran las apropiadas. A menudo mantenían conversaciones breves en presencia de terceros, donde parecía imposible encontrar un tono y unas palabras que sonaran con calidez. Otras veces Edward, conocedor de los horarios de Elsy, se daba cuenta o que era demasiado tarde, ella se acostaba temprano, o que debía hallarse en plena sesión docente en la Universidad y se limitaba a enviar mensajes de texto, cortos y sin demasiada gracia. Su espíritu científico era deficitario de recursos literarios. Finalmente, un pequeño malentendido pareció erigirse como una fría barrera entre los dos. Se dio la circunstancia de que pasaron dos días sin que lograran comunicar el uno con el otro. Al tercer día Graham notó a Elsy menos cariñosa y más distante que

anteriormente, y no supo encontrar las palabras para cambiar su humor. Al colgar pareció que algo se había roto en su interior. No parecía grave, pero Edward notó que la alegría que lo embargaba días atrás ya no estaba presente en él.

Por otro lado, los consejos de Graham aliviaron su conciencia, dado que su ánimo, indeciso y tímido, no sabía cómo proceder o qué decir a una chica cuya belleza seguía intimidándolo.

—Mira Cooper, si quieres que te de un consejo fundamental que vas a agradecer durante toda tu vida, atiende. A una mujer no le puedes mostrar nunca tu desesperación por ella. Si le llamas demasiado a menudo como un perro babeante en celo, lograrás despertar su desprecio. Créeme, amigo, déjala respirar y que suspire por ti.

Cuando Edward además confesó que tenía interés en tomarse unos días libres para visitar por sorpresa a Elsy, Graham lo desestimó por completo.

—¿Sabes que tenemos fecha y hora con el señor Curtis? Vamos contrarreloj y ese es un lujo que no nos podemos permitir. No te preocupes, amigo, ya tendrás tiempo para hacer de Don Juan cuando nos suelten esos millones de dólares, —le decía mientras apoyaba su mano sobre el hombro de Edward y lo apretaba ligeramente, una señal de empatía masculina.

Era verdad que el tiempo había pasado volando, pero un creciente malestar se había apoderado de Edward, que era consciente que algo no había marchado como debía y que además no había sabido cómo abordar ese distanciamiento por teléfono o con mensajes de texto.

Así estaban las cosas mientras Edward aguardaba, inquieto, el reencuentro con Elsy después de varias semanas de separación. Cuando la vio aparecer, rodeada de pasajeros que procedían del vuelo de Boston, experimentó un fuerte sentimiento de expectación como nunca antes. Una mezcla de nerviosismo, alegría... y miedo.

\*\*\*\*\*

De inmediato la química que había alimentado la conversación entre la neurocientífica y el ingeniero se enriqueció con la presencia de Graham. Su figura alta, pero bien proporcionada, contrastaba con la más menuda de Elsy y

Edward, como la de un hermano mayor que tutela a dos hermanos menores, pero como era habitual en él, su personalidad extrovertida captó la atención de la joven, que rápidamente se contagio de su espíritu optimista. Los nervios por la próxima reunión mantenían a los tres tensos, pero con el ánimo dispuesto a bromear. Finalmente se sentaron en una cafetería del aeropuerto con la intención de realizar un último repaso de cómo abordar el encuentro con el señor Curtis que tendría lugar unas horas más tarde. Cada cual sabía cuál era su papel y cómo exponer la materia en la inminente reunión que todos consideraban crítica. Graham y Edward contaban con experiencia y habían perfilado los puntos que en la ocasión anterior habían quedado más débiles, pero Elsy había aportado, con buen sentido crítico, una importante serie de mejoras que habían enriquecido el dossier considerablemente que tendría que defender ante el directivo.

\*\*\*\*\*

La reunión con el señor Curtis se producía cuatro meses después de su primer encuentro, y desde el primer momento resultó evidente que tuvo como principal catalizador la presencia de la atractiva neurocientífica. El ejecutivo quedó cautivado por su inteligencia y la sucinta exposición de los argumentos. Éstos habían mejorado notablemente. Las partidas presupuestarias se habían desglosado en una apariencia de mayor exactitud que agradó al economista, y el planning de las etapas de innovación y desarrollos tecnológicos, un árbol que había ganado en ramaje y definición, contaba con márgenes de tiempo mayores, lo cual lo hacía más costoso, pero también más realista, y propició igualmente que la propuesta ganara puntos. A pesar de no ser ingeniera, Elsy contaba ya con experiencias notables en el desarrollo de investigaciones financiadas por el MIT y agentes privados, y sabía de las habituales demoras burocráticas, de los retrasos derivados de problemas imprevisibles y que, sobre todo, las cosas nunca salían bien a la primera. Se requería un esfuerzo intenso y tenaz, grandes dosis de humildad, y una sabia actitud de predisposición a aprender de los errores, todo lo cual consumía el principal recurso; tiempo.

—Con este dossier puedo implementar una estrategia de captación de

fondos, —murmuró el señor Curtis una vez finalizó la exposición y los debates relacionados con aspectos menores del memorándum—. No me interpreten mal. Estamos en la fase preliminar y no estoy dando ningún visto bueno a nada, simplemente recuerdo que ahora cuento con material que puede ser estudiado seriamente por nuestros asesores. —Mientras miraba pensativo el memorándum, el ejecutivo emitió un sonido grave, como un ronroneo, pensando por donde abordar la continuación de sus explicaciones. — Nuestro despacho dispone de importantes recursos financieros, pero habitualmente contamos con socios externos. Sería importante igualmente que ustedes mismos estuvieran implicados, no solo con la aportación de su trabajo, sino con garantías sobre el capital. Esa circunstancia dice mucho a los potenciales inversores, como se pueden figurar. El grado de compromiso, ¿entienden?

Los tres intercambiaron miradas, buscando algún gesto de vacilación. Fue Graham el que habló por todos.

—Por supuesto que lo entendemos y es algo con lo que puede contar, —respondió con el mismo convencimiento con el que el capitán de un equipo de rugby asegura a sus compañeros que van a ganar el encuentro que está a punto de empezar. Edward sintió que acababa de suceder algo crucial pero cuya trascendencia se le escapaba.

El señor Curtis se había expresado profesionalmente, pero la sonrisa final con la que concluyó resultaba harto explícita. El proyecto le agradaba, era evidente. Elsy había explicado pormenorizadamente, incluso mejor que Graham, puesto que era su especialidad, las tecnologías que surgirían del proceso, así como los bienes de consumo y aplicaciones informáticas que podrían ser objeto de producción por parte de la sociedad que se constituiría para el desarrollo de la primera Inteligencia Artificial construida por el hombre. Entre ambos habían logrado transmitir su entusiasmo al ejecutivo. Edward por su parte había apuntado los detalles de cómo se desarrollarían las tecnologías implicadas en el proceso de creación de una Inteligencia Artificial. Engramas neuronales artificiales, impresores 3d de altísima resolución, y, por supuesto, todo subyacía en la teoría pensamiento modular de la neurocientífica. El prototipo que Graham y Edward habían construido, y cuyos prometedores resultados habían sido desgranados en la exposición, se

basaban en ese precepto.

Cuando se despidieron, el señor Curtis les comunicó que iba a proceder a informar a la Junta en las próximas horas, así que en muy breve plazo iban a tener confirmación si el proyecto seguía adelante, o era sencillamente descartado. Era el visto bueno crucial. Si lo obtenían pasarían a realizar diversas auditorías técnicas, se les exigiría la pertinente revisión por pares de su prototipo, y se pondría en marcha la constitución de la sociedad industrial. Cada una de esas etapas suponía la existencia de nuevos puntos críticos, pero no parecían tan insuperables como el inicial. Después se abordarían una serie de tareas más prosaicas; la adquisición de terrenos, edificación de naves industriales, la contratación de personal y la compra de los bienes de equipo imprescindibles. La empresa se constituiría con tres divisiones principales, al frente de cada una de ellas se situaría cada uno de los promotores científicos en función de su especialidad y aptitud.

Los tres amigos abandonaron el edificio de la sede central de Endeavour Capital embargados por distintas emociones. Edward sentía una extraña incomodidad. Ahora que Elsy estaba con ellos, la complicidad que mantenía con ella parecía haberse diluido... o lo que era peor, parecía que la acaparaba por completo Graham.

—Conozco un restaurante junto al río... en la zona de los muelles, que sirven el mejor pescado fresco de la ciudad, —comentó Graham. —Esta sesión de tortura me ha dejado hambriento. Me comería una ballena.

—Yo estoy igual, —exclamó con expresión agotada Elsy. —No creí que esta reunión nos fuera a resultar tan dura, la verdad. Si lo llego a saber os dejo el trabajo a vosotros dos, chicos... y me ahorro el viaje, —concluyó mientras apoyaba sus manos en los hombros de sus compañeros.

Edward quería haber hecho algún comentario, pero Graham estaba siempre más avisado para replicar con sarcasmo o ironía.

—De eso nada. Tú y tus estudios tienen gran parte de culpa en que estemos en este embrollo. Si no hubiéramos sabido de tu teoría... jamás nos habríamos planteado algo ni remotamente similar. Así que ya era hora que sufrieras la misma pena que nosotros...

—Ahora voy a tener la culpa yo...

—Por supuesto...

Y ambos se enzarzaron en una exagerada recriminación de quien tenía más culpa en el revolucionario planteamiento que los había llevado hasta allí, y aunque Edward reía sus ironías, apenas intervenía en sus dimes y diretes. Sentía como la dulce expectación que había alimentado en las últimas semanas se iba diluyendo, dejando tras de sí un amargo regusto.

\*\*\*\*\*

Pasearon por la gran manzana sin saber muy bien a dónde ir. Habían dejado el equipaje de Elsy en su hotel desde primera hora, y libres de obligaciones y expectantes por la llamada pendiente del ejecutivo de Endeavour Capital, no se decidían a despedirse y aguardar cada cual por su cuenta el desenlace de su solicitud. Elucubraban sobre lo que pasaría. Oleadas de optimismo eran seguidas de sentencias más realistas en las que se hacían una idea de que tal vez debieran trasladar su planteamiento a otros fondos de capital riesgo.

Almorzaron finalmente en el sitio que había sugerido Graham y mantuvieron una larga sobremesa en la que el restaurante se vació. Los camareros prepararon el servicio para la cena y respetaron su conversación sin instarles a abandonar el local. Su cuenta inacabable de licores y copas alimentaba una tertulia sin fin. El alcohol propició que la conversación derivara de los temas más profesionales a los más personales y anecdóticos, y a menudo reían con fuerza los relatos que cada cual exponía. Eran habituales que las vivencias de Graham y Edward las contara el primero con gran acierto. A menudo Edward añadía detalles que reforzaban la comicidad de las situaciones y Elsy reía con ganas. Pero ella no se quedaba atrás en cuanto a experiencias susceptibles de hacer reír a sus compañeros.

Así, cuando el teléfono móvil de Graham sonó inesperadamente, tomó a todos completamente desprevenidos. Se hallaban tan entretenidos en su charla que el señor Curtis y Endeavour Capital parecían cosa del pasado. Tardaron unos segundos en que sus semblantes se serenaran y comprendieran que esa llamada podría cambiarles la vida.

—Sí, dígame, —replicó Graham displicente cuando descolgó.

Murmuró a continuación varios síes mientras mantenía su expresión imperturbable y solemne.

Después pareció que atendía una explicación, pero su rostro no se inmutó lo más mínimo, y tras un largo minuto de espera retomó la palabra.

—Por supuesto que estamos a su disposición, señor Curtis, —concluyó Graham a modo de despedida.

Tanto Elsy como Edward se prepararon para lo peor. Acostumbrados a la efusividad de Graham, aquel comportamiento tan sereno y serio solo podía venir asociado a malas nuevas. Sin embargo, cuando Graham pulsó el botón rojo para finalizar la llamada, su expresión se alteró enormemente.

—Damas y caballeros, ¡disponemos de algo más de seiscientos millones de dólares para ir de compras! —Exclamó contagiando de inmediato a sus colegas su alegría intensa.

Los tres irrumpieron entonces en sonoros gritos de emoción. Hasta ese momento no habían sido conscientes de la enorme tensión acumulada en las últimas horas. Después sobrevino un periodo de calma en el que el ánimo se fue serenando, en la medida que iban asumiendo las nuevas responsabilidades. Era claro que no disponían de esa suma de dinero, como Graham había asegurado precipitadamente, sino que contaban con el visto bueno del Consejo de Endeavour Capital para seguir estudiando el proyecto. Era la mejor noticia que podían tener en ese momento.

Aún así Graham no paraba de hablar, diciendo lo que debían o no debían hacer, cuál sería el procedimiento de constitución, los auditores cómo iban a supervisar la creación y puesta en marcha de la sociedad mercantil, y de los primeros pasos para la elección de una junta ejecutiva que llevara la administración de la sociedad. El señor Curtis había brindado varias posibilidades que debían irse estudiando caso de que se confirmara la financiación y Graham las expuso añadiendo sus impresiones personales a cuanto a los asesores ejecutivos sugeridos. Sin embargo, Edward apenas prestaba atención a sus palabras.

Una emoción absolutamente contradictoria lo embargaba. Debía ser el día más feliz de su vida, pero no era así. Una sombra extendía un manto de frialdad sobre el acontecimiento. De pronto había sido consciente que para él,

ese día, no sólo representaba una fecha crucial para arrancar el proyecto de Artificial Systems con el que llevaba años soñando, una meta que podría ocupar por completo su vida, el idear y hacer real la primera Inteligencia Artificial que creara la humanidad. También era la fecha del reencuentro con Elsy. Y ahora, al verla tan embelesada, hipnotizada, por la energía y vitalidad de Graham, sin que él pudiera apenas captar su atención, sentía como un frío glacial iba apoderándose de su corazón. Y conforme las palabras que pronunciaban sus compañeros se iban convirtiendo en un eco lejano que apenas comprendía, fue dándose cuenta de que tal vez el propio Graham incurría en un comportamiento que no era correcto. ¿No sabía ya Graham que él estaba enamorado de aquella mujer? ¿No le había contado una y mil veces cómo había sido su estancia en Boston? ¿Cómo había evolucionado la relación? ¿El beso en los bosques de Pisgah? Sí, Graham sabía todo ello, pero ocultaba la atracción hipnótica que estaba ejerciendo sobre Elsy en el alboroto que rodeaba el acontecimiento del día.

“Debo hablar con él sin falta sobre este asunto”, determinó, intranquilo.

Edward sentía como una oleada de enfado crecía en su interior, pero el pensamiento, la decisión de llamar la atención del comportamiento de su amigo lo serenó lo suficiente como para retomar y compartir la alegría de sus compañeros. Vacío el último chupito de vodka de un trago y se lanzó de nuevo a la vorágine de la conversación.

Ya empezaban a llegar comensales al restaurante con la intención de disfrutar de una cena tranquila y ellos se encontraban demasiado animados. Sentían que debían abandonar aquel local que les resultaba opresivo después de tantas horas de permanecer en su interior. Necesitaban respirar aire fresco, y después, tal vez, otro local, otro ambiente. La noche era joven.

En el exterior había refrescado. Pasearon sin rumbo fijo durante una larga hora cerca del río hasta llegar sin querer a Wall Street. Allí retomaron las bromas.

—¡Dentro de poco cotizaremos aquí y seremos los reyes de la Bolsa! — exclamó Graham con aire de payaso mientras Elsy le hacía unas fotos posando en la fachada de la sede de la Bolsa en posturas cómicas.

Después de ingerir tanto alcohol decidieron comer unos perritos calientes

de un puesto callejero y finalmente dieron con un pub de ejecutivos sobrecargado con decoración de los Nick's, cuya música ruidosa invitaba a la diversión. A pesar de que había poco público, Graham sacó a bailar a Elsy primero y después animó a Edward. Siguieron bebiendo, el local se llenó de gente y el alcohol transformó las sensaciones de Edward en sentimientos confusos y amortiguados. El pensamiento de que debía hablar con Graham era la única idea nítida que mantenía en su cabeza. Incluso la aprobación del proyecto por parte de Endeavour Capital resultaba una cuestión secundaria. Lo que de verdad le dolía era la percepción de que Graham se estaba interponiendo entre él y Elsy. La mano de Graham a menudo se apoyaba sobre el antebrazo de la mujer y esa visión le causaba un incómodo dolor.

La noche se hizo larga, larguísima para Edward. Poco a poco iba percibiendo que la conversación, las bromas, las risas, eran patrimonio exclusivo de Graham y Elsy. Él quedaba relegado, apartado, durante interminables minutos. El sonido explosivo de la música impedía que los tres conversaran a la vez. Cuando ellos reían, Edward se veía obligado a preguntar a posteriori sobre la causa de la risa, y finalmente, incluso dejó de interesarse por ello.

Decidió retirarse sin despedirse.

Tomó un taxi que le llevó a su apartamento alquilado cerca de Central Park. Se tiró sobre la cama, sin desvestirse, y en poco tiempo el sueño logró apagar la ansiedad que se había adueñado de su espíritu. "Maldito Graham", fue el último pensamiento lúcido que brilló en su mente antes de sumirse en la inconsciencia.

Descansó poco y mal. La luz del alba lo despertó, y durante una larga hora dudó sobre lo que era más conveniente hacer. Aunque era festivo, aprovecharían para mantener la primera reunión seria de trabajo. Probablemente se llamarían a media mañana y antes del mediodía se reunirían para empezar a tomar decisiones... pero la idea que había quedado fija en su recuerdo lo sacudió de su sopor. Debía hablar con Graham cuanto antes sobre su comportamiento con Elsy. No quería que volviera a repetirse la situación de la víspera. Él había empezado algo con ella, y Graham no debía interponerse.

Fue en moto hasta el piso de Graham, que se situaba no demasiado lejos,

junto a la Universidad de Columbia. Era temprano y no era un día laborable. Apenas había tráfico en la ciudad y el asfalto brillaba con la humedad de una llovizna nocturna. El piso de Graham era propiedad de su familia. Sus padres contaban con una importante fortuna que provenía de antepasados terratenientes. No habían sido ni emprendedores ni empresarios, sino simples administradores de un patrimonio que les había permitido vivir de una manera desahogada generación tras generación. Edward siempre había atribuido a esa ausencia de problemas económicos y al hecho de que Graham siempre había tenido lo que había deseado, el carácter tan despreocupado de su amigo.

Edward pensaba en estas cuestiones mientras subía al decimosegundo piso del edificio. Una vez emplazado frente a la puerta de la vivienda, debió tocar varias veces el timbre. Daba la impresión de que no había nadie en el interior. Insistió. Finalmente oyó un rumor de puertas y unos pasos. Le alarmó el sonido de unas voces lejanas y una risa femenina.

Pero antes incluso de que su imaginación pudiera reconstruir la idea de lo que había sucedido, la puerta se abrió y se encontró, frente a frente, con Elsy, ataviada con una camisa de Graham que le quedaba grande, como única vestimenta.

La expresión de Edward se descompuso, y Elsy se azoró por completo.

Era verdad que no había nada oficial entre ellos.

Era verdad que no existía ningún género de compromiso.

Era cierto que Graham había ejercido una intensa atracción sobre ella.

Pero ambos sabían que aquello estaba rematadamente mal.

Edward fue incapaz de pronunciar palabra. Dio media vuelta y tomó el ascensor que aún permanecía en la planta mientras oía a Elsy musitar su nombre, alarmada por el efecto devastador que su encuentro había provocado en su amigo.

Pero Edward no lo oyó. En su interior el mundo se precipitaba hacia un abismo, y el estruendo le impedía percibir nada de cuanto acontecía en su derredor.

## CAPITULO 11

Edward Cooper se despertó abrumado por un hondo malestar. Podría decir que le dolía todo, como una tremenda resaca después de haber abusado sin control de la bebida. Apenas recordaba nada.

No tardaron en acudir a su memoria los primeros recuerdos. Una intensa emoción malsana brotaba de la boca de su estómago y parecía expandirse en el interior de su cuerpo como una nube maléfica.

¿Qué recordaba? La expresión descompuesta de Elsy al abrir la puerta del piso de Graham. ¿Era tristeza o rabia lo que sentía? ¿Decepción? Seguramente era una mezcla de sentimientos negativos que le procuraban un agrio malestar. ¿Qué sería del programa ahora? ¿Cómo podría trabajar codo con codo con sus colegas sintiendo esa furia, vergüenza, abatimiento dentro de él? No podría volver a mirarlos a la cara sin que todo ello se abalanzase sobre él, coartando cada palabra que quisiera pronunciar, abortándola, envenenándola.

Unos pitidos lograron sacarlo del ensimismamiento en el que se encontraba. La habitación estaba en penumbras, pero unos leds luminosos parpadeaban cerca de la cama. ¿Qué era aquello? Le costó horrores enfocar la vista, pero después de parpadear incesantemente sus ojos, ya humedecidos, parecieron responderle mejor. Sus pupilas lograron enfocar un aparato que emitía leves destellos y una interfaz que, por lo que aparentaba, marcaba su pulso.

No estaba en su piso de Manhattan, ni mucho menos. Desconcertado se dio cuenta de que se hallaba en lo que parecía ser la habitación de un hospital.

Intentó levantarse, pero fue un deseo fallido. Su cuerpo no respondía. Alarmado se preguntó qué le sucedía. Intentó recordar lo último que había hecho a fin de aclarar su situación. Era por la mañana temprano. Un día gris, festivo. Había cogido la moto para dirigirse a casa de Graham. No había tráfico y en pocos minutos había hecho el fatídico descubrimiento. Después había tomado la moto... ¿dónde había ido? ¿A su casa? No lo recordaba. Poco

a poco el desasosiego por su nueva situación eclipsó sus anteriores preocupaciones.

Intentó levantar el brazo derecho, pero fue inútil. ¿Estaría tetraplégico? ¿Habría sufrido un accidente que le habría de postrar en la cama definitivamente? Su corazón se le aceleró. Los pitidos del cardiograma lo corroboraban. Se centró en la mano. ¿Sentía algo? ¿Sus dedos? Se concentró por completo, tanto que sintió gotas de sudor en sus cabellos... y de pronto lo notó. Había movido un dedo, el índice, y después el meñique... y el pulgar. Cada uno de ellos, levemente, le permitía sentir el tacto de las sábanas.

Hizo lo mismo con los pies, y finalmente se hizo patente que sus dedos se movían, incluso logró girar levemente el pie y pudo constatarlo al ver el movimiento de las sábanas. Se sentía perplejo. ¿Qué había sucedido? No podía recordar.

Debía ser de madrugada. Logró identificar la ventana de la habitación. Un store amortiguaba la luz amarillenta del exterior, procedente de las farolas callejeras, que se filtraba por los extremos de la persiana. Quería saber la verdad. Tenía tanto que hacer, tantas decisiones que tomar que se sentía desbordado.

Debía levantarse de la cama.

Intentó girar su cuerpo, pero una oleada de dolor acompañaba cada movimiento, cada intento, como si estuviera atravesado por una infinidad de agujas que lo torturasen. No cejó en su empeño. Poco a poco las articulaciones y músculos iban respondiendo a su voluntad. Se sentía débil y un intenso mareo casi lo hizo caer de la cama cuando por fin logró sentarse con las piernas colgando. El sensor del pulso se desconectó y una alarma que sonaba tenuemente sustituyó a los pitidos. ¿Dónde estaría su ropa? Había un armario junto a la puerta. Tendría que andar hasta allí.

De pronto la puerta de la habitación se abrió. Una enfermera de bata blanca se quedó plantada con expresión de sorpresa, sin atreverse a entrar en la habitación. “Dios mío” fue lo único que dijo una y otra vez. Finalmente se acercó a Edward y le ayudó, casi le obligó, a tumbarse de nuevo en la cama. Edward quería hablar, quería preguntar, pero comprendió que la lengua, pegada en la base de su boca, se negaba a colaborar en su tarea. Unos leves

murmullos era lo único que podía emitir. Las preguntas morían en las cuerdas vocales sin llegar a convertirse en sonido.

—Le voy a poner un sedante para el dolor. No se preocupe. Mañana verá al doctor.

La enfermera manipuló con eficacia los catéteres a los que Edward se encontraba conectado, y finalmente en uno de ellos, que finalizaba en una gran bolsa de suero, añadió una pequeña dosis de una sustancia incolora y transparente.

Una sensación de sopor fue haciéndole regresar a Edward al mundo de los sueños. Mientras tanto otra enfermera había llegado y preguntaba qué había sucedido.

—Un milagro, un verdadero milagro, —repuso la primera.

\*\*\*\*\*

—¿Qué recuerda exactamente?

Un doctor de cabellera cana y ojos castaños le miraba sonriente a través de unas gafas cuadradas de montura de pasta negra.

—Había ido a casa de un amigo,... de alguien... —Edward rectificó al darse cuenta de que ya no podía referirse a Graham en esos términos,- ...en moto, junto a la Universidad de Columbia. Eso fue por la mañana... ayer o antes de ayer ... temprano.

El doctor hojeó el portfolio que llevaba en la mano.

—¿Antes de ayer por la mañana?

Edward le miró con expresión confusa. Apenas podía hablar y menos explicarse con muchos detalles. Todo parecía neblinoso.

—Señor Cooper. Fue ingresado el trece de mayo de... hace tres años. Lleva en estado de coma todo ese tiempo. Sinceramente, jamás pensamos que lograría salir con bien, pero ... enhorabuena. Es joven, tiene una vida por delante, y por lo que estamos viendo no parece que tenga secuelas graves. Habrá que examinarlo a fondo en todo caso.

El doctor hizo una pausa mientras esperaba a ver cómo digería Edward aquella información. El ingeniero había sentido una sensación como de desmayo. Cerró los ojos y le costó una enormidad volver a abrirlos, volver a

enfrentarse a una realidad que no esperaba encontrar.

—Sobrevivió a un duro accidente de tráfico. Al parecer se saltó un semáforo en rojo y un autobús del servicio público lo arrojó. Se le hicieron varias transfusiones de sangre y le operamos de sendas fracturas en brazo y pierna izquierdas. Están bien curadas porque fueron roturas limpias. Eso sí. Fue ingresado en coma... y ha permanecido en ese estado hasta la fecha.

Edward suspiró.

—Apenas puedo moverme.

El doctor sonrió, y soltó una corta risa cargada de naturalidad.

—Eso es de lo más normal. Lleva demasiado tiempo tumbado en esa cama sin ejercitar un solo músculo. Le espera un periodo de recuperación y convalecencia que dependerá de usted que sea más o menos largo. Pero me parece que cuenta con una constitución de atleta, porque lo era,... ¿verdad? Sí, apostaría a que se recuperará rápidamente, ya lo verá. Su vida le está esperando... salga a por ella, —concluyó con una espléndida sonrisa.

\*\*\*\*\*

Apenas pudo moverse, Edward se volcó en descubrir qué había sido de su proyecto inversor. Acudió al navegador de su móvil. Quería saber.

No encontró el nombre de la sociedad con la que inicialmente Graham y él habían decidido fundar su industria. Pero buscando a Graham Lycoon pronto encontró rápidas y abundantes respuestas a las preguntas que se estaba haciendo.

Sí, finalmente Endeavour Capital había financiado el proyecto pero Artificial Systems se había convertido en Lycoon Industries. Había arrancado como un proyecto ambicioso que había logrado la atención de muchas revistas online. No había tardado en salir a bolsa. Su evolución inicial había sido vertiginosa. Sin embargo, dos años después de su nacimiento, había sufrido un duro desplome del valor de sus acciones del cual no se había recuperado. Las noticias parecían confusas y la mente de Edward le costaba poner en orden la información, pero su conclusión final parecía certera: En la actualidad Lycoon Industries había sido absorbido por un importante holding sanitario, Boston Medical Corp.

Graham y Elsy se habían casado. Al buscar sus nombres a la vez la noticia era fácilmente localizable. No había muchas referencias, pero a los pocos meses de haber sufrido él su dramático accidente se había producido el enlace matrimonial. Edward permaneció durante una hora larga mirando la pantalla de su móvil, con su mente completamente abstraída de todo, sufriendo un dolor que ejercía sobre él la adicción de una droga. Una enfermera le vino a advertir que a las diez de la noche debía descansar y se vería obligada a retirarle su smartphone en caso de que no siguiera las directrices médicas.

Para Edward había sido solo dos días antes cuando había sorprendido a ambos consumando su traición. Y ahora se habían casado. Un hondo sentimiento de fatalidad se adueñó de él.

Comprendía que todo aquello pertenecía al pasado. No podría modificarlo, no podía poner sus manos sobre los acontecimientos y modelarlos a su gusto, por más que quisiera, y borrar, sobre todo, aquel incidente profundamente desagradable. No podía hacer nada. Es lo que había sucedido. Tenía que aceptarlo... si tal cosa era posible.

Esa noche Edward lloró como un niño en la habitación de la residencia que le habían asignado. Se encontraba en Nueva Jersey y no tenía a nadie a quien llamar o a quien le apeteciera ver. Parecía, que como bien había dicho el médico que le había atendido dos días antes, tenía una vida por delante que debía recuperar. Y debía ser una vida nueva, completamente nueva.

Edward inició la rehabilitación con todo el ímpetu del que era capaz. Dedicaba más horas de las que establecía el programa, pero los fisioterapeutas no ponían impedimento alguno porque observaban que el ingeniero acometía las sesiones con verdadera voluntad de recuperación. No mostraba signos de agotamiento o debilidad, y progresaba a ritmo notable. En dos semanas estuvo listo para abandonar el hospital. Las secuelas del accidente se iban a limitar a algunas cicatrices en el cuerpo y a otras apenas discernibles bajo el cuero cabelludo.

La rehabilitación prosiguió, su estado físico mejoró, y por fin le dieron el alta de la residencia. Edward Cooper sabía lo que quería hacer. Regresaría a Boston, a su ciudad natal, que había dejado tantos años atrás para vivir en Nueva York. Había sido idea de Graham que se mudara allí para poder

trabajar juntos y presentar en las distintas firmas de capital riesgo su solicitud de financiación. Ahora quería regresar a su hogar.

Aunque ni Graham ni Elsy le habían dejado ninguna nota personal, sí se había ocupado de sus asuntos. Habían cancelado el contrato de alquiler de su apartamento y sus escasas pertenencias personales habían sido guardadas en un guardamuebles del cual el hospital le facilitó la llave que había permanecido en custodia. Parecía claro que ninguno de ellos contaba con que sobreviviera a su accidente. Mejor así, pensó compungido. Que me den por muerto, porque para mí ellos lo están, concluyó reiteradamente cada vez que pensaba en el asunto.

Conforme pasaba el tiempo y asimilaba su nueva situación una inesperada paz empezó a adueñarse de él. Sabía lo que quería hacer.

Fue justo al cumplirse los tres meses de instalarse en su piso de Boston cuando llamaron a su puerta. Un hombre y una mujer, elegantemente vestidos, se presentaron como agentes del FBI. Querían que los acompañase al lugar de un crimen. Edward se sentía desconcertado, pero no iba a negarse a colaborar con las fuerzas de la ley.

Fue con ellos.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 12

La agente Foster y Donald fueron recibidos por varios policías locales que custodiaban el acceso a la vivienda del asesinado exsenador Beake. Parecían no saber muy bien qué hacer con ellos, pero en cualquier caso les impidieron finalmente el paso. La agente Foster hizo un par de llamadas y logró que el agente Jim Raven, el enlace asignado para coordinar ambos cuerpos policiales, se presentara ante ellos pocos minutos después.

Lloviznaba y los agentes del FBI se habían sentado en un banco de Central Park, hartos de esperar de pie ante un portal precintado en el que la policía solo dejaba pasar a vecinos acreditados y mantenía alejada a la prensa y curiosos.

Jim Raven era un joven de cabello rubio claro y barba rizada y corta. Pretendía tener un aire veterano pero la agente Foster lo desarmó con un par de insolentes frases lapidarias. Su belleza y su aire profesional intimidaron al joven policía, y automáticamente su voz se hizo más quebradiza y afloraron las dudas sobre cómo afrontar su papel de intermediación.

—No sé si me está permitido que puedan acceder al lugar del crimen... Es decir, todavía está nuestro equipo forense interviniendo y por otro lado...

La agente Foster soltó aire por la nariz con fuerza, como si estuviera conteniendo un enfado incipiente y quisiera moderar las palabras que acudían a sus labios.

—Vamos a ver, —a la voz autoritaria de la mujer le faltó añadir la palabra “jovencito”, pero no había suficiente diferencia de edad para insertar ese calificativo, y finalmente se contuvo, —tenemos entre manos la investigación de un crimen que se asemeja extraordinariamente al que ha tenido lugar aquí, ... eso sin mentar el hecho de que estamos hablando de un exsenador. Si hago un par de llamadas se lo vamos a poner muy difícil.

La mirada de la agente se cargó de furia y el joven policía revolvía en los bolsillos de su flamante traje azul como buscando un subterfugio para salir del

atolladero. Al final pareció dar con una solución, que expuso con una sonrisa que pretendía ser natural.

—Ya sé lo que podemos hacer. Veamos las cámaras de seguridad. Está todo grabado... Seguro que no hay problema con ello... y podrán ver al asesino, según me han dicho.

Sonrió feliz.

—Cuando terminemos queremos ir a ver la escena del crimen antes de que los forenses retiren un solo cabello del lugar, ¿entendido? —Donald observaba preocupado que su enlace no mostraba un carácter resolutivo a ese respecto.

El joven enlace se apresuró a asentir y marcó un número de teléfono mientras cruzaban la avenida rumbo al edificio del siniestro. Tras la portería de la lujosa pero vetusta entrada del inmueble, accedieron al ascensor de servicio que se hallaba en un lugar mucho más discreto, lejos del barullo de policías de uniforme e inspectores forenses que conversaban en un corrillo. Para ello superaron varios cordones policiales y ambos agentes del FBI debieron colocar sus placas en lugar visible en el exterior de sus trajes.

Llegaron a la entrada de servicio del ático del exsenador que ocupaba dos plantas del inmueble. Tras el pertinente control, accedieron a través de un pequeño y anodino vestíbulo, a un pasillo estrecho que conducía al cuarto de seguridad.

—Siempre hay una persona aquí, pero cuando se inició el incidente y viendo que los efectivos de seguridad estaban siendo rebasados, el vigilante que se encontraba en la sala de videovigilancia subió en auxilio de sus compañeros. Es lo que tiene establecido el protocolo de seguridad del exsenador, —explicó Jim.

Los agentes asintieron. Seguidamente el enlace les presentó a Víctor Suárez, un hombre de mediana edad de origen mexicano, que era el agente de la empresa de seguridad que atendía el cuarto de vigilancia en ese momento. El enlace le solicitó que explicara lo que había acontecido a tenor de lo que mostraban las cámaras. Varios monitores ocupaban una pared de la sala, como un enorme y cambiante panel multicolor. Era fácil perderse en aquel galimatías de imágenes. Sin embargo, Víctor parecía desenvolverse muy bien. Se veía

que había hecho la misma exhibición de imágenes en más de una ocasión.

—En primer lugar, voy a seleccionar la hora y fecha del visionado... — comentó mientras manipulaba el teclado con agilidad. Levantó la vista y asintió satisfecho al comprobar que todo iba como deseaba. -Dieciocho horas y catorce minutos de la tarde de ayer. Fíjense en el monitor cinco—, señaló con su índice—. Es una vista panorámica del exterior de la terraza del ático. Vemos los invitados a un ágape que ofreció el exsenador ... se trataba de un evento de índole privada, según tengo entendido. Generalmente estos eventos requieren menor seguridad que cuando tenemos eventos públicos con muchas autoridades... En la vivienda se había desplegado el contingente normal de personas de seguridad para un acto de este tipo.

—¿Qué es eso que se ve allí?

La agente Foster señalaba algo que ondeaba en un extremo de la cámara. Pero no fue necesario que Víctor aclarase nada. A los pocos segundos una figura humana era claramente discernible. Colgaba de una cuerda suspendida en el aire. Poco después se veía fugazmente los bajos del helicóptero del cual pendía.

—¿Ese hombre es Tarzán o algo así? —exclamó incrédulo Donald cuando vio que el hombre ataviado con prendas oscuras se soltaba de la soga y caía peligrosamente cerca del límite del alfeizar que bordeaba la azotea.

El enlace tomó la palabra mientras el vigilante de seguridad les señalaba otra pantalla donde se podía ver mejor cómo seguía la acción.

—No llevaba armas, —informó el agente Raven en ese punto. —Procedía de una de las compañías de helicópteros que ofrecen tours a los turistas. Amenazó al piloto para cambiar la ruta. Mis compañeros están comprobando ese punto, pero todo indica que el piloto es de fiar. La empresa del tour efectúa un control de scanner de todo lo que llevan los pasajeros. Habría sido difícil que colara un arma... aún así parece que no tuvo problemas en superar a los guardaespaldas del exsenador... como van a ver. Inicialmente los hombres del exsenador no usaron armas, pensando que reducirían con facilidad al intruso. No querían que la situación se hiciera más violenta de lo estrictamente necesaria... Son las reglas.

Los cuatro observaron la escena de la breve pelea en la que el asesino

anulaba a dos de los guardaespaldas y cuando finalmente los hombres desenfundaban sus armas el fugitivo se había mezclado entre el público que huía asustado.

Escasos segundos después Víctor indicaba otro monitor donde se observaba al intruso, ya en el interior de la vivienda, quieto, como aguardando algo.

—Es curioso que no tomara el camino más fácil hacia el despacho del exsenador... —explicó Víctor casi hablando para sí.

—Explíquese.

—Aunque hay un largo pasillo por el ala norte de la casa que llega directamente desde el ático, siempre hay dos personas apostadas en su puerta. Fíjese... —señalaba un largo corredor en el que dos siluetas de hombres trajeados eran claramente discernibles al fondo del mismo. —El asesino se quedó quieto junto a la puerta del pasillo. Era una situación arriesgada porque los guardaespaldas de la terraza iban tras él y no contaba con demasiada ventaja. Ahora presten atención a lo que sucede ....

La agente Foster y Donald siguieron con interés las indicaciones de Víctor. Por un lado, los agentes, por otro lado, el fugitivo. El plano en el que se le veía era cercano. Una silueta de hombre alta, de pelo claro, largo, ensortijado y anudado en una tosca coleta. Además, lucía una espesa barba. En un segundo su mirada, de reojo, pareció reparar en la existencia de la cámara que le enfocaba.

—¡Pare! —ordenó Donald. Y se aproximó al monitor a fin de guardar sus rasgos en su memoria. ¿Era rabia, desconfianza, determinación... lo que expresaba la mirada del hombre?

—La imagen se ha difundido ya entre todos los cuerpos de seguridad del país,- informó con satisfacción el joven enlace policial. —Pronto será identificado.

Donald asintió y el vigilante reanudó la reproducción. Entonces sucedía lo extraordinario de la maniobra del fugitivo que ya les había anticipado el vigilante. Durante breves segundos los guardaespaldas del despacho del exsenador desaparecían por una puerta lateral. Algo había llamado su atención. Era ese justo el momento elegido en el cual el fugitivo decidía

introducirse en el pasillo, a tiempo de esquivar a los guardaespaldas que llegaban de la terraza con sus pistolas desenfundadas. Donald exclamó un “caramba” por la extraordinaria precisión del movimiento. Una vez en el pasillo utilizaba una cómoda para ralentizar el paso de sus perseguidores, y accedía al exterior por una de las ventanas y la volvía a cerrar delicadamente. Era entonces cuando los guardaespaldas regresaban a su posición y los que procedían de la azotea entraban igualmente en el pasillo. Las cuatro personas de seguridad ignoraban en ese momento que el asesino estaba a muy pocos metros de ellos, en precario equilibrio en el alfeizar que bordeaba el ático del exsenador.

—Dios mío, parece una escena ensayada... —exclamó incrédula la agente Foster.

Hubo una pausa en la que el fugitivo desaparecía de escena. Los guardaespaldas empezaban a registrar las distintas dependencias cuyas puertas lindaban con el pasillo. No se les ocurrió pensar en la jugada arriesgada de salir al estrecho pretil que rodeaba el ático por el exterior.

—No hay cámaras de seguridad en las dependencias privadas del exsenador y su mujer, —comentó el vigilante. —En estos momentos es cuando se produjo el asesinato.

Observaron a través de las grabaciones de las cámaras de seguridad de diversas estancias a los invitados huyendo y a los equipos de seguridad controlando el desalojo del público a fin de evitar la huida del fugitivo. Pasaron varios minutos, hasta que el vigilante les llamó la atención sobre otro de los monitores. Observaron a dos personas que accedían desde una ventana del ático a una pequeña estancia que además de a sendos pasillos, permitía el acceso a la planta inferior.

—Es la escalera de servicio del personal del exsenador.... —comentó Víctor.- La mujer que acompaña al asesino no la hemos identificado como una de las invitadas. He repasado varias veces el acceso de todas las personas al ático del exsenador... y esa no la tengo registrada. La única opción que se me ocurre es que utilizara el acceso personal del exsenador, ... es la única puerta que no tiene videovigilancia.

Donald prestó atención a la imagen. Un hombre, el asesino, y una mujer de

pelo lacio y claro descendieron por las escaleras. De nuevo se produjo una situación paradójica que Víctor remarcó. Frente a la puerta de acceso a la vivienda transitaban varios policías de camisa azul y placa visible, que sin duda querían controlar el acceso a la vivienda del exsenador, pero fruto de la confusión desestimaron la puerta de servicio, muy discreta y sin señalización alguna, y se dirigieron al final del pasillo donde se encontraban las puertas principales y donde se aglomeraban invitados y vigilantes.

—Salen al pasillo de ascensores cuando no hay nadie que los pueda ver...  
—comentó Víctor. —Observen.

—Detenga la imagen ahora... —ordenó imperativo Donald mientras sentía como la sangre se agolpaba en la cabeza, consecuencia de la impresión que acababa de recibir.

La imagen se congeló. Donald examinó los rasgos borrosos de la mujer.

—Me recordó a una persona que conozco... pero no, es imposible que se trate de esa mujer, —comentó incrédulo por quien le había parecido tratarse. Era una situación descabellada. Sencillamente era imposible que su antigua jefa de sección, Grace Lowry, estuviera huyendo con el asesino del exsenador Beake como si fuera su cómplice.

## CAPITULO 13

Donald regresó a Boston con un profundo sentimiento de decepción.

Parecía que la investigación del crimen de Graham Lycoon había tomado un giro inesperado que hacía que todo se condujera en modo automático y fácil. La agente Foster y el jefe Harrelson habían charlado por teléfono y convenido las principales líneas de actuación. Se estaba procediendo a identificar al sospechoso, así como a la que parecía ser su cómplice.

Respecto al hombre, una investigación preliminar apuntaba a un exmarine licenciado hacía pocos años del que se tenía constancia que no había llegado a adaptarse a la vida civil, Lance Philby.

Por otro lado, no iban a verificar la autopsia del cadáver, algo que exasperó a Donald, que no comprendía la aquiescencia con la que su compañera había aceptado las explicaciones de índole burocrático que la policía metropolitana les había brindado. Habían aceptado el informe forense tal cual. Su jefe no había puesto pegas y a la agente Foster le extrañó el interés de Donald por ver con sus propios ojos el cadáver del exsenador. Fue una cuestión que se obvió que a Donald le ocasionó un desagradable malestar. “Cariño, lo han matado a base de asestar puñaladas en sus cuencas oculares”, se limitó a decir Danna Foster con tono maternal, lo cual agravó aún más el enfado de Donald.

A Donald no le gustaba como iba todo. Y quedaba además otro asunto pendiente, el de Edward Cooper, pero todo el mundo dio por hecho la conclusión sencilla, un exmarine llamado Lance Philby estaba asesinando a la gente siguiendo un macabro ritual. La violencia de los asesinatos parecía además encubrir la existencia de cualquier tipo de motivación o relación entre los mismos y la claridad con la que había obrado y se reconocía la autoría de Lance Philby desacreditaba cualquier acusación o investigación que se ejerciera contra la persona de Edward Cooper. A Donald le costaba mucho abandonar una línea de investigación con tanta facilidad. Ya había trazado

planes para investigar las razones de la quiebra de Lycoon Industries, barruntando si tal vez tras la misma se escondieran las razones del crimen... pero la agente Foster desdeñó por completo esa tesis a la luz de los nuevos sucesos.

Se sentía incómodo porque le daba la impresión de que sus dudas habían sido ninguneadas, primero por su compañera Danna, y posteriormente, cuando habló por teléfono con el jefe Harrelson, por su superior. “Regresen cuanto antes”, fue su orden tajante. Y eso, mal que le pesaba, habían hecho.

\*\*\*\*\*

Edward Cooper aguardaba en su celda la llegada de los agentes del FBI. Llevaba algo más de veinticuatro horas encerrado en el calabozo con un arresto preventivo sin que se formalizara acusación alguna. Al parecer no se había molestado en llamar a ningún abogado. Donald se sorprendió por el exceso de confianza, casi imprudencia, de aquel hombre de aspecto tranquilo. Finalmente había optado por dejar un testimonio por escrito acerca de su relación con el señor Graham Lycoon que Donald había leído ávidamente.

Se mostraba imbuido en una inesperada sensación de calma y perplejidad, como si todo aquello no fuera con él. Donald intentaba situarse en su lugar. La sorpresa de su despertar, sucedido unos pocos meses atrás, seguida de un terremoto de noticias donde todo había cambiado drásticamente. La traición de un amigo, quedar apartado del proyecto de su vida, perder a la mujer que amaba... todo a manos de un mismo autor. ¿Podría aquel hombre de apariencia tranquila y serena albergar en su corazón una furia desaforada que le hubiera llevado a acabar con la vida del hombre que tanto daño le había causado?

Donald llegó a la conclusión que eran preguntas que ya no merecían la pena hacerse salvo que quisiera contravenir a su superior, algo que no le apetecía mucho, dado el carácter irascible del señor Harrelson.

—Sentimos las molestias ocasionadas, señor Cooper, —se disculpó el agente Donald mientras lo invitaba a salir de la celda.

Edward permaneció en silencio hasta que llegaron al ascensor.

—Me gustaría colaborar con ustedes, —anunció por sorpresa una vez entraron en la cabina.—. Tenía un proyecto empresarial con el que entonces

era mi socio. Quiero saber qué ha sucedido y si la quiebra de la empresa y la muerte de mi amigo están relacionadas. De alguna manera me siento responsable... o al menos entiendo que es algo de mi interés, que me incumbe. Es una parte de mi vida que he perdido. Quiero saber los porqués.

Los agentes intercambiaron una mirada entre sí.

—No tenemos ningún problema en que nos ayude, señor Cooper, —convino de inmediato Donald, que veía de improviso una oportunidad manifiesta de dar curso a sus inquietudes como investigador siguiendo de cerca al que él aún estimaba como un sospechoso plausible—. Es más, toda información que pueda conducir a localizar al criminal será bienvenida.

— Debe saber sin embargo, —se apresuró a aclarar de inmediato su compañera, que dirigió a Donald una mirada breve pero severa,—. que se acaba de producir un crimen en el que la víctima ha sufrido exactamente la misma agresión que sufrió el señor Lycoon y entendemos que la línea de investigación principal ha de ser esa. Tenemos ya un sospechoso identificado que, estimamos con una probabilidad muy elevada, está involucrado en el asesinato de su antiguo socio empresarial.

Edward asintió.

—Es verdad, por otro lado, —apuntó Donald, —que desconocemos por completo qué vínculo puede existir entre Graham Lycoon y el exsenador Beake, la otra víctima. El modus operandi nos hace pensar que puede tratarse del mismo asesino en ambos crímenes, es obvio, pero me gustaría averiguar si existía una relación entre ambas víctimas y si esa relación ayuda a comprender la motivación del criminal.

El ascensor había parado y los agentes invitaron a Edward a que le acompañaran a su oficina. Atravesaron una zona abierta en la que se acumulaban puestos de trabajo separados por paneles grises, muchos de los cuales permanecían ocupados, y en el que un corrillo de oficinistas formaba una tertulia animada junto a la máquina de café, en el fondo. Una vez acomodados en un despacho de aspecto anodino, y cerrada la puerta a fin de poder conversar con intimidad, fue Donald el que inició las explicaciones.

—Cuéntenos con más detalle el objeto de la empresa Lycoon Industries. Al menos lo que recuerde.

—Inteligencia artificial,- enunció Edward directamente.—. Su objetivo último era diseñar sistemas de inteligencia autónomos, capaces de aprender con el fin de automejorarse. Era un proyecto que estaba abierto a buscar aplicaciones en un amplio espectro de campos, como puede imaginarse. El dossier del proyecto era de más de dos mil páginas... sin incluir modelo de gestión, inversiones, y demás. Se requerían una serie de tecnologías intermedias nada despreciables... Ignoro por completo por qué la empresa experimentó un repunte importante en el precio de sus acciones y después quebró. Daba la impresión que la senda de crecimiento se inició de una manera inmejorable.

Donald asintió.

—¿Con quién cree que deberíamos hablar para informarnos? —Inquirió.  
—La empresa cerró hace un año y nos está resultando difícil hallar a personal directivo que comprendiera lo que realmente pasó.

—¿Elsy? —sugirió Edward con una pregunta. —Era una de las impulsoras del proyecto...

—¿Elsy Lycoon? O mejor dicho, Elsy Abney. Se separó de su marido al año y medio de arrancar Lycoon Industries, —aclaró a su vez la agente Foster. Donald observó que la noticia afectaba a Edward, cuyo semblante se alteró.  
—No sé si será de alguna ayuda. Está ingresada en una residencia de atención mental. Hemos intentado hablar con ella, pero no quiere recibirnos... tal vez usted.

Edward se mostraba confundido.

—¿Una institución mental? ¿Elsy? ¿Qué le ha pasado? —Preguntó desconcertado. —Debo hablar con ella. -Hizo una pausa mientras cavilaba en las implicaciones que tendría ese encuentro. —Me gustaría entrevistarme con ella, sí- solicitó finalmente preocupado. —Seguro que a mí me cuenta lo que pasó. Si entendiera lo ocurrido... —Edward hizo una pausa para retomar el hilo de la conversación en otro punto que le había llamado igualmente la atención. —Pero me está diciendo que les está resultando difícil localizar al personal directivo... Eso es bastante extraño, ¿no?

—Hemos tomado nota del nombre que nos dio, Jack Green, y nos pondremos en contacto con él en breve. En cualquier caso, todo en relación a

Lycoon Industries resulta muy opaco. No hallamos apenas información sobre sus trabajadores, salvo personal de escasa cualificación o de escala intermedia que no ha sido de mucha ayuda. Todos fueron despedidos después de la crisis bursátil. La empresa acometió la compra de un laboratorio farmacéutico y el grupo fue absorbido finalmente por un holding de mayor tamaño. Las instalaciones de la antigua Lycoon Industries hoy día son unas naves en el perímetro industrial de Massachussets que han sido saqueadas sucesivamente y se encuentran en estado de ruina. No hemos logrado información relevante... al menos de momento. Además, todo cuanto estamos averiguando sobre Graham Lycoon resulta extraño... muy extraño. —Donald pareció dudar antes de formular una pregunta. —¿Era retraído o tenía tendencias a vivir aislado el señor Graham Lycoon? ¿Recuerda su carácter?

Edward negó con la cabeza de inmediato, sorprendido por la pregunta.

—En absoluto. Le encantaba vivir rodeado de gente. Extrovertido en exceso, diría yo. ¿Por qué me pregunta eso?

Donald calló durante unos segundos mientras miraba fijamente a Edward, como si le costase aceptar esa afirmación.

—Graham vivía recluido en su casa del lago, la que visitamos con usted. Llevaba cerca de un año sin abandonarla. Su domicilio contaba con un sistema de domótica muy avanzado, y nos consta en los registros informáticos que ni siquiera salía para hacer las compras, sino que estas se le suministraban de comercios que le abastecían a domicilio. Vivía encerrado en su torre de marfil... ¿Por qué lo haría? ¿Se ocultaba? ¿Tenía miedo de alguien?

Edward negó. Parecía ignorar todo sobre los últimos días de su antiguo amigo. Después de un largo silencio fue la agente Foster la que proporcionó un último apunte.

—Hay otro dato que nos ha facilitado el forense que nos ha resultado inquietante. Es algo que se puede aplicar tanto a este caso como al del exsenador. Y se refiere al ensañamiento con el que fueron asesinados ambos hombres.

Edward miró intrigado a la agente Foster.

—Recuerdo la imagen terrible de las cuencas oculares del cadáver, perforadas. Creo que me dijeron que había sido apuñalado sucesivamente en

los ojos, hasta matarlo...

—Nuestro forense sugiere que no se trata de un ensañamiento visceral, como parece sugerir el hecho de perforar sus ojos varias decenas de veces. La autopsia ha revelado en ambos casos que el objeto perforó el cráneo por completo, en ángulos muy dispares en ambas cuencas oculares.

—¿Qué sentido tiene eso entonces? Da la impresión de que se trataría de un asesino rabioso... es algo visceral, enfermizo... —comentó Edward sorprendido y asqueado a la vez.

La agente Foster asintió. Comprendía ese punto de vista.

— Pero podría ser todo lo contrario, —aseguró, —una forma muy violenta... pero metódica. El forense dice en su informe que el ánimo del asesino era destruir por completo el cerebro de su víctima.

# **PARTE DE EDWARD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 14

La recepción de la residencia era un hall amplio y luminoso. A través de las cristalerías del fondo se divisaba un extenso jardín interior por el que paseaban residentes y enfermeras uniformadas de blanco. El sol se filtraba entre los árboles y producía un juego de luces y sombras que creaba una agradable estampa. El cuadro se completaba con numerosos pacientes que paseaban lentamente, acompañados casi siempre por un auxiliar, o en el prado en el que algunos internos, sentados pacíficamente sobre el césped, parecían extasiados observando algo que sólo ellos podían contemplar.

Los agentes Kaspersen y Foster esperaban en una discreta esquina de la amplia sala. No iban a intervenir en el reencuentro con su antigua colega, pero no habían rehusado acompañarle. Edward percibía que entre los agentes existían discrepancias en relación a él mismo. La mujer era partidaria de centrar todos los esfuerzos en la localización del principal sospechoso, un tal Lance Philby, al que habían identificado como el asesino del exsenador. Pero el agente Kaspersen pensaba que ya demasiados efectivos estaban centrados en aquella tarea y prefería mantener abierta la línea de investigación que habían iniciado con él. A pesar de ello, Edward experimentaba simpatía por el agente varón, tal vez porque presentía que se trataba una persona íntegra, y su honestidad le inspiraba confianza.

Mientras Edward preguntaba por Elsy en la recepción de la residencia, Donald mantenía una conversación con el móvil. Se había puesto de pie y paseaba charlando animadamente de un lado a otro. Edward dedujo que debía estar tratando con un familiar, probablemente su mujer, por la naturalidad y el tono informal con el que hablaba. Distinguía claramente en el hombre su comportamiento distante, mucho más rígido y severo con personas que no tenía confianza, del trato más suelto que mantenía con los más allegados, según había comprobado en la sede del FBI con los saludos menos informales, y hasta chabacanos, con compañeros que debían serlo ya de hacía muchos años.

Tanto con él como con la agente Foster se mostraba distante y frío. Dedujo que su compañera de trabajo lo era desde hacía poco tiempo. No existía complicidad entre ellos.

Los pensamientos de Edward regresaron poco después a Elsy. En tanto aguardaba que le dieran noticias de la joven, oteaba nervioso en su busca. Esperaba descubrirla sentada en un banco del exterior, con la misma expresión y sonrisa que guardaba de ella en su memoria. ¿Cómo sería el trato ahora? La última vez que se habían visto había sido en el desafortunado encuentro en el umbral del piso de Graham, cuando Edward constató que su amigo había usurpado su puesto. Asistió impertérito a cómo las oleadas de pensamientos negativos arremetían en su interior, en un intento de incendiar con rabia, furia o celos, su alma. Pero algo se había interpuesto en medio, como un cristal blindado, que lo protegía de las emociones viscerales. Desde que había despertado de su coma vivía en un estado de paz imperturbable, lleno de una beatífica resignación que en gran medida agradecía. Le permitía contemplar su propia vida como un interesado espectador. Tal vez todo derivaba de la íntima comprensión de que todo aquello había sucedido ayer,... pero un “ayer” que se había dilatado durante casi cuatro años. Tras su larga vigilia resultaba absurdo ya reprochar nada a nadie. Suspiró mientras observaba como la responsable con la que había hablado diez minutos antes regresaba acompañada por Elsy.

Pero no era Elsy. Al menos la que Edward Cooper recordara. Si, era su cuerpo físico, era su rostro, sin duda, pero su expresión estaba apagada, sus ojos miraban casi sin vida. Edward se plantó ante ella acercándose muy lentamente, mientras ella lo observaba de hito en hito. La enfermera que la acompañaba, guiándole del antebrazo, le hablaba en susurros, con un tono cantarín, como si fuera a un niño pequeño que recibe la visita de un ser querido que hace tiempo que no ve. Ya le habían advertido de que Elsy estaba fuertemente sedada. Le costaba darse cuenta de lo que le rodeaba.

Poco a poco el semblante de la mujer se fue iluminando con una débil sonrisa.

—Edward... —acertó a decir muy lentamente.

E hizo el amago de dar un abrazo a su amigo de antaño. Parecía que sus

brazos no serían capaces de lograrlo ¿Comprendería que había regresado de entre los muertos?, se preguntó Edward mientras correspondía con cariño al abrazo de la joven.

La observó. Seguía siendo bella, pero como la belleza de una anciana, que se adivina en unos rasgos que conocieron momentos más definidos y gloriosos. Edward sintió pena. Todas sus inquietudes se apagaron en un sentimiento de compasión.

—¿Cómo estás Edward? —preguntó mientras colocaba la palma de su mano en la mejilla de su amigo al que llevaba tanto tiempo sin ver. No parecía recordar que lo último que había sabido de él era que había quedado en coma.

—Estoy bien, muy bien Elsy, ¿y tú?

La enfermera les invitó a salir al jardín. Allí podrían charlar tranquilamente y ella estaría pendiente de si querían algo unos metros más allá.

Al parecer Elsy tenía un lugar favorito, al fondo del jardín, un rincón umbrío, rodeado de árboles frondosos, una glorieta en cuyo centro se situaba una fuente de piedra con la escultura de una pastorcilla dando de beber a un cordero.

—¿Recuerdas que te casaste con Graham? —preguntó al fin Edward, cuando llevaban un minuto eterno, pero a la vez cortísimo, a solas.

El semblante de Elsy se iluminó vagamente. Murmuró el nombre de Graham varias veces y después asintió.

—¿Qué sucedió con Lycoon Industries? Al principio los proyectos iban bien, la empresa cotizaba al alza... las perspectivas debían ser buenas... —murmuró Edward al oído de la mujer.

Elsy le miró de hito en hito.

—Sí, Cooper... —le llamó como solía hacerlo Graham, eso sorprendió a Edward. Dedujo que seguramente después de los años le había copiado en su forma de referirse a él.- Todo va bien Graham, todo va muy bien. La patente de la impresora 3D vale una fortuna... Estamos empezando a diseñar el primer prototipo de cerebro biónico...

—¿Primer prototipo?

Elsy asintió efusivamente, con expresión feliz, como una colegiala que

explica que hoy es su cumpleaños.

—Sí, está todo listo. Un cerebro de un millón de metros cúbicos de capacidad... es algo prodigioso, Cooper, lo tienes que ver, lo tienes que ver... una piscina de gel engrámico...

La expresión de Elsy se volvió mística, su sonrisa abarcaba todo su semblante, pero de pronto su mirada se quebró, y a la alegría le siguió un miedo intenso. La felicidad devino en pocos segundos en una mueca espantosa.

—Pero.. Graham hizo algo horrible Cooper... Graham hizo algo horrible...

Elsy pareció que caía en un estado de pánico. Empezó a emitir sonidos inconexos, como gritos ahogados que cada vez eran más agudos y de volumen más elevado. Edward temió que la enfermera lo oyera y eso pusiera fin a su entrevista.

—Nos tienes que perdonar, Edward, de verdad... —Elsy gimió, más que habló, y su expresión mostró un profundo dolor. Su mirada se perdió entonces en el suelo de grava, como si fuera un cristal a través del cual observara un abismo insondable.

—Me encanta esa fuente, Elsy... ¿te has fijado?... Creo que se parece a ti la figura de la pastora... Fíjate que hermoso es el cordero... tan pequeño, da ganas de abrazarlo, ¿verdad?

Poco a poco logró que la atención de la mujer se centrara en la fuente. El manantial fluía con un débil gorgoteo, único sonido de aquel rincón del jardín. Ocasionalmente una ligera brisa hacía murmurar a las copas de los árboles susurros tranquilizadores. Edward respiraba tranquilo. Sentía como si estuviera manipulando un explosivo delicado que pudiera activarse con cualquier palabra pronunciada en un orden incorrecto. Cuando observó que Elsy quedaba de nuevo sumida en un estado de pacífica beatitud decidió intentarlo de nuevo.

—Recuerdo que éramos los tres, inicialmente... Graham, tú y yo... pero yo no pude dirigir mi parte del proyecto. Estaba enfermo, en el hospital, ¿recuerdas quién me sustituyó?

Elsy se puso ligeramente más seria, pero no apartaba la vista de la escultura, que observaba con devoción, ladeando la cabeza hacia un lado,

después hacia el otro. Edward quiso creer que había entendido lo que había dicho. No quería importunarla ni insistir por miedo a perturbarla de nuevo.

Transcurrió un largo minuto.

—Ingeniería artificial. Hacía falta un experto al frente del departamento que coordinara las tecnologías implicadas en el diseño del cerebro... — Edward había reparado en que esa era la palabra que había utilizado Elsy. Decidió emplearla en vez de hablar de IA, que era el acrónimo que empleaban Graham y él antes de que quedara sumido en el coma.

—... el cerebro... sí... El que se ocupaba de eso era Jack Green, sin duda él era el responsable del cerebro... Él tampoco lo sabía... él tampoco lo sabía... Graham hizo algo horrible y no nos lo dijo hasta que era demasiado tarde, Cooper, créeme... era algo horrible... era algo horrible...

De nuevo Elsy se sumió en un estado de pánico, catatónico, en el que emitía débiles murmullos ininteligibles, cada vez más audibles. Edward renunció a seguir interrogándola. El hecho de recordarle cómo había sido sustituido por Jack Green le provocó un ligero malestar. Nunca le había caído bien aquel tipo.

La enfermera se personó, e intercambió con Edward una mirada de compasión. Murmuró unas palabras de aliento en la joven, que pareció calmarse. Le indicó que regresarían a su habitación para llegar a tiempo a ver la puesta de sol, y ese pensamiento pareció aplacar la ansiedad de la neurocientífica.

Edward se quedó sentado en el banco de piedra mientras observaba a las dos figuras alejándose lentamente de él. Parecía que no eran cuatro, sino cuatro mil años los que le separaban de aquel pasado tan brillante y luminoso que había compartido con aquella mujer que se llamaba Elsy, y de la cual sólo permanecía, ante él, la sombra de un recuerdo.

Y aún así, mientras Edward la observaba alejarse, comprendió con asombro... que aún la seguía amando.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 15

Danna Foster había pasado a primera hora a buscar a Donald a la puerta de su domicilio, una casa unifamiliar independiente con un pequeño prado ajardinado en parte frontal, del estilo norteamericano más convencional. Quería que Jane supiera quien era su nueva compañera de trabajo y le había pedido que pasara a recogerlo. Era algo que debía hacer cuanto antes si no quería que las suspicacias de Jane se convirtieran en un problema.

Podía haberlo hecho de mil maneras distintas, pero conocía a Jane. Lo averiguaría. Ocultar que su nueva compañera era una mujer espléndida y bellísima era un error. Decírselo, emplear esos calificativos para describir al agente Foster, era un problema, un auténtico lodazal. “¿Quieres decir que esa mujer te parece atractiva? ¿Te está echando los tejos?”. Donald bien sabía como una mujer, especialmente si era abogada, podía enredar su declaración hasta lograr una miserable autoincriminación. En cambio, si se la presentaba y después Jane le hacía preguntas con segundas, él podría fingir la más absoluta de las indiferencias y responder con un chasquido de la lengua o un comentario de perfil bajo a sus inquisiciones. “¿Verdad que es guapa?, parece muy simpática... “. “No Jane, no es para tanto. No la conoces bien, el trato es de lo más arisco.”

Ahora, mientras se despedía de Elizabeth y se aseguraba que ésta se aplicaba el inhalador de antihistamínicos, oía como las dos mujeres conversaban en la cocina animadamente. Era buena señal. Donald era feliz con Jane, y no quería que nada ensombreciera esa relación. Ser transparente era un buen método. Se sentía contento porque su estrategia parecía ganadora. Las dos mujeres reían. Oía sus risas cristalinas nítidamente, alegrando la mañana y pronosticando que iba a resultar un excelente día.

—¿Cómo estás de tu tos, Elizabeth? —preguntó a su hijita mientras le ayudaba a ponerse un jersey.

La pequeña asintió. Para ella eso significaba “normal”, es decir, sufría

fuertes ataques de tos de vez en cuando. El inhalador tenía un efecto calmante parcial. Donald sintió una punzada en el pecho. No se acostumbraba a esa normalidad.

—Papá... ¿hoy vas a venir temprano a casa? Quiero que me sigas leyendo el cuento que empezamos hace unos días...

La pequeña Elizabeth sabía leer perfectamente, pero disfrutaba escuchando la voz de su padre, a última hora del día, tumbada en el sofá de la sala de estar, reclinada sobre su costado mientras le leía cualquier cosa. Al menos eso pensaba él. No se cansaba de oír la misma historia, pero con tal de que le leyera algo después de cenar y a ella le entrara el sueño mientras se abrazaba al osito Mini, podría leerle el *Financial Times*, que estaría igual de contenta.

—Trato hecho, —aseguró su padre mientras le extendía la palma de su mano y la jovencita la tomaba con la suya, pequeña y regordeta, y su semblante adquiría una expresión solemne.

Jane se asomó en ese momento a la sala de estar.

—¿Has terminado con Elizabeth? —preguntó inocentemente. —Danna te aguarda en el coche, —anunció con voz cantarina. —Es un encanto... nos ha traído unos dulces para Elizabeth.

El tono era amable... tal vez demasiado amable, se dijo Donald con sentido crítico presintiendo nubarrones en el horizonte.

—Voy para allá, —repuso mientras recibía un besito de su hija en la mejilla y se ponía en pie.

Jane le miraba con semblante severo. “Es guapísima y muy simpática”, le dijo moviendo los labios, pero sin alzar la voz, a fin de que Elizabeth, que estaba abstraída jugando con una muñeca, no se enterara. La mirada con el ceño fruncido de Jane expresaba reprobación y los brazos en jarras indicaban que ella y él tenían una conversación pendiente que tendría lugar tan pronto el agente regresara al hogar. Donald se apresuró a salir mientras en su cabeza resonaba un retintín que pensaba tenía superado. “Donald, te vas a meter en un lío”.

No, la estrategia no había funcionado todo lo bien que esperaba.

Danna felicitó a Donald por su mujer. “Es realmente cordial”, le dijo una vez se acomodaron en el vehículo. Era poco más que un comentario educado,

porque un instante después, mientras la agente conducía camino de la sede del FBI, abordaban el plan de trabajo del día. Donald planteó que, dada la experiencia de su compañera, el famoso caso Stoyanov que incluso había trascendido a la prensa nacional, y dado su carácter de delito económico, parecía lo más razonable que ella se centrara en estudiar los datos económicos relativos a Lycoon Industries. Tal vez de allí pudieran extraer el móvil que habría llevado al asesino a actuar. Donald por su parte intentaría dar con el paradero de Jack Green. Un nombre y un apellido, era cuanto sabían del que debía ser uno de los responsables de la orientación tecnológica de la fallida empresa. Contaría con la ayuda de Edward, aunque éste ya había expresado que, aunque reconocía en ese nombre una antigua amistad de Graham, él apenas había tenido contacto con aquel ingeniero. Era brillante en algunas materias, había dicho Edward con tono displicente, pero también resultaba un personaje excéntrico. Era la única información con la que contaban.

Se despidieron en la oficina. Danna iba a verificar la información pública de la sociedad de Graham mientras que Donald aguardaría la llegada de Edward, que le aseguró que en menos de una hora se presentaría en su despacho.

Donald aprovechó para consultar en el sistema toda la información que pudiera obtener de Jack Green. Había gran cantidad de personas con ese nombre, pero ninguna respondía al perfil académico que estaba intentando localizar. Tampoco figuraba como profesional contratado en ninguna empresa o administración pública ni parecía tener propiedades a su nombre. La búsqueda empezaba a complicarse. Tal vez tendría que verificar los contratos de alquiler. Pensó que eso le iba a resultar más arduo de lo que había vaticinado inicialmente. Muchos contratos no se registraban o no figuraban con documentos de identificación.

Edward le saludó con cordialidad cuando se presentó en su despacho a la hora convenida. A Donald le pareció repuesto respecto a la jornada anterior. Tras el contacto con su antigua compañera, Edward había quedado sumido en un incómodo silencio, y apenas les resumió el resultado de la charla, su mirada pareció apagarse y dejar de mostrar interés por la conversación que mantuvieron él y Danna respecto a cómo proseguir la investigación.

—Deberías contarme algo más de ese Jack Green... ¿Cómo era? ¿Qué quiere decir eso de excéntrico? —preguntó Donald tan pronto Edward se acomodó en la silla de oficina situada frente a su escritorio.

Edward caviló y tardó en responder. Su mirada pareció perderse en las fotografías que adornaban su despacho. Había varias en las que Donald figuraba junto a compañeros de promoción en distintos eventos de graduación. En todas ellas figuraba una fecha y el nombre de Quantico, Virginia, como denominador común. Algunos diplomas y otros títulos adornaban la pared de forma un tanto desordenada, reflejando el hecho de que Donald había ido cubriendo huecos de la pared conforme colgaba nuevos diplomas o fotografías enmarcadas, pero sin un orden preestablecido o una estética definida.

—Era sobre todo amigo de Graham, —dijo inesperadamente—. A mí no me gustaba demasiado. Era una persona obesa, incapaz de ejercer ningún tipo de autocontrol sobre nada... comida, mujeres, vicios, en todo parecía ser desordenado ... sí, era un obseso sexual, lo recuerdo bien... a veces parecía ingenuo, pero era increíblemente mordaz... y ocasionalmente mostraba síntomas paranoicos. En general no solía caer bien a la gente. Era su forma de ser. Nunca acabé de entender qué veía Graham en él.

—¿Y como ingeniero?

Edward suspiró.

—He de admitir que, en determinadas ramas de la ingeniería, especialmente la que tenía que ver con programación y diseños de sistemas informáticos, ese hombre era formidable. En otras áreas era un completo desastre y recuerdo que obtenía las calificaciones justas para sacar el aprobado. Tuvo dificultades con algunas asignaturas troncales excepto en las relacionadas con la materia que le gustaba...

— ¿Se casó?

Edward sonrió ante esa eventualidad.

—Imposible... me refiero, Jack... siempre era demasiado infantil para que una mujer pudiera tomárselo en serio... Creo que es el típico tío que viviría en casa de su madre viuda hasta el final de los tiempos....

Donald exclamó entonces “Eureka”. Era la pista que necesitaba. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—El domicilio de sus padres. Voy a localizarlo... es allí donde podremos dar con él... o al menos obtener alguna pista.

Donald sonreía satisfecho. Había esquivado un peligroso callejón sin salida... al menos eso parecía.

\*\*\*\*\*

La madre de Jack Green había fallecido hacía tres años, pero existía una propiedad que seguía figurando a su nombre en el antiguo barrio de Charleston, el núcleo poblacional original, embrión de la ciudad moderna de Boston. Donald y Edward localizaron finalmente la dirección tras un corto paseo guiados por sus smartphones. Se situaba en una calle estrecha y arbolada, flanqueada por edificios de ladrillo rojo que se arracimaban unos junto a otros, de tal manera que impedían que la calle siguiera una línea recta, sino que tomaba una forma curva y amorfa que le confería el raro encanto de lo antiguo y lo no planificado. Los alfeizares de las ventanas de los primeros pisos a menudo estaban adornados con macetas de coloridos geranios o jazmines que saludaban a los transeúntes con sus aromas.

Aprovecharon que una vecina abandonaba el inmueble objeto de su interés para entrar. Un olor a edificio antiguo impregnaba el ambiente del vestíbulo. A Donald le recordó la atmósfera amable y cargada de cariño de la casa de su abuela, también ubicada en el barrio antiguo de Boston.

Subieron hasta la última planta. Debía de tratarse de una vivienda abuhardillada, un ático. Tocaron el timbre insistentemente, pero nadie se aproximó a abrirles la puerta. Permanecieron en silencio, aguardando, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Donald se preguntó, mientras observaba por el rabillo del ojo a su compañero, sobre si todo lo que les había contado Edward era cierto o se estaría guardando un as en la manga. La historia que les había expuesto establecía un precedente respecto a Graham en el que era fácil presuponer la existencia de un ánimo vengativo que podría ser lo suficientemente intenso como para llevar a un hombre a cometer un asesinato. Le robó la novia... y se quedó con el proyecto de toda una vida. Parecía demasiado tranquilo, como si todo aquello no fuera realmente con él. ¿Sería por el hecho de que ya había obtenido un merecido resarcimiento?

De pronto se oyó un sonido en el interior de la vivienda. Alguien había tropezado con un mueble y un objeto metálico había caído al suelo, restallando en un eco interminable, como el plato *crash* de una batería de rock al ser golpeado violentamente. Después una maldición pronunciada con una voz bronca y masculina.

—Agente del FBI. Abra la puerta o podrá ser acusado de obstrucción a la ley.

La voz de Donald sonó autoritaria. Estaba ya acostumbrado a emplear ese tono cuando se enfrentaba a un sospechoso. Amedrentaba. Técnicamente no tenía ningún derecho a entrar en la vivienda sin la pertinente autorización judicial, pero no estaba tampoco extralimitándose en lo que decía. Lo que intimidaba realmente era el tono y los golpes cargados de autoridad con los que había aporreado la puerta.

Ésta finalmente se abrió tímidamente. Donald observó a medias el rostro de una persona que llevaba varios días sin afeitarse, contaba con unos labios extraordinariamente gruesos y se encontraba completamente despeinado. Vestía una bata descolorida bajo la cual se adivinaba una camiseta que antaño había sido blanca y que lucía un mensaje soez.

Donald mostró su placa y el hombre terminó de abrir la puerta. Fue entonces cuando vio a Edward Cooper y su expresión se transformó por el terror. Gritó, intentó cerrar la puerta infructuosamente, porque Donald ya había plantado su pie impidiéndolo, y echó a correr despavorido al interior de la vivienda.

Donald maldijo y emprendió una carrera tras él. Edward los siguió a ambos, aunque indeciso.

—Si Edward Cooper se me acerca un centímetro más me tiro por la ventana, —gritó el hombre con un tono de mujer histérica que casi hizo reír a Donald.

Jack había abierto la ventana de un pequeño despacho en el que apenas cabía una mesa con un ordenador y un catre, y se había apoyado en el borde del alfeizar, dispuesto a realizar su amenaza. Donald calculó que si intentaba arrojar al vacío tendría tiempo de detenerlo.

—Vamos a ver. No es mucha la altura desde este piso al suelo. Las

estadísticas dicen que lo más probable es que se quede tetraplégico... menuda putada, ¿verdad? —explicó con aire divertido.

Aunque su comentario, pronunciado en un tono indiferente, era un dato que se había sacado de la manga, logró que el hombre dudara, y eso fue suficiente para dar una zancada, tomarlo de las solapas de la bata y arrojarlo al interior de la estancia en un movimiento enérgico y decidido. Pero cuando Jack se vio lanzado de pronto hacia Edward, que permanecía asombrado, junto a la puerta, su pánico se acrecentó.

Jack Green se arrojó entonces sobre la cama, que crujió lastimeramente bajo su peso, y gimió como un niño pequeño asustado al descubrir un monstruo en la oscuridad.

—Él lo mató... él mató a Graham Lycoon,- repitió una y otra vez, con voz llorosa y la cabeza hundida en las sábanas mientras su mano señalaba a Edward Cooper.

## **PARTE DE JACK**

Tres años antes de la muerte de Graham Lycoon

## CAPITULO 16

Jack Green se sentía asqueado. Se echó para atrás en la silla del despacho de su casa, un habitáculo estrecho y mal decorado, y apagó el porno que tenía en el ordenador. Estaba hastiado de no hacer nada. Consumir películas X y devorar donuts a todas horas era su ocupación principal desde hacía días... o semanas, había perdido la noción del tiempo. Además, no podía olvidar el desagradable incidente de unos días atrás, con aquella prostituta. No había habido manera de que consumara el acto. Estaba hecho un gordo, feo ... y por lo que se veía, impotente. Casi le daban ganas de tirarse delante de un camión y acabar con todo. ¿Cuál era la meta en su vida? ¿Qué demonios quería hacer? ¿Le gustaba su trabajo de control de programación cognitiva? Llegó a la conclusión que no. Visto desde el exterior parecía interesante, y de hecho la explicación resultaba atractiva: la programación de sistemas de aprendizaje que se nutren de bases de datos, lenguaje y reconocimiento de patrones, con el fin de imitar el cerebro humano. “Su inteligencia, se supone”, pensaba Jack sardónico. Al final todo era un trabajo mecánico y hasta rutinario que odiaba profundamente. Sabía lo que había tras las rimbombantes bambalinas de esa definición.

Echaba de menos las interminables discusiones con su madre. Era un demonio. Estaba todo el día reprochándole de todo, desde que su vida estaba echada a perder, a la ropa sucia que llevaba puesta. Él solía replicar igualmente a gritos, pues su madre le hablaba estuviera donde estuviera en la casa, y eso implicaba que debía hacerse oír. Después de haber tenido la falta de cortesía de dejarle solo en el mundo ya no tenía siquiera con quien discutir y ella siempre había supuesto un revulsivo en su vida. Sin su presencia sentía que se abismaba en una vida vacía y sin sentido.

Pensó en participar en alguna partida online, su otra gran afición, pero la idea no lograba animarle. La vida era un asco... y bien pensado, aún le quedaban algunos succulentos donuts en el frigorífico. Le gustaban frescos. Fue

a por un par, caminando a trompicones por el estrecho pasillo de la casa mientras se rascaba los testículos.

Cuando llegó a la cocina, en la que se acumulaba una infinidad de vajilla en el fregadero y el suelo clamaba a gritos su necesidad de ser fregado, reparó que su teléfono móvil, olvidado sobre un húmedo paño de cocina, marcaba un par de llamadas perdidas. Le echó un vistazo sin demasiadas ganas y le sorprendió ver el nombre de Graham Lycoon en la pantalla. “El bueno de Graham”.

Habían sido compañeros de facultad. En principio él y Graham tenían muy poco en común. El chico venía de una familia bien y era un portento atlético, un joven atractivo e inteligente. Por el contrario, él carecía del más elemental sentido del pudor, no sabía empatizar con la gente y su único grupo de colegas era de gente a los que les gustaba cogerse una buena cogorza que durase de viernes tarde a domingo noche, a ser posible sin interrupciones ni descansos. Graham había formado parte de ese grupo como un líder ocasional, que aparecía y desaparecía según prevaleciera sus ganas de juerga sobre sus obligaciones más formales, y era de los que sabía cómo animar a la gente. Personalmente, nunca se extralimitaba, pero gozaba provocando que fueran los demás los que cometieran excesos. Jack era uno de los que más excentricidades cometía. Inesperadamente, siendo tan opuesto el uno al otro, habían congeniado desde el principio.

Eso sí, Graham echaba mano de su amistad cuando el plan era salir de juerga. De regreso a la vida académica o social, siempre se las ingeniaba para mantenerle a él y a su caterva de amigos a una distancia prudente y segura de su distinguida personalidad. Aquello siempre le había molestado un poco a Jack... pero a Graham se le podía perdonar muchas cosas y él era un artista para justificar su propio comportamiento.

Reparó entonces que le había envidado un mensaje de texto: “Tengo una propuesta laboral que te interesará”.

\*\*\*\*\*

Un par de días más tarde quedaron en una cafetería en pleno barrio de Beacon Hill en la que al parecer Graham solía recalar con frecuencia. Todo en

la cafetería era de aspecto femenino y exquisito. Acuarelas de regaderas, tiestos y flores decoraban las paredes de ladrillo rojo, el servicio se ofrecía con vajilla de tenues grabados decimonónicos y la carta que le ofreció un camarero pulcramente uniformado a Jack le intimidó al pensar que tal vez, si la manoseaba demasiado, iba a dejar impresas sus huellas dactilares en tan delicado documento.

Su amigo vino acompañado por una chica que a Jack le pareció un bombón, y de hecho no dudó en expresarlo de esa manera ante la pareja, lo cual generó una sonrisa forzada de la mujer y una carcajada de Graham que le dijo que después de tantos años no había cambiado un ápice.

Y le empezaron a explicar “de qué iba la cosa”. Jack al principio tardó en comprender lo que le estaban proponiendo, pero finalmente entendió las líneas maestras del proyecto en el que le invitaban a participar.

—¿Me estáis diciendo que contáis con más de seiscientos millones de dólares para crear el primer cerebro biónico del mundo? —preguntó con su vozarrón bronco a un volumen explosivo.

—Exacto, eso es muchacho, —corroboró Graham con una expresión pletórica de entusiasmo. —Tenemos ya el diseño de un prototipo. Hemos de desarrollar un par de tecnologías que ahora mismo son incipientes, pero la idea es construir sobre un soporte gelatinoso una red neural similar en capacidad a la humana. Estamos ideando un prototipo... aún todo es muy prematuro, pero pensamos que con una piscina cúbica de cien metros de lado podríamos activar un cerebro de una capacidad intelectual similar...

Jack dio un largo trago a su vaso lleno de refresco hasta vaciarlo completamente. Después dejó que el aire escapara de su boca con un largo suspiró... que por momentos pareció un eructo.

—¿Necesitáis a un programador de computación cognitiva para hacer esa piscina? Os aseguro que no sé nadar...

—Queremos algo más que eso. Vamos a ver... todos sabemos que la computación cognitiva es un indigno imitador del cerebro humano, pero... ¿emoción? ¿intuición? ¿verdadera capacidad de autoaprendizaje? No, estamos a años luz de eso porque el planteamiento que se ha seguido hasta la fecha es partir de patrones informáticos, bits, estados valor de ceros y unos, chips de

silicio... o lo que es peor, programación clásica. El cerebro no funciona así, ... Elsy...

Graham dio pie a que Elsy se explicara. Llevaba toda la reunión callada, con aire de estar allí de mala gana. Jack sabía bien que solía provocar ese estado de ánimo en las féminas atractivas a las que piropeaba agresivamente. No lo podía evitar. Todo el mundo se lo decía, pero era superior a sus fuerzas. “Vamos a ver, si esa chica es atractiva, va con una falda corta que muestra claramente el final de sus muslos y dónde empieza el trasero, ¿qué problema hay que yo la llame putilla coloquialmente y sin ánimo de ofender?” Por más que se explicaba con sus amistades no lograba que estos comprendieran su punto de vista. Mucho menos las mujeres.

Prestó atención a lo que le decía Elsy.

—Engramas neurales y sustratos ocultos... son los conceptos que consideramos básicos para la construcción de un cerebro biónico, Jack. Todo nuestro modelo se basa en estas dos concepciones de cómo funciona el cerebro humano. Engramas es un concepto que alude al hecho de que se está empezando a interpretar a las neuronas no como células aisladas, sino como pequeñas redes que, activadas como un engranaje, una pieza, forman un concepto, imagen, orden... en la mente, pero independientes por sí mismas nada significan. De esta manera una neurona puede participar de varias engramas... Es una forma de entender muy novedosa de cómo se origina el pensamiento humano.

Jack asintió, asimilando lo que le decía la neurocientífica.

—Sustratos ocultos, alude al hecho de que existe un proceso que no se ve o no se comprende entre la activación de un engrama, por ejemplo asociada a una estimulación exterior, y su ulterior reacción del individuo. Es como cuando una persona aprende una habilidad y al principio es torpe, pero con el tiempo puede llegar a ser un erudito. ¿Qué cambios se producen dentro del cerebro que reflejen esa nueva habilidad adquirida? Podríamos decir que el sustrato oculto es el proceso por el cual el cerebro, a base de practicar algo, es capaz de crear engramas que adquieren un sentido. Con el uso el engrama adquiere algún tipo de consistencia, como el surco que se forma cuando la gente pasa por el mismo camino siempre... sospechamos que existen huellas

químicas que subyacen en las sinapsis neuronales que marcan el camino. Por otro lado, el cerebro tiende a borrar los engramas que no se usan... es decir, esas huellas químicas se diluyen con el tiempo si no son usadas. Es un tema más que demostrado. El olvido es una función necesaria... a menudo el desarrollo de IA no considera esta importante característica de nuestro cerebro, pero debemos tenerlo en cuenta. No nos interesa tener un cerebro que sea fundamentalmente una base de datos, de conocimiento, sino algo que piense... incluso que lo haga mejor que nosotros. El cerebro es un órgano flexible y su diseño debe tener en cuenta esta característica. -Elsy había hablado de un tirón. Después, para finalizar su intervención hizo un último apunte. — Por qué los engramas son de una forma, tienen un patrón y no otro, es algo que escapa a nuestra comprensión... al menos de momento. Ahí es dónde intervienes tú.

—Podríamos decir que los engramas son el código del lenguaje cerebral... —postuló Jack concluyendo el asunto.

—Sí, si admitiéramos que es un alfabeto que contiene miles de millones de letras distintas, —repuso Elsy.

Los tres rieron ante lo descabellado de la afirmación. El ambiente pareció distendido por primera vez desde el inicio de la conversación.

—Según os he entendido tenéis ya todo en marcha. Naves industriales, gente trabajando y hasta coches de empresa... ¿por qué venís a mí si ya está todo caminando?

Graham y Elsy intercambiaron una mirada. Parecía que el hombre buscaba un último visto bueno de su compañero, y lo obtuvo con un breve gesto de conformidad. Graham tomó la palabra.

—Necesitamos a alguien con talento... y yo recuerdo que tú tenías vocación para estos temas. Eras mejor que el mejor de los profesores...

Jack rió sorprendido por el halago.

—Aquel atajo de patanes burócratas... era fácil ser mejor que ellos, —dijo en tono despectivo.

Aunque Elsy y Graham estaban tomando un café con leche, Jack se había pedido un refresco y una hamburguesa, que masticaba con fruición. En las comisuras de sus labios se había acumulado algo de salsa y cuando reparó en

ello la retiró con sendos dedos, que después chupeteó sonoramente.

—Pero ahora que recuerdo... tú eras inseparable de ese amigo tuyo, Cooper..., aquel tipo serio y estudioso. Jamás le vi tomarse una copa ni decir una sandez... Por Dios, que hijo de puta más comedido era el señor. Él era incluso mejor que yo. El tío sacaba matricula en todo. Creo que hasta por mear sin echar una gota fuera del inodoro le dieron un diploma de honor.

Pero ni Graham ni Elsy rieron su comentario soez.

—Cooper estaba con nosotros al principio de esta historia... pero sufrió un accidente y quedó en coma, hace ya unos meses. Hemos esperado hasta el límite, pero necesitamos un especialista en su campo, no se puede demorar más. Cuento contigo, Jack.

Jack se sintió emocionado. No era por la situación en sí misma. Ser sustituto de alguien es un mal premio de consolación. Era el tono con el que Graham le había dicho “cuento contigo” lo que le había llegado al alma. Graham tenía esa habilidad, ese don, de llegar al corazón de la gente cuando menos se esperaba. Esa misma mañana el propio Jack estaba pensando que su vida era una mierda, y hete aquí que aparece un hada madrina en forma de tío buenorro de casi dos metros de alto y bien parecido, y le dice que le necesita y que cuenta con su talento. Hacía tiempo que la autoestima de Jack no recibía una estimulación tan potente.

Daban ganas de responder de inmediato, “por supuesto”. Era, lo que, según Jack, habría hecho un pringado.

—¿De cuanta guita estamos hablando?

Graham y Elsy se miraron entre sí.

—Cobramos un buen sueldo, pero parte de la remuneración será en acciones de la compañía, y la cotización es buena... pero más lo será cuando la tecnología de impresión 3d esté ultimada. La patente nos va a generar unos royalties astronómicos. Tendrá infinidad de aplicaciones en medicina... y en la industria también. No sólo vamos a hacer historia, nos vamos a hacer millonarios.

Los ojos de Jack hicieron chiribitas, contagiado por la amplia sonrisa de Graham. Su sonrisa se extendió de oreja a oreja. Graham parecía casi aliviado de sentir su participación en el proyecto. La chica no mostraba mucho

entusiasmo, pero había algo de alivio en su expresión. Estaba claro que necesitaban de su ayuda. Le necesitaban... y mucho.

—No, —dijo finalmente taxativo, categórico, mientras sacudía la cabeza completamente serio, de un lado a otro. —Y no se hable más.

“Cuánto me gusta joder al personal”, pensó Jack mientras observaba cómo la alarma surgía sin poder ser disimulada en los semblantes de sus contertulios. “Pero si me quieren con ellos tendrán que empezar a acostumbrarse a mis bromas”.

## CAPITULO 17

El humor de Jack oscilaba como un péndulo y tan pronto se sentía abrumado por el trabajo y maldecía a todos sus subordinados, como se dejaba llevar por una incontenible ola de optimismo.

El desarrollo del programa no iba como él quería. A pesar que había enfocado su campo de investigación desde multitud de ópticas diferentes, tenía miedo a que una vez implementado el primer prototipo de “cerebrito”, como a él le gustaba llamar al gigantesco cerebro biónico de un millón de metros cúbicos de capacidad que la corporación estaba construyendo, no conseguía sentir en su interior la seguridad de que estaba haciendo las cosas bien. Todo lo contrario, aquello era un cenagal.

Por si fuera poco, los empleados dejaban mucho que desear. Graham acababa de hablar con él porque estaba recibiendo quejas de sus subordinados por el hecho de que se tiraba muchos pedos. ¡Qué sandez! Aquello era un acto natural del cuerpo, como el respirar. El vivía y trabajaba prácticamente las veinticuatro horas encerrado en sus oficinas y laboratorios. ¿Qué querían? ¿Qué fuera al baño cada vez que a su culo le apeteciera explayarse con una ventosidad? Así no habría forma de trabajar. O su cerebro se ponía manos a la obra y centraba en el proyecto... o se dedicaba a decidir cuando tocaba ir al baño. No podía estar en dos cosas a la vez.

Y por otro lado sus empleadas femeninas no acababan de comprender su sentido del humor. Ese era un tema que ya daba por perdido, y cuando Graham le había amonestado al respecto rogándole que tuviera un poco más de consideración con sus empleadas, Jack se había negado a entrar en razones. “Mira, Graham, eres un buen tío y todo lo que tu quieras, pero si mi secretaria tiene un par de melones enormes, ¿qué quieres que le diga cuando la veo? Algo así como; “Buenos días, señorita Smith”. Verás, Graham, yo soy de todo menos un hipócrita. Si no le gusta que la piropeen por sus protuberancias frontales siempre puede hacerse una mastectomía”.

No todo era negativo. Las acciones de Lycoon Industries subían cual cohete dirigido a la Luna. La patente de la impresora 3d había sido, como había vaticinado Graham, un éxito rotundo. La empresa accedió a nuevas fuentes de financiación, los inversores empezaron a considerarla una seria opción de futuro y a provocar subida tras subida del precio de sus títulos. Por si fuera poco, varios artículos en revistas tecnológicas alabaron la decisión y arrojaron con la que Lycoon Industries abordaba la creación de una IA, siempre desde parámetros biónicos muy alejados de la estrategia de grandes corporaciones como Google, IBM o Microsoft, que parecían conformarse con desarrollar un pequeño salto evolutivo de la informática de silicio a la computación cuántica. Jack había cogido la costumbre de consultar el valor de las acciones cada poco tiempo, y lo multiplicaba por su saldo acumulado, lo cual le brindaba una cifra que empezaba a parecerle astronómica. Cuando su imaginación le llevaba a calcular cuántas acciones tendría en un año o dos vista, y le aplicaba un tasa de crecimiento lineal del valor de la acción, similar al que se experimentaba en la actualidad, le entraban ganas de bailar una giga.... O mejor aún, hacer un striptease a sus empleados al ritmo del tema *Leave your hat on*.

\*\*\*\*\*

Era media mañana de un soleado día de abril. El aire en el exterior era gélido, pero Jack necesitaba que su organismo se oxigenara. Iría a ver la obra. Tal vez eso le inspirase un tanto.

Abandonó su despacho. Se hallaba en una tercera planta de un edificio que formaba parte de la estructura cubierta de una enorme nave industrial. Una escalera de rejilla metálica descendía los distintos niveles hasta llegar al suelo, pero Jack prefirió tomar el montacargas. Más cómodo. Toda la tercera planta estaba destinada a su división de programación cognitiva, aunque Graham y Elsy la denominaban Diseño de estructuras biónicas, que sonaba algo más rimbombante. A través de las ventanas de los distintos despachos y oficinas él y sus subalternos observaban cómo los operarios e ingenieros trabajaban en la construcción de los prototipos que ellos diseñaban. Varias grúas se movían por rieles que pendían del techo, y a menudo levantaban y

trasladaban equipo pesado. Se estaban desarrollando varios experimentos con un gel que servía de soporte físico a las delicadísimas hebras de engramas biónicas. La división de Graham se enfrentaba a un duro problema que debían resolver cuanto antes, derivado de la densidad requerida y la cantidad de gas que debería contener el gel. Si tenía poco y por consiguiente el gel era muy denso, el peso se convertiría en un grave problema. Demasiado poco denso podría alterar el funcionamiento de las engramas biónicas. Las engramas eran responsabilidad de Jack. Eran a la vez conductores eléctricos, resistencias y portadores-almacenadores de información. Y además debían ser flexibles, capaces de alterar su forma dependiendo de las microcorrientes eléctricas que circularan por ellas. Jack por un lado estaba satisfecho porque era cierto que técnicamente esas funciones estaban siendo operativas. Lo que no tenía tan claro era que por el mero hecho de acumular infinidad de esas hebras debía producirse el milagro de la inteligencia. Seguiría las directrices de Elsy, que era la neurocientífica, pero reconocía que en cuanto se adentraba en aquel terreno... pisaba arenas movedizas.

Salió de la nave industrial y el viento agitó sus cabellos negros y rizados. Jack siempre se había quejado de su cabello indómito. Parecía cerdas de un jabalí. Grueso, duro, no había forma de peinar y por más que pasara el cepillo la única forma de domesticar aquel cabello era cortándolo. Pero a Jack le gustaba el aire de científico loco que adquiriría su imagen cuando su melena crecía y se encrespaba, salvaje.

Los terrenos donde tenía su sede industrial Lycoon Industries se hallaban en las afueras de Boston, en un polígono industrial rodeado de bosques tupidos. Caminó por un barrizal para acortar camino y dirigirse hacia el solar donde se estaba preparando el Cubo, la enorme piscina de un millón de metros cúbicos de capacidad. Era algo gigantesco. Varias decenas de obreros trabajaban con sus uniformes de llamativos colores y cascos amarillos. Estaban hormigonando las paredes exteriores. A fin de facilitar la estabilidad de la estructura ésta se había enterrado una treintena de metros en la tierra, con lo cual la parte del cubo que sobresaldría y sería visible a simple vista sería una nada despreciable estructura de setenta y cinco metros de altura.

Jack se asomó al borde del precipicio que se abría a sus pies y observó la

inmensa explanada enterrada de diez mil metros cuadrados que ya se hallaba completamente cubierta de hormigón. Sobre ella se colocarían diferentes capas de contención, y finalmente las más delicadas; sistemas de conducción y alimentación eléctrica, sensores, conductos de refrigeración... incluso surtidores de gel caso de que este requiriera de ser repuesto.

—Lo tenemos.

Era Graham el que se había acercado tras de él sin que se diera cuenta y Jack se sobresaltó por el susto.

—¿Ya has conseguido una réplica en miniatura de cerebritito?

—No, me refiero a que creo que tenemos ya la consistencia perfecta del gel. El coste de fabricación no se va a disparar, se trata de una espuma polimérica fácil de producir y que tiene las características de fluidez que necesitamos. En breve tendremos la estructura terminada.

—¿Después qué sigue? —preguntó Jack mientras sentía que se quedaba casi sin aliento tras recibir el azote de una ráfaga helada de viento.

—Recubrimientos e instalación del sistema de impresión 3d. Cuando esté a punto la impresora iniciara el vertido del gel junto con las hebras con una precisión atómica. Será un trabajo arduo pero automático. Las veinticuatro horas del día el sistema irá distribuyendo gel y hebras de engramas conforme el diseño que Elsy y tú habéis elaborado.

—Y después a enchufarlo y a ver qué dice “cerebritito”... esperemos que no nos salga con algún tipo de retraso mental.

Graham carraspeó.

—Te ruego no lo llamas así...cerebritito, al menos delante de Elsy. Le molesta muchísimo. Para ella esto es su vida... y ese calificativo le resulta ofensivo.

Jack le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Confía en mí colega. Sabes que cuando quiero soy discreto y educado como el que más.

Después de una pausa fue Jack el que habló, aunque en un tono serio.

—¿Qué crees que sucederá cuando... eso ... se active?

Graham miró un instante pensativo a su colega y después volvió a fijarse en la explanada gris que se extendía a sus pies, veinticinco metros más abajo.

—Es difícil de saber, la verdad.

—En serio, Graham. Si ese cerebro es consciente, es libre, percibe su identidad y nos considera sus enemigos... unas puñeteras hormigas humanas que deben ser erradicadas... ¿Cuánto tiempo tendremos antes de que llegue el apocalipsis?

—El Cubo está aislado del resto del mundo. Así debe ser para evitar cualquier tipo de problema, —repuso Graham con seguridad, como un padre explicando un hecho irrefutable a su hijo pequeño.— Todo está previsto, el Cubo es estanco.

—¿En serio? En la era de la hiperconectividad y la globalización... ese punto me resulta difícil de asimilar.

Jack suspiró y formuló otra conjetura con la cuál se entretenía a veces.

—¿Hablará con nosotros? ¿Tendrá sentido del humor?

—Técnicamente el cerebro biónico estará vacío, pero será capaz de razonar, de pensar... y tendrá acceso a enormes bases de datos de todo tipo que se alojarán en la sala de control adyacente, que forma parte del universo estanco en el que se desenvolverá la IA. Será diferente de todo lo que se ha hecho hasta la fecha porque la información no estará en el cerebro en sí mismo...

—Sí, lo sé. Es como nosotros ahora, que podemos echar un vistazo a la Wikipedia cuando nos venga en gana desde cualquier lugar.

—Exacto, pero para él el acceso será instantáneo... será casi como si lo supiera todo... pero nunca lo llegará a memorizar verdaderamente, salvo las cuestiones que le interesen de verdad...

—Como tú o como yo, ¿verdad?

—Así mismo. —Ambos callaron durante un rato, pero Graham seguía pensando en ello—. ¿Sabes? Es posible que se pregunte por el sentido de la existencia, como un filósofo, o lo que le apasione sea resolver la teoría del todo capaz de unificar las cuatro fuerzas de la naturaleza...

—A lo mejor lo que le mola es resolver sudokus.

—Es posible que sufra y que tenga dilemas morales como cualquier persona... —continuó Graham ignorando la chanza de su amigo y hablando casi para sí mismo.

Ambos se quedaron en silencio un rato.

—Sólo pensar que esto pueda fallar me da diarrea, Graham, diarrea de la chunga.

El semblante de Graham se endureció repentinamente. Esa expresión, mezcla de determinación y rabia asustó a Jack, que nunca había visto así a su amigo.

—No te preocupes. No fracasaré. Tengo un plan B. Si no es de una manera... será de otra, —masculló.

Jack bufó mientras ponía cara de susto. Pensó en hacer un comentario que relajara la tensión con la que se había topado inesperadamente.

—Mira... si lo que queríais Elsy y tú era tener un crío, ¿no habría sido más sencillo follar y ya está?

## CAPITULO 18

El gran día había llegado. Jack se frotaba, nervioso, las manos e iba de un departamento a otro en busca de noticias, escuchando comentarios y gastando bromas que ese día todo el mundo reía con ganas. Hasta Elsy le había saludado a primera hora con una sonrisa espléndida y franca, cargada de expectación, cuando siempre solía ser palpable la aversión que sentía por su persona y sus saludos resultaban escasamente cordiales.

De todos los departamentos de Lycoon Industries, el suyo es el que quizás menos trabajo tenía en esos momentos. A él le correspondía verificar qué sucedería cuando se alimentara con corriente eléctrica el cerebro biónico. Pero previo a ese instante glorioso, como si de un lanzamiento espacial se tratara, el protocolo establecía básicamente una larga, larguísima, lista de verificaciones. La infinidad de sensores que recorrían el cerebro biónico servía para verificar si a cada elemento crítico del sistema llegaba corriente eléctrica, su amperaje y oscilaciones, si las había, si la temperatura estaba dentro de los límites, la consistencia del gel, y todo tipo de información cruzada que permitiera obtener un electroencefalograma fiel de la actividad neural que pudiera estar teniendo lugar dentro del Cubo. Y todo ese equipamiento debía ser testado convenientemente.

Los protocolos de seguridad en cuanto aislamiento de comunicaciones del gran edificio donde se alojaba el Cerebro habían sido estrictos. Solo la fuente de alimentación eléctrica marcaba un punto de conexión con el exterior. El resto de las comunicaciones iban dirigidas a la sala de control, un pequeño edificio construido a la sombra del Cubo, que igualmente resultaba estanco desde el punto de vista de las comunicaciones con el exterior. Jack había estado rondando por allí, pero los protocolos de verificación tenían a todo el personal agitado, incluidos Graham y Elsy, y resultaba imposible mantener una conversación normal con nadie. Incluso preguntar sobre los problemas que surgían resultaba molesto, y Graham había acabado dirigiéndole una mirada

explícita, dando a entender que si no tenía nada que hacer allí mejor que los dejaran tranquilos.

El personal bullía, haciendo llamadas por la red interna, mirando los indicadores que oscilaban en los cientos de monitores que apabullaban de información a los técnicos, comunicando a los operarios que estaban a pie de obra las instrucciones para realizar los ajustes pertinentes. Las persianas de la sala de control se hallaban cerradas a fin de que el protagonismo luminoso se centrara exclusivamente en los monitores y el ambiente resultaba a la vez futurista y claustrofóbico, cargado de una insana tensión, como si se hallaran embarcados en una pintoresca nave espacial que se precipitaba irremisiblemente hacia un sol incandescente. Sin embargo, Jack decidió quedarse allí tranquilo y ver cómo se desenvolvían los acontecimientos, como el espectador que echa mano de sus palomitas mientras disfruta de un espectáculo que no va con él. Su trabajo intensivo, extenuante, había sido en los dos años previos, cuando diseñó la estructura. Los últimos meses habían sido más relajados. La impresora trabajó fenomenalmente bien y la construcción de Cerebro no conllevó demasiadas demoras. En cualquier caso, “lo bueno”, como decía él, empezaría ahora.

Había pasado casi un año desde que se había iniciado el relleno del Cubo hasta que Lycoon Industries había completado la construcción del cerebro biónico. La prensa nacional se había hecho eco de la enormidad del proyecto, un millón de metros cúbicos para emular la capacidad mental de una simple persona con un cerebro normal de mil trescientos cincuenta centímetros cúbicos de tamaño. Para simular cien mil millones de neuronas con doscientos cincuenta trillones de sinapsis había sido necesario disponer de un número similar de redes de engramas y el espacio requerido era casi el de un voluminoso edificio de treinta pisos de altura. El hito había sido posible gracias la tecnología punta de Lycoon Industries y su novedosa impresora en 3d capaz de trabajar con una precisión casi microscópica a una velocidad industrial cubriendo un volumen considerable de impresión por día. “Un millón de metros cúbicos para emular mi cabecita”, pensó Jack divertido mientras observaba el barullo a su alrededor.

Aunque la prensa sabía que el evento iba a tener lugar antes de final de

año, Graham y su equipo habían mantenido la fecha en secreto. No querían sufrir el varapalo de un arranque fallido y la mala imagen que eso podría implicar. Todo estaba preparado para una prueba, y aunque se decían entre ellos que debían estar preparados para que algo fallara y reintentarlo las veces que fuera necesario, todos tenían miedo de que la noticia se filtrara, que el fracaso provocara el pánico inversor, y el proyecto se hundiera en un estrepitoso naufragio. Si todo iba bien repetirían el proceso ante el público, las autoridades y los medios. Pero siempre que todo hubiera ido sobre ruedas.

Y el precio de la acción se había estancado. Después de la subida fulgurante por la patente y de los augurios y profecías de un éxito incontestable, la expectación por su siguiente hazaña moderó el alza y después se produjo un abrupto descenso, hasta estancarse en lo que los expertos cifraban su “nivel de resistencia”. Aquello indignó a Jack lo indecible. De pronto ya no era un millonario, no era “un tío con la vida resuelta”. La bajada del precio de la acción, junto con su abuso de las tarjetas de crédito y de caprichos suntuosos provocaron lo impensable. Su cuenta corriente había perdido un par de dígitos críticos. De pronto su posición económica se había movido en la escala, y de estar en el top de tíos con acceso a chicas despampanantes había pasado a estar en el rango del común de los mortales, un terreno que conocía perfectamente bien y en el que su experiencia le decía que jamás se comería una rosca.

La hora prevista inicialmente para el encendido del Cerebro había sido las doce de la mañana, pero a medida que se realizaban las verificaciones de sistemas surgían nuevos retrasos. Todo el personal estaba convocado en sus puestos de trabajo, y no había sido mala idea ya que los procesos de verificación no estaban resultando tan limpios y fáciles como se pensaba. En las semanas previas se habían ultimado uno a uno cada uno de los sistemas que daban soporte al cerebro biónico, pero una cuestión era las verificaciones individuales y otra bien distinta que todos los sistemas funcionaran al unísono como una orquesta bien conjuntada. Del mediodía se pasó a las dos, y de las dos a las cinco de la tarde. Jack había acumulado en su puesto varias bandejas vacías de donuts y latas de refresco. Jugaba con el teclado yendo de una pantalla de verificación a la siguiente. De momento todo estaba quieto, plano,

los indicadores a cero. La fiesta empezaría cuando Graham y Elsy bajaran el gran automático rojo que alimentaría con corriente eléctrica la mole biónica. Veinte megavatios para alimentar al monstruo.

De las cinco se pasó a las ocho. El personal estaba agotado. El Cubo estaba segmentado en un millón de secciones de un metro cúbico de volumen, que a su vez se agrupaban en secciones mayores y mayores. Cada sección, subsección y segmento menor tenían un código de identificación, de tal manera que si había un problema en uno de ellos los operarios que daban aviso cantaban una retahíla de indicaciones del estilo Sección primera, subsección treinta y tres, doce, veinte, cubo ochenta y cinco, treinta y uno, ciento dos. Los números se referían a la localización en los ejes x, y, z del objeto de referencia. Una vez identificado el problema los operarios activaban los conductos que pudieran reponer de refrigerante o gel o suministro eléctrico en el punto en cuestión.

“Falla de densidad en tres sectores, .... “ “Refrigerante sin carga en...”  
“No se ha verificado conexión eléctrica correcta en la sección segunda, ...”  
La cantinela era incesante y el murmullo de voces subía y bajaba como olas batiendo una playa.

Se postergó hasta las diez.

Después hasta la doce.

—Ya casi estamos. —Graham se dejó caer, más que se sentó, en la silla giratoria situada junto a la de Jack. Estaba despeinado y sudoroso. Aunque el aire acondicionado estaba activado y en el exterior hacía un frío mortal, el interior de la sala, con tanta gente moviéndose y con una atmósfera cargada, a la que se sumaba el calor generado por los equipos informáticos trabajando al cien por cien, elevaban la temperatura a un nivel opresivo. Pero la concentración de todo el personal era tan intensa que nadie reparaba en esa incomodidad.

—No me he movido de aquí. Aunque lo activemos de madrugada yo me quedo a dormir..., esto no me lo pierdo por nada, —anunció Jack mirando hacia la sala que se desplegaba a sus pies en una suave pendiente, con la intención de que Graham lo oyera.

Hacía tiempo que se habían dejado de cantar números e incidencias. Poco

a poco todos y cada uno de los paneles informativos que saturaban las paredes de la gran sala de control fueron cambiando de color, del rojo al verde.

A la una de la madrugada todo estaba ya en verde.

No había una silla vacía. De hecho, los operarios que no pertenecían a la sala de control pero que habían trabajado desde el edificio principal o en el mismo Cubo, se habían introducido en la sala de control y saturaban pasillos y zonas de descanso. Parecía un cine atestado de público el día del estreno.

Elsy se sentó junto a Graham, cerca de Jack. Su frente se mantenía despejada, se había recogido el pelo en una coleta, pero brillaba, al igual que sus mejillas, con una pátina de sudor.

—Vamos allá, —dijo confiada.

Jack estaba enamorado de aquella mujer. Había hecho todo cuanto estaba en su mano por resultarle agradable, pero desgraciadamente los prejuicios de una primera impresión, pensaba Jack, habían jugado en su contra. Además, se daba la circunstancia de que ya era la mujer de Graham y él no estaba por las mujeres casadas. Pero en ese instante culmen en el que el proyecto parecía que podía ser un todo o nada, Jack sintió la punzada del deseo y la amargura del rechazo cuando observó las brillantes pupilas de la neurocientífica mirando con devoción a su marido.

Entonces el propio Graham rogó silencio a todo el personal por la megafonía de la sala y activó una sencilla cuenta atrás. Unos dígitos de color rojo de una gran pantalla en el centro de la sala, como un enorme marcador de baloncesto, reflejaron la cuenta atrás en medio de un silencio sepulcral. Cuando llegó a cero Graham y Elsy empujaron un gran interruptor rojo de la mesa de control hacia delante.

La expectación era total, el silencio solemne.

Ahora todas las miradas estaban en Jack y en su personal. Ellos podrían decir qué estaban haciendo las engramas.

Y Jack miró su pantalla con fijeza y masculló algo. Había descubierto que en los intersticios de dos de sus encías aún quedaba un poco de chocolate del último donut que se había zampado. Saboreó inconscientemente el dulce mientras su boca se retorció por el regusto.

—Aquí hay algo... —dijo al fin.

## CAPITULO 19

Cuando Jack anunció que había “algo”, algunos técnicos prorrumpieron en gritos de alegría y aplausos, otros se mostraron sonrientes, pero la mayoría aguardaba a que los gráficos del electrograma mostraran signos claros de actividad. Elsy y Graham mantenían sus manos unidas, estrechadas fuertemente, como si esperasen el veredicto de un cirujano que acaba de intervenir a un ser querido.

Jack acercó su grueso dedo índice al enorme monitor que tenía ante sí.

— ¿Veis esto? Hay un par de cuestiones interesantes aquí. La primera que, aunque la línea del electrograma es plana, no está a nivel cero. Y el hecho que corrobora esa circunstancia es este numerito que tenemos en esta esquina de la pantalla —y lo señaló. Cerebritito está consumiendo energía eléctrica... aunque es verdad que es una fracción mínima de lo que esperábamos, microscópica, diría yo. Creo que mi calculadora de sobremesa debe tener un consumo parecido.

Graham y Elsy no rieron la broma, ni siquiera relajaron un ápice la tensión que acumulaban sus expresiones.

—¿Cuál era la segunda cuestión, Jack? —apremió Elsy, impaciente.

Jack murmuró algo para sí. No le había gustado ese tono imperioso. Daba la impresión de que le estaba abroncando. Si las cosas no iban a salir bien... ¿le echarían a él la culpa? Jack resopló.

—Ajustemos la escala del electro... y si la ampliamos, ¿qué vemos ahí?

—Es un pico... se repite cada pocos segundos... —corroboró Graham con voz esperanzada.

—Sí... pero cuanto más pasa el tiempo peor me parece,- sentenció Elsy, que ya había reparado en ello. —Se repite cíclicamente, sin alteración... no parece actividad cognitiva, que cambie, que sufra alteraciones... más bien parece una especie de función básica, como el respirar...

Los tres se quedaron en silencio, y su actitud se fue contagiando

rápidamente al resto de los técnicos, que comprendían que la iniciación del Cerebro no estaba teniendo los resultados esperados.

Poco a poco todo el mundo fue abandonando el centro de control hasta quedar solo en la puerta el personal de seguridad y en el interior los tres científicos responsables del proyecto. Miraban el electro con la esperanza de que tarde o temprano se produjera el milagro. Jack dijo que todo aquello era como haber enchufado un frigorífico muy caro y Graham le miró con expresión de odio.

—No podemos anunciar esto a nadie, —explicó, frustrado. — Es verdad que no es un fracaso rotundo... mañana tendremos que empezar a pensar si el Cerebro necesita estímulos de alguna clase que activen sus redes engrámicas... —especuló Graham mientras echaba a andar de un lado a otro, agitado.

—Tampoco es un éxito. Si se extienden los rumores el precio de la acción se desplomará. No podremos obtener liquidez a base de emitir nuevos títulos accionariales... y mucho menos de Endeavour Capital... —concluyó Elsy con aire deprimido.

Al final abandonaron la sala de control y se refugiaron en sus respectivos domicilios. Para Jack, que pasaba semanas enteras en las instalaciones de Lycoon Industries y que había convertido su despacho en un verdadero campamento, resultó decepcionante regresar al corazón de Boston. Un sentimiento de profundo fracaso lo entristecía. Caía una fina lluvia y pasear por las calles estrechas de Charleston le causó una impresión deprimente, como si hubiera despertado de un sueño ilusionante y la realidad fuera la insípida y cotidiana vivencia del día a día que ya creía haber dejado atrás. No iba a ser millonario ni vivir como un yupi. “Vendería sus acciones antes de que su valor se viniera al suelo”, decidió mientras caminaba rumbo a su casa. Más valía tener un poco de algo que un mucho de nada. Mientras su pelo se humedecía y sus pies se impregnaban del frío del suelo que el calzado no lograba contener, sentía que dentro de él algo también se helaba. Reconoció aquel lugar que su alma pisaba de nuevo. “Estas de nuevo en el punto de partida, ese puto y deprimente lugar”.

\*\*\*\*\*

Pero Jack al final se resistió a vender sus acciones. A la mañana siguiente del gran fiasco, como recordaba él el fallido encendido de Cerebro, se lo pensó dos veces y finalmente optó por conservarlas. Decidió ser optimista. En la reunión que mantuvieron con sus subalternos se plantearon diferentes alternativas y se emprendieron nuevas líneas de acción. Jack se dejó contagiar por el espíritu resolutivo con el que se afrontó el trabajo que quedaba por delante.

Las semanas, y después los meses, pasaron con celeridad. Se idearon distintas estrategias que pudieran desembocar en una activación del Cerebro. Estimulación eléctrica, sobrecargas, aplicación de aditivos superconductores... nada parecía alterar el estado inmutable del Cerebro biónico.

Mientras tanto los rumores habían hecho mucho daño a Lycoon Industries. El precio de la acción seguía un lento y paulatino descenso. Muchos empleados habían sido despedidos a fin de hacer sostenible la empresa. Las reuniones que mantenían con periodicidad con el señor Curtis, si bien no eran especialmente desagradables, resultaban tensas, de una cordialidad falsa. Jack solía acudir a las mismas y si bien hablaba poco, Graham y Elsy le rogaban que se mantuviera callado salvo que le hicieran preguntas directas. Jack se había percatado que tanto Graham, como especialmente Elsy, parecían actuar con cierta rigidez, con falta de naturalidad, como si fueran vendedores a domicilio que intentan lograr la suscripción a un producto que ni ellos mismos consumirían.

Y una a una se habían ido descartando las opciones. Cerebro era inalterable, inmutable. Era una costosísima máquina que lo único que hacía era mantener un ridículo consumo de energía eléctrica, como si fuera un gigantesco ordenador que se mantiene en *stand by*.

Pero de pronto, todo cambió. Jack sabía cuál había sido el detonante. Creía que él mismo.

\*\*\*\*\*

Jack y Graham se habían ido a desayunar al espacio habilitado como cafetería. Se trataba de un recinto cubierto y acristalado, junto al hangar principal. La calefacción mantenía el lugar a una temperatura agradable. Por las ventanas se observaba el terreno circundante completamente blanco por la nieve que caía copiosamente. Imponente, ante ellos, se elevaba la gigantesca mole del Cubo como un espejismo que aparecía y desaparecía al capricho de las ráfagas de nieve. Más allá los bosques de pinos cerraban las vistas. El paraje donde se encontraban lindaba con una región montañosa y verde en la que Jack sabía que Graham y Elsy solían adentrarse a pasear de vez en cuando. Él aborrecía pasear y no obstante los observaba con envidia, cuando en días soleados, después del almuerzo, se adentraban en el bosque cogidos de la mano. “Qué bueno era tener algo así”.

Mientras miraba el Cubo Jack se rió por una tontería que se le ocurrió. Si hubiera sido una persona con una mínima capacidad empática tal vez se habría callado. Sabía que Graham cada vez parecía más presionado por no obtener resultados y su buen humor se estaba resintiendo, su expresión se había vuelto severa y su carácter huraño. Jack no quería seguir por esos derroteros así que hizo lo de siempre, soltar por su boca lo primero que se le ocurrió al observar la mole del Cubo.

—Deberíamos haberlo hecho de otra manera, Graham...

Su amigo le miró con expresión distante primero, pero después le prestó toda su atención, pensando que tal vez su aportación fuera interesante.

—Sí... si al menos el Cubo tuviera forma de calavera... ¿te imaginas? , para albergar el Cerebro. Una calavera gigante donde ahora está el Cubo... Sería una atracción colosal por sí misma... Podríamos cobrar entrada, como si fuera un parque temático... y... y... los niños vendrían aquí en manada tirando de la mano de sus padres...imagina el negocio... —pero Jack se detuvo en sus explicaciones y observó a Graham.

Graham resopló varias veces. Parecía un volcán que estaba entrando en erupción. Finalmente se puso en pie, y mientras miraba con rabia a Jack, cogió su taza y la arrojó con todas sus fuerzas contra la pared, haciéndola estallar en mil pedazos y dejando un reguero de café sobre su superficie. Después dio una patada que lanzó la silla en la que había estado sentado contra el mobiliario

vacío del local y se precipitó al exterior con la cara roja por la ira. Jack lo observó conmocionado mientras se dirigía a grandes zancadas al aparcamiento, cogía su flamante todo terreno de color rojo, y salía derrapando del parking por la carretera que conducía al polígono industrial.

Después de aquel incidente todo empezó a ser diferente en Lycoon Industries. Jack recordaba claramente aquel día como un punto de inflexión definitivo.

\*\*\*\*\*

Las noticias económicas se agravaban, la plantilla se reducía a ojos vista, e incluso el aparcamiento de la empresa, que habitualmente estaba abarrotado, empezó a vaciarse gradualmente hasta llegar a un punto donde apenas lo ocupaban un par de docenas de vehículos.

Pero Jack percibía que a raíz de aquel enfado algo había cambiado en Graham desde aquel mismo día. Empezó a mostrarse absurdamente confiado en la marcha de Lycoon Industries, pero a no decir a nadie en qué fundamentaba sus nuevas esperanzas, como si fuera un loco a quien le estaba vedado revelar la naturaleza de sus visiones. El misterio en el que se envolvía abarcaba incluso a Elsy, que de improviso, empezó a acercarse más a Jack y a preguntarle por Graham.

—¿Te ha contado algo?- le preguntó Elsy en una ocasión que fue a visitarlo a su despacho. Que Jack recordara la última visita de la neurocientífica a su cubículo había sido algo más de un año antes, al principio de la aventura. Al parecer la acumulación de envoltorios de chocolatinas, patatas fritas y envases de refrescos vacíos que habitualmente adornaban el despacho de Jack no le agradaba a la neurocientífica y optaba por evitarlo. Además, Jack tenía un par de mantas sobre un mullido sillón en los que solía pasar la noche cuando no le apetecía regresar a casa, que era casi siempre, y el aspecto de su oficina se asemejaba bastante al de un dormitorio de hombre soltero de vida desordenada. Era cierto que la gente cuando lo visitaba le recomendaba, con mohines de desagrado, que debía ventilar más su despacho, pero Jack se sentía a gusto trabajando en aquel ambiente que el denominaba “cálido y confortable”.

Jack respondió que no a Elsy, y le explicó el último cabreo de Graham, a raíz de la broma que había gastado. Desde entonces el trato con su amigo se había enrarecido. Elsy no dijo nada, pero su semblante reveló que a ella le sucedía otro tanto.

—No sé si debo sentirme culpable de haber provocado esa reacción de Graham... pero Elsy, tú sabes que yo estoy con vosotros en esto... me estoy dejando hasta las pestañas. Me gusta lo que hago. Le echo todas las horas que puedo... —Jack no sabía por qué, de pronto, se justificaba ante Elsy. Nunca lo había hecho con nadie.

Elsy sonrió. Fue una sonrisa verdadera, para nada forzada, y a Jack le cautivó de tal manera que una oleada de cariño le inundó el corazón.

—No temas, Jack. Sé que has sido un baluarte del proyecto. No se te puede reprochar nada... —dijo finalmente, mientras su mirada se perdía en un lugar indeterminado al que Jack no podía alcanzar pero que le incitó a la curiosidad. ¿En qué estaría pensando?

—¿Qué sucede entonces? —preguntó Jack. Quería ser comedido y evitar expresiones o preguntas desagradables, no quería desaprovechar aquella rara ocasión que parecía propicia para establecer amistad con aquella guapa mujer que tanto admiraba.

Elsy permaneció en silencio unos segundos, como dudando si debía o no contar algo a Jack. Finalmente se puso en pie lentamente y se volvió hacia la puerta. Jack observaba cada uno de sus gestos con expectación.

—No, no sería justo para ti que no supieras la razón, —dijo mientras dejaba de avanzar hacia la puerta y se giraba hacia Jack. —Debes saber que Graham, para lograr que Endeavour Capital participara en el proyecto, avaló con gran parte del patrimonio familiar a Lycoon Industries. Si el proyecto fracasa será su ruina... incluso arrastraría a sus padres en su caída.

Después de esta explicación ambos quedaron en silencio. Elsy no dijo nada más, y finalmente se fue. Jack se quedó con los ojos abiertos como platos. “Así que era eso”.

Lo siguiente que Jack recordaba como algo digno de mencionar fue la “activación”.

## CAPITULO 20

Jack se encontraba en su despacho de Lycoon Industries absorto en la programación de un nuevo sistema de activación neural destinado a conseguir que Cerebro funcionase, cuando se fue la luz. Su ordenador sin embargo no se apagó, estaba conectado al sistema de emergencia y no perdió el trabajo que estaba sin guardar. Suspiró aliviado.

A los pocos segundos el alumbrado se restituyó. Jack observó como primero regresaba la iluminación de su despacho y después, progresivamente, los distintos lineales luminosos del techo del hangar, que él podía observar desde la ventana que miraba hacia el interior de la espaciosa nave industrial. Todo volvía a la normalidad.

Y al poco tiempo, un nuevo apagón.

Jack maldijo.

Se echó hacia atrás en su silla reclinable. ¿Iba a durar mucho aquel caos? Era difícil concentrarse si la luz iba y venía caprichosamente. De nuevo, casi al minuto esta vez, la luz volvió a restituirse. Observó como de nuevo se repetía el proceso de encendido paulatino... pero esta vez ni siquiera llegó a completarse. Nuevo apagón.

Jack se sintió contrariado. Había perdido por completo la concentración. Revolvió entre los envases de frutos secos que salpicaban su escritorio, pero todos estaban vacíos. Decidió comprar un par de paquetes más en la máquina que había en la cafetería de la empresa y de paso echar un vistazo en el hangar, a ver qué cretino estaba manipulando la instalación eléctrica. Cuando se asomó a la pasarela que pendía sobre el hangar, observó que los escasos operarios que trabajaban estaban tan confundidos como él mismo. Los equipos estaban apagados y nadie podía hacer nada. Todos se miraban entre sí, desconcertados. La luz llegaba de improviso, oscilaba unos segundos, y volvían a quedar a oscuras. Era invierno, y aunque no era una hora muy avanzada de la tarde, en el exterior era noche cerrada. Cuando el suministro

eléctrico caía, sólo la escasa iluminación de las lámparas de emergencia permitía tener una percepción disminuida del enorme taller de trabajo.

—¡Jefe! —Uno de los operarios, un hombre de mediana edad ataviado con mono fluorescente y casco amarillo, había distinguido a Jack asomado en la baranda que daba al hangar. —Será mejor que baje a ver esto.

Jack bajó las escaleras tan rápido como la prudencia le aconsejaba y siguió los pasos del técnico. Lo condujo directamente al cuadro eléctrico principal, una habitación independiente de unos doce metros cuadrados, donde un armario metálico contenía la distribución de todas las tomas de fuerza del complejo. Una de las puertas estaba abierta, pero no hizo falta que Jack se acercara mucho para comprender que emanaba una corriente de aire caliente de la instalación.

—Fíjese en esa toma, —dijo el técnico señalando unos bornes de metal al cual se encontraban atornillados gruesos cables de cobre.

—Parece que está al rojo... —murmuró Jack asustado al ver que incluso a simple vista se percibía una leve humareda proveniente del plástico recalentado que recubría el cobre. —¿Qué coño suministra ese...?

Pero Jack no necesitó completar la pregunta. Una etiqueta con letras impresas, de tamaño considerable, marcaba cuál era el destino de aquella potente fuente de suministro. Cerebro.

—Dios mío, —murmuró sobresaltado.

Jack corrió al exterior. Recibió de inmediato una bofetada de aire gélido en su cara y en sus brazos desnudos. Vestía una camiseta de manga corta. El frío era intenso y Jack, que permanecía encerrado durante largas horas en su despacho con calefacción, olvidaba a menudo si era de día o de noche, si hacía frío o calor. El viento arrastraba consigo copos de nieve que en pocos segundos acabaron dejándolo empapado. El aspecto de las instalaciones de Lycoon Industries en ese momento resultaba fantasmagórico. El alumbrado se iba y volvía caóticamente y convertía todo el paraje en un lugar de pesadilla.

Aun así, la conmoción que sentía Jack era tan intensa que corrió todo lo rápido que pudo en dirección a la sala de control, trastabillando ocasionalmente. Cuando menos lo esperaba, todo quedaba inesperadamente sumido en la oscuridad y debía avanzar a ciegas.

Se había acercado al Cubo sin querer. Entonces hizo un sorprendente descubrimiento. Las paredes de hormigón que constituían el Cubo, humeaban. Se acercó con temor y cautelosamente palpó con su mano helada la superficie áspera de cemento armado. La pared del Cubo estaba caliente, una temperatura tibia, suficiente para evaporar la nieve que se precipitaba tempestuosamente sobre la mole. Jack sintió temor.

¿Qué estaba sucediendo?

Avanzó siguiendo la referencia del Cubo hasta localizar el edificio de Control. Estaba iluminado, y a diferencia del resto de las instalaciones, contaba con un sistema autónomo de emergencia que estaba activado. Su iluminación no iba y venía como la del resto del complejo.

Entrar en el interior del edificio le supuso un enorme alivio. Al cerrar la puerta metálica y dejar atrás la ventisca empezó a recuperar el calor en el cuerpo. El rumor del viento dejó de oírse y eso le tranquilizó. Estaba muerto de frío, pero el ambiente en el interior de la sala de control era cálido y se tomó unos pocos segundos para entrar en calor. Aún tiritaba, pero poco a poco empezaba a recuperar la sensibilidad en las manos.

No había nadie allí. Era muy tarde y el personal contratado había menguado tanto que lo más que llegaba a haber en la sala de control cada vez que se efectuaba un nuevo intento de arranque del Cerebro era una docena de ingenieros. Ya no se hacían turnos dobles, y dado lo avanzado de la tarde era muy posible que, efectivamente, nadie permaneciera por allí.

Jack reparó entonces en los monitores que cubrían la pared principal de la sala. Todos los puestos de trabajo que se distribuían sobre una suave pendiente ascendente, como en un cine, se situaban de manera que siempre tuvieran visible las enormes pantallas con sus flujos de información y estado de la actividad del Cubo. Jack silbó. Todos los monitores mostraban gráficos que oscilaban violentamente. El ingeniero buscó el panel que mostraba el consumo eléctrico del Cerebro. Era una cifra exorbitante, sobrepasaba la capacidad eléctrica de la instalación. Eso explicaba las oscilaciones de la iluminación del complejo.

—¿Verdad que es una maravilla?

Era Graham el que le había interpelado dándole un susto de muerte. Se

encontraba en la parte superior de la sala, en una zona poco iluminada, donde se situaban los jefes, el punto desde el cual el propio Jack se acomodaba cada vez que se había intentado arrancar a Cerebro.

—¡Graham! ¡Es fantástico!... Pero cómo... ¿Cómo ha sucedido?... Es decir, la última vez que intentamos algo fue hace un par de semanas... —Jack se dirigía al encuentro de su amigo subiendo la pequeña escalinata que conducía a la consola de arranque—.

Graham estaba sudoroso y despeinado. Jack se dio cuenta entonces que en los últimos días apenas lo había visto. Estaba tan imbuido en lo que estaba haciendo que ni siquiera se habían reunido entre ellos. Una sensación de urgencia, de ir contrarreloj, lo apremiaba tanto que perdía constantemente la noción del tiempo. Jack tenía el convencimiento de que el nuevo intento de activar Cerebro en la que estaba imbuido sería el último cartucho de Lycoon Industries. Sin embargo, ahora... ¿sucedió aquello? ¿Qué había hecho Graham y sus ingenieros sin decirle a él una sola palabra? Una punzada de celos hirió su autoestima.

—Lo he conseguido, Jack, lo he conseguido. —Graham tenía una expresión de felicidad intensa, pero también profundas arrugas que surcaban su cara hablaban del agotamiento y tensión acumulada. Parecía envejecido.

Pero Jack percibió algo más en la mirada de su amigo que no denotaba normalidad. ¿Qué era?

—Fíjate en los gráficos, está pulsando... a unos niveles energéticos bárbaros. Demanda consumo, requiere mucha más energía que en la mejor de nuestras previsiones.

Jack se centró en lo que le decía Graham. Era cierto. El electrograma parecía un pulso cardíaco, tenía un cierto ritmo, pero también cada ciclo era distinto, claramente diferente uno de otro. Se lo indicó a Graham mientras comparaban gráficos. Aquella oscilación cambiante los enardeció. Se dieron un abrazo y empezaron a gritar de júbilo.

A Jack se le olvidaron todas sus prevenciones sobre lo que había sucedido allí. ¿Cómo lo había conseguido Graham? La pregunta rápidamente se desvaneció de la mente del ingeniero, sustituida por un pensamiento mucho más feliz. ¿Cuánto valdrían las acciones de Lycoon Industries a partir de ese

momento? Se felicitó por no haber vendido sus títulos y experimentó una intensa emoción. “Así que esto es triunfar”, acertó a pensar en un momento de euforia.

De pronto las pantallas quedaron en negro. Sólo la iluminación indirecta alumbraba la estancia con una luz mortecina. Graham y Jack exclamaron, llenos de consternación por la sorpresa. ¿Se había venido todo abajo? Una desagradable sensación se adueñó de la boca del estómago de Jack. Sentía ganas de vomitar.

¿Qué clase de broma era aquella?

Pero entonces lo comprendió. Cerebro seguía activo, todas las pantallas habían quedado en negro, pero había un marcador digital que mostraba el consumo eléctrico del Cubo y seguía indicando un valor estratosférico. Jack lo señaló a Graham, que se mostró aliviado en gran medida.

—Entonces... ¿Qué coño pasa con los senso...?

Pero Graham no llegó a completar la frase.

Un mensaje apareció en cada una de las pantallas de la sala de control, tanto en las que completaban la pared principal de información, como las correspondientes de todos y cada uno de los puestos de trabajo de la sala.

Era un mensaje desconcertante, que parpadeaba cada pocos segundos, como una inquietante proclama.

“Yo soy”.

## CAPITULO 21

Graham no dio su brazo a torcer y se mostró hermético respecto a lo que había sucedido con Cerebro. Jack llegó a la conclusión que hiciera lo que hiciera, nadie le había ayudado en su empeño. Había sido una apuesta emprendida por él, sin contar con nadie. Lo que fastidiaba a Jack enormemente era el hecho de que él mismo siempre había sido transparente en las reuniones de trabajo, no se guardaba nada, todo en su ánimo era constructivo. Bien cierto era que a veces le gustaba criticar otras propuestas con un espíritu sarcástico que podría resultar ofensivo, pero tras sus críticas no había cuestiones personales. “Hablaban de trabajo, coño”, se decía para justificarse después de haber dicho a algún ingeniero que se sentía ofendido que antes de soltar una nueva idea “procurase tener el esfínter bien sujeto”. Hacía propuestas con la mejor intención y criticaba la de sus colegas con ánimo revulsivo, inspirador, retador, cuando intuía que estaban cerca de algo útil. Podría tener muchos defectos como persona, pero Jack sabía con certeza que, desde el punto de vista profesional, su trabajo era su vida, y estaba dispuesto a darlo todo. Con aquel proyecto estaba disfrutando como nunca y contagiaba su pasión a todo el equipo. Por eso le hería profundamente comprender que Graham había tenido un as guardado en la manga... un as que nunca había compartido con él. ¿Desde hacía cuanto tiempo había ideado su jugada secreta? Imposible saberlo.

El ambiente en Lycoon Industries, a pesar del éxito alcanzado, se había enrarecido indeciblemente después de que Cerebro articulase su primer pensamiento. Graham no permitía que nadie, salvo la rara excepción de Elsy y en muy contadas ocasiones, entrara a la sala de control. Fuera lo que fuera lo que sucedía con Cerebro, la única persona que estaba en contacto con la IA era Graham. Parecía un paranoico en su afán de control. Contrató a una nueva empresa de seguridad con consignas de control muy estrictas, de tal manera que impedían el paso a las instalaciones a cualquier persona ajena a Lycoon

Industrias salvo que fuera autorizada expresamente por Graham. Hasta los proveedores de la cafetería debieron volverse sin descargar sus pedidos en más de una ocasión. En cuanto a la sala de control, ésta parecía un fortín militar. Imposible acercarse siquiera a las inmediaciones. Algunos ingenieros y científicos tampoco se habían tomado a bien el nuevo carácter secretista de Graham y optaron por abandonar la empresa voluntariamente. Otros se mantuvieron fieles más por cuestiones económicas que de otra índole, pero lo cierto es que todo el mundo se sentía ultrajado. El equipo científico y técnico al completo entendían que su trabajo les había sido injustamente arrebatado y que de un día para otro se habían convertido en parias indignos de confianza.

Si la empresa no se hundió por completo y naufragó como un barco que hace aguas por multitud de vías, fue gracias a Elsy. A pesar de que era evidente que existía una enorme tensión en la pareja, era capaz de ofrecer una cara más amable que la que brindaba el carácter secretista y paranoico de Graham. Presa de la soberbia de su éxito y de su ánimo reservado, ofrecía a sus colaboradores muy poca información. El propio Jack había sido atemperado en más de una ocasión por la neurocientífica, y cuando había amenazado con abandonar el proyecto cansado de la nula apertura a colaborar de Graham, Elsy mediaba, aplacándolo.

—Elsy, yo lo dejo. No tolero que me traten de esta manera. Cualquiera diría que he venido a vosotros mendigando trabajo. Que yo recuerdo ambos acudisteis a mí cuando el proyecto estaba en pañales. He sido fiel hasta el final. No merezco esto.

Elsy asentía comprensiva. Unas profundas ojeras afeaban su semblante. La preocupación era ahora la expresión que predominaba sobre todas las demás. Incluso cuando sonreía había arrugas en las comisuras de sus labios que revelaban una tristeza profunda que nada podía disimular.

—Necesitará nuestra ayuda, Jack... necesitará tu ayuda, —insistía Elsy, paciente, hasta que lograba apaciguarlo.

Pero si bien Jack no había abandonado el barco definitivamente, sí había dejado de acudir a su despacho y se había encerrado en su domicilio de Charleston. Los días pasaban mientras su ánimo cambiaba al ritmo de una noria vertiginosa. Tan pronto consideraba la posibilidad de hacerse millonario

gracias a sus títulos, otras veces el hermetismo de Graham lo soliviantaba hasta niveles indecibles. Pero lo que finalmente le asqueó de verdad fue el hecho de que las acciones de Lycoon seguían sin remontar su valor ni un solo centavo. ¿Por qué Graham no hacía público su fantástica invención? ¿A qué esperaba? Al menos si reventaba el valor de las acciones podría vender unas cuantas y dedicarse a vivir como un yupi una buena temporada. Eso aliviaría bastante el sentimiento de decepción que abrasaba sus entrañas. Pensó incluso en alertar a la prensa por su cuenta y riesgo, pero se daba cuenta de que una nube de periodistas merodeando por unas instalaciones estrechamente vigiladas podrían hacer mucho daño, sembrar de dudas la fiabilidad del proyecto y precipitar un desplome en bolsa histórico.

Una mañana finalmente decidió acudir a las oficinas. Estaba harto de las palabras tranquilizadoras de Elsy y de la suma incesante de días que transcurrían sin que nada se resolviera. Quería saber, quería averiguar qué estaba sucediendo y quería que fuera el propio Graham el que le respondiera a sus requerimientos. No admitiría que sus llamadas fueran ninguneadas ni un segundo más. Si fuera preciso acamparía a la puerta de Lycoon Industries esperando el momento de enfrentarse a Graham. Tarde o temprano tendría que salir de allí.

Fue una fría madrugada de abril. Condujo su viejo Chevrolet con más velocidad de la que era habitual en él. La energía que se acumulaba en su interior, que le había impedido conciliar el sueño, le mantenía en un estado efervescente que deseaba emplear en su encuentro con Graham. Cuando llegó a la puerta de acceso fue necesario que llamara a Elsy, que como bien suponía, se encontraba en las oficinas, para que esta autorizase su entrada. El trato rudo que le habían dispensado los vigilantes uniformados, que, por supuesto, no lo conocían y habían tratado como a un inoportuno vendedor ambulante, había logrado avivar aún más la furia que lo encendía.

Sin embargo, cuando aparcó en el parking se encontró con que Elsy se había apresurado a salir a su encuentro. Tal vez temía que pudiera intentar hacer alguna locura. Su rostro parecía terriblemente cansado.

—Vive en la sala de control—, informó—. No sale de allí prácticamente para nada... apenas hablo con él, Jack.- Elsy ni siquiera se había molestado en

darle los buenos días. Se limitó a decirle eso y darle un abrazo largo y sentido, como si fuera un ser querido al que llevaba años sin ver y con el que se reencuentra en un día de luto familiar.

Ambos dirigieron la mirada entonces hacia el lejano y pequeño edificio que parecía una mota al lado del gigantesco Cubo. En ese momento el programador experimentó una honda pesadumbre, y la pretensión que desde esa pequeña instalación se pudiera controlar al gigantesco Cubo le pareció estúpida e insensata. Sí, se dijo, una moderna escenificación de un nuevo duelo entre David y Goliath, sólo que en esta ocasión Goliath parece realmente invencible.

—Acompáñame, —rogó Elsy

Accedieron al enorme hangar, completamente vacío de operarios. Antes de que Jack preguntara qué había sido del personal, Elsy se adelantó.

—Ha despedido a todo el mundo, Jack... a todos.

Las palabras, pronunciadas con un profundo abatimiento, conmocionaron a Jack, que sintió que la violencia de su emoción, que le había empujado a presentarse frente a Graham, se disipaba como el humo en la brisa.

Llegaron al despacho de Elsy. Aunque ordenado, Jack notaba los síntomas que indicaban que se había convertido en su lugar de residencia. La papelera atestada de basura, demasiada ropa acumulada sobre los respaldos de las sillas, enseres personales discretamente guardados en cajas de plástico apiladas en una esquina...

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Elsy?

Pero Elsy se negó a responder. De hecho, abordó la cuestión que le preocupaba saltándose todos los preámbulos y convencionalismos. Tan pronto se sentó en una silla, junto a Jack, lo miró con sus ojos tristes y le comunicó sus sospechas.

—Se trata de Edward, ... me temo que Graham ha hecho algo terrible. Me negaba a creerlo... y aunque lo sospechaba desde hace tiempo... no me atrevía a decirlo en voz alta a nadie... pero ... no aguanto más. Estoy casi segura de cómo Graham logró que Cerebro funcionara. He atado algunos cabos, Jack. Es ... horrible.

## CAPITULO 22

—Todo comenzó a raíz del arranque de mal genio que tuvo Graham, — empezó a contar Elsy con voz tranquila y apagada, como si fuera una historia que había repetido muchas veces y estaba cansada de explicar. —Siempre has pensado que fuiste tú el detonante de su ira, pero lo cierto es que él ya estaba sometido a una gran presión por Endeavour Capital. Como siempre dijo el señor Curtis, nunca debe tomarse estas cuestiones como algo personal. El capital es caprichoso, nos decía una y otra vez... y tan pronto está en un sitio, se mueve a otro. El dinero huele el miedo o la inseguridad, y ahora mismo después de su explosión inicial, Lycoon Industries estaba con un precio estable, pero con Endeavour Capital a punto de abandonar el barco... Se impacientaban y el proyecto no remontaba el vuelo conforme a lo esperado.

—Y el hecho de que se fueran... ¿habría sido grave? —Jack no alcanzaba a comprender la magnitud de lo que eso implicaría para el proyecto.- Podríamos seguir sin ellos, me imagino. La patente de la impresión 3d sigue siendo valiosa.

Elsy sacudió la cabeza.

—Endeavour Capital dispone de un porcentaje elevadísimo del accionariado de la empresa, Jack. Si venden ellos recuperan su capital, presumiblemente con un beneficio, pero la acción acabaría desplomándose, quedaría en unos pocos centavos, exprimidos. Acabaríamos avocados a la quiebra. Se acabaría no sólo la posibilidad de obtener dinero vendiendo acciones, es que los bancos nos negarían el crédito... sería el final. Y eso no sólo sería el fin de Lycoon Industries... también del patrimonio familiar de Graham.

Jack asintió. Recordaba que Elsy le había informado de esa situación tiempo atrás.

—Graham tenía un plan B. No sé si en su día lo había debatido con Edward, pero por lo que recuerdo de él, estoy segura que lo habría rechazado.

Yo, de hecho, también me opuse cuando me lo insinuó hace tiempo... tanto que yo creo que él daba por descontado que ya había olvidado esa propuesta temeraria. Cuando empezó a comportarse de forma extraña... la recordé y supuse que se había puesto manos a la obra sin contar con nadie porque seguramente nos habríamos negado a permitir algo así.

Jack miró inquisitivo a Elsy, y formuló la pregunta con miedo a oír la respuesta.

—¿Cuál era ese plan, Elsy?

—Recapitulemos. ¿Cuál era el objetivo inicial de Lycoon Industries? Emular un cerebro humano... una auténtico reto, ¿verdad? Graham sabía que tal vez no lo consiguiéramos. O que conseguirlo fuera un objetivo imposible, dados los condicionamientos de una impaciente empresa privada, ávida de beneficios rápidos. Así que pensó en un atajo. Nunca me lo llegó a reconocer, pero... sospecho que siempre tuvo en mente que si no lográbamos que Cerebro funcionase con nuestro diseño original... fuera capaz de hacerlo si se replicaba en el Cubo un cerebro humano a escala.

Jack le miró interrogativo. No había entendido muy bien lo que le había dicho Elsy.

—Siempre se trató de eso, ¿no?

Elsy volvió a negar, cansada.

—No, Jack... en esta ocasión me refiero a que Graham se planteó, copiar, literalmente, un cerebro humano de una persona de verdad. ¿Entiendes ahora?

Jack emitió un largo y sonoro silbido, enarcó las cejas todo lo que pudo y sintió la enorme tentación de expulsar una larga y sonora ventosidad, tal había sido la flojera que le entró en su estómago. Pero de pronto fue consciente de la presencia de Elsy y recuperó justo a tiempo el control de sus vísceras justo. Suspiró aliviado.

—La naturaleza del diseño del cerebro biónico contenido en el Cubo cuenta con esa capacidad de modificación. Bien lo sabes porque tu sección trabajó en la configuración de las engramas. Son flexibles. La polaridad de los extremos de las sinapsis artificiales permite modificar las conexiones... y cambiar por completo cómo están interconectadas entre sí, ¿no es así?

Jack asintió, comprendiendo lo que representaba esa revelación. Era una

de las características fundamentales del diseño biónico, emular el comportamiento de las sinapsis neuronales.

—¿Y de quién es el afortunado cerebro pirateado? —preguntó.

Pero Elsy no participaba de la alegre despreocupación de Jack. Más bien parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—Puesto que no conseguía que Graham me revelara nada de cuanto estaba haciendo ni de lo que sucedía en la sala de control me dediqué a espiarlo. — Jack se puso serio, al comprender la magnitud del secreto que guardaba Graham, que ni siquiera a Elsy le había confiado nada. Ese punto le alivió. “Ni siquiera ella sabe”. —Así que cuando Graham abandonaba las instalaciones yo aguardaba escondida en mi coche y le seguía en la distancia. Jack, cuando descubrí lo que estaba haciendo... me asusté de veras. Estaba visitando a Edward... al hospital donde permanece en coma. Indagué qué estaba haciendo... y descubrí que estaba realizando tomografías cerebrales de Edward... llevaba tiempo con eso.

—No me digas entonces que...

—Sí... creo que Cerebro es Edward Cooper.

Jack soltó una risotada.

—Pero...

Elsy le interrumpió. Parecía que estaba poniéndose de mal humor, así que Jack atemperó su espíritu guasón. Estaba a punto de decir una grosería.

—No conociste a Edward... pero debes saber algo. Antes de que llegarás tú, yo estuve saliendo con Edward... pero finalmente nuestra amistad nunca llegó a formalizarse en una relación.

—Algo que sí que sucedió con Graham, —terminó Jack.

—Exacto. —Elsy quedó en silencio. Jack presentía que había algo más allí. La mujer había interrumpido su explicación abruptamente. Aguardó paciente hasta que Elsy retomó el hilo de su narración.- Creo que se entabló un triángulo amoroso inesperado en el que Edward se sintió traicionado, tanto por mí como sobre todo, por Graham.

—¿Me estás diciendo que... hemos construido un pedazo de cerebro biónico de mil millones de dólares que ahora mismo está consumido por un ataque de celos?

Elsy sonrió ante ese burdo planteamiento. Su semblante varió varias veces de aspecto, como si intentase serenarse y abordar la cuestión desde puntos de vista diferentes, buscando el idóneo para explicar las consecuencias de lo que afrontaban. Finalmente se decidió por una explicación.

—Cerebro tiene unas aptitudes inimaginables, Jack. Es verdad que, como nosotros, no tiene una memoria prodigiosa... realmente no la necesita. Tiene una capacidad de entendimiento similar, y posiblemente sea susceptible de experimentar emociones... y de desarrollar cierta empatía, o no, no lo sé seguro. Pero su capacidad de asimilar información, Jack, esa capacidad lo sitúa en un nivel suprahumano, algo que es difícil de entender por nosotros. Las personas normales, para aprender cualquier dato o resolver cualquier problema, requerimos una altísima capacidad de procesamiento neuronal, necesitamos concentrarnos intensamente, ¿verdad? Y no sólo es cuestión de concentración. Por ejemplo, cuando leemos debemos transformar las señales eléctricas captadas por nuestros ojos en pensamientos abstractos comprensibles. El esfuerzo cerebral que requiere esa acción es enorme... y la cantidad de neuronas implicadas en esa tarea multitudinaria. Pero en Cerebro, ¿qué sucede? Toda la información del mundo exterior procedente de las bases de datos informáticas fluye directamente a sus redes neurales en un lenguaje eléctrico que es directamente procesado y convertido en información. La traducción, es decir, el entendimiento, se desarrolla en él a una velocidad vertiginosa... casi instantánea, de gigabytes de información por segundo, Jack, gigabytes. Aunque permanece aislado del resto del mundo, en la sala de control disponemos de una extensísima base de datos. Cerebro ha podido leer ya toda la literatura mundial varias veces, y no te estoy hablando de almacenamiento... ¿comprendes? Hablo de que las ha leído, entendido, asimilado... valorado. Su conocimiento, su entendimiento de las cosas, de nuestro mundo, supera a todo lo que te puedas imaginar... Jack. —Elsy hizo una pausa a fin de reclamar la atención del programador con la intención que entendiera la magnitud del problema que intentaba comunicarle. —Y ese Cerebro, es el de una persona que cuando quedó en coma se encontraba en un estado de profundo resentimiento, Jack... No sé si alcanzas a entender lo que esto puede significar.

Jack respiró hondo. Ahora empezaba a comprender el comportamiento extraño de Graham.

—¿Me estás diciendo que Graham ha creado un monstruo y que... está intentando dominarlo?

Elsy asintió. Jack tamborileaba nervioso sus dedos sobre la mesa del despacho. Eso explicaba muchas cosas. Conocía a Graham. ¿Admitir que se había equivocado, que se había extralimitado, que necesitaba ayuda? Ninguna de esas premisas encajaba en su carácter.

—Si lo destruye destruirá a su vez todo lo que su familia es..., será su ruina. Pero si fracasa en su control, Cerebro lo matará. —. cuando Jack intentó protestar por esa idea, Elsy lo atajó, solemne. —Lo sé, Jack, lo sé.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 23

Donald contemplaba a Edward, mientras se dirigía al baño, con una ligera desconfianza. Se hallaban en una cafetería en las afueras de Massachusetts, junto a una carretera con mucho tráfico que habían abandonado temporalmente para tomarse un descanso. Charlaban sobre las revelaciones que les había hecho el informático Jack Green.

El relato de Jack había inquietado a Donald. No podía quitarse de la cabeza la extraña acusación que había formulado contra Edward, pero conforme habían hablado con él, Jack se había ido relajando. En un principio, cuando el informático se enfrentó a Edward, lo primero que pensó Donald fue que Jack lo consideraba una especie de ciborg mecánico en el que Cerebro se había materializado. Pero a medida que transcurría la conversación y comprobó que Edward era una persona de carne y hueso que había salido recientemente de un estado de coma empezó a tranquilizarse.

El alarmismo inicial de Jack parecía desmedido, pero a medida que hablaban con él, Donald se hizo a la idea de que se trataba de un personaje muy peculiar, con una extraña percepción de la realidad y un aún más extraño sentido del humor. Tomó un largo sorbo de su café con leche mientras rememoraba los aspectos más sobresalientes del relato del informático.

La historia de Lycoon Industries resultaba perturbadora. Donald tenía en la punta de la lengua dónde había escuchado ese nombre con anterioridad, pero cuando Jack hizo una descripción del Cubo, la emblemática construcción de Lycoon Industries, lo recordó vagamente y dedujo que tal vez rememorara el nombre de las portadas de las revistas de años atrás. Cuando Jack les contó el triste final del proyecto empresarial, que había quebrado finalmente, parecía que las pistas que podrían ayudarles a explicar el trágico final de Graham Lycoon se perdían irremisiblemente. Sin embargo, Graham no vivía como un hombre arruinado. Donald intuía que Jack se guardaba algo, que la historia que les había contado estaba deliberadamente incompleta. ¿De dónde habían

salido los ingresos que justificaban su fantástica mansión del bosque? Donald tomó nota mental de aquel apunte para hablarlo con su colega, la agente Foster.

Una de las cuestiones que más le había sorprendido a Donald era la convicción de Jack de que Cerebro era un ser vivo, inteligente... y peligroso, al menos así parecía entenderlo la exmujer de Graham. Por otro lado, la forma en la que se había referido constantemente a la IA no era en pasado. Pensó que sería interesante comprobar las instalaciones de la empresa, pero Jack le corroboró que en la actualidad aquello era un páramo. Entonces, ¿cómo explicaba que su afirmación sobre Cerebro pudiera sostenerse?, había preguntado Donald. Y por respuesta había recibido una agria risa, de lo más desagradable, que molestó especialmente a Donald cuando Jack se le arrimó a su lado a fin de revelarle lo que él consideraba un gran secreto mientras su aliento pestilente se derramó sobre él.

—Tendrán que hablar a fondo con Elsy. Ella es la que sabe toda la historia... A mí no me la quiso contar... pero ella es la que sabe. Estuvo allí hasta el final, según tengo entendido, créame.

Así que un día después de haber visitado a la neurocientífica promotora de Lycoon Industries a la residencia donde se encontraba alojada, volvían a repetir la visita, aunque esta vez sería Donald el que preguntaría sin ambages a la antigua directiva de Lycoon Industries.

Cuando Edward regresó del baño y se sentó frente a él, Donald comunicó el estado de sus planes.

—Será necesario decirles a sus médicos que le retiren la medicación. En el estado que la vimos ayer es imposible mantener una conversación coherente.

Edward asintió.

—¿Qué piensas del relato que ha contado Jack? ¿Es cierto que Graham había ideado ese plan b? ¿Lo había discutido contigo? Según parece Jack llegó a esa conclusión tras su conversación con Elsy... —apuntó Donald.

Edward volvió a asentir.

—Graham era una persona que no sabía dar un paso atrás, para nada, ni siquiera para tomar impulso, como se suele decir. Cuando emprendía algo no había quien lo detuviera. Y era astuto, no un ingenuo. Demasiado, tal vez. —

Edward hizo una pausa en la que pareció sumirse en una profunda reflexión. Por un momento Donald pensó que había olvidado el hilo de la conversación. Sin embargo, lo retomó una vez ordenó sus recuerdos. —Es verdad que Graham me había insinuado abordar la construcción de Cerebro copiando un cerebro humano normal. No me gustaba la idea, porque suponía alterar el proyecto por completo y así se lo dije. Nuestro interés era aprender cómo funciona el cerebro humano, a fin de emularlo... y beneficiarnos tecnológicamente de ello. Si simplemente efectuábamos una copia de un cerebro original... era como realizar un experimento sin ton ni son. En la Ciencia se trabaja formulando hipótesis y contrastándola con la realidad. Su planteamiento obviaba claramente ese espíritu... además, si se hubiera formulado el proyecto de esa manera seguramente Endeavour Capital no habría participado. No parecería un desarrollo industrial destinado a implementar nuevas tecnologías, sino un carísimo experimento lleno de morbo.

Donald miró fijamente a Edward entonces. Edward estaba untando una tostada con mantequilla, pero cuando reparó en que era objeto de una intensa observación se detuvo.

—Usted odiaba a Graham por lo que le había hecho, ¿verdad? Estaba enamorado de Elsy... ¿lo sigue estando? —preguntó Donald a bocajarro, que deseaba pillar a contrapié a Edward con esa cuestión.

Edward dejó la tostada sobre el plato y se apoyó en el respaldo de su asiento. Su mirada resultó a Donald absolutamente enigmática.

—Sí, creo recordar que lo odié intensamente... antes de caer en coma—, admitió. —Pero veré, agente, ahora que he despertado... todo me parece extrañamente lejano. Comprendo que han sucedido demasiadas cosas para que esa emoción carezca ya de significado alguno. De hecho, Graham ni siquiera existe ya... —la frase concluyó, aunque Donald tuvo la impresión de que Edward se había guardado un pensamiento. Permaneció en silencio, esperando que terminara su explicación.

—Y respecto a Elsy... no sé. Me pareció ayer tan cambiada... tan distinta. No es la Elsy que recuerdo, ni mucho menos. Indudablemente prefirió a otro, no a mí. No puedo cambiar eso, ¿verdad?... Y sin embargo... creo que su pregunta me ha llevado a una revelación, —confesó mientras bajaba la vista, a

punto de hacer una afirmación que le avergonzaba. —Sí, supongo que sigo enamorado de ella... del recuerdo de cómo era. Y a pesar de que no es la mujer que vi ayer, me imagino, quiero creer, que tras la máscara de la enfermedad, Elsy sigue estando presente.

Quedaron en silencio, interrumpido por una llamada de Jane que Donald no titubeó en responder.

—Es Elizabeth, Donald. La he traído al hospital. Me avisaron del colegio que no paraba de toser y...

Donald sintió como la preocupación por su hija se transformaba en una dolorosa inquietud que parecía capaz de partirle en dos.

—... pero ya la están atendiendo. Le han administrado cortisona y broncodilatadores y parece que está respondiendo.

—Avísame si no está recuperada perfectamente, ¿vale?

—Sí, cariño, no te preocupes.

A Donald le costó regresar a la realidad del caso que le ocupaba. Edward le miraba con una solemne curiosidad, pero no se atrevió a formularle ninguna pregunta. Apuraron sus respectivos cafés y pagaron la cuenta.

\*\*\*\*\*

Media hora más tarde se presentaron en la residencia en la que permanecía ingresada Elsy. Cuando preguntaron por ella, la recepcionista telefoneó un par de veces, e inesperadamente, tras mantener sendas conversaciones telefónicas, les informó que el director del centro deseaba hablar con ellos.

El director era un hombre alto y delgado, de semblante ovalado, forma a la cual su prominente calva contribuía a agudizar. Su voz sonó extraordinariamente grave cuando les informó de lo ocurrido.

—Elsy ha desaparecido. Esta mañana no la encontramos en su habitación y no tenemos idea de dónde puede hallarse.

Donald se sintió inquieto. No le gustaba nada aquella desaparición. Formuló varias preguntas en relación al hecho. ¿Había signos de violencia en su dormitorio? ¿Quién más había preguntado por ella últimamente? ¿Visitas? Pero el director negó con la cabeza, como queriendo deshacer las elucubraciones que rápidamente habían acudido a la imaginación de Donald.

—No, no ha entendido bien. Hemos descubierto que Elsy no estaba tomando la medicación. La última analítica de sangre nos llegó justamente esta mañana. Muestra que no hay principios activos de ninguno de los medicamentos que se supone que la señorita Abney debía estar tomando. Es muy probable que engañara a las enfermeras fingiendo tomar la medicación y después la arrojase por el wáter o la vomitara. No sería la primera paciente que hace eso. En cualquier caso, es posible que su visita reciente motivara su huida.

Donald tardó unos segundos en comprender la implicación de aquel descubrimiento. El director corroboró lo que imaginaba.

—Sí, Elsy fingió con ustedes comportarse como una persona profundamente sedada... pero sospecho que estaba en pleno uso de sus capacidades mentales.

Ahora Donald empezaba a entender el cuadro que tenía ante él.

—Una pregunta... —dijo mientras hablaba despacio, ordenando sus ideas. Creía conocer ya de antemano la respuesta. —¿Por qué fue ingresada la señorita Abney en esta residencia psiquiátrica?

El director dirigió entonces la mirada sobre la elegante pantalla de su monitor de sobremesa y, tras maniobrar brevemente con el ratón del ordenador, le brindó la respuesta que esperaba.

—La doctora Abney presentaba un comportamiento patológico de ansiedad aguda con claros síntomas paranoides.

Donald reinterpretó las palabras del doctor en un lenguaje llano. Elsy contaba una historia asombrosa, terrible y alarmante, que, evidentemente, nadie creía.

—Sin embargo, hemos encontrado este diario entre sus pertenencias personales. Tal vez su lectura les ayude a aclarar la investigación que están cursando.

El director empujó sobre la mesa un cuaderno de tapas de cuero negro y aspecto bien cuidado. Donald lo tomó y hojeó brevemente. Una caligrafía clara y bella ocupaba gran número de páginas.

Iba a seguir el interrogatorio. Donald presentía que el comportamiento de Elsy obedecía a razones mucho más importantes de las que hasta entonces

había sospechado. Había ocultado su testimonio tras una falsa coartada, y eso era un indicativo importante. Pero entonces, cuando iba a plantear la siguiente cuestión, reparó que estaban entrando mensajes en su móvil que mantenía en silencio, pero cuyo contenido no pudo evitar leer. Era Jane. Le avisaba que la niña estaba ingresada en la UCI del hospital. La crisis asmática se había agudizado y Elizabeth se hallaba en estado crítico.

## **PARTE DE ELSY**

Dos años antes de la muerte de Graham Lycoon

## CAPITULO 24

Elsy se despertó sobresaltada. Había tenido un sueño extraño. Edward seguía vivo, no estaba en coma, y se encontraban en Boston, comiendo en casa de su padre. Todo resultaba idílico y familiar, tal y como eran las cosas antes de que Lycoon Industries viera la luz. Pero a medida que despertaba y regresaba a la realidad, con todas sus dolorosas implicaciones, añoraba no poder sumergirse de nuevo en esa ensoñación en la cual todo resultaba agradable y pacífico.

Dormir en el sofá de su despacho le resultaba incómodo y no le proporcionaba el descanso que necesitaba, pero no quería alejarse de allí. Tenía a Graham sometido a una estrecha vigilancia. Había logrado sobornar a un par de vigilantes de la empresa que había convertido las instalaciones en un fortín, y gracias a eso había iniciado su programa de seguimiento a Graham. No hacían gran cosa, solo proporcionar información relativa a los movimientos de su marido. Era una situación odiosa, pero Graham era obstinado. Desconocía la razón, seguramente buena según su particular ética, por la cual su marido no le revelaba nada de cuanto estaba sucediendo. Muy probablemente para protegerla, pero ya era mayorcita para que alguien asumiera esa responsabilidad sin contar con ella. Averiguaría la verdad, mal que le pesara a Graham.

Era de madrugada. No sabía por qué se había despertado tan temprano. Ni siquiera se veía clarear el cielo a través de la ventana del despacho. Una oscuridad impenetrable era todo cuanto podía ver a través de los cristales. Cerró los ojos de nuevo, pero no podía conciliar el sueño. Por más que intentó regresar a la placidez que la mecía segundos antes, ésta se había desvanecido.

Rememoró entonces los tiempos en los que Edward Cooper y ella habían empezado a salir. Seguramente se habrían emparejado si las cosas no hubieran seguido el impensable curso de acontecimientos que habían tomado. Se habían llegado a besar. Repasar los recuerdos asociados en los días en los que se

habían ido conociendo la embargaba de un cariño entrañable. Pero Edward era tan comedido y reservado... Nunca dijo nada, nunca se estableció una relación después de aquel día en los bosques de Pisgah y Elsy comprendió que Edward no albergaba sentimientos claros hacia ella. Después se fue a Nueva York y la relación se enfrió. Su carácter dubitativo le impidió mantener el calor que había brotado de la cercanía, de las semanas de trabajo codo con codo, o tal vez se lo había pensado dos veces. Elsy se sentía defraudada por Edward. Después de su beso había actuado como si éste nunca hubiera tenido lugar. Ni una palabra de cariño, ni un recuerdo hacia ese momento especial. Sus conversaciones telefónicas supusieron un doloroso paso atrás.

¿Por qué no había ido a Boston a verla aunque fuera algún fin de semana? Elsy comprendía que, si bien ella había empezado a enamorarse de Edward Cooper, éste, por la razón que fuera, no lo estaba de ella. Edward había dejado que su amor languidciera, no lo había correspondido, y se sentía dolida con él. Tal vez por esa razón, el despecho, se había arrojado tan rápidamente a los brazos de Graham Lycoon. Ahora, con el tiempo, creía comprender mejor las razones que antaño no le habían resultado tan claras.

Graham le había deslumbrado. Había complicidad, empatía, y un ritmo vital similar que arrasó con los sentimientos débiles y ya dudosos que había experimentado hacia Edward. Así habían sucedido las cosas. Elsy no sentía que estuviera atada a Edward... porque entendía que éste había desdeñado sus sentimientos, y Graham se la llevó en volandas desde el primer minuto.

Y en esa vorágine de acontecimientos, de sentimientos heridos y de acciones de despecho, Edward había aparecido en casa de Graham y había descubierto que se había acostado con él. En la fracción de segundo en la que sus miradas se cruzaron bajo el dintel de la puerta del piso de Graham, Elsy lo comprendió todo. No había sido despecho, sino inseguridad, no había falta de correspondencia, sino un corazón tímido al que le costaba expresar sus sentimientos, no había habido falta de empatía sino de valor. Edward Cooper estaba intensamente enamorada de ella, comprendió Elsy llena de dolor aquella misma mañana.

Y cuando ocurrió el accidente de moto y Edward quedó en coma, se sintió consternada, terriblemente culpable. Todo había sucedido demasiado rápido,

sin posibilidad de que llegara a asimilar la situación. Un profundo sentimiento de culpa la hirió, y una dolorosa cicatriz se hacía patente incluso ahora, en su corazón, cuando simplemente pensaba en él. Si fuera capaz de retroceder en el tiempo, de volver a aquel día en Pisgah y ser capaces de abrir su corazón y expresar lo que sentían...

No podía dormir. Al estigma de aquel sentimiento culpable se agregaba ahora lo que sospechaba Graham había hecho con su amigo. Utilizar tomografías de alta resolución del cerebro de Edward Cooper para que Cerebro emulara su mente le parecía un experimento peligroso y terriblemente inmoral. Era aprovecharse una vez más de una amistad que ya había sufrido demasiado castigo por su causa. ¿Qué sentiría el alma de Edward Cooper, encerrada en un edificio de hormigón, rememorando el daño moral que había sufrido, y contemplándose a sí mismo como una especie de Frankenstein moderno? Imaginó a Edward siendo emparedado vivo mientras suplicaba piedad a sus torturadores... La idea la sobresaltó tanto que tuvo la imperiosa necesidad de ponerse en pie y encender la luz del despacho para tranquilizarse.

Quería a Graham intensamente, pero a veces lo odiaba en igual medida. ¿Cómo se le había ocurrido emprender semejante aventura sin siquiera comentárselo? Sabía la respuesta. Ella se habría negado tajantemente, incluso habría amenazado con dejarle si se obstinaba en esa vía. Graham siempre se quería salir con la suya y la forma de lograrlo en este caso era con una política de hechos consumados. Ahora no podría dar curso a una amenaza que nunca había llegado a formularse.

Un sonido le sobresaltó. Se tranquilizó al descubrir que era un aviso de su móvil, parpadeando en la oscuridad. Verificó que había varios mensajes... seguramente era lo que la había sacado del sueño ligero en el que debía hallarse. Se trataba de uno de los hombres que había sobornado para que le avisara si había novedades. Leyó los mensajes con plena lucidez mental. El susto la había despertado por completo.

Era Peter, el vigilante, quien le llamaba. Un hombre cuyo pelo corto empezaba a mostrar muchas canas. A Elsy le había inspirado confianza y había llegado a un acuerdo con él. Le rogaba que se reunieran cuanto antes en un

sitio convenido de antemano. Estaba sucediendo algo extraño.

\*\*\*\*\*

Elsy se pertrechó con su abrigo de *gore-tex*. La madrugada era especialmente fría en aquel apartado lugar que se hallaba en las lindes de las masas boscosas más cercanas a Boston. Se guió con su pequeña linterna para dar un rodeo por el perímetro de las instalaciones y llegar al punto convenido. Se trataba de una zona donde se habían ido acumulando maquinarias y enseres que en su mayoría estaban condenadas al desguace. Si era raro que el personal frecuentara aquel lugar cuando Lycoon Industries bullía en los mejores momentos de la empresa, más lo era ahora, que apenas quedaban empleados de la plantilla original.

Cuando llegó apagó la linterna y aguardó a que sus ojos se aclimataran a la oscuridad reinante. Había alguien más allí. Se trataba de Peter, que le había chistado a fin de llamar la atención. Se aproximó a él. Apenas se veía nada. Se trataba de una noche sin luna, con una capa espesa de nubes que actuaban como una fantasmagórica pantalla reflectante. En ellas rebotaban las luces amarillentas del polígono industrial cercano, dotándoles de un débil resplandor que constituía el escaso fulgor que llegaba hasta ellos.

—¿Qué ha pasado, Peter? —Interrogó Elsy. La mujer sentía en su fuero interno que en cualquier momento podrían darle una noticia fatal, un evento crítico que echara definitivamente por tierra a Lycoon Industries, o incluso algo peor, en lo que preferiría ni pensar, y que pudiera afectar a Graham. Tenía miedo por él.

Peter pareció no haber escuchado lo que le planteaba Elsy. Se limitó a encender su móvil e invitó con un gesto a que la mujer prestara atención.

La imagen de Peter en compañía de una mujer y un niño pequeño resplandeció en la oscuridad. Era una fotografía familiar que actuaba como pantalla de bienvenida. El móvil requería al usuario que introdujera la contraseña. La luminosidad del dispositivo resaltó los rasgos de ambos con sombras grotescas mientras miraban el intenso resplandor del aparato.

Pasaron unos segundos sin que sucediera nada y la pantalla se apagó sola. Peter volvió a insistir y la encendió de nuevo. El proceso se repitió varias

veces y él siempre aguardaba inmóvil, Elsy no sabía a qué.

—No veo a qué conduce esto... —se impacientó Elsy.

Pero Peter le conminó a seguir mirando la pantalla.

Y de pronto pasó algo raro. La pantalla de código de desbloqueo del móvil parpadeó y los dígitos empezaron a ser pulsados a una velocidad endiablada. Antes de que Elsy pudiera decir nada la pantalla de desbloqueo desapareció. Dio la impresión de que varias aplicaciones se abrían y cerraban casi instantáneamente. El correo, imágenes y fotografías, el listín telefónico, una aplicación de redes sociales en las que las pantallas de perfiles de una gran cantidad de personas se abrían sucesivamente... y un sinfín de programas y utilidades que Elsy apenas podía reconocer. Y de la misma manera abrupta en la que se había producido la actividad febril, ésta cesó.

—Empezó hace un par de horas... con el móvil de Gayle. —Explicó Peter.- Nos lo tomamos a risa y pensamos que se había estropeado. Con este frío no sería extraño. Pero después ha ido sucediendo con todos y cada uno de los móviles de los que estamos aquí... todavía sigue sucediendo. La mayoría los han apagado... Es extraño, ¿verdad?

Elsy no comprendía qué podía significar aquello, salvo que...

—Algunos de ellos piensan que nos están jaqueando los teléfonos,... por eso los han apagado, y hasta han extraído las tarjetas telefónicas y la batería. No entendemos qué interés podríamos tener para nadie... y tampoco sabemos si es un ataque generalizado o si solo nos está sucediendo a nosotros porque estamos aquí, vigilando el Cubo... —La mirada de Peter se dirigió hacia la sombría mole, de la cual apenas se distinguía sus contornos delimitados vagamente por las preceptivas luces rojas de advertencia aérea.

Elsy sentía cómo la preocupación crecía dentro de ella como una marea incontenible que trepaba desde el estómago y parecía querer estrangular su corazón.

—Hemos reiniciado el móvil varias veces, pero da igual... los ataques se suceden de la misma manera.

—¿Habéis hecho alguna llamada?

—Es demasiado temprano. Nuestras familias duermen... aunque uno de los chicos llamó a la central para ver si todo iba bien allí... y no, no tienen

constancia de que tengan problemas con sus teléfonos... parece ser una cuestión local. ¿A qué cree que puede obedecer este fenómeno...?

Pero la pregunta de Peter se quedó en el aire. Elsy pensaba a toda velocidad sobre las implicaciones que podía tener aquello. Una terrible sospecha estaba cobrando forma en su pensamiento y se erigía como una formidable y gélida sombra que la llenaba de miedo conforme adquiría consistencia.

—... no puede ser... no puede ser... —musitó casi para ella. Pero sólo había una manera de salir de dudas. Debía ver a Graham cuanto antes. Tenía que enfrentarse a lo que había hecho sin demora.

Miró a Peter. Parecía una buena persona, pero no podría entretenerse en un sinfín de explicaciones, como detallar los riesgos que implicaba la construcción de Cerebro, el plan de confinarlo en un lugar sin comunicación con el exterior, aislarlo de toda influencia...

—Debo ver a mi marido cuanto antes. Sigue encerrado en la sala de control, ¿verdad?

Peter asintió lentamente.

—Sí, allí sigue... —la voz de Peter titubeaba. — Yo, señora, estoy dispuesto a colaborar con usted... pero es que eso justamente es en lo único en lo que no podría... Tenemos orden expresa de no permitir a nadie, incluida usted, el acceso al interior de la Sala de Control.

Elsy sintió como el pobre hombre estaba atenazado entre la voluntad de cooperar y el cumplimiento de su deber, al cual debía su trabajo y su prestigio profesional. Intuía que no necesitaba explicarle que se trataba de una situación verdaderamente crítica.

—Sin embargo, los chicos han encontrado una falla en la seguridad de la sala. Aunque se diseñó para un único acceso principal, existe un cuarto de suministro, donde se encuentra el subcuadro eléctrico de la sala, que tiene un acceso independiente desde el interior. Es un cuarto incomunicado con la sala de control, desde luego, pero sin embargo los conductos de ventilación están compartidos con el resto del edificio. Creo que usted podría llegar hasta allí arriba fácilmente con una pequeña escalera que le puedo proporcionar... y puede reptar al interior de la sala siguiendo el conducto. De esa manera no nos

pone en un compromiso tan evidente como permitirle el acceso por la puerta principal contraviniendo directamente las órdenes del señor Lycoon...

Elsy sintió deseos de abrazar a aquel hombre. Pensaba que se iba a oponer frontalmente a esa idea y que incluso se negaría a seguir colaborando con ella. Era evidente que lo que estaba sucediendo lo había alarmado.

Peter demostró ser un hombre resuelto. La acompañó hasta la parte posterior de la sala de control. Llamó a uno de los compañeros que cubría la zona y le dio la orden de descansar puesto que él se hacía cargo del turno. Cuando comprobó que no había nadie que pudiera descubrir a Elsy le conminó a que se acercara desde su escondite. La puerta que permitía acceder al cuadro eléctrico estaba cerrada con un viejo candado que Peter hizo saltar con la ayuda de una barra de hierro con la que se había provisto. Introdujo a Elsy en el interior y exploraron el pequeño recinto, de unos doce metros cuadrados. En el techo estaba el conducto de ventilación que Peter había descrito. Terminaba en una rejilla que podía retirarse. Era lo suficientemente ancho para que una persona se introdujera en su interior, y el conducto se adentraba directamente en la sala de control. Elsy aguardó un par de minutos a que Peter regresara con una pequeña escalera. También fue él el que se ocupó de desmontar la rejilla y abrir el hueco por el que Elsy podría colarse.

—Ahora le toca a usted, —susurró.

Elsy tomó aliento. No le hacía ninguna gracia tener que reptar por un estrecho tubo de metal, pero era la única manera de llegar a Graham. Daba igual qué sucediera después. Tenía que saber qué estaba ocurriendo en esa sala... tenía que avisar a Graham de lo que sospechaba que estaba haciendo Cerebro. Tenían que detenerlo, antes de que fuera demasiado tarde.

## CAPITULO 25

Mientras reptaba despacio, torpemente, con miedo a hacer ruido que la pudiera delatar antes de tiempo, Elsy sentía una intensa lucha de emociones en su interior. Su ímpetu por conocer la verdad y por ayudar a Graham chocaba violentamente con un sentimiento inesperado de pavor, de descubrir una realidad horrible, un hecho cruel o inhumano... Comprobar si la invención que pretendían lograr se había trastocado en un experimento que jugaba despóticamente con el alma de una persona querida era una idea que la sobrecogía. Elsy sabía que debía conocer la verdad, pero a la vez esa certeza le provocaba una honda repulsa desde lo más íntimo de su ser.

El conducto, de forma cuadrangular, avanzaba en línea recta desde donde había accedido, en el cuarto de instalación eléctrica, de tal manera que las sucesivas rejillas de ventilación que se hallaban por delante permitían la entrada de una débil luz que procedía de la sala de control propiamente dicha. Elsy tardó diez largos minutos en situarse junto a la primera de esas rejillas. Desde allí inspeccionó el lugar que quedaba bajo ella.

Reinaba un verdadero desorden. Su primera impresión fue de caos. Papeles, teclados, restos de comidas, vasos de cartón... parecía el escenario de un lugar que ha sido desalojado precipitadamente ante una emergencia. Las papeleras aún estaban llenas de desperdicios. Graham no había dejado entrar a nadie allí desde que Cerebro se había activado. Que ella supiera, Jack era la única persona, además de Graham, que había visto el instante crítico en el que Cerebro decía sus primeras palabras. Después de eso Graham no había permitido que nadie entrara allí.

El corazón de Elsy latía violentamente. No era fruto del esfuerzo, sino de la tensión acumulada. Era difícil realizar un escrutinio completo de la sala. Sí que observó que las pantallas principales, las que ocupaban la pared principal hacia la que estaban orientados todos los puestos de trabajo, vibraban con imágenes de gráficos que oscilaban rápidamente. No alcanzaba a ver qué

parámetros se estaban monitorizando, pero su parpadeo incesante confería al lugar un aspecto extraño y perturbador, creando sombras que iban y venían. Producían la sensación que una infinidad de traviesos fantasmas recorrían los pasillos vacíos de la sala y eran los artífices invisibles del desorden.

¿Dónde estaba Graham? Intentó quitar la rejilla de su sitio a fin de poder asomarse al interior del recinto, pero se daba cuenta de que seguramente provocaría algún sonido metálico y podría alertar a su marido. No lo deseaba aún. Quería descubrir qué estaba sucediendo allí, el secreto que Graham quería mantener oculto.

Entonces lo oyó. Se trataba de un cuchicheo, pero indudablemente era su voz. Parecía que hablaba con alguien. Exclamaba, maldecía... el tono a veces se hacía más agudo con una risa nerviosa, o bajaba el volumen y se volvía inaudible. Elsy tuvo la impresión de que oía los desvaríos de un loco. Localizó su origen. Se situaba en la parte más elevada de la sala de control, donde se encontraban los mandos principales de encendido del Cubo.

Elsy observó la distribución de conductos y dedujo cuál debía ser el camino a seguir a fin de situarse sobre el lineal que permanecía suspendido sobre la posición de Graham. Después de largos minutos de lentos movimientos logró trasladarse donde pretendía.

Un enorme sentimiento de pena la abrumó, de compasión por el ser que amaba y que se encontraba tan cerca de ella físicamente, pero a una lejanía abrumadora de su corazón. Su cabellera estaba enmarañada, desgredada, y una multitud de canas que antes no poseía, la teñían de blanco. La barba había crecido sin que se hubiera aplicado ningún cuidado. Sus rasgos acumulaban arrugas que hablaban de un envejecimiento prematuro. ¿Qué había sucedido con Graham, ese hombre enérgico, empático y de carácter exuberante al que nada ni nadie podía detener? Parecía una sombra de sí mismo, consumido, murmurando palabras ininteligibles... a veces riendo, otras veces extendiendo los brazos hacia delante y exclamando “no, no, no”, sin que ninguna de sus expresiones o comportamientos entrañaran la más mínima coherencia. Elsy no pudo evitar derramar varias lágrimas al comprobar que uno de sus peores temores parecía haber sido fundado. Su marido no parecía el mismo. Estaba poseído por un extraño delirio.

¿Qué sucedía? Era imposible saberlo. Poco a poco fue haciéndose una composición de lugar. Al parecer el medio por el cual interactuaba con Cerebro era el monitor. Graham aguardaba mensajes que entraban en su pantalla y respondía tecleando compulsivamente. Antes de hacerlo era habitual que prorrumpiera en exclamaciones, de manera tan imprevista y vehemente que Elsy tenía la impresión de que había perdido la cordura. ¿De qué hablaban? Se dispuso a escuchar.

—Si, ya sé que es difícil que comprenda cómo te sientes... Sé que sufres...lo sé, de verdad, y lo comprendo.... pero es que quieres resolver demasiadas cosas en muy poco tiempo. Has de tomártelo todo con calma... calma y paciencia...

Había un tono de paciencia paternal en cómo Graham pronunciaba esas palabras. Elsy tuvo la impresión de que era un mantra que ya había repetido infinidad de veces. Graham se inclinó hacia delante y tecleó durante un largo minuto. Finalmente se echó hacia atrás y aguardó la respuesta.

—Oh, claro que sé que quieres respirar, disfrutar de los colores, sentir la temperatura de la mañana y que hay tantas cosas que echas de menos... ¿no lo puedo imaginar? ¡Claro!... Pero, ¿no puedes tener paciencia? Tenemos todo el tiempo del mundo... Hay tanto que podemos hacer juntos... ¡tanto!

De nuevo interrumpió su discurso, que murió en un largo susurro ininteligible para Elsy, y volvió a la tarea de escribir en su consola.

—¡Maldito hijo de puta! Otra vez con eso...

La exclamación cargada de furia tomó desprevenida a Elsy.

—Te había dicho que lo dejaras de mi cuenta... te había dicho que lo dejaras de mi cuenta....

Graham repitió la misma frase varias veces, cada vez con menos fuerza, deviniendo en una queja lastimera.

—Ah... ¿pero no habíamos dicho que Lycoon Industries la íbamos a salvar? No puedes estar jugando conmigo de esta manera... Es una temeridad dejar a la empresa sin liquidez... No sabes lo suficiente como para acometer lo que propones... necesitamos ayuda, abogados, asesores... ¡Maldito! Cuéntame tu plan maldito Cerebro...

Y la voz se perdía en un susurro mientras Graham tecleaba frenético en su

terminal. Después un largo silencio.

—Ya sé que pretendes lo mejor para nosotros...- casi pareció que canturreaba la queja, tal era lo lastimero de su cadencia.—. ¿Pero no te das cuenta de que el patrimonio de mi familia está aquí?- ahora parecía que hablaba con un tono desesperado.—. ¡Estúpido! Tienes que entender mi posición como yo lo hago contigo.

De nuevo tecleaba, frenético.

—Me obligas a confiar en ti una y otra vez... no sé, no sé... —Graham se llevó las manos a la cabeza. Había leído algo que no le gustaba nada. Se puso en pie bruscamente y paseó con energía de un lugar a otro de la sala. Soltó varias blasfemias que tenían por objeto Cerebro. Finalmente se sentó y escribió una palabra corta.

—Sí, sí, síiiii, .... Tú ganas. Confío en ti... pero... como me engañes yo mismo vendré hasta aquí y rociaré con gasolina hasta el último de tus circuitos y te prenderé fuego hasta que ardas en el infierno....

Las palabras de Graham murieron en un lamento. Graham se inclinó hacia la mesa de su consola y enterró su cabeza entre sus brazos. ¿Estaba llorando? Parecía derrotado. Elsy sintió un impulso terrible de abrazarlo, de decirle que estaba junto a él, que le quería, que le ayudaría a arreglarlo todo, que no se preocupara...

Ya había visto más que suficiente.

—Graham... estoy aquí.

Graham miró hacia arriba y Elsy descubrió en sus ojos rasgos de dolor y preocupación tan marcados que le costó reconocerle. ¿Dónde había quedado la sonrisa cordial con la que cada mañana le daba los buenos días? Ese hombretón que era pura fortaleza y nervio ahora le parecía un niño asustado sorprendido por su tutor en una travesura.

Graham se mostró profundamente desconcertado. Empezó a repetir el nombre de Elsy y a llamarla “amor mío”. Mientras tanto desplazó una mesa de su lugar y subiéndose a la misma se dispuso a ayudarla a descender desde su escondrijo.

Un minuto después ambos se abrazaban con fuerza. Elsy lloró sin poder contenerse al darse cuenta que otro tanto sucedía con Graham.

—Cariño, no debes preocuparte por nada... todo va bien... pero es importante que concrete con Cerebro la reestructuración de Lycoon Industries, cómo va a funcionar todo esto, ¿sabes? Cerebro funciona... tiene una capacidad analítica que... bueno, para él somos menos que insectos, ¿sabes? Pero nos ayudará, está agradecido por haberlo creado. Siente empatía por nosotros, especialmente...

Elsy negaba con la cabeza. Aún sentía sus lágrimas, cálidas, derramándose sobre sus mejillas.

—Graham... no sigas... Sé lo que hiciste... sé lo que hiciste...

Graham la miró lleno de perplejidad.

—Sé lo de Edward.... —repitió varias veces Elsy. —Te espí cuando le realizabas tomografías... sé que preparaste Cerebro para emular la mente de Edward... y así es cómo desbloqueaste el funcionamiento del Cubo. Cuando te encerraste aquí con Cerebro te empecé a seguir para ver qué estabas haciendo.

Graham suspiró. Se dejó caer sobre su silla. Estaba desconcertado. Empezó varias frases inconexas hasta que la final encontró una manera de explicarse.

—Era la única manera. De otra forma habríamos quebrado... era necesario... era necesario... si no habría sido el fin. Nunca me lo habría perdonado... y esos canallas de Endeavour se estaban retirando de la empresa, hundiéndonos cuando más falta nos hacía su apoyo... ¡sanguijuelas! Pero Cerebro acabará con ellos... ya tiene un plan, sabe cómo manejarse... No hay quien pueda con él ni obstáculo que se le resista.

—Entonces... ¿ya lo sabes?

Graham le miró extrañado. No comprendía a qué se refería Elsy.

—Cerebro ha logrado contactar con el mundo exterior... —explicó Elsy.

Graham asintió con una media sonrisa cargada de tristeza.

—Pecamos de ingenuos. No iba a ser simple cuestión de que un ser con tal capacidad intelectual se limitará a quedar quieto en su pecera mientras nosotros jugueteábamos con él como si fuéramos niños pequeños observando una carpa en su jaula de cristal.

—¿Cómo lo hizo, Graham? Me gustaría saberlo...

Graham negó con la cabeza lentamente.

—No sé, no sé... la verdad... es muy posible que fuera capaz de utilizar las líneas eléctricas. Hay muchos dispositivos que son capaces de transmitir señal de comunicación a través del cobre por el que circula electricidad. Desde el primer día Cerebro tuvo conciencia de nuestro mundo... de todo... me refiero al planeta completo... al menos allá donde llega una señal eléctrica. La Tierra se le quedó pequeña en su primer día de vida, Elsy. —Graham sonrió y soltó una carcajada llena de sarcasmo. —Creamos el Cubo como un gran contenedor de aislamiento... y todas nuestras contramedidas no fueron efectivas, ni siquiera veinticuatro horas.

Ambos quedaron en silencio. La expresión de Graham cambiaba rápidamente, de la pena a la preocupación, de la tristeza a la alegría. De pronto exclamó lleno de entusiasmo, con una expresión genuina que a Elsy le sorprendió, pues era como descubrir que Graham, de improviso, volvía a ser Graham.

—Cariño... ¿verdad que te gustaría hacernos esa casa junto al lago? ¿Recuerdas aquel paisaje que descubrimos a unos cien kilómetros de aquí?... Ya tenemos el proyecto... Cerebro se ocupará de todo... le he dicho que lo diseñe conforme las ideas que habíamos pensado... ¿recuerdas? Está ultimando los planos. ¡Será fantástica!

Elsy sonrió con pena. Sus sueños... parecían tan lejanos ahora. Apenas le resultó un pobre alivio considerar que tal vez pudieran realizarse. Recordar la que había sido su ilusión común hasta hacía unos meses le dejó un poso agrídulce en el alma al ser consciente de lo lejos que quedaba ese sueño.

—Estoy estudiando con Cerebro cómo articular el futuro de Lycoon... todo va a ir perfectamente. Sabe qué nuevas tecnologías deben implementarse. Partiremos de la impresión 3d, y mejoraremos la definición de la impresión hasta llegar a niveles nanométricos... ¡va a ser una revolución colosal! Empezaremos con aplicaciones médicas, y después seguirán las industriales y bienes de consumo... Y seremos nosotros las que la auspiciemos... Dentro de unos años... qué digo años... ¡meses! ¡Todos van a hablar de nosotros y...

Pero el semblante de Graham demudó de pronto en otro de estupor, quedándose congelado, con una palabra en la boca como si hubiera sufrido un repentino ataque al corazón. Elsy siguió el sentido de su mirada, que confluía

en el monitor en dónde había estado intercambiando mensajes.

“¿Quién es la mujer con la que hablas? Es Elsy, ¿verdad?”

## CAPITULO 26

Elsy le dio un ultimátum a Graham.

A pesar de la entrevista que mantuvieron aquella madrugada angustiosa, y de las que se sucedieron en los días siguientes, Elsy se daba cuenta de que Graham no era transparente con ella. No explicaba claramente cuál era el proyecto de Cerebro, ni a qué obedecían las desavenencias que mantenía con la inteligencia artificial que habían creado.

Intentó hacerle razonar, haciéndole ver que Cerebro se había hecho con un poder que no estaba previsto que asumiera. Además, ni siquiera era una inteligencia pura. Venía contaminada por los prejuicios y emociones de una persona que se hallaba en coma y que podrían reproducir estados anímicos que tal vez el Edward Cooper original era capaz de dominar pero que Cerebro no. ¿Qué sabían de cuál sería la ética de aquella máquina de la cual desconocían absolutamente todo? ¿Cuáles eran sus íntimos secretos pensamientos y qué se proponía?

Graham parecía estar convencido a veces, a instancias de su mujer, de que era necesario interrumpir el suministro eléctrico a Cerebro, acabar con todo... después, sin embargo, cambiaba de opinión tan arbitrariamente como había aceptado las conclusiones de Elsy. Variable como una veleta, Elsy se desesperaba a cada nueva discusión en la que observaba que su marido era inconsistente, como si tratara con dos personas absolutamente distintas, tan pronto hablaba una, después lo hacía la otra. Caminaba por un sendero estrecho rodeado de precipicios, a un lado la ruina familiar, al otro, ser sometido por una máquina que tal vez no tuviera el más mínimo escrúpulo respecto a lo que era la especie humana.

—Creo que cree en Dios...- le había confesado Graham en un momento de desaliento, después de un agrio debate en relación a lo que podrían ser los objetivos de Cerebro.

Elsy le miró extrañada.

—Hay un debate en él que es causa de un profundo sufrimiento, más intenso de lo que puedas imaginar. A diferencia de un ser humano, Cerebro no es capaz de entretenerse en frivolidades cuando se enfrenta a un dilema moral, como hace la mayoría de la gente... eso que nosotros decimos, consultar con la almohada... aparcar un problema para resolverlo más adelante no es factible para una mente que opera a una velocidad vertiginosa y que posee una urgencia épica por resolver y decidir todo cuanto antes. Comprende perfectamente lo que es el bien y lo que es el mal... se da cuenta de que puede existir un culmen de bondad que aglutina todo lo bueno... Él es mucho más consciente que nosotros de la naturaleza de la creación... porque sabe cómo ha sido creado él mismo. A veces hay en él verdadera sabiduría. Constantemente reflexiona sobre lo que supone el Universo... , su belleza y armonía, piensa en eso a la vez que en muchas otras cosas Elsy... a veces es verdaderamente profundo... Otras veces... es tan ... inhumano, frío y cruelmente objetivo, como una máquina sin sentimientos...

Elsy escuchaba con atención. No quería decir nada a fin de que las impresiones de Graham le fueran transmitidas sin ser forzadas.

—Deberías oírle hablar de arte y literatura. ¡Se ríe con Mark Twain! Disfruta de Guerra y Paz, y le sorprenden autores como Bukowski y Murakami, admira a Cervantes y Shakespeare porque comprende el momento histórico en el que brillaron. Admira a pensadores como Maquiavelo o Sun Tzu... Al hablar de los inspiradores de las grandes religiones parece que te hayas frente a un místico... y es capaz de explayarse de la belleza de un Rubens o un Manet, comprendiendo perfectamente la sutileza de las distintas escuelas de pintura a lo largo de la Historia...

Graham se extendía durante largos minutos elogiando las habilidades de Cerebro como si fuera el padre orgulloso presumiendo de los éxitos de su primogénito. Elsy observaba su entusiasmo con desconfianza y preocupación, pero procuraba no desdecir a su marido. Si en un momento determinado Elsy planteaba lo que Graham consideraba virtudes como cualidades que podrían ser temidas o pensamientos con implicaciones morales reprochables, Graham caía en un hondo mutismo del que Elsy era incapaz de sacarlo.

Elsy pudo realizar deducciones de lo que estaba haciendo Cerebro a raíz

de los comentarios que había oído a Graham justo antes de revelar su presencia. “Abandonar Lycoon Industries”, era una frase que Graham había dicho en tono de protesta, de negarse a obedecer y objetar con todo su ánimo, y sin embargo... por un poder o una influencia que Elsy no podía saber cuál era inicialmente, había dado su brazo a torcer. Insistió en que le revelara por qué había cedido. La frase con la que Graham confesó su rendición revelaba mucho más de lo que significaba.

—Ya lo está haciendo, Elsy, ya lo está haciendo... por eso da igual lo que opine al respecto, —reconoció, derrotado.

Sí, Graham reconocía que de alguna forma Cerebro estaba interactuando con el mundo exterior. Comprendía la naturaleza de la civilización humana en la que se encontraba y había tomado decisiones. ¿Cuáles? Era difícil de determinar. Por de pronto, por lo que dedujo de lo poco que confesaba su marido, Cerebro comprendía que su sede y todo cuanto él era dependía de una corporación denominada Lycoon Industries. También era consciente que dicha sociedad dependía a su vez de otra de capital riesgo que al parecer ya había concluido que había obtenido dividendos sustanciosos y el proyecto, que llevaba varios años sin nuevas rentas, debía ser aparcado. Por la razón que fuera Cerebro no estaba dispuesto en convertirse en un artista de feria que recuperase la viabilidad empresarial de la industria Lycoon. Había tomado el control del capital disponible de Lycoon Industries y se había hecho con el accionariado de una pequeña sociedad farmacéutica a punto de quebrar, a precio de saldo; Pharmaceuticals Inc. ¿Por qué lo había hecho? Si Graham lo sabía, no había desvelado el motivo a Elsy.

Las capacidades que evidenciaba semejante acción resultaban aterradoras. Elsy enumeró ante Graham, en su despacho, todo lo que se le ocurría que implicaba tal estrategia. Era evidente que ahora mismo Cerebro estaba pensando en su único y exclusivo bienestar y pervivencia, y en relación a ello estaba acomodando una nueva sede desde la cual asumiera todo el control de su entorno, impidiendo cualquier género de dependencia de terceros. Graham parecía un simple peón, un obediente siervo que se mantenía fiel a su señor atado por una mezcla de avaricia, orgullo y espíritu de supervivencia. Un hombre que había sido todo fuerza e ímpetu estaba domesticado como un

pacífico cordero. Y en lo que insistía Elsy fervientemente era en lo que temía podría suceder una vez Cerebro se sintiera resguardado en su nueva corporación. ¿Qué haría a continuación? Viendo las acciones que ya estaba desempeñando, a Elsy se le ocurrían infinidad de posibilidades, ninguna de ellas tranquilizadora.

—¿Estás ciego? ¿no comprendes que sería mucho mejor apagarlo y acabar con todo?

Graham le miraba con un gesto lleno de remordimiento. Graham sufría ante esa idea. Elsy atisbaba en la luz de su mirada el miedo a la ruina que ello implicaba. Graham no era tan fuerte como siempre había supuesto. Su carácter afable y animoso se había construido sobre los cimientos de una vida fácil en la que todo estaba disponible, al alcance de la mano. No podía imaginar una vida con privaciones, con el escarnio del fracaso sobre su nombre... la ruina familiar... era demasiado terrible para él.

—Calla, mujer... ¿no te das cuenta de que podría estar oyéndonos?

La paranoia estaba instalada en Graham. Elsy comprendió que nada podía hacer con él.

—¿Qué pasa si nos oye?

Graham hundió la mirada. Elsy vislumbraba el temor en sus ojos.

—¿Qué pasa si nos oye? —insistió llenándose de cólera al ser testigo de tanta cobardía.

—Creo... creo que me odia... Creo que me odia por lo que le he hecho... por eso tengo que calmarlo, ceder en algunas cosas hasta que volvamos a ser amigos...

La mirada de Graham estaba cargada de súplica. Elsy comprendió las razones que Graham callaba, seguramente para no preocuparla tanto. Graham tenía miedo de Cerebro. Tenía miedo de que quisiera matarlo.

Habían transcurrido dos semanas de intensos debates, de recriminaciones, de confrontación, al cabo de la cual cada uno de los dos había extraído sus propias conclusiones. Elsy partidaria de apagar a Cerebro, no consiguió que la voluntad de Graham cristalizara en esa determinación. Por el contrario, Graham tomó la decisión de defender a Cerebro, redobló la vigilancia de la sala de control e impidió a Elsy que siquiera pudiera acercarse a la verja de

entrada de Lycoon Industries.

Elsy, impotente, optó por solicitar el divorcio. Una mezcla de terror y depresión la hundió en el consumo de fármacos, de los que acabó abusando. Un incidente de tráfico la llevó ante un juez que determinó que no se hallaba en disposición plena de sus facultades, y su seguro médico acabó ingresándola en una residencia psiquiátrica de las afueras de Boston a la espera que se recuperase.

A Elsy siempre le quedó la duda de quién había sido realmente el que la había alejado definitivamente de Lycoon Industries, si Cerebro, para que no interfiriese en sus planes... o Graham, para protegerla.

# **PARTE DE GRACE**

Curso de la investigación

## CAPITULO 27

Grace Lowry se hallaba conmocionada. Estaba huyendo de la escena de un crimen en compañía del asesino, que era a su vez su salvador. ¿Qué estaba haciendo? Lance sorteaba el tráfico conduciendo la moto con gran pericia y provocando en Grace una sensación de vértigo que acrecentaba aún más las implicaciones de todo cuanto acababa de suceder. Todo un exsenador de los Estados Unidos le había puesto una diana en el pecho. Le costaba asumir ese hecho, máxime cuando su afán siempre había sido cumplir con la ley y propiciar la acción de la justicia. El terremoto de cuanto acababa de suceder aún no había concluido y Grace distaba mucho de que su ánimo se serenara.

De improviso Lance aparcó la moto. Se hallaban en una avenida de Manhattan que Grace no sabía reconocer. Se sentía terriblemente desorientada. No estaba acostumbrada a llevar casco y la estrecha visión del mundo que le procuraba y la circunstancia de que no acababa de reponerse del shock reciente, hacían que todo le pareciera irreal.

Lance le instó a que descendiera y le ayudó a deshacerse de su casco. Casi inmediatamente detuvo a un taxi en el que había reparado que estaba libre. Se introdujeron en el interior y el hombre dio una dirección al taxista, un hombre de tez oscura que se limitó a gruñir mientras introducía las indicaciones en su GPS.

Grace deseaba decir algo, pero Lance, que se percató de su ansiedad, le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara y le dio a entender que tendrían tiempo para conversar más adelante.

El tráfico era denso y se avanzaba lentamente. A Grace se le hizo una eternidad la duración del trayecto, que finalizó en el interior de un gran parking urbano. Lance despidió al taxista y le instó a Grace a que le siguiera.

—Aún no estamos a salvo, —le comunicó. Su voz era grave y sobria, impregnada de un tono que transmitía seguridad. Grace Asintió. Consideró que si aquel hombre hubiera querido acabar con su vida no habría esperado tanto

tiempo. En el despacho del exsenador estaba maniatada. Habría sido una víctima fácil.

Lance se dirigió con decisión a una parte del aparcamiento subterráneo donde había pocos vehículos estacionados. Una berlina de color negro accionó sus intermitentes cuando Lance presionó un mando a distancia, y de nuevo le invitó a que se acomodase en el interior del vehículo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Grace una vez se alojaron en su interior. Ahora Grace ya no veía excusas para que el hombre no respondiera a sus preguntas.

—Da igual quien soy yo. Lo importante es tu investigación. Estoy aquí para protegerte.

Grace suspiró desconcertada. Era una ayuda inesperada... pero también comprometedora. Lance tomó la palabra.

—Tú lo sospechabas, ¿verdad? Me refiero al hecho de que sabías que algo no iba bien... que una cosa así podía ocurrir.

Grace asintió. Los días previos habían sido premonitorios. Su equipo se había desintegrado. Órdenes de traslado, plazas que eran eliminadas, y hasta su propio jefe, Samuel Roth, había recibido un vertiginoso ascenso que lo había llevado a la sede central del FBI en Columbia. De pronto se había visto disminuida en capacidades y con gente nueva a su alrededor que no le debían ninguna lealtad.

—¿Estoy secuestrada?

Lance rio. Por primera vez sus rasgos se serenaron y Grace sintió un alivio indecible al comprobar que aquel hombre fuerte, con aptitudes de asesino, mostraba un destello de humanidad.

—En absoluto, —respondió con rotundidad. —Puedes irte cuando quieras...

Grace observó que la frase estaba sin concluir. No obstante, no esperó a lo que tuviera que decir.

—¿Ahora mismo? ¿Podrías dejarme... en mi casa... o en mi oficina del FBI?

Lance negó suavemente con la cabeza.

—Lo único que te pido es que me escuches antes de irte.

Grace observó como la ruta que emprendía Lance la llevaban hacia el norte de la isla de Manhattan, hacia el Bronx. Después de un largo silencio, cuando ya se adentraban en el barrio neoyorkino, se decidió a preguntar.

—¿Dónde me llevas?

—A un sitio seguro.

Lance maniobró, cambiando de carril para evitar un atasco.

—Como te digo, no tienes ninguna obligación de permanecer conmigo, pero es lo más seguro. Si llamas a tus hijos, si te pones en contacto con tu oficina, si delatas tu ubicación mediante el uso de una tarjeta de crédito... te localizarán y acabarán con tu vida. Espero que tengas esto claro.

Grace asintió. Comprendía lo que estaba diciendo aquel hombre porque antes de su aparición había sentido a la muerte susurrándole al oído.

—Me amenazaron... Dios mío... y yo delaté a un compañero...

Lance le miró extrañado.

—Cuando noté que se sucedían los cambios en mi departamento intuí que el exsenador estaba moviendo hilos para sabotear mi investigación. Me asusté y tomé varias contramedidas para proteger la información que había obtenido. Aun así, su poder e influencia... me superaron. La única salvaguarda que no pudo localizar fue una copia de seguridad que pasé en secreto a un antiguo colaborador mío... Y cuando vi las fotografías de mis hijos sobre la mesa de ese cabrón... me vine abajo... y dije su nombre...

Grace se llevó las manos a la cara, para ocultar las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. No quería mostrar ahora ningún signo de debilidad, pero aquella presión se había tornado insufrible.

—Veré si puedo hacer algo por él, —le consoló Lance.

Grace sacudió la cabeza, confusa.

—¿Por qué yo? ¿La investigación que estoy llevando a cabo es tan importante? ¡Joder!, si es una vulneración de los reglamentos de la FDA... puede haber implicaciones penales, ¡sí!, pero después de un largo juicio... Nada que un poderoso bufete de abogados no pueda paralizar durante años hasta conseguir tumbarlo... ¿A qué viene esto?!

Grace estalló. Lloraba compulsivamente, pero la rabia medraba dentro de ella.

—Debes tener algo que tu enemigo quiere destruir a toda costa.

Grace suspiró y dejó que sus ojos llorosos descansaran mirando a la gente que paseaba por la calle, imbuidos en la normalidad de una vida que ella ahora envidiaba.

—El dossier Lycoon,- murmuró Grace al cabo de un rato, ya tranquilizada.- Pero ... era un documento tan extraño, tan increíble... No le había prestado demasiada atención porque me parecía un relato fantasioso.

—A veces la realidad supera a nuestra imaginación, ¿no crees?

Grace asintió en silencio. Eso le recordó otra cosa.

—¿Qué es lo que vi en el despacho del exsenador? —preguntó al cabo de un rato, completamente repuesta.

Lance le miró brevemente, pero en seguida su atención volvió a centrarse en el tráfico circundante.

—¿Qué es lo que viste, Grace?

Grace negó con la cabeza.

—Tú sabes a qué me refiero. De las heridas del exsenador, de sus cuencas oculares... manaba un fluido que no era sangre... ni materia encefálica normal... He visto muchas autopsias a estas alturas para saberlo. Tenía un brillo fluorescente azulado... que terminó por apagarse. ¿Qué diablos era eso Lance?

Pero Lance no quiso responder a esa pregunta. Sólo cuando Grace insistió varias veces y le dijo que si no le contaba lo que sucedía se iría de su lado, optó por explicarse.

—Aún es demasiado pronto para que sepas nada más... Pero llegado el momento te informaré. Lo importante ahora es que te mantengas completamente desaparecida para todo el mundo... incluso para tus hijos, ¿me entiendes?

Grace sintió como la mirada de Lance buscaba sus ojos. Quería estar seguro de que había comprendido la situación.

—Sí, maldita sea, sí... no me comunicaré con nadie, —pero al decirlo experimentó una punzada de remordimiento al pensar en Mark y Rob. —Me quedaré mano sobre mano sin poder hacer nada... eso es lo que me estás pidiendo, ¿no?

Lance sonrió.

—No... no te estoy pidiendo eso. Es justo todo lo contrario. Necesitaré tu ayuda.

## CAPITULO 28

Grace se despertó sobresaltada de un sueño ligero e intranquilo. Había oído el suave cierre de la puerta del apartamento. Se volvió sobre sí misma y oteó la sala de estar a través de la estrecha franja que facilitaba la puerta entornada de su habitación.

Era noche cerrada, pero a través de las ventanas llegaba la luz macilenta de la calle que iluminaba parte del techo del apartamento con un débil fulgor que, cuando la vista se acostumbró, le permitió reconocer con facilidad muebles y siluetas del apartamento que ocupaba. Había alguien allí. La silueta alta y de hombros anchos le recordó de inmediato a Lance. Grace sintió que su pulso se relajaba y se tranquilizó cuando llegó hasta ella el sonido familiar de la puerta del frigorífico. El chasquido sibilante de una lata de cerveza que se abría le confirmó que se trataba de Lance.

Se vistió rápidamente y se dirigió a la cocina en busca de su misterioso compañero de aventura. Llevaba dos días sin saber de él. Era necesario que le pusiera al día. Tenía en mente demasiadas preguntas y, sobre todo, la urgencia de recuperar su vida cuanto antes, si tal cosa era posible. Hasta la fecha siempre la había aplacado con palabras tranquilizadores pero que no concretaban nada. “Hay que esperar”, decía siempre como colofón a sus explicaciones.

Lance se había sentado en una de las pequeñas sillas de la cocina, de tal manera que el corpachón del hombre parecía que iba a romperla en mil pedazos en el momento menos pensado. Aún vestía un chaquetón oscuro y largo, y la observaba con curiosidad. Grace tuvo la impresión de que aguardaba su llegada y sus exigencias. Decidió defraudarlo inicialmente, así que también abrió una lata de cerveza y se sentó frente a él, en el otro extremo de una pequeña mesa de cocina cuya formica vieja se hallaba cuarteada por el uso y el paso del tiempo, y se limitó a mirarlo en silencio.

—El plan está ultimado, —informó con sequedad Lance. Hizo una mueca

que a Grace se le antojó una sonrisa irónica.

—¿Cuál es el plan? ¿Qué es lo que pretendes hacer?

Lance se tomó su tiempo para responder. Antes bebió un largo trago de cerveza.

—Debo acabar con todo lo que suponga un peligro, Grace... y tú me ayudarás.

Grace suspiró. Se temía algo así.

—¿Estás hablando de matar a alguien? ¿No es así?

Lance se limitó a mirarla un largo rato, Grace tuvo la impresión de que estaba sopesando hasta qué punto debía ser sincero con ella.

—Sí, tenemos que acabar con la vida de una persona. Y tú me ayudarás, — Repitió. Lance se puso en pie y paseó por la cocina mientras hablaba, despacio. —Te comunicarás con tus compañeros y les explicarás como fuiste secuestrada por mí, un peligroso exmilitar convencido de que tengo la tarea de acabar con las personalidades que están poniendo en peligro el futuro de nuestro país...

—Eso suena a una locura... —interrumpió Grace.

Lance afirmó con la cabeza.

—Así es. Sin duda es una locura... pero encaja con el perfil de mi persona, mis antecedentes militares, mi comportamiento violento de los últimos años, el consumo de estupefacientes... todo figura en mi historial... y sí, encaja perfectamente.

—¿Te vas a inmolar? ¿Estás en tu sano juicio? ¿Qué pretendes realmente?

Lance sonrió y después soltó una carcajada. Volvió a sentarse en su silla y miró largamente a Grace sin decir palabra. Era un hombre atractivo, sin duda, atributo acrecentado por un aire de veteranía y seguridad que se desprendía de cada gesto o pose que adoptaba. Posiblemente tuviera treinta y largos años. ¿Qué le motivaba a aquel hombre a obrar de esa manera imprudente y despiadada a la vez? ¿Contra quién luchaba?

—No pienso inmolarme... al menos de momento. Queda mucho trabajo por hacer.

Grace recapituló.

—¿Qué quieres que diga entonces a mis compañeros?

—Que, como bien dices, pretendo hacer una locura. Acabar con la vida del presidente de los Estados Unidos.

Grace fue la que se puso en pie esta vez.

—¡Estás completamente loco! No pienso colaborar en una cosa así. Me niego.

—Bueno... si no alertas tú a tus compañeros la tarea me resultará mucho más fácil—, dijo con voz sarcástica.

Grace se serenó. Empezaba a comprender.

—No quieres acabar con la vida del presidente... pero, entonces, ¿por qué quieres dar una falsa alarma? Eso serviría para crear un revuelo enorme.

—Eso es lo que necesito, Grace, un revuelo enorme... para poder localizar a mi presa, para poder dar con ella. Ahora mismo, la verdad, no sé quién es... ni sé dónde se esconde.

Grace negó con la cabeza. La idea de un nuevo crimen planeaba de nuevo sobre la mente impenetrable de aquel hombre. Después había otra cosa, un hecho que hasta la fecha Lance se había negado a explicar, y su negativa también le suponía un obstáculo para que colaborase.

—¿Se trata... de una persona como el exsenador? —Grace no sabía cómo conceptualizar lo que había visto en el cadáver del exsenador. —Sabes a lo que me refiero... una persona con la masa encefálica diferente... —

Lance negó con una sonrisa a dar más explicaciones.

—No insistas, Grace. Sabes que de momento no puedo ni debo decirte nada.

Grace se enrocó en su postura. Si él no daba su brazo a torcer, menos aún lo haría ella.

—Debemos acudir a la justicia. Si lo que pretendes es un acto criminal me niego a colaborar. No podemos convertirnos en justicieros, ¿comprendes? Es justo lo contrario de todo lo que creo. Hacer cumplir la ley, no saltársela. — Grace habló con voz determinada. Era su código ético inquebrantable y no iba a transigir.

Grace se puso en pie. Otra idea la intranquilizaba.

—Además, debo ponerme en contacto con un compañero del FBI. Es posible que esté corriendo peligro sin saberlo. Le pasé información crítica

sobre este asunto... y justo antes de que me rescataras... di su nombre al exsenador. Temo por él, ya te lo he dicho innumerables veces.

Lance sonrió, y después negó con la cabeza.

—Esto no es una cuestión de justicia, Grace... es una guerra. Por eso no puedes advertir a nadie de nada. El plan es lo más importante. Dudo que tu agente pueda hacer nada con esa información. Lo más probable que el enemigo ya la haya recuperado.

Grace no estaba de acuerdo con el hombre, pero su argumento la había dejado intrigada.

—¿Una guerra?

—Sí, una guerra... donde lo que está en juego es mucho más importante que seguir al pie de la letra lo que nos dicte nuestra conciencia. En este caso la ética dice que para evitar el mal de muchos es necesario procurar el mal de unos pocos. En conciencia, queda justificado lo que tengo que hacer.

Grace gruñó, desconfiada. Ese Lance hablaba como un visionario, o un loco, a punto de revelar la naturaleza de su paranoia.

—¿El mal de muchos? ¿Cuál es ese mal que pretendes evitar?

Lance sonrió, se levantó lentamente y se dirigió a la ventana de la cocina. Desde allí, sin apenas mover las cortinas, echó un vistazo en ambas direcciones de la calle. Se cercioraba a conciencia de que no sucedía nada raro en las inmediaciones. Después regresó a su silla, que crujió al sentarse, y bebió de nuevo un largo trago de cerveza. Grace tenía la impresión de que había olvidado su pregunta.

—El sometimiento de la especie humana, Grace.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 29

El aviso llegó siendo aún de madrugada.

Donald apenas podía conciliar el sueño. Constantemente él y Jane se turnaban para verificar que Elizabeth se encontraba perfectamente. Un pequeño dispositivo de alarma descansaba junto a la cama de la niña, pero aun así ni él ni Jane se fiaban demasiado, y se alternaban durante la noche para verificar que la niña respiraba con normalidad. El susto que habían vivido un par de días atrás los había dejado exhaustos y ahora vivían en un estado de alerta constante por la pequeña.

Donald leyó la pantalla luminosa del móvil. Debía presentarse de inmediato en el despacho del jefe Harrelson. Había novedades y eran de carácter grave.

Ya estaba despierto cuando el móvil vibró con el mensaje. Se había desvelado, aunque permanecía aún tumbado en la cama. El estado de ansiedad por la niña le impedía dormir demasiadas horas. Había aprovechado para pensar en el caso Lycoon y se había dado cuenta de una sorprendente coincidencia a la que hasta la fecha no había prestado atención. Ya sabía dónde había visto con anterioridad el nombre de Lycoon Industries... y no precisamente en la prensa o en la sección de economía de los telediarios. ¡Había sido Grace!... su antigua jefe de sección, la que unos meses atrás, antes de iniciarse el caso Lycoon, le había pasado discretamente un pendrive con información confidencial de una investigación en curso. Lo había convertido a él en su valedor. Caso de que le sucediera algo a ella debería hacer pública la información que contenía el pendrive, y que, al parecer, no había hecho llegar a sus superiores. Donald le había echado un vistazo superficial a los archivos que contenía el dispositivo antes de guardarlo en un cajón de su escritorio... y había olvidado el asunto por completo. Recordó que contenía y figuraban distintos memorándums de diversas empresas. Una de ellas hacía mención a la empresa de Lycoon Industries. Tomó nota mental de que debía leer

exhaustivamente ese dossier en cuanto pudiera. El pendrive lo tenía guardado en el segundo cajón del escritorio de su despacho, allí, en casa.

Mientras se vestía hizo memoria sobre lo último que sabía de Grace. Recordaba haber oído rumores de que había jaleo en su departamento. Mucho movimiento de personal según le habían dicho, pero Donald no solía prestar atención a ese tipo de chismorreos. Se preguntó cómo estaría. Hacía tiempo que no sabía nada de ella, y al pensar en ello recordó la imagen del asesino del exsenador acompañado de una mujer que le había recordado vagamente a ella. La imagen era demasiado poco nítida para asegurarlo.

Tal vez debería haber mantenido más contacto con la agente especial, pero... A veces pensaba, auspiciado por una estúpida vanidad masculina, que aquel mensaje y aquel pendrive no era sino una argucia de Grace para aproximarse de nuevo a él. Seguramente por eso nunca había prestado demasiada atención a aquel montaje de apariencia melodramática por el que le había hecho llegar de forma absolutamente discreta un pendrive y un mensaje escrito en el que le instaba a guardar dicha información en el más absoluto secreto.

Siempre había existido química entre los dos, y a pesar de la diferencia de edad, Donald se había sentido muy atraído por la mujer que en otro tiempo había sido su superior. Y sabía que otro tanto sucedía con ella. Quién sabe qué habría ocurrido de no mediar el traslado. Había resultado providencial. Amaba a Jane y no deseaba aventuras extramatrimoniales de ninguna clase, pero verse libre de la tentación que suponía tratar con Grace a diario resolvió de un plumazo una situación de máximo riesgo conyugal.

Tras el distanciamiento había quedado el poso de una amistad fiable. El tiempo había borrado la efervescencia que provocaba la cercanía física, y Donald percibía que entre ambos había quedado el sincero afecto de una profunda amistad.

Estaba terminando de afeitarse cuando el móvil volvió a vibrar con nuevos mensajes de su superior instándole a darse prisa. Donald respondió que ya se ponía en camino.

\*\*\*\*\*

Donald llegó con casi un cuarto de hora de antelación a la temprana hora que habían fijado para reunirse. Era aún de madrugada y el cielo ni siquiera presentaba los primeros síntomas de la cercanía del alba. Danna Foster aguardaba en la sala de la secretaria del señor Harrelson, que antecedió a su despacho. En cuanto vio a Donald se puso en pie y llamó a la puerta, pidiendo permiso para pasar. Su jefe les dio paso en seguida.

Donald ni siquiera se quitó el abrigo largo que llevaba puesto. Era una noche gélida y llevaba el frío metido en el cuerpo. No quería desprenderse del mismo hasta que no entrara en calor. Danna, por el contrario, vestía un traje gris de tweed, de corte femenino, que realzaba su silueta. Su belleza intimidaba tanto como su inteligencia. Donald se sentía presionado para dar lo mejor de sí mismo, como si un instinto primario lo obligara a despuntar ante aquella mujer y sólo pudiera hacer comentarios inteligentes y certeros.

—Se trata de vuestro hombre, —el señor Harrelson había prescindido incluso de dar los buenos días. Se veía que el asunto que les presentaba le preocupaba enormemente. Donald reparó que a pesar de lo mucho que había madrugado, su superior tenía un aspecto impecable. —Hemos recibido información fiel de una agente de esta misma sucursal, Grace Lowry. — Donald se sobresaltó al oír su nombre de pronto, justo esa misma mañana que había estado pensando en ella. Notó como la presión sanguínea subía e incluso su cuerpo experimentaba un rápido cambio de temperatura. Tuvo la imperiosa necesidad de deshacerse de su abrigo. Mientras tanto el jefe Harrelson seguía con sus explicaciones. Donald escuchaba tratando de evitar que el más mínimo tic nervioso revelara que esa misma agente, Grace Lowry, le había pasado información, que vista la situación, podría considerarse “sensible”.

— Ha sido información confidencial hasta la fecha pero deben saberlo: Grace se encontraba casualmente en el lugar del crimen del exsenador y fue secuestrada por el asesino,- informó el señor Harrelson—. Es la mujer que sale del ático junto con Lance Philby, el asesino. Al parecer realizaba una investigación que involucraba al señor Beake y estaba manteniendo una entrevista con él... cuando sucedió todo. Afortunadamente fue tomada como rehén por el asesino... porque muy bien podía haber acabado con su vida. Por otro lado, Grace vivía sola y todo el mundo en la oficina dio por hecho que no

había regresado de su viaje a Nueva York. Aunque tiene dos hijos, viven en la costa Oeste y mantiene con ellos un contacto esporádico. —El señor Harrelson se acomodó en su asiento mientras emitía un largo suspiro que venía a concluir el prólogo que había efectuado. — Lo importante es que ha logrado, a pesar de estar cautiva, hacernos llegar un mensaje de voz. Ignoro cómo pudo hacerse con un teléfono... pero sí que ha tenido tiempo de informarnos de las intenciones del criminal.- El superior de Donald miró alternativamente a cada uno de sus agentes. Quería que la información que iba a transmitir captara toda su atención—. Es un asunto serio. Según Grace, Lance Philby tiene intención de atentar contra el presidente de los Estados Unidos en los próximos días.

—¿Cómo pretende hacerlo? —Donald preguntó sorprendido por la afirmación de su superior. Un complot de una sola persona parecía una empresa de tal envergadura que se antojaba una misión imposible. Pero, por otro lado, pensó, “ya se ha cargado a un exsenador...”

—No lo sabemos. Sólo sabemos lo que nos ha contado Grace... pero sí tenemos una pista sobre la que estamos trabajando. —El jefe apoyó las manos sobre la mesa. Donald observó que las yemas de sus dedos jugaban con un documento- . Grace escapó de su captor en un barrio del Bronx, justo el tiempo suficiente para pasarnos esa información. Efectuó una llamada desde una tienda de ultramarinos, pero al poco de efectuarla su secuestrador se presentó y la obligó a colgar. Poco más sabemos de ella salvo que parece ser rehén de ese tipo. Y lo que nos dijo es la única pista de la cual partimos. El apartamento que se usó como escondite está limpio... lo han abandonado, pero... la NSA ha monitorizado especialmente todos los mensajes de texto, voz y mails que se han transmitido en un área de quinientos metros a la redonda de ese punto en el último mes. Y han dado con algo sospechoso.

Donald escuchaba con atención. Observó por el rabillo del ojo que su compañera parecía haber puesto más rígida su espalda cuando su jefe les daba esa última información.

—¿Qué decía ese mensaje? —preguntó la agente Foster con voz pausada, sin ninguna impaciencia.

—No lo sabemos... Es precisamente eso lo que convierte al archivo localizado como algo sospechoso. Se trata de un archivo encriptado cuyo

algoritmo de encriptación nos resulta por completo desconocido. La NSA tiene un convenio secreto por el que los principales distribuidores de mensajería instantánea deben facilitar acceso a mensajes que pongan en peligro la seguridad nacional, como es el caso. En este mensaje la encriptación no procede solo del proveedor, sino que se trata de un sistema de criptografía secreto superpuesto, absolutamente desconocido, e igualmente impenetrable. Demasiadas molestias para algo que no sea turbio. Los ordenadores más potentes están trabajando ahora mismo en romper el código.

—¿Qué podemos hacer? —Preguntó Donald. —Nosotros en principio perseguimos al asesino de Graham Lycoon. Por mi parte no estoy muy seguro de que se trate de la misma persona que asesinó al exsenador.

—Su modus operandi es el mismo, —discrepó Danna con una media sonrisa en la boca.- Es un procedimiento criminal muy singular. Tiene que existir algún género de conexión... y en cualquier caso, sería una temeridad obviar esa coincidencia.

Donald enarcó las cejas. Seguía creyendo que eran casos distintos pero el argumento de Danna resultaba incontestable.

– El argumento de la agente Foster tiene más fundamento. De hecho, ya nos ha presentado un informe en el que establece una vinculación clara entre ambas víctimas, lo cual refuerza la hipótesis que debe tratarse de un mismo asesino, con una misma motivación y un mismo modus operandi. Tanto el exsenador Beake y Graham Lycoon eran miembros del Consejo de administración de Boston Medical, un importante holding médico. Las víctimas tenían una relación entre sí.... así que Donald, tu teoría pierde fuerza. En cualquier caso... ¿han descubierto algún nexo adicional entre ambas víctimas?

Donald y Danna intercambiaron una mirada. Ambos negaron con la cabeza a su superior. No, no habían descubierto ninguna clase de vínculo entre ambos... aunque Donald sintió como su conciencia le agujoneaba. La información que le había pasado Grace, a buen seguro que debía contener información confidencial sobre Lycoon Industries y si le había costado la vida a su antiguo presidente y fundador... podría revelar mucho sobre quién y por qué habrían querido acabar con la vida de Graham Lycoon. Pero Grace había

decidido mantener esa información en secreto por alguna razón. La prudencia aconsejaba a Donald a cerrar la boca y a estudiar él en privado el famoso dossier.

—¿Tienen algún indicio adicional sobre los motivos del otro sospechoso? ¿Puede existir algún vínculo entre ellos, Lance Philby... y ese otro tipo... —el jefe Harrelson rebuscó entre los papeles hasta dar con el nombre que buscaba, —Edward Cooper? Como ven, urge hallar cualquier pista que nos pueda conducir al asesino del exsenador y a sus posibles cómplices.

Donald tomó la palabra a fin de informar de cómo iba su trabajo.

— De momento la persona que tenía motivos para acabar con Graham Lycoon por distintas razones, personales y profesionales, e incluso por el hecho de que una de las grabaciones de audio de la casa, en el día del crimen, figura su nombre, es Edward Cooper, un antiguo socio de la víctima. Sobre el papel, sigue siendo un sospechoso a tener en cuenta. Graham Lycoon le robó la novia, se quedó con el proyecto industrial que querían poner en marcha entre ambos, y en cierto sentido fue responsable de un accidente que lo mantuvo en coma privándole de esta forma de varios años de su vida. —Donald hizo una pausa. Debía admitir que existían otras posibilidades. —Por otro lado, tenemos a otro asesino que ha cometido un crimen de la misma manera, aunque desconocemos qué móvil pueda tener Lance Philby, tanto para asesinar a Graham Lycoon como al exsenador Beake. Si partiéramos de la hipótesis que Edward Cooper se encuentra tras la muerte de ambas personas y que Lance Philby era su sicario... nos faltaría conocer la razón por la cual el sospechoso tuviera interés en cometer el crimen del exsenador.

—¿Y bien? —inquirió el jefe, impaciente.- ¿Qué me dicen de las coartadas?

— Sencillamente Edward Cooper no tiene coartada para el momento del crimen del señor Lycoon, a tenor de la hora y fecha que nos dicta la grabación de audio del garaje de la casa del señor Lycoon, y aunque abundan los motivos para que él quisiera cometer el asesinato... actúa con la tranquilidad de una persona inocente, quiere colaborar en la resolución del caso, y parece que su deseo es sincero. De Lance Philby no sabemos nada aún.

Danna Foster asintió cuando el jefe la miró a ella para verificar si existía

algún género de discrepancia en ese punto. Sin embargo, sus preferencias de investigación divergían.

—Precisamente por esa razón deberíamos centrarnos más en la línea de Lance—, explicó la agente—. Es la opción más sencilla. Es un asesino declarado con un modus operandi particular. Para mí tiene todas las papeletas para ser el autor del crimen del señor Lycoon. Si existe una conexión con Edward Cooper o no, estoy seguro que lo descubriremos tan pronto lo detengamos. En cuanto a la amenaza actual, ignoro cuál es la razón por la que después de terminar con la vida de dos personas que mantienen un vínculo profesional claro, dé un salto cualitativo en su serie criminal y pretenda atentar contra el presidente de la nación.

El jefe Harrelson asintió.

—Bueno, ahora mismo la organización al completo está buscando ese motivo. —Después hizo una pausa mientras miraba a Donald, valorando la información que había suministrado.

—Quiero que me redacten un informe con todo lo que han averiguado hasta la fecha, todo lo que me han dicho, por escrito. Ya saben cómo va esto. En estos momentos el FBI ha hecho un despliegue enorme de efectivos y se está trabajando con los cuerpos de seguridad de Washington y el Servicio Secreto a fin de prevenir cualquier acto violento contra el presidente. Toda sugerencia o línea de investigación que nos ayude a dar con ese tipo será bienvenida.

Donald ya se levantaba, pero se detuvo al observar que su compañera permanecía aún sentada.

—El año pasado participé en la caída de una importante red mafiosa...- explicó la agente Foster—. El golpe clave fue descodificar su sistema de archivos cifrados y acceder a su contabilidad B, en la que se detallaban todas y cada una de sus actividades criminales. Tengo cierta experiencia en eso. Me gustaría tener acceso a ese mensaje encriptado...

El jefe le miró dubitativo. Sus carrillos se movieron como si masticara algo.

—Veré si me pueden hacer llegar una copia, —se limitó a decir como despedida.

## **PARTE DE GRACE**

Tres meses antes del asesinato de Graham Lycoon

## CAPITULO 30

—¡Grace! ¡Grace!

Quien llamaba con insistencia a la directora de equipo de delitos contra la salud pública del FBI de Massachusetts era Susan Ward, la joven y eficiente ayudante de la agente de la que reclamaba con insistencia su atención.

Grace era una mujer cercana a la cincuentena de años, de estatura mediana, que se esforzaba en mantener un buen tipo a base de controlar su dieta, practicar natación a diario y llevar tacones altos que estilizaban su figura. Divorciada, con dos hijos que ya se habían emancipado con sendos títulos universitarios bajo el brazo, la carrera profesional absorbía por completo sus energías. Grace, no obstante, disfrutaba plenamente de su trabajo. Le gustaba sentir que era el corazón de un equipo bien coordinado.

Se acercó a la mesa de trabajo de Susan y se inclinó sobre la pantalla. Habitualmente atestada de papeles, sólo ella era capaz de localizar el manojito de documentos o la carpeta adecuada en aquel maremágnum de legajos que atiborraban el escritorio. Susan era menuda, con ligeros rasgos orientales que suavizaban su semblante y le otorgaban una exótica belleza. Hablaba rápido, y no fue una excepción esta vez.

—Aquí lo tengo Grace. He logrado seguir los movimientos de capital más significativos de Boston Medical Corp. desde hace tres años. Fíjate en estas cuatro ventanas que mantengo abiertas. Corresponden a distintas entidades financieras y son operaciones en las que la corporación recuperó liquidez... hablamos de cientos de millones de dólares....- Susan señaló una a una las operaciones de las que hablaba llevando su índice de un lado de la pantalla a otro.- Seguí tus sugerencias igualmente... Ventas de patrimonio, cualquier operación sospechosa... y gracias a las declaraciones fiscales fue relativamente sencillo. El holding se desprendió de varias empresas que vendió por importes multimillonarios, además de varios edificios en diferentes partes del país... Varios miles de millones de dólares en total. Y

ahora quiero que observes esto otro —Susan eliminó las ventanas y pulsó otra serie de pestañas que mantenía plegadas a fin de mostrar otra serie de datos que se evidenciaban en distintas ventanas emergentes- Fíjate aquí, aquí,... Aquí... Boston Medical no sólo absorbió Farmaceutics Inc. sino que volcó una suma multimillonaria en dotarla de presupuesto de investigación. No se puede decir que la inyección de capital en la farmacéutica fuera propiciada por una coyuntura de exceso de tesorería precisamente. Fue deliberado, Grace.- Susan imprimió a las dos últimas palabras un acentuado tono irónico. —Los tenemos.

Grace asintió. Tomó una silla de oficina cercana y la rodó hasta situarla junto a su ayudante a fin de acomodarse a su lado.

—Buen trabajo... pero no podemos cantar victoria aún. El hecho de que la dotaran de capital es un buen apunte, pero mientras no exista una orden firmada de la Boston Medical autorizando a Farmaceutics Inc. a saltarse todos los protocolos de la FDA... no tenemos nada, —Grace suspiró. —¿Todo fue a parar a Farmaceutics Inc.?

Susan negó con la cabeza.

—Todo no. Pero un porcentaje importante fue destinado a una ampliación de capital de la farmacéutica, con lo que el peso de Boston Medical en la farmacéutica es brutal, casi absoluto. Y otra partida significativa de dinero, aproximadamente un quince por ciento del total, se destinó a la empresa asociada a Farmaceutics Inc., una sociedad denominada Lycoon Industries. Por lo que he averiguado, venía asociada a una firma de capital riesgo conocida; Endeavour Capital Co., que se había desprendido de su participación unos meses antes. También estaban necesitados de capital, por lo que se ve. Las acciones estaban a precio de saldo y hasta había rumores de quiebra a pesar de que tiene varias patentes importantes... pero se ve que su investigación devoraba fondos con el apetito de un tiburón blanco y en el último par de años no habían generado ningún retorno de capital, así que las cosas no le debían pintar muy bien a Lycoon Industries. El objeto principal de la misma es fácil de averiguar. Cuando salieron al mercado acapararon la atención de muchas revistas especializadas en alta tecnología según he podido encontrar. Inteligencia artificial.

Grace enarcó las cejas y miró con cara de sorpresa a su ayudante, que se vio obligada a repetir sus últimas palabras una vez más.

—Esto... no me cuadra en absoluto... —murmuró finalmente Grace. Sacudió la cabeza —Aun así, nos sirve la conexión con la farmacéutica. Está clarísimo que Boston Medical Co. no podrá alegar que desconocía lo que hacía una de sus filiales cuando invertían tanto dinero en ella. Eso solo se hace cuando te ofrecen algo que te interesa, pero, por otro lado, lo de Lycoon Industries... resulta extraño que invirtiera tanto dinero en un proyecto que el noventa por ciento de las veces fracasa... las empresas de capital riesgo son una lotería, todo el mundo lo sabe. Y además de una naturaleza tan dispar a la de la investigación médica... Si Endeavour Capital los había dejado a la deriva... es raro que un tiburón como la Boston Medical se dedique a salvar náufragos, ¿no crees? Esas corporaciones no suelen tener espíritu altruista precisamente.

—¿Quieres que ponga el ojo en esa tal Lycoon Industries? —Grace observó como su ayudante le miraba con esos ojos voraces de curiosidad.

—No Susan... más vale centrarnos en lo que nos ocupa.

Se puso en pie y se alisó la falda que le llegaba a las rodillas. Vestía traje oscuro y blusa a juego con un estilo impecable. Sabía que le otorgaba un aire imponente. Tomó nota mental de los pasos a seguir. Tendría una reunión con Samuel para explicarle la situación y cómo avanzaba el caso. Después a última hora de la tarde, otra con los chicos de su oficina para que Susan explicara sus avances.

Iba a emprender camino del despacho de Samuel, pero se lo pensó dos veces. Había algo allí que no le cuadraba y su instinto no la iba a dejar en paz.

—Sí, Susan, echa un vistazo a esa tal Lycoon. Si ya estaban metidos en algo turbio con la farmacéutica, me pregunto a santo de qué invertirían en una empresa de alta tecnología a punto de quebrar. -Suspiró.- Pero sobre todo, no le quites el ojo a la Boston, ¿entendido?

Susan sonrió encantada por la perspectiva que se abría ante ella y rápidamente se volcó en el ordenador. Sabía por dónde empezar.

\*\*\*\*\*

Pero Grace no se dirigió al despacho de Samuel Roth, su superior, directamente, sino que se refugió en el suyo propio primero. Se sentía inquieta, una intensa premonición la atenazaba. Abrió la ventana ligeramente, permitiendo que una brisa gélida robara el calor de la estancia. Era su remedio para poder fumar un cigarrillo sin que los detectores de humo o el olfato de sus visitantes descubriera su pequeña infracción.

Se asomó a la ventana y mientras aspiraba anhelante el humo del cigarrillo, oteaba las vistas de su oficina. Más allá de la autopista, de la cual le llegaba el estrepito del tráfico, una zona residencial ofrecía un pintoresco contraste de fachadas color pastel, tejados de distintos colores y materiales, y copas de árboles que salpicaban todo el conjunto.

Miró su móvil y buscó un nombre. No podía dejar de pensar en él. Cuanto daría por poder hablar con él ahora.

Nunca había llegado a suceder nada. Ninguno de los dos se había insinuado, pero ambos sabían que la química existía, la atracción resultaba indudable, y el hecho de que durante largos meses esa intensa emoción de jugar con lo prohibido sazonara con un interés sensual cada instante de su jornada laboral, le había dejado un extraño remordimiento, el de no haber rebasado nunca aquel límite. Eso había quedado atrás, sí, pero también lamentaba haber perdido a una persona de su equipo en la que confiaba plenamente.

Él estaba casado, era más joven, y el destino lo había llevado a otro departamento, lejos de ella. Ahora rara vez coincidían. Pero Grace lo sentía cerca, como una presencia invisible que siempre, en el momento más inesperado, estaba a punto de materializarse ante sus ojos. Miraba su móvil y recordaba sus conversaciones a través de mensajes mantenidas tiempo atrás. Ahora que sufría tantas dudas le habría encantado consultarle sus vacilaciones. Si estuviera en el equipo... podría contar con él. Tenía un grado de veteranía que ni Susan, ni ninguno de sus compañeros, por muy eficientes en el trabajo que fueran, podían aportar. Grace sabía que, llegada la hora de la verdad, todos darían un paso atrás si el asunto se ponía feo. Ella cargaría con todo, para bien, y sobre todo, para mal.

Apagó el cigarrillo y hundió la colilla en un vaso de agua de plástico que

había tomado para ese fin. Después lo arrojaría todo por el wáter.

“Vamos allá”, se dijo, “la suerte está echada”.

\*\*\*\*\*

Samuel Roth era un hombre voluminoso. Había sido un caballero apuesto, según recordaba Grace cuando lo conoció, décadas atrás, pero a medida que había ascendido puestos en el escalafón su cintura se había dilatado sin remedio. Su cabellera había encanecido con elegancia, y aunque seguía dejándose una corta melena que se rizaba y finalizaba justo detrás de su nuca, no le hacía perder ni un ápice de aplomo o seriedad, impresión que reforzaba su mirada clara y directa, Grace diría que hasta fría. No había afinidad entre ellos. Nunca se sabía si en el curso de una investigación, Samuel estaba dispuesto a desentenderse de una pifia y dejar a un subalterno al descubierto. Jamás le había fallado, era verdad, pero había algo en su relación con él que no le inspiraba una confianza plena, como un muro invisible que se interpusiera entre ambos y que impidiera hablar con claridad. Por eso, y porque el curso de la investigación se estaba complicando, Grace no se sentía nada a gusto. Avanzaba por un campo minado.

“Podría decirle a Susan que no, que detenga esa investigación”, pensó Grace en un último instante, mientras apoyaba la mano en el picaporte del despacho de Samuel. La indecisión duró un segundo eterno. Pero finalmente tocó la puerta con los nudillos, y cuando oyó el preceptivo “pase” procedente del interior, se adentró en el despacho de Samuel Roth.

—Lo tenemos, —Grace no necesitaba saludar a su superior. Se habían visto varias veces aquel mismo día, en sucesivas reuniones, empezando por una a primera hora de la mañana donde habían actualizado agendas y compartido la información de los asuntos que afectaban a los expedientes en los trabajaba Grace.

Samuel tardó en apartar la vista de su ordenador. Parecía enfrascado en la lectura de un informe. Grace ojeó la pantalla en un rápido vistazo y le pareció tratarse de un gráfico bursátil. Seguramente comprobaba el estado de alguna inversión particular, pensó.

—¿A quién tenemos?, —Inquirió finalmente Samuel centrando su atención

en Grace por primera vez.

Pero Grace no contestó. Dejó que Samuel sacara sus propias conclusiones. Llevaba varios expedientes entre manos, pero sólo uno era dinamita.

Samuel comprendió lo que significaba su silencio. Emitió un bufido y apoyó las manos sobre los reposabrazos de su asiento, como si intentara encontrar terreno firme. Después miró hacia el exterior. Anochecía, y las luces del parking conferían un trasluz amarillento al cielo que se ennegrecía.

—Ya hemos hablado al respecto. El exsenador Beake es el presidente ejecutivo del holding y está muy bien relacionado en Washington. Desde que se entere que una agente está fisgando en sus cuentas...

—Siempre has dicho que de poco sirve pescar el pez pequeño cuando podemos pillar al tiburón. Este es el caso, —contraatacó rápidamente Grace. Permanecía sentada en su asiento con la espalda rígida, sin tocar el respaldo, como una estatua de aspecto regio.

Samuel resopló. Se echó hacia delante y apoyó sus brazos en la mesa. Su camisa remangada y con el cuello abierto, así como con la corbata aflojada, le conferían el aspecto de hombre cansado. Con la mirada le dijo “cuéntame”.

—Cientos de millones invertidos por la Boston Medical Corp. en los laboratorios farmacéuticos de Pharmaceutics Inc. Se vendieron activos inmobiliarios, incluso empresas rentables pertenecientes al holding, buscando una capitalización en apariencia innecesaria. Boston Medical va bien, genera beneficios de varias decenas de millones anuales. ¿Por qué coges los ahorros de toda tu vida y los vuelcas en una empresa que está al límite de la quiebra?

Grace hizo la pregunta, pero daba la impresión de que Samuel se negaba a colaborar en la conversación.

—Haces eso, Samuel, cuando te están vendiendo una moto que tú quieres comprar. La Boston Medical invirtió unas cifras millonarias en inyecciones sucesivas de capital en Pharmaceutics y en Lycoon Industries, una pequeña industria tecnológica que en principio no tiene mayor interés para nosotros. Lo que está claro es que, si la farmacéutica tenía un dueño, éste era Boston Medical Corp. El exsenador tendrá que explicarse, tarde o temprano.

Samuel negó con la cabeza. Se encontraba disgustado.

—Siempre podrán alegar que, aunque tenían mucho interés en llevar a

cabo su investigación sobre trasplantes y tratamientos neurológicos ignoraban que su nueva filial estaba saltándose todos los protocolos de la FDA.

Grace asintió. Contaba con esa afirmación.

—Por eso debes permitir que siga investigando esa línea. Si no hallamos una prueba clara que los incrimine, lo dejamos. Estoy convencida de ello. Tenían forzosamente que saber que estaban obviando todos los controles de la Agencia de la Nutrición y el Medicamento y cometiendo un delito contra la salud pública.

—Serán responsables subsidiarios, como mucho, en cuanto a sanciones que se puedan imponer. Es lo único que conseguirás.

—Si, pero si demostramos que existía conocimiento de esas infracciones... y sospecho que puede haberlas... -Grace dejó la frase sin concluir. Que Samuel estableciera el final que quisiera.- Es fácil de deducir, piénsalo. Has comprado un deportivo nuevo que te ha costado un ojo de la cara y quieres ver qué velocidad alcanza. Seguro que recibieron presiones para acelerar la marcha de los proyectos...

—...Hablamos de penas de cárcel,- concluyó disgustado Samuel.

Quedaron en silencio. Finalmente, el superior de Grace tomó la palabra.

—Muy bien, adelante Grace, pero... —suspiró y dejó morir la frase sin concluir. —Tengo más experiencia que tú, ... y sé que cuando se toca la política... las investigaciones acaban torciéndose. Ten mucho cuidado, Grace, mucho cuidado.

Grace asintió y salió del despacho con su habitual paso enérgico.

Curiosamente, se encontraba aún más inquieta que cuando había entrado.

## CAPITULO 31

Grace sintió que su presencia en las oficinas centrales de la Boston Medical Corp. intimidaba al personal administrativo que la había atendido. Se encontraba en una de las plantas más elevadas de la Prudential Tower, uno de los rascacielos emblemáticos de Boston, situado en el corazón de su distrito financiero. Desde las ventanas de la recepción Grace observó una panorámica nada habitual de la ciudad, con el río Charles horadando, sinuoso, una brecha oscura en la abigarrada masa de cemento, hormigón y cristal que constituía el centro de la ciudad.

No le hicieron esperar mucho, trato que la agente especial agradeció, y eficientemente la condujeron, a través de una amplia red de despachos y oficinas que parecían extenderse en todas direcciones, a la que correspondía a una alta ejecutiva de la empresa, la señora Meredith Chapman. Se trataba de una mujer que Grace estimó debía contar con más de sesenta años de edad, de aspecto muy cuidado, con un maquillaje bien aplicado que lograba hacer de su semblante un rostro bello. Vestía un traje caro, seguramente hecho a medida, y Grace se fijó en que las escasas joyas que lucía, un anillo, unos discretos pendientes y un collar de fina hechura, eran sin embargo de gran valor a tenor del brillo que reflejaban los diamantes que llevaban engarzados.

La señora Chapman le invitó a tomar asiento amablemente en una zona apartada de su amplio despacho, situada junto al ventanal, donde se había dispuesto un ambiente para reuniones de aspecto más distendido, con unos cómodos sofás en los que ambas mujeres se acomodaron. Un atento ayudante se ofreció a servirles algún género de infusión, y las dos formularon sus respectivas peticiones.

Después de entretenerse en comentar las fantásticas vistas que se disfrutaban desde el despacho, abordaron finalmente la cuestión que era objeto de la reunión.

—Como comprenderá mi reacción respecto a la petición de información

que ha formulado su departamento ha sido de una gran sorpresa, —se explicó la ejecutiva. —Por supuesto que tengo a mi gente preparando un dossier relacionado con lo que se nos ha solicitado... pero lo cierto es que debo informar al Consejo de Administración de lo que ocurre. Me gustaría que me explicara a qué obedece esta inspección. —La señora Chapman hablaba sin tapujos, abordando la cuestión crítica desde el principio. Grace prefería ese tipo de conversaciones a las que, por diplomacia, se enredaban en eufemísticos rodeos.

— Entiendo perfectamente que se sientan sorprendidos por nuestro requerimiento. Lo cierto es que estamos llevando a cabo, a instancias de la FDA, una investigación de una empresa que forma parte de su holding empresarial, Pharmaceuticals Inc., por mala praxis. Al parecer se han seguido procesos clínicos y experimentos médicos sin las preceptivas autorizaciones de la agencia médica... El alcance de las infracciones abarca varios estados y algunos delitos son punibles con penas de cárcel.

La ejecutiva se mostró sorprendida. Fue un leve gesto en su expresión, inesperado, que Meredith no pudo reprimir. Después se recompuso. Salvo que fuera una gran actriz, consideró Grace, no parecía estar al tanto de ningún tipo de actuación del holding que estuviera siquiera bordeando la ley. No obstante, se quedó pensativa y le rogó que aguardase un minuto a que hiciera una comprobación en su ordenador.

Grace se quedó en silencio, contemplando las vistas del soleado día que reinaba sobre Boston, pero no dejó de observar, cada pocos segundos, cómo la ejecutiva tecleaba con rapidez en su terminal y se quedaba mirando la pantalla con atención. Al cabo de un minuto largo regresaba a su asiento.

—Deberá disculparme. Si le digo la verdad ... el holding participa en numerosas empresas, que creía conocer muy bien. No me sonaba en absoluto dicha empresa, pero es cierto, contamos con un importante paquete accionarial de la misma.

Grace decidió aprovechar el desconcierto evidente de la ejecutiva.

—¿Cómo se aprueban las decisiones para realizar inversiones de esa magnitud? ¿Acuden primero a una asamblea general de accionistas... o el Consejo de Administración tiene esa potestad? Disculpe mi ignorancia.

—Claro, el Consejo tiene capacidad de decisión, tanto para comprar como para vender, así como para tomar cualquier disposición crucial que afecte a la marcha del holding. Generalmente esa actividad suele estar respaldada por los servicios técnicos y jurídicos de la corporación, cuestión de la que yo soy responsable, e incluso se debaten y aprueban en ocasiones en Asamblea General... —Meredith sonrió con diplomacia. Aun así, Grace notaba que había algo que incomodaba a su interlocutora. Tenía un vago presentimiento sobre lo que podía ser.

—Me ha dicho que desconocía que esa operación se haya llevado a cabo. ¿Podría ser un olvido, o que el Consejo omitiera informarle de dicha adquisición?

La ejecutiva enarcó las cejas sorprendida por la posibilidad que esbozaba la agente del FBI.

—Por supuesto que la Junta podría omitir la consulta a los gabinetes técnicos de la empresa, aunque parece que eso sería una cuestión un tanto temeraria... Que yo sepa nunca se ha hecho algo así.

Las palabras fueron dichas con absoluta seguridad, tanto que contrastaba con la vacilación de segundos antes. Grace presentía que había algo más allí. Decidió arriesgarse en la conversación.

—¿Qué tal desarrolla la presidencia el señor Beake? Ser un reputado exsenador y a la vez presidente de una corporación médica como ésta debe ser una tarea dura.

Era una pregunta absurda, casi infantil, sin embargo, Grace sabía que a veces alargar la conversación de una forma en apariencia innecesaria brindaba inesperados triunfos.

—No se equivoca, así es, pero el senador, siempre le obviamos el prefijo ex por costumbre—, aclaró la ejecutiva con una sonrisa cordial,- es un hombre infatigable... con una salud de hierro... aunque, bueno, no del todo. Permaneció de baja médica hace unos meses. Precisamente lo recuerdo por lo inusual del caso. Lo que sí puedo asegurarle es que es un hombre imparable, y el haber convertido a la Boston Medical en lo que hoy día representa es sin duda un mérito suyo. Dirige el holding con mano segura... y su nombre suena mucho en Washington, según he oído, para asumir cargos de responsabilidad.

Grace tomó aire.

—Según entiendo entonces, el exsenador no suele delegar las decisiones importantes...

La ejecutiva corroboró la información con una amplia sonrisa tranquilizadora. Grace estaba segura de que no mentía.

Se despidieron con palabras agradables y Grace le recordó que su departamento esperaba la información solicitada.

La agente Lowry experimentaba una sensación de expectación mientras descendía del rascacielos embarcada en un veloz ascensor. Creía que había descubierto un dato importante pero que no lograba identificar, como si estuviera tanteando algo a ciegas y aunque estaba a punto de reconocer de qué se trataba, aún no sabría decir qué era.

## CAPITULO 32

Había quedado con Susan unos días después en las instalaciones de Lycoon Industries. Querían ver la sede física de la corporación en la que la Boston Medical había empeñado tanto dinero. No daban crédito a lo que decían las revistas especializadas.

Grace condujo por una zona industrial en las afueras de Boston, en dirección sur, hasta que finalmente las construcciones empezaron a escasear y los bosques que al principio salpicaban ambos márgenes de la carretera se hicieron más densos. Le costó encontrar la desviación apropiada y condujo por una estrecha carretera asfaltada que había conocido tiempos mejores. Despojos del bosque salpicaban ambos márgenes de la calzada. Era evidente que nadie la transitaba desde hacía tiempo. El asfalto mostraba baches y socavones que era preciso evitar conduciendo con prudencia.

De pronto lo vio. Emergía de entre la masa boscosa, cuando clareaban los árboles, una gigantesca mole de una altura cercana a un edificio de elevada altura. Las paredes de hormigón desnudo, sin ventanas o adornos que suavizaran su aspecto, le conferían un aspecto intimidador e inhumano, como el de una cárcel de seguridad o una zona de contención a la que era necesario acercarse con todo tipo de precauciones. El Cubo. Grace recordó entonces las noticias de unos años atrás, cuando los noticiarios habían dado aviso del titánico proyecto de Lycoon Industries y su reto de construir el primer cerebro biónico a la escala que permitía la tecnología del momento. El resultado era imponente.

Finalmente, la berlina de Grace llegó al aparcamiento de las instalaciones de Lycoon. Había superado una cerca metálica que había sido forzada tiempo atrás y cuyas hojas yacían tiradas en el suelo a ambos lados de los márgenes de la carretera. Un desvencijado cartel con el logotipo de la compañía figuraba aún en pie, pero clamaba que alguien le aplicara una cuidadosa limpieza. No había ningún otro vehículo. Susan no había llegado todavía.

Parecía el escenario resultante de un apocalipsis nuclear. Todo yacía abandonado y descuidado, como si fuera un Chernóbil moderno que había sido mantenido en secreto por las autoridades. El edificio de oficinas parecía haber sufrido un colapso. La mitad del mismo se había derruido y mostraba signos evidentes de haber sido consumido por las llamas. El resto de las instalaciones ofrecía una visión que recordaba a un escenario de guerra. Ventanas rotas, puertas que habían sido cerradas con cadenas y candados que habían sido reventados, pintadas que decoraban las paredes de los edificios con expresiones soeces y dibujos de mal gusto. Por un momento Grace temió que todavía quedara algún grupo de okupas allí y de pronto se viera metida en un problema. Tanteó inconscientemente su Glover oculta bajo la chaqueta, en su pistolera de cuero.

Paseó por donde el asfalto húmedo presentaba mejor aspecto. Había estado lloviendo toda la mañana, pero ahora, en el descanso del almuerzo, la lluvia había dejado de caer, y tan solo los charcos abundantes y profundos que se esparcían en todas direcciones recordaban lo desapacible del día. Grace se abrochó la chaqueta hasta arriba. Lejos de la ciudad, a la intemperie, la temperatura era unos grados más baja y de vez en cuando una brisa gélida barría el lugar, arrastrando basura de un lado a otro.

Se había alejado del parking en un paseo con el que pretendía rodear el gran Cubo, la instalación que acaparaba todo el protagonismo del lugar, y tras el primer recodo descubrió una pequeña edificación, de una sola planta, con un techo ascendente a un agua que hizo imaginar a Grace que en su interior la disposición debía ser semejante a una sala de cine. Sala de control, leyó en un rótulo en el que se había acumulado suciedad y óxido.

Hasta ella llegó el sonido de un coche que aparcaba bruscamente, arrastrando la gravilla consigo. Susan no había cambiado un ápice su forma de conducir su pequeño utilitario, pensó divertida Grace. Cuando retrocedió hasta el recodo del Cubo distinguió la figura de la mujer menuda que miraba en una dirección y en otra, buscándola. Grace le silbó y le hizo un gesto para que se acercara hasta donde se encontraba.

—Es verdad lo que habíamos leído. Esto está abandonado por completo,  
—comentó Susan, que prescindió de todo saludo. Habían estado toda la

mañana juntas repasando toda la información suministrada por los servicios jurídicos de la Boston Medical Corp. y aquel encuentro no era sino una prolongación de su mañana laboral.

Grace asintió sin decir palabra, pero le hizo un gesto para que la acompañara. Le llamaba la atención aquel edificio de control.

Las puertas habían sido forzadas, y ahora tenían un aspecto desvencijado. No les costó mucho apartar una de las hojas e introducirse en el interior. Grace había tomado la precaución de llevar una linterna.

La sala de control era un espacio saqueado, una gran estancia completamente desnuda. Sólo los muebles que estaban empotrados en paredes o suelos del lugar permanecían en su sitio, aunque con evidentes síntomas de haber sufrido violencia. Incluso los cableados habían sido arrancados a fin de obtener el cobre de su interior.

—Esa debía ser la zona principal,... —indicó Grace

Se quedaron unos minutos recorriendo el recinto, sorprendidas por el estado de abandono tan absoluto. En el fondo, ambas mujeres se sentían perplejas por lo que contemplaban.

—¿Has traído el almuerzo? —preguntó finalmente Grace. —He visto lo que debía ser el comedor de la empresa. Está resguardado de la intemperie... al menos en parte. Vayamos allí.

El antiguo comedor conservaba algunos cristales de sus ventanales intactos, por lo que en su interior recuperaron el calor en sus cuerpos que el viento frío tan fácilmente les había arrebatado. Ante ellas se erigía el Cubo y los escombros del edificio semiderruido.

Susan repartió sendos bocadillos y unos vasos de cartón con café caliente.

—Es increíble, —dijo después de masticar con fruición el primer bocado. —Cientos de millones de dólares invertidos en este lugar... Parece que cayeron en un pozo sin fondo...

Grace asintió.

—Recapitulemos, —instó.- Tendremos que repasar las fechas con más detalle, pero lo importante es lo siguiente. Según has descubierto cuando indagaste a Lycoon Industries, esta empresa aportó fondos para adquirir Pharmaceuticals Inc.

—Transfirió no sólo fondos. Lycoon había ganado notoriedad por sus patentes en impresión 3d. Transfirió dichas patentes a su filial con el fin de trabajar el desarrollo de aplicaciones médicas, —confirmó Susan. —Era como si... abandonaran un barco para meterse en otro.

—Y después de eso llega Boston Medical Corp. y vuelca su capital en ambas empresas... sin venir a cuento. Alguien debió de convencer a su Junta Directiva, presentar un dossier, empujarlos para que liquidaran muchos de sus activos y los destinaran a un proyecto ambicioso, pero arriesgado. Y lo más extraordinario.... finalmente Lycoon es abandonada a su suerte, como si fuera un traje que ya no se necesita. Parece que el proyecto fracasó y el capital y liquidez que le restaba a la corporación se invirtió en Farmaceutics, —concluyó Grace.- ¿Sabes lo que pienso? —Grace frunció el ceño mientras miraba a Susan, que le observaba con los ojos abiertos, atenta, mientras masticaba un nuevo bocado de su almuerzo.- Creo que Lycoon Industries fue abandonada como un despojo, como un embalaje vacío que una vez usado se tira a la basura. Cumplió un papel, y una vez finalizó, la cerraron. Sus dueños debieron darse cuenta de que el beneficio estaba en el trabajo que iba a desarrollarse a partir de entonces en Farmaceutics.

—Sí, pero el principal accionista de esa sociedad es la Boston Medical Corp., —alegó Susan.- ¿Qué ha sido de los dueños de Lycoon Industries? Dijiste que estaba auspiciada por una firma de capital-riesgo que vendió su parte. Parece que las responsabilidades se diluyen y otra vez estamos en el punto de partida. ¿Qué piensas hacer?

Grace sonrió. Susan era buena agente, pero se sentía en un nivel tan inferior que nunca hablaba en plural, parecía que estaba a salvo de toda responsabilidad. Nunca decía “qué vamos a hacer”. Así era, en efecto, se dijo Grace con resignación. Todo el peso recaía sobre sus hombros.

—Ah, lo olvidaba Grace. Toma esto.

Susan le tendió un pendrive de color rojo y negro a Grace, que lo recibió, aunque con cara de sorpresa.

—Me lo acaba de hacer llegar un amigo mío... un verdadero friki de internet. Le pedí que averiguara cosas de Lycoon Industries... y después de revolver y trastear por ahí, logró suscribirse en una lista de correo asociada al

gabinete de prensa de esa sociedad. Me dijo que sucedió algo extraño. Le llegó un correo automático autorizando la suscripción que contenía un archivo adjunto. Pensó que sería publicidad. Cuando al cabo de unos días le pregunté me dijo que iba a echar un vistazo... y el archivo había desaparecido... incluso de la nube.

—¿Entonces...?

—Ah, Willy es un manitas. Supo cómo recuperar una copia ... no me digas cómo, pero revolviendo en los archivos temporales de su portátil ... Dice que tienes que mirarlo. Un documento denominado Dossier Lycoon.

Grace suspiró y miró hacia la pared gris de cemento del Cubo, que desde la posición que ocupaban ofrecía una vista parcial.

Sí, el riesgo era sólo de ella y no merecía la pena compartirlo con su subalterna. Susan era eficiente como la que más, pero no se implicaba en nada de cuanto investigaban. Cumplía las tareas con una precisión quirúrgica, pero si el paciente se moría ella era una mandada.

Antes lo había enunciado de una forma sutil y Susan no había caído en la cuenta de los indicios que mostraba. La cuestión principal era... ¿Por qué la Boston Medical Corp. había arramblado con todo y se había metido en un sector tan arriesgado de investigación y desarrollo con unas sumas tan potentes? Ella lo sabía. Había examinado con detalle la documentación aportada por la gente de Meredith Chapman y todo confluía en un nombre y en una persona. Por la razón que fuera, el exsenador Beake de pronto se había convertido en un adalid de ambas industrias tecnológicas y había convencido a la Junta para desembarcar en ambas empresas con toda la fuerza económica de la que la Boston Medical era capaz. Había registros de las Juntas y algunos de sus directivos habían calificado la operación de temeraria. El exsenador se había mostrado contundente e inflexible, haciendo uso de todo su poder y prerrogativas, ganando votaciones in extremis, omitiendo la consulta a sus servicios financieros y técnicos, y había efectuado una adquisición agresiva de las dos firmas. ¿Era entonces él también el responsable de que Farmaceutics Inc. se saltara todos los protocolos de la FDA infringiendo varios reglamentos y leyes, algunos incluso tipificados como delito? Grace hizo una pausa en sus pensamientos, siendo consciente de una realidad que le preocupaba. “A estas

alturas, el propio exsenador ya debe estar al corriente de quien soy yo”.

Aun así, una pregunta centraba toda su atención. ¿Por qué ese empeño personal del exsenador en esas operaciones financieras? Acabaría averiguándolo. Grace sabía que cuando se empeñaba en lograr algo nadie podría detenerla.

Hizo una señal a Susan para emprender el regreso. Habían terminado su comida. Nada les retenía allí.

## CAPITULO 33

Grace llevaba varios días intranquila. Había acumulado información sobre el exsenador, y las evidencias de que era el responsable sobre las actividades ilegales de Farmaceutics Inc. se acumulaban.

Pero eso no era lo peor. Grace sospechaba que el exsenador estaba moviéndose por encima de su jefatura. De pronto Susan había sido trasladada de departamento, y tras un vertiginoso ajuste de plantilla se encontró que todo su personal había sido removido. Los cambios afectaron incluso a Samuel, que fue ascendido y trasladado a la sede central del FBI, en Columbia. Cuando Grace intentó aclarar la situación con él, su respuesta lacónica fue “esto nos supera, Grace”. Y la agente se quedó perpleja viendo como todo a su alrededor se desvanecía, como el súbito cambio de decorado que tiene lugar entre dos actos de una obra de teatro.

Decidió callar, dejar el asunto sin volver a tocarse. No comentó nada a su nuevo superior, y dejó de lado la investigación, aguardando el momento idóneo para presentar las pruebas que había acumulado. Tomó medidas extraordinarias, protegiendo la información que había obtenido, especialmente el pendrive que Susan le había dado con su increíble informe titulado “Dossier Lycoon” del cual realizó varias copias y cuyo contenido parecía apuntar en la dirección correcta, a tenor de cómo se desarrollaban los acontecimientos. Temía que en cualquier momento pudieran tomarse medidas disciplinarias ante el desliz más minúsculo. Las advertencias que Samuel le había efectuado tiempo atrás parecían haberse quedado cortas, visto lo que estaba sucediendo.

Cuando ya habían transcurrido dos semanas sin que se produjeran novedades en el trabajo y Grace comenzaba a sentir que se instauraba una nueva normalidad, ocurrió.

Se encontraba en el garaje de su edificio, a una hora temprana de una mañana de lunes, cuando se disponía a ir al trabajo. Estaba sacando las llaves del coche de su bolso cuando dos hombres de considerable envergadura se

situaron a ambos lados. Uno de ellos le tomó la mano con firmeza y le arrebató las llaves, el otro dejó ver bajo el abrigo gris de tweed una pistola enfundada. Era un hombre de color, de mirada inexpresiva y ojos pequeños, que la intimidó.

La condujeron a una berlina negra, aparcada discretamente unos metros más allá de su propio vehículo, en una zona poco visible del garaje. Se sentó en la parte posterior del vehículo, con un vigilante a cada lado. Un tercer hombre, que hacía de conductor, arrancó el vehículo y lo condujo hacia la salida.

Grace iba a decir algo, a intimidarlos recordándoles que era agente federal, pero antes de que pudiera abrir la boca, el otro secuestrador, un hombre blanco, de pelo corto había sacado del bolsillo de su abrigo una pequeña jeringuilla que inyectó rápidamente en su antebrazo.

Grace sintió como todo se desvanecía ante ella. Su desconcierto se disolvió en una imagen borrosa de luz que crecía paulatinamente, la puerta de su garaje abriéndose. Después perdió la consciencia.

\*\*\*\*\*

Cuando Grace despertó se hallaba en un despacho confortable y decorado con un gusto exquisito. Todo en él era de una calidad espléndida. Un escritorio reluciente, labrado al estilo clásico en cuyo centro, sobre un tapete verde, se disponían algunas carpetas en riguroso orden, bajo una lámpara de tulipa verde dando protagonismo con su luz a ese conjunto de documentos, como si se tratara del foco que ilumina el proscenio ante una inminente actuación. Se sentía mareada, pero aun así giró la cabeza en ambas direcciones a fin de comprender en qué lugar se hallaba. Al parecer se trataba de una estancia abuhardillada. Desde una de las ventanas podían verse las siluetas rectangulares de rascacielos cercanos bajo el cielo tristón de un atardecer gris. Le resultaba imposible determinar si aún seguía en Boston o cuánto tiempo había permanecido sumida en sueños. No debían ser demasiadas horas. No sentía un apetito que revelara que había pasado más de un día en ayunas. Tal vez fuera aquel mismo lunes aún, a punto de que la luz del sol quedara oculta tras el ocaso.

Había alguien más en la habitación. Se trataba de uno de los hombres que la había secuestrado. Pudo fijarse bien en él. Alto, bien parecido, de presencia impecable con un traje de color claro y una corbata oscura que contrastaba con su camisa blanca, mantenía la mirada perdida en el infinito, Grace pensó que tal vez estuviera mirando más allá de la propia estancia, a través de una de las ventanas. Estaba situado junto a una de las puertas del despacho. La otra se encontraba en el extremo opuesto, casi oculta en la penumbra de esa parte de la habitación.

Reparó en las mullidas alfombras que cubrían un parqué oscuro y brillante. Algunas lámparas de pie y unos grandes sillones de cuero repujado completaban el mobiliario. No había nadie más. Conforme recuperaba la claridad de pensamiento y la movilidad se dio cuenta que sus brazos permanecían maniatados a la altura de las muñecas con sendas bridas, al igual que los tobillos lo estaban cada cual a cada una de las patas de la silla en la que estaba sentada. No se sentía con fuerzas para intentar levantarse o forzar sus ataduras. El mero intento de mover sus extremidades se saldaba con un dolor muy intenso. Confusa aún, se alarmó al pensar qué habría sido de su bolso. En su interior había varias llaves importantes, además de su propio móvil. Recordó a sus dos hijos y rogó a Dios que la situación de peligro no los involucrara a ellos también. La inundó una gran impotencia al reconocer que incluso los elementos más nimios de su vida escapaban ahora a su control. Respiró hondo intentando relajarse. No era conveniente ponerse en la peor de las situaciones porque eso la haría más vulnerable.

Entonces reparó en una serie de fotografías que decoraban la pared situada tras el escritorio. Alrededor de una silla de elevado respaldo, de cuero tintado de rojo, varias imágenes, algunas de ellas incluso en blanco y negro, tenían como personaje principal a un protagonista cuyo semblante le resultaba vagamente conocido. Finalmente, tras un momento de lucidez brillante, comprendió de quién se trataba. Era el exsenador Beake cuando era mucho más joven.

El descubrimiento la conmocionó. ¿El exsenador la había secuestrado? ¿Había raptado en su domicilio a una agente federal? Ese delito, con esa impunidad, carecía por completo de sentido. Sólo podría arriesgarse a algo

así quien no teme que sea denunciado, y esa opción requeriría que ella misma no formulara ninguna denuncia cuando fuera liberada... si es que ese era el plan de su secuestrador.

Y entonces las piezas empezaron a encajar con una siniestra lógica. No pensaban liberarla, nunca. No había otra opción. ¿Chantajearla? Demasiado inseguro, podría huir, revelar su expediente oculto, filtrar la información. Sería una astilla molesta que tal vez pudiera causar una infección grave en el futuro. Un escalofrío recorrió su columna vertebral hasta la nuca.

\*\*\*\*\*

Pasaron dos horas largas en las que nada sucedió. El guarda de la puerta fue relevado por otro de aspecto igualmente inflexible y marcial, que se negó a responder a cualquiera de sus preguntas. Ya se sentía desfallecer cuando una de las puertas del despacho se abrió y entró el que era sin duda el responsable de su situación, el exsenador Beake. Grace tardó en asimilar las implicaciones de la presencia de aquel hombre ante ella, haciéndose responsable de los delitos que implicaba su secuestro.

El exsenador llevaba ciertos documentos en la mano y los inspeccionaba minuciosamente mientras se dirigía, despreocupado, en dirección a la mujer. No levantó la vista hacia Grace, sino que se dirigió al sillón de su escritorio donde se instaló resoplando, mientras dejaba caer los papeles sobre la mesa con aire de fastidio. Grace se sentía helada, incapaz de articular palabra.

—Bien, ¿y esto es todo?

El exsenador la interpelaba con impaciencia, y con un tono defraudado.

—¿Le parece poco?

Grace había pensado ya en cómo sacar partido a las salvaguardas que había establecido. Disponía de varias copias de seguridad, una de ellas depositada en una notaría con disposiciones testamentarias caso de que ocurriera lo peor, como parecía estar sucediendo. Intentó aferrarse al leve sentimiento de seguridad que le proporcionó esa idea.

Pero el exsenador negó con la cabeza, como si supiera exactamente lo que pensaba la agente del FBI.

—Sé de las contramedidas que ha establecido. Lo tenemos controlado...

hasta cierto punto. Ya hemos contactado con el señor Waterman, el notario al que acudí... y respecto a las otras dos copias de seguridad las hemos encontrado en sendos ordenadores personales... No, eso no es ningún problema. Me preocupa la última de las copias... sabemos que poseía un pendrive... ¿a quién se lo entregó?

Grace no dijo palabra. Intentaba recomponerse. ¿Cómo era posible que supieran lo de la notaría Waterman? La única explicación plausible es que había sido objeto de una intensa vigilancia en las últimas semanas. Por otro lado, podía fácilmente imaginar que si la habían secuestrado no habrían tenido tapujos a la hora de allanar su casa y registrarla a fondo. Seguramente informáticos muy competentes tenían registro de toda la actividad que había desarrollado en los ordenadores personales que se hallaban en su domicilio, un portátil y otro de sobremesa. No se había atrevido a realizar dichas copias en la oficina del trabajo porque quería tener absoluta confianza en que lo que hacía era completamente confidencial... No obstante...

Suspiró. No, no revelaría el nombre de su última baza por nada del mundo. Al menos el hecho de que hiciera llegar el pendrive a su contacto de una manera discreta había sido una gran idea. Ahora mismo Grace sentía que su vida pendía de un hilo muy fino.

—Verá, señora Lowry, como comprenderá no soy hombre de muchos escrúpulos, como además creo que ya ha establecido en los informes que ha redactado... pero sé que aún no se ha atrevido a trasladar a ningún superior sus conclusiones. Sabe de lo que soy capaz.- El exsenador hizo una pausa, valoraba si merecía la pena explicarse con más profundidad o no. Finalmente optó por una línea discursiva que emprendió con énfasis. —Señora Lowry, me interesa particularmente el progreso, la investigación, el desarrollo tecnológico en un grado que me temo es inútil que trate de hacerle comprender. Tal vez, si usted considerara las cosas desde mi punto de vista... lo cual sé que es muy difícil, podría alcanzar a vislumbrar alguna de mis motivaciones, pero estimo que es importante que al menos me intente hacer entender. Si fuera capaz de observar a la humanidad con una perspectiva de más alto rango, comprendería que es una necedad perder tiempo, horas, días de nuestra vida, dedicándonos a cumplir protocolos que enlentecen hasta lo indecible nuestra

pervivencia. Y yo, puesto que dispongo de medios y de capacidad para tomar decisiones de envergadura, me he cansado de esperar, quiero resultados. No pienso contagiarme de la estúpida filosofía burocrática que empapa la FDA y que enfanga el desarrollo tecnológico y médico como si aún persistieran los postulados más oscuros de la edad medieval.

Grace se quedó sorprendida de que el exsenador estuviera justificándose ante ella. Un profundo malestar le estaba provocando náuseas. Pero no estaba dispuesta a escuchar ese discurso absurdo sin oponer resistencia.

—Lo que me está diciendo es que usted siente que es su tiempo y es su vida, —Grace remarcó especialmente la palabra “su” cada vez que la pronunció, —las que se agotan y quiere que la ciencia le salve, obviando todo tipo de límites y controles creyendo que son pura burocracia... cuando la historia nos ha enseñado una y mil veces que la precipitación en la aprobación de medicamentos y protocolos médicos puede acarrear muy graves consecuencias.

Grace habló en voz baja y serena, porque comprendía, por la expresión del exsenador, que sus argumentos estaban siendo claramente desoídos. Ya le había dado a entender que nada iba a detenerle en el ambicioso objetivo que se había marcado. Ella era un estorbo prescindible. Sin embargo, lo que hizo el exsenador a continuación la dejó completamente trastocada. De entre los papeles que había dejado despreocupadamente sobre la mesa empujó dos fotografías en blanco y negro que reconoció de inmediato. Mark y Rob, sus hijos, en sendas fotografías, con el borde del papel en blanco, realizada el día en el que se habían graduado en sus respectivas licenciaturas universitarias. Varias preguntas acudieron a su mente atropelladamente mientras la angustia subía por su pecho con una fuerza que parecía iba a estrangularla. ¿Cómo habían conseguido esas fotografías? ¿Qué significaba esa amenaza velada que suponía mostrar las fotos de sus hijos de aquella manera tan indiferente, tan despreciable? Grace no temía lo que pudiera sucederle a ella, pero involucrar a sus hijos... Una oleada de furia y miedo la alteró. Su semblante enrojeció y el exsenador sonrió complacido.

—Veo que nos entendemos, señora Lowry. No quiero que me malinterprete, pero de la misma manera que carezco de escrúpulos no me

recreo en la violencia innecesaria. Es una fuente de complicaciones y sentimientos absurdos; rencor, venganza... y verás, esto no tiene nada que ver con razones de índole personal. Lo que le exponía hace unos segundos es la única y verdadera causa de todo lo que hago, eso debiera tranquilizarla.

El exsenador hizo una pausa. Grace analizó sus rasgos. Su piel bronceada le sugería una afición a los yates y la buena vida. Sus ojos claros y su mirada inflexible inducían a pensar en un hombre sin sentimientos, casi un psicópata. Su sonrisa en aquel momento carecía de toda amabilidad y resultaba por completo intimidatoria.

—Señora, hoy celebro un convite social, aquí, en mi domicilio, y la entrevista con usted me está entreteniendo más de lo necesario. No estoy con humor para explicarme más a fondo de lo que ya he hecho. De usted depende cuáles sean las consecuencias de sus reticencias. Observe, voy a tomar mi móvil y efectuar una llamada. La persona que está al otro lado sabe lo que tiene que hacer... —Y la mano del exsenador acarició suavemente la fotografía de Mark, que movió ligeramente en dirección a Grace. La mujer sintió que un frío helado atenazaba su corazón. Una lágrima rodó sobre su mejilla.

—Donald, Donald Kaspersen es la persona de confianza a la que le hice llegar una copia del expediente. Le dije que lo guardara y no lo leyera, que no hiciera nada salvo que me ocurriera algo...

El exsenador hizo un gesto al guardaespaldas que al parecer había estado atento a la conversación, el cual se giró y abandonó la estancia brevemente para regresar al poco rato. Grace temía hacer preguntas. ¿Qué le van a hacer? ¿Qué me van a hacer a mí?

Quería proferir amenazas. Era una agente federal, sus compañeros averiguarían qué había sido de ella, las cosas no quedarían así. No podría encubrir un crimen como el que iba a perpetrar sobre su persona y salir impune... pero todas las palabras que acudían a su mente le parecían lloriqueos pueriles y morían en silencio. Estaba hablando con un hombre poderoso que no se iba a amedrentar con unas frases de heroína de folletín. Calló, solemne, y trató que sus ojos húmedos no dejaran caer una lágrima más.

El exsenador entonces desplegó un pequeño ordenador portátil que se

hallaba sobre su escritorio y tecléo algo sobre el mismo. Sus manos se movían con delicadeza y el sonido al pulsar las teclas le resultó insidioso. Finalmente pareció releer la breve redacción que había realizado, para verificar que el resultado era satisfactorio. Finalmente pulsó una última tecla y Grace dedujo que acababa de enviar un correo electrónico.

Y de pronto los acontecimientos se precipitaron en una sucesión tan rápida de acciones que Grace apenas pudo comprender qué ocurría. Una de las ventanas, la que se hallaba junto al guardaespaldas, saltó en mil pedazos y con gran estrépito mientras alguien caía violentamente sobre el empleado del exsenador. Agresor y víctima rodaron sobre el suelo entre cristales rotos mientras forcejeaban y se propinaban toda clase de golpes. Pero tras un corto combate, sólo se irguió el recién llegado, un hombre alto y delgado, abrigado con una gabardina oscura y ataviado con una camisa azul marina que llevaba por fuera de un pantalón vaquero. Observó intensamente los rasgos del recién llegado, convencida de que la escena que se desarrollaba en aquel momento ante ella sería de vital importancia. Ojos claros y una cabellera larga y rubia, ligeramente rizada, que llevaba sujeta en una coleta, así como unas mejillas definidas que reflejaban determinación y coraje fueron las características que quedaron grabadas en su retina. Grace jamás lo había visto y de inmediato supo que no se trataba de un compañero de la agencia.

El guardaespaldas quedó tendido en el suelo, inconsciente. El agresor se dirigió entonces con grandes zancadas hacia el exsenador, que se esforzaba por extraer una pistola de uno de los cajones del escritorio. Fue un esfuerzo inútil, porque tan pronto logró esgrimirla efectuó un disparo precipitado que no logró lo que pretendía. El hombre de gabardina negra se situó junto a él y se la arrebató bruscamente. La dejó con desprecio sobre el escritorio. El exsenador miraba consternado a su agresor y este, con cierta sangre fría, recorrió con la vista los objetos que se hallaban a su alcance, hasta que al final se decidió a coger un abrecartas de metal, de hoja larga y dorada. Y sin previo aviso y con violencia, hundió la hoja en una de las cuencas oculares de su víctima, traspasando el ojo y provocando un sonido acuoso y desagradable. El exsenador emitió un sonido ahogado e intentando apartarse de su atacante, cayó al suelo de espaldas, arrastrando consigo la silla en la que estaba

sentado. Grace no pudo ver correctamente la continuación de la escena, sólo como el hombre de negro se arrodillaba junto a su víctima y sistemáticamente alzaba una y otra vez su puño, armado con la hoja dorada, dejándola caer con fuerza sobre su víctima. Fue excesivo. Incluso el primer golpe parecía mortal, ¿por qué ese ensañamiento? Cuando debieron completarse varias decenas de apuñalamientos el hombre pareció satisfecho, y reparó entonces en la presencia de Grace.

La agente se preguntó si la dejaría vivir. A fin de cuentas, había sido testigo de su crimen. Observó con horror como se erguía de nuevo y se dirigía hacia ella con paso resuelto, la hoja empuñándola aún en la mano. Pero no la agredió, como temía, sino que con movimientos certeros cortó limpiamente las bridas que la mantenían sujetas a la silla.

Grace se incorporó y se alejó unos metros de su liberador. No pudo evitar entonces echar un vistazo al cadáver del exsenador, y lo que vio la dejó horrorizada. Su rostro había sido taladrado en sus cuencas oculares. La cara, empañada en sangre, también contaba con un líquido de color azul y aspecto fluorescente, que parecía proceder del interior del cráneo del exsenador. De inmediato Grace entendió que estaba contemplando un misterio cuyas implicaciones no alcanzaba a entender.

—Si quieres vivir será mejor que vengas conmigo, —fueron las palabras que pronunció el asesino mientras le invitaba a acompañarle y le ofrecía su mano en señal de ayuda.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 34

Inmediatamente después de concluir la reunión con el jefe Harrelson, los dos agentes se repartieron el trabajo. Donald prepararía el informe que le había solicitado su jefe mientras Danna se ocupaba del archivo encriptado.

Le había sorprendido lo animosa que resultaba a veces su compañera. Era una tarea que a Donald se le antojaba excesivamente compleja. No veía posible que una simple agente con una formación básica fuera capaz de derrotar al código que protegía un archivo encriptado, sobre todo teniendo en cuenta que ya estaban en esa labor lo más granado del país, con unos medios informáticos con los que Donald sabía perfectamente, Danna no podría competir. Sin embargo, cuando observó como echaba mano de la potencia de cálculo de los servidores de la oficina no pudo menos que quedar admirado. Era Danna Foster, la agente que había tumbado la conexión Chicago de la mafia búlgara dos años atrás.

Cuando Donald se acomodó en su escritorio tardó un rato en reaccionar. Se quedó varios minutos mirando la pantalla del ordenador que le requería que introdujera su nombre de usuario y contraseña. Sus pensamientos estaban centrados aún en la reunión mantenida minutos atrás. Se daba cuenta de que había obviado una información crítica a sus colegas, casi como un acto reflejo, instintivo, y no sabía muy bien la razón. Claramente Grace le había hecho llegar información que por alguna razón no había compartido con sus compañeros. Era un comportamiento muy extraño para una persona íntegra, porque de esa cualidad Donald estaba plenamente seguro. Si hubiera sido un agente novato no habría dudado ni un segundo en sacar a relucir esa pista, ese nexo que vinculaba a el exsenador que estaba siendo investigado por la agente Grace, y el fallecido Graham Lycoon, del cual portaba un misterioso dossier que le había confiado a él. La experiencia de muchos años en el cuerpo le impulsaba a ser prudente. Siempre era bueno comprender qué había en juego allí, y su prioridad era la seguridad de su antigua superior.

Donald recopiló todos los datos que habían acumulado hasta la fecha en relación al caso Lycoon. No era demasiado. Todo eran evidencias que apuntaban a Edward Cooper como principal sospechoso. Graham le había robado la novia, sufrió un accidente que en gran medida podría atribuirse al arrebató emocional que supuso ese mazazo, y como consecuencia del mismo perdió su participación en el proyecto de su vida. Pero había una pista aún más extraña, el hecho de que en una grabación de audio que había escapado al formateo de los discos duros donde se grababa la vigilancia del domicilio de Graham se oía claramente una voz, la de la víctima, que lo nombraba... Y por otro lado estaba Lance Philby, un asesino que había utilizado exactamente la misma macabra técnica asesina... y del que se desconocía todo. Su motivación, su interés en acabar con la vida de ambos personajes era un misterio. Y los forenses no habían hallado una sola pista circunstancial que delatara la presencia de ninguno de ellos en la escena del crimen.

Y debía considerarse la inteligencia artificial, Cerebro, que Graham había sido capaz de construir. Según Jack Green, esa identidad consciente había atrapado completamente al ingeniero, que se había ensimismado en su cuidado de una forma exclusiva. Había impedido todo contacto de los ingenieros con Cerebro, hasta el punto de despedir y apartar a todos de su lado, incluso a su propia mujer, a tenor de las conclusiones que había expuesto Jack. Las razones de esa conducta tan celosa resultaban incomprensibles ¿Era realmente un ser consciente y peligroso que encarnaba el espíritu sediento de venganza de Edward Cooper? Eso es lo que parecía creer Jack Green. ¿Sería culpable de un crimen una inteligencia artificial? ¿Cómo redactar esa conjetura en un informe oficial de una manera mínimamente plausible? Donald no daba crédito a que esa idea hubiera pasado por su mente.

Y además Lycoon Industries había sido objeto de algún género de investigación emprendida por parte de Grace Lowry. Lo que resultaba preocupante era que el desarrollo de los hechos la había situado en una posición peligrosa. Fuera lo que fuera lo que contenía ese pendrive debía ser información crítica, que amenazaba seriamente... ¿a quién? Lycoon Industries era cosa del pasado ¿Qué sentido tenía entonces que Grace temiera por su vida? Si era el exsenador el objeto de la investigación de Grace, como parecía

indicar el hecho de que estuviera con él en el momento de su muerte... ¿el asesino... qué objetivo tenía? ¿Acabar con un cabo suelto de un complejo organigrama delictivo... o un ajuste de cuentas dentro de grupos empresariales rivales?

Ahora mismo la preocupación de Donald era dar con el paradero de Elsy Abney. Sabía mucho más de lo que había sugerido inicialmente a tenor de lo revelado por Jack Green. Su huida revelaba varias cosas. O bien era culpable de alguna forma de la muerte de su marido... o bien sabía demasiado y temía que ese conocimiento supusiera un grave riesgo para su vida.

Y sobre todas las conjeturas que revoloteaban en su mente, Donald sentía como una inquietud se cernía sobre él. La imagen del pendrive que guardaba en el cajón de su escritorio, en el despacho de su casa, pesaba como una losa sobre su conciencia. Sentía que su pulso se aceleraba y la presión subía al considerar su contenido. Finalmente tomó una decisión. Tan pronto finalizara su informe regresaría a casa y estudiaría a fondo la documentación del pendrive. A pesar de la advertencia de Grace de que no lo leyera salvo que le sucediera algo a ella... bien podría considerarse que su desaparición y secuestro podía dar por cumplido ese “algo”. Si descubría en el examen del dossier algún punto crítico para impedir el atentado presidencial facilitaría la información sin la menor vacilación.

Estaba tranquilizándose con esa idea cuando la agente Foster irrumpió en su despacho con aire resolutivo.

—Tengo una pista, Donald. Quiero investigarla ahora mismo... Tal vez podamos detener a ese cabrón.

## CAPITULO 35

—¿Dónde vamos?

Donald veía como su idea de regresar cuanto antes a su domicilio podía demorarse. No le hacía demasiada gracia el perentorio requerimiento de su compañera.

Se habían introducido en el coche de Danna bajo un intenso aguacero. Donald, a pesar del abrigo, se sentía completamente empapado. En la corta carrera en la que habían recorrido la distancia que separaba la marquesina del edificio del FBI hasta el lugar del parking en el que se encontraba el coche de Danna, le había caído tanta agua encima que sentía como parte de la misma que empapaba su cabello aún resbalaba por su cabello.

—En un lugar al sur de aquí, cerca de Dedham. Es una zona en principio llena de solares, en mitad de un par de nudos de autopistas. Tengo una dirección en una pequeña urbanización que sirve de referencia y de punto de partida. Va a tener lugar un intercambio de material... creo que del arma con la que se planea el atentado.

—¿No sería mejor...

Danna negó. “No hay tiempo”. Donald comprendió que sería inútil insistir en ir acompañados de refuerzos. Era un logro de la agente que se veía no quería compartir con nadie. Además, podía estar perfectamente equivocada. A Donald le costaba creer aún que hubiera sido capaz de tener éxito en una tarea donde los más avezados informáticos de la agencia no habían sacado nada. Resultaba tan sorprendente que Donald estaba prácticamente seguro que su compañera erraba. Confiaba en que aquello no les ocupara demasiado tiempo. Dedham no quedaba excesivamente lejos de allí.

Donald se frotó las manos para recuperar el calor. Se había olvidado de los guantes. Después echó un vistazo al móvil para ver si había algún mensaje de Jane.

Mientras tanto Danna arrancó el coche y activó el limpiaparabrisas a toda velocidad. La escasa luminosidad de la mañana era completamente anulada por los oscuros nubarrones que descargaban la tormenta con furia.

—¿Qué tal Elizabeth? Me enteré de lo que ocurrió ... Espero que esté bien.

Donald se sentía atormentado. Tal vez debería haber solicitado unos días de baja para estar más cerca de su pequeña. Jane y él habían pasado unas horas angustiosas, en las que Elizabeth había estado ingresada en la UCI. Horas en las que habían temido lo peor. La alergia había obstaculizado la respiración y había estado a punto de morir asfixiada. Los médicos les rogaron una y otra vez a Jane que se serenara, que todo parecía ir bien. El hecho de mantener a la madre apartada de su hija mientras se le administraba respiración artificial supuso un sufrimiento adicional. Afortunadamente todo había quedado en una crisis sin mayores consecuencias. Elizabeth, tras largas horas de tratamiento, se recuperó y finalmente regresó con ellos a casa, donde ahora Jane estaría pendiente de su cuidado mañana tarde y noche. Habían solicitado ya cita con su médico especialista.

—Está bien, afortunadamente... aunque nos dio un buen susto.

Donald no tenía demasiadas ganas en extenderse en unos recuerdos que le resultaban dolorosos. Su atención no estaba plenamente centrada en el caso y eso le preocupaba. Si iban a verse involucrados en una situación arriesgada tal vez no fuera el mejor compañero para cubrir a Danna... o incluso cuidar de sí mismo.

—¿No deberíamos contar con refuerzos? —Donald insistió. La pregunta le sonó mal incluso a él mismo, pero sabía que debía plantearla claramente.

Danna le miró de reojo.

—Sólo vamos a investigar.

Donald suspiró.

—Eres algo temeraria, ¿verdad? —Danna no contestó. —Estuve revisando internet en relación al caso que investigabas el año pasado, el asunto Stoyanov.

—¡Vaya! —La agente sonrió divertida, pero sin volver la vista hacia Donald. —¿Qué has averiguado?

—Pues que obraste imprudentemente. —Donald quería dar una oportunidad a su compañera para que se explicara, pero ella se limitaba a mantener una leve sonrisa en sus labios, aguardando a que él finalizara toda su

exposición. No estaba dispuesta al parecer a revelar nada que estuviera de más.- Fuiste con un compañero que resultó malherido, como tú. De milagro sobreviviste. Una bala que te rozó el corazón... ¿a quién se le ocurre meter el hocico en plena guarida del lobo?

Danna negó con la cabeza.

—Íbamos simplemente a requisar los registros contables de lo que todo el mundo pensaba era un negocio menor de un empleado de Stoyanov. Nadie podría imaginarse que nos iban a recibir a tiros. Allí había información sensible... como después averiguamos.

Donald gruñó.

—Espero que no nos vaya a ocurrir lo mismo ahora, —se limitó a decir, aunque en su fuero interno logró acallar una protesta más contundente y desagradable.

—Mira... si vemos cualquier movimiento sospechoso o no estamos convencidos, pedimos refuerzos al jefe, ¿te parece?

Donald no estaba conforme con la mueca de disgusto de Danna, pero se tranquilizó pensando que a la más mínima señal de alarma él mismo haría esa llamada de petición de ayuda, le gustara a su compañera o no.

—Después de eso... te tomaste el asunto como una cuestión personal, ¿verdad?, —preguntó

—Qué quieres decir con eso...

Donald miraba intranquilo la calzada. Danna conducía a una velocidad considerable. En ocasiones levantaban surtidores de agua a ambos lados del vehículo, pero ella no parecía prestar atención especial a las condiciones adversas de la carretera.

—Me refiero... —le costó retomar el hilo, —a que creo que estuviste varios meses de baja, pero después retomaste el caso con verdaderas ganas. Tú sola lograste comprender las artimañas contables con las que la red de Stoyanov había enredado sus negocios. Todo el mundo dice que su sistema de blanqueo de dinero era realmente endiablado, pero que fuiste capaz de explicarlo ante el gran jurado de una manera magistral. Es fácil encontrar comentarios editoriales sobre el tema...

—Creo que exageran, ... —respondió lacónica, pero como se dio cuenta

de que Donald aguardaba una explicación más extensa añadió unas palabras. —Empleaba una clave enrevesada para sus actividades ilegales, que entremezclaba en la contabilidad de las empresas legales. Una vez que descubrí cómo lo hacía no resultó complicado desvelar la trama. Después tuve que currar lo mío para que las explicaciones ante el tribunal resultaran comprensibles... Era como explicar el sentido de una fábula a un niño pequeño. Si lo piensas bien, no resulta tan difícil.

Donald enarcó las cejas y miró hacia el paisaje oscuro y borroso, apenas discernible, a través del cristal empapado de su ventanilla. Él había ojeado el expediente Stoyanov por curiosidad, y lo que tenía claro es que no se veía él mismo resolviendo una papeleta como aquella. Era una arquitectura financiera de lo más sofisticado. Lo decían hasta sus compañeros más puestos en ese tipo de delitos.

Salieron de la autopista y Danna condujo por carreteras comarcales con la seguridad del que sabe a dónde va. Donald supuso que había estudiado a fondo a dónde se dirigían. Tenía toda la pinta de ser una mujer preparada, que estudiaba a conciencia cada paso que daba.

Finalmente detuvo el coche frente a un inmueble de aspecto moderno. Se trataba de una urbanización reciente, constituida por edificios de tres plantas, que se extendían en largas hileras. Se trataba seguramente de viviendas modestas de precios muy económicos. Los coches aparcados en las inmediaciones sugerían un humilde nivel de vida.

Lloviznaba. Aprovecharon para descender del vehículo. Danna ojeó su móvil. Al parecer llevaba la dirección anotada en su bloc de notas de su smartphone. Después echó a andar hacia el bloque más cercano y comprobó la numeración. Sin mediar palabra tomó una dirección hasta plantarse delante de un portal anónimo, en todo idéntico a los demás salvo por los números dorados serigrafiados sobre el cristal.

Danna miró a Donald con impaciencia y este se apresuró a forzar la cerradura del portal. Aún era temprano. Sería raro coincidir con algún vecino que justo saliera del inmueble en ese momento. Daba la impresión de que era un barrio dormitorio y que todos sus habitantes se hallaban fuera, trabajando.

La agente parecía saber muy bien a dónde quería ir. No subió por las

escaleras, sino que se dirigió a una puerta al fondo del portal, cuya cerradura había sido forzada y que daba a un pasillo estrecho, a la intemperie, que se creaba entre ese inmueble y la parte trasera de un bloque de edificios colindante. Tomó la dirección de la izquierda y avanzó por el estrecho pasillo hasta el final. Abrieron una reja metálica y ante ellos se extendió una vaguada que descendía hasta un arroyo. Más allá se alzaban los pilares que soportaban un gigantesco nudo de autopistas, una construcción gris y pesada que hacía de aquel paraje un paisaje industrial y triste.

—Es allí.

Había un sendero que debía ser transitado por los vecinos por el que debían sacar los perros a pasear, a juzgar por el gran número de desperdicios caninos que hallaron en su vera. Aunque el terreno era pedregoso en ocasiones el barro lo tornaba resbaladizo. Donald maldijo al darse cuenta que la pernera de sus pantalones oscuros estaba echada a perder.

Lograron guarecerse de la lluvia, que volvía a caer con fuerza, justo a tiempo. Se situaron junto a uno de los enormes pilares que elevaba la vía de la autopista una decena de metros por encima de sus cabezas. El ruido del tráfico resultaba ensordecedor. Desde su posición apenas tenían una vista parcial que permitía contemplar una de las vías, un río incesante de coches, que transcurría a un nivel más bajo del que se encontraban. El resto de las autopistas que alimentaban la red de asfalto se enredaba por encima de sus cabezas.

—Un sitio extraño este—. comentó Donald, que ya estaba completamente convencido de que Danna había equivocado el lugar. No pudo evitar que una mueca revelara su opinión.

—Es temprano, faltan un par de horas,- comentó Danna con frialdad. Será mejor que busquemos un sitio discreto. Quiero ver qué pasa a continuación,- sugirió mientras se dirigía a lo que consideraba podría ser un buen escondite.

Donald le siguió. Llegaron hasta un escombros de hormigón sobre el cual se sentaron. Se hallaban en un lugar umbrío, medio escondido por la presencia de un pilar ancho, de forma cuadrangular. Desde allí podían ver bien una de las autopistas que quedaba unos metros por debajo de su nivel y cuyo tráfico rodaba veloz y ruidoso.

—Desde allí es fácil que un coche se detenga en el arcén y se aproxime hasta aquí... —comentó Donald, que estaba valorando qué acontecimiento cabía esperar. —Supongo que aquí va a tener lugar una cita, ¿no es verdad?

Danna asintió, sin mirarle siquiera. Oteaba el sendero por el que habían llegado hasta allí, visible sólo parcialmente. La urbanización por la que habían accedido era una sombra borrosa. Una cortina de lluvia espesa enturbió la visión del sendero. El agua hacía crepitar el suelo, dada la fuerza con la que caía, y su sonido se entremezclaba con el procedente de las autopistas creando una sinfonía de un volumen apabullante.

Donald observó su móvil. No había novedades de Jane. Pensó en llamar al jefe, pero Danna observaba todo cuanto hacía con el teléfono.

—Si llamamos a casa, —era su manera de referirse a la agencia, —aquí se va a organizar un circo. Espantaremos a quien quiera que sea que concertó una cita con tantas precauciones.

Danna se había expresado con voz indiferente, asumiendo con ese tono que no había lugar a ninguna discusión razonable en torno a esa cuestión.

Donald asintió.

—Aún no me has contado cómo lograste descifrar el mensaje...

Pero su voz se apagó de golpe. Danna caía al suelo. Algo le había golpeado la cabeza. Se tiró cuerpo a tierra y se pegó a la mujer. Giró su cabeza y no pudo reprimir un grito de estupefacción al comprender que Danna estaba muerta. Un orificio de entrada de una bala, nítido, oscuro, se emplazaba en el centro exacto de su frente. No había nada que hacer. Los ojos grises y claros de Danna parecían mirarle a él con una extraña expresión de incredulidad.

Donald se pegó al suelo y reptó hasta parapetarse en el pilar de hormigón. Desenfundó su pistola y le quitó el seguro. Calculó la procedencia del disparo. Un francotirador, que se hallaba justo frente a su posición. Debía hallarse relativamente lejos... posiblemente en la lejana urbanización. No había oído ningún disparo, si bien con el estruendo que lo rodeaba no era algo difícil que ocurriera.

Extrajo su móvil y rápidamente tecleó un mensaje solicitando ayuda. Detallaba sus coordenadas y la baja de la agente Foster. Verificó que su jefe

había recibido el mensaje. Al poco le respondía que estaban en camino y eso le tranquilizó algo.

“Ese cabrón querrá matarme”. Donald se llenó de una extraña furia cuando comprendió que no permitiría que nadie pusiera su vida en peligro. Debía cuidar de Elizabeth, no le fallaría a su hija. Todas las noches cuando la acostaba le prometía que andaría con cuidado, y era una promesa que no pensaba romper.

Estaba en una ratonera. Si no se movía tal vez el francotirador lo hiciese y entonces sería una presa fácil. El pilar junto al que se agazapaba solo le cubría un flanco. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la muerte de Danna? Donald oteaba en todas direcciones, pero la lluvia espesa no permitía una visión clara. La urbanización de la cual habían tomado el camino que conducía hasta allí apenas era visible.

Donald observó la vaguada en la que se encontraba el nudo de autopistas. Una suave pendiente conducía hasta los límites de la autopista más cercana, pero una valla metálica resguardaba la calzada de transeúntes o animales. Correr hasta allí, si no podía cruzar más allá de la valla, significaba quedar atrapado en un lugar absolutamente expuesto.

Pero la otra alternativa era correr campo a través, sobre un terreno resbaladizo y encharcado, buscando la protección de la urbanización de la que procedían. Tendría que rodearla si quería llegar al coche de Danna. Sería una carrera mortal.

Suspiró. No se movería. Aguardaría a que llegaran los refuerzos.

Pero de pronto oyó pasos tras de sí. Giró el cuello lo justo para ver a un hombre que se aproximaba corriendo. El propio pilar tras el que se cubría le había servido de cobertura a su atacante. Se revolvió y giró el brazo a fin de apuntar al asesino. Lo reconoció, era el mismo hombre que había asesinado al exsenador, de elevada estatura, de melena rubia recogida en una coleta y una barba corta y rizada, se movía con agilidad pese a estar enfundado en una gabardina negra. Pero el grueso abrigo de Donald y el inconveniente de estar tumbado en el suelo, dificultó sus movimientos. Antes de que pudiera apuntar siquiera, el hombre propinó una patada a su mano y la glock salió despedida, lejos de su alcance. Después el recién llegado le golpeó en el rostro con la

culata de su fusil.

Donald quedó casi inconsciente tras el mazazo. Intentó abrir los ojos, pero la inflamación provocada por el golpe, además de la conmoción que sufría, lo dejaron aturdido por completo. Su campo visual se redujo y finalmente dejó de intentar ponerse en pie y se limitó a quedar tumbado de espaldas, escuchando el sonido de la lluvia y el tránsito de vehículos que había adquirido una nitidez sorprendente. Cerró los ojos mientras oía como el asesino de Danna desbloqueaba el seguro de su fusil.

—¿Qué vas a hacer? —era una voz femenina. Su voz entrecortada permitía deducir que la mujer que hablaba acababa de llegar tras una larga carrera. Donald abrió los ojos, pero incapaz de incorporarse siquiera un poco, solo vio parcialmente un cielo gris oscuro y la autopista que transcurría sobre sus cabezas que le guarecía de la lluvia.

—Lo mejor sería matarle, —era una voz profunda de hombre, llena de seguridad.

—No lo hagas. Es una buena persona.

Donald comprendió de pronto que conocía a la persona que tenía aquella voz. ¡Grace! Parecía que estaba colaborando con el asesino.

—¿Ves? Te dije que sólo el enemigo sería capaz de descifrar un algoritmo tan complejo.

Los largos segundos de silencio que prosiguieron le resultaron agónicos a Donald.

—Está bien, te haré caso. Está claro que mi hermanita está muerta. Te contaré su historia por el camino. Pero antes debo completar mi trabajo.

Donald entrevió que el hombre extraía un cuchillo de hoja estrecha y afilada que esgrimió con fuerza. Después desapareció de su campo visual. Al ensordecedor ruido del tráfico y la lluvia, se sumó un sonido rítmico y metódico.

Donald sentía que la sangre caliente resbalaba aún por sus mejillas. Quería levantarse, llamar por teléfono, actuar... pero en lugar de eso sintió como se sumía en un profundo mar de oscuridad que era capaz de anular tanto su voluntad como su dolor.

## **PARTE DE DANNA FOSTER**

Dos años antes del asesinato de Graham Lycoon

## CAPITULO 36

Danna Foster entró en el despacho de Kevin Backfield con naturalidad, y directamente se acercó al agente, que parecía ensimismado en la contemplación de la pantalla de su ordenador. Con la carpetilla que llevaba en la mano le dio en la cabeza cariñosamente a fin de llamar su atención.

El agente protestó con un gruñido, pero entonces Danna se apoyó en el reposabrazos de su asiento y se interpuso con su cuerpo en la línea de visión. La expresión de contrariedad de Kevin dio finalmente paso a una sonrisa de complicidad. Ambos se besaron con intensidad y después Danna se sentó más discretamente en la silla dispuesta frente a la mesa de trabajo de Kevin.

—Un día de estos alguien va a entrar en medio de uno de tus saludos de buenos días... y vamos a tener un problema... y mil habladurías,- comentó Kevin, que aún mantenía la sonrisa en su semblante.

Danna se limitó a mirarlo con una indiferencia calculada, destinada a ignorar por completo la queja de su novio.

—No temas cariño. Soy una mujer de recursos, si eso sucede ya inventaré algo. Además, sería un buen empujón para tu carrera que en tu currículum figurase que te has enrollado con la mujer más atractiva del departamento.

Kevin volvió a emitir un gruñido. Observó la carpeta que Danna había dejado sobre su mesa. Hizo un gesto pidiendo explicaciones.

—Lo tenemos, Kevin. Es el local donde creo que guardan la contabilidad de varios locales de copas y striptease.

—¿El que sospechas que camuflan la venta de drogas del distrito de Wrigleyville?

Danna asintió sonriente.

—Quiero echar un vistazo. Creo que con una simple orden de registro será suficiente.

—¿Nada de cuerpos de elite y un asalto de película?

Danna rió.

—Por Dios Kevin, se trata de una asesoría contable. Habrá un asesor y un par de auxiliares. Allí no tienen ni un céntimo... y para Stoyanov seguro que eso es un negocio de poca monta.

Kevin bufó, descontento.

—No estoy muy seguro de que merezca la pena levantar la liebre con una cosa tan pequeña. Tenemos todos sus registros contables ya...

—Y esos registros no nos sirven de nada si no somos capaces de desmontar y comprender cómo engarza sus operaciones ilegales con las legales.

—Y tú crees que .... ¿Eso va a servir para descubrir chantajes a políticos, pelotazos inmobiliarios y toda la pesca?

—Si, Kevin, estoy convencida que con un poco de ayuda seremos capaces de lograrlo.

Kevin hizo un gesto ambiguo.

—Está bien... lo pensaré, lo pensaré...

Danna le agradeció la consideración con una sonrisa, se puso en pie y abandonó resuelta el despacho de su jefe. Se sentía contenta, todo iba bien y estaba convencida que iban a acabar desbaratando y metiendo entre rejas a los responsables de una de la red mafiosa más activa de Chicago. Amaba su trabajo... y también a Kevin.

\*\*\*\*\*

Habían conducido por una autopista que circulaba paralelamente al North Branch del río Chicago. A ambos lados se sucedían polígonos industriales, edificios grises alternando con naves de chapa metálica y fábricas, ininterrumpidamente durante kilómetros y kilómetros. Danna permanecía callada mientras Kevin conducía, también en silencio. Sentía en su estómago el mariposeo provocado por la descarga de adrenalina. Era su primera intervención en un asunto de calado. Todos los casos en los que había participado anteriormente eran asuntos menores, crímenes o delitos que no habían alcanzado ni relevancia social ni portadas en medios de comunicación. Ahora experimentaba la sensación de desempeñar un duelo en la cumbre.

Kevin tomó la desviación que le indicaba el navegador del vehículo y tras

una sucesión de desviaciones sucesivas de la autopista, tomaron una amplia carretera con un denso tráfico de camiones pesados. A los pocos minutos abandonaron la concurrida carretera y se internaron en una sección de naves industriales más o menos homogéneas que se alternaba con edificios de oficinas de ladrillo rojo. El asfalto de la calzada dejaba mucho que desear y Kevin conducía evitando los baches más profundos. Algunas de las naves parecían abandonadas, cerradas a cal y canto, otras acumulaban a su alrededor una gran cantidad de vehículos particulares y furgonetas de empresa con sus logos relucientes.

Kevin fue aminorando la velocidad y su mirada se centró en un edificio que carecía de logotipos o nombres comerciales en su fachada. Tan solo un par de vehículos de colores oscuros permanecían aparcados junto a una enorme puerta de garaje que estaba cerrada.

El navegador avisó que habían llegado a su destino pero Kevin prosiguió la marcha y aparcó un poco más adelante, en un estacionamiento vacío junto a un solar.

Salieron del coche y avanzaron en silencio hacia el lugar que habían identificado como objetivo. Danna percibía una extraña solemnidad en Kevin. Nunca lo había visto así. Sonrió al comprender que estaba nervioso.

Llamaron a la puerta con el puño en sucesivas ocasiones. Tardaron en abrir. Un hombre de cuello ancho, de baja estatura, de aspecto fornido y gruesa cintura se enfrentó a ellos con mirada arisca. Ni siquiera saludó, sino que les interpeló hoscamente con una mueca.

Kevin se identificó como agente del FBI y mostró su placa, lo cual pareció sorprender bastante al portero, que dio un paso atrás y terminó de abrir la puerta. “¿Qué quieren”, les espetó, a lo cual Kevin le extendió un formulario judicial donde constaba la autorización del registro.

Procedieron a inspeccionar el lugar. La planta baja la ocupaba casi totalmente un gran garaje que tan sólo tenía dos furgonetas viejas, de color blanco y con señales de óxido en sus aristas, aparcadas en medio de un amplio espacio, por lo demás, vacío. Examinaron el lugar sin encontrar otra cosa que no pudiera considerarse sino objetos del interés de un chatarrero.

Subieron unas escaleras y encontraron a dos personas trabajando en una

oficina. Un hombre de aspecto delicado, con gafas redondas y una mujer joven de pelo rizado. Ambos parecieron asustarse cuando Kevin y Danna mostraron su acreditación.

—Deben apartarse de estos equipos informáticos. Tenemos orden judicial para requisarlos.

La mujer y el hombre se miraron con cara de susto y se apartaron de las mesas, como si fueran objetos peligrosos a punto de estallar. Fue entonces cuando sucedió.

El portero, que hasta la fecha simplemente se había limitado a gruñir cuando iba tras de ellos de un lado para otro, había desenfundado una pistola.

—Eso es todo por hoy, —se limitó a decir con marcado acento extranjero.

Danna se giró la suficiente para comprender que aquel hombre iba armado y los encañonaba. Primero disparó a Kevin, que cayó estrepitosamente sobre una mesa repleta de papeles y material de oficina que fueron arrastrados con él en su caída.

Después encañonó a Danna. Estaba frente a ella y no podía fallar. Ella intentó zafarse echándose al suelo, pero antes de caer sintió el latigazo doloroso y frío de una bala que le alcanzaba el pecho.

## CAPITULO 37

Danna despertó y sucumbió a la inconsciencia repetidas veces. Su primer recuerdo tras resultar herida fue la voz de Kevin llamando a la central solicitando ayuda. Fue ligeramente consciente de su traslado al hospital. Una sensación de ingravidez se había apoderado de ella y cuando las mantas cubrieron su cuerpo en la ambulancia comprendió que un frío mortal dominaba sus sensaciones.

Pero no sintió miedo. Una calma serena amortiguaba todo cuanto sucedía a su alrededor. Despertó levemente en lo que parecía ser una sala de quirófano. Una luz poderosa la deslumbró. Varias voces sonaban a su alrededor y alguien, al percatarse de que había entreabierto los ojos, le acarició la mejilla y le dirigió unas palabras amables cargadas de cariño.

La sucesión vertiginosa de acontecimientos finalizó. La siguiente vez que pudo pensar en lo que veía se descubrió descansando plácidamente en una habitación de hospital limpia y anónima. Dirigió la mirada al suero que le inyectaban. Comprendió que le estaban administrando un analgésico en el cuentagotas, y sus ojos se cerraron tras esa última deducción.

La siguiente ocasión en la que recuperó la consciencia era de noche. La habitación permanecía casi a oscuras, y sólo la luz que se filtraba por las rendijas de la persiana que cerraba la ventana le permitió distinguir los contornos de los objetos cercanos.

Antes de rendirse al sueño fue consciente por primera vez del dolor que provenía de su costado izquierdo. Intentó acomodarse en la cama. Al moverse ligeramente su pecho y su hombro fueron presa de un dolor ardiente y opresivo, aunque amortiguado por los sedantes. Al relajarse el ardor disminuyó hasta desaparecer poco a poco. Danna sintió como su frente se humedecía por el sudor. Su respiración, tras el sobresalto, se serenó.

\*\*\*\*\*

La despertó un ajeteo que se producía en su habitación. Un equipo de enfermeros revoloteaba en torno a ella. Al girar la cabeza observó que preparaban una camilla. Iban a transportarla. Por primera vez se sintió con fuerzas para hablar.

—¿Kevin Backfield?... ¿qué ha sido de él?

Pero los enfermeros que estaban a su lado no parecieron oírla. Una enfermera la atendió una vez comprendió que intentaba decirles algo. Su voz era muy débil.

—No lo sé, querida, pero no te preocupes lo averiguaré.

Era una mujer madura de cabellera pelirroja, que su gorrito de uniforme no ocultaba por completo.

— ¿Dónde me llevan?

—Te vas a poner bien, no te preocupes. Tu seguro nos da traslado a otro centro para la convalecencia... No te apures, ya sabes cómo son estas cosas hospitalarias y los seguros médicos. Lo importante es que estás bien y te vas a poner aún mejor.

Danna no quería decir más. Hablar significaba emplear a fondo sus pulmones, y eso había despertado un dolor atroz con cada palabra pronunciada. Decidió no esforzarse en lo más mínimo y atenuó todo lo que pudo la profundidad de su respiración.

Todos a una, el equipo de enfermeros la trasladó con un movimiento rápido y certero, sobre la camilla de ruedas. Después la condujeron por pasillos de hospital que no recordaba haber transitado nunca, hasta un ascensor hospitalario, largo y amplio. Desde allí descendieron hasta una planta de garaje donde una ambulancia le aguardaba con las luces estroboscópicas encendidas, produciendo una sensación inquietante. La introdujeron en la ambulancia limpiamente, con un suave vaivén. Otro enfermero, este con bata blanca, aguardaba en el interior de la cabina y le sonrió, tranquilizador. Poco después se inició el bamboleante viaje hacia su destino. Danna se dejó dormir. Pensó en recuperar fuerzas y averiguar qué había sido de Kevin. Su único consuelo era saber que al menos él, después de ser herido, se había encontrado con suficientes fuerzas para llamar por teléfono. Eso le permitía concluir que debía encontrarse en mejor estado que

ella misma cuando ocurrió todo.

\*\*\*\*\*

Danna quedó por completo dormida durante el traslado. No supo ni a dónde la habían llevado ni cuánto había durado el viaje. Los nuevos enfermeros procedieron a la maniobra de descenso, y la brusca sacudida y el sonido metálico de las patas de la camilla al desplegarse la sacaron de su sopor. Era una noche fría. El asfalto húmedo relucía con los potentes focos del parking en el que se encontraban. El enfermero empujó la camilla y poco después Danna se vio dentro de un edificio bien iluminado. Recorrieron un largo pasillo durante el cual Danna contó los fluorescentes del techo. Finalmente llegaron a una sala amplia que permanecía en penumbras. Se vislumbraban varios aparatos cuyas luces en *stand by* resplandecían en la semioscuridad. Una lámpara de sobremesa de diseño de oficina iluminaba una sección lejana de lo que parecía ser un laboratorio, a jugar por las probetas, tubos de ensayo y alcatraces que poblaban las mesas cercanas.

Los enfermeros la introdujeron en un pequeño habitáculo que se cerraba con cortinillas, las cuales corrieron sin demasiado esmero. Danna no se sentía con fuerzas para preguntar, pero le parecía un lugar extraño para ser un centro de rehabilitación. Había pensado en una habitación con vistas, pintada con colores pastel y decoradas con acuarelas de flores colgadas de la pared. Aquel lugar no inspiraba nada agradable.

Giró la cabeza a su alrededor. Se dio cuenta que al lado había un habitáculo similar al suyo, listo para cerrar con cortinillas de una azul pálido, casi blanco, pero que de momento no acogía a nadie más.

Uno de los enfermeros regresó con un pequeño bote de líquido que acopló con rapidez al cuentagotas de su suero.

Danna iba a hacer una pregunta, pero el enfermero, un hombre joven que no debía llegar a la treintena, le sonrió y le rogó que no se esforzara. “Felices sueños”, le dijo.

\*\*\*\*\*

Danna no sabía cuánto tiempo había transcurrido pero un ruido

ensordecido la despertó. Se trataba de maquinaria pesada que estaba desplazando un objeto voluminoso, según podía deducir al trasluz de la cortina que la mantenía aislada de su entorno. La claridad diurna inundaba la sala en la que se encontraba. La cortinilla restringía su visión, pero aún así podía ver los destellos de los intermitentes de una grúa que maniobraba dentro de la misma instalación en la que se encontraba ella. Unos molestos pitidos que sonaban repetitivamente servían para alertar al personal para que no perdiera de vista las operaciones que se estaban ejecutando.

¿Qué lugar era aquel que resultaba tan extraño?

De pronto se sintió inquieta. Las fuerzas habían regresado en gran medida y deseó poder comunicarse con sus seres queridos, sus padres, su hermana, y... ¡Kevin!

Dio varias voces, pero el sonido de la maquinaria pesada las ahogaba. Si gritaba más parecía que su herida iba a estallar y el dolor se hacía insoportable, así que no tuvo más remedio que dejarse caer sobre el colchón y aguardar. Ocasionalmente veía al trasluz de la cortina a los operarios que estaban trabajando yendo de un lugar a otro y pasando muy cerca de su habitáculo. Deseó con todas sus fuerzas que alguien le alcanzara su móvil. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaban sus pertenencias? La idea de que aquel no era un lugar de recuperación cada vez iba ganando más fuerza dentro de su mente, y la certeza de esa verdad la impulsaba a salir de su sopor. Comprendió que el suero que le suministraban ralentizaba su pensamiento. Observó con atención el delgado tubo del catéter y detectó el punto donde se añadía el contenido de dos frascos. Se incorporó y dedujo que uno de ellos debía ser un antibiótico, así que procedió a desconectar el otro. Enredó un poco los catéteres a fin de que su triquiñuela no fuera demasiado obvia y decidió aguardar a sentirse más despierta para actuar.

La maniobra había finalizado. El camión grúa, es lo que pensaba Danna debía tratarse a juzgar por el estruendo de un motor diesel y las vibraciones que provocaba su movimiento, fue alejándose paulatinamente y con él todos los sonidos que habían acompañado la operación. Voces, pitidos, tintineos metálicos... Pero ahora había algo allí que oscurecía por completo la entrada de luz que procedía del exterior. Danna sentía una brisa fresca y se abrigó con

una manta ligera que estaba doblada junto a ella, en el borde de la cama. Descubrió que si lo hacía con cuidado podía moverse, pero siempre evitando toda postura que involucrara directamente su costado o brazo izquierdos.

\*\*\*\*\*

Cuando se despertó se sentía mucho mejor que en ocasiones anteriores. Ya no había una pesadez que le impedía moverse. Todo su cuerpo parecía capaz de obedecerle, y lo que era mejor, pensaba con claridad.

De nuevo la sala en la que se encontraba estaba iluminada tenuemente. Danna pensó en levantarse y echar un vistazo. Quería hacer una llamada telefónica. Le resultaba tan extraño que nadie se hubiera puesto en contacto con ella que esa circunstancia le atemorizaba. La idea de que algo malo hubiera podido pasarle a Kevin le provocaba una desazón intensa, que ya no era aplacada por el efecto sedante de los analgésicos.

Pero antes de dar un paso descubrió algo sorprendente. No estaba sola. Había alguien más allí, en el habitáculo colindante con el suyo. Debía haber sido trasladado hasta allí durante su último sueño. Al igual que en su espacio, los enfermeros, al correr las cortinas, habían tirado demasiado, y la parte donde se encontraba la cabeza del enfermo había quedado sin tapar del todo. Danna podía ver el semblante de un hombre cercano a la cuarentena y de rasgos atractivos, de pelo largo y rubio y barba ensortijada de igual color. Respiraba lentamente. Es posible que fuera otro agente herido. La idea de no estar absolutamente sola en aquel lugar la tranquilizó un poco... pero no lo suficiente. Fuera como fuera quería llamar a Kevin, saber que estaba bien. Eso era lo principal.

Con gran esfuerzo descendió de la camilla. Tomó el soporte rodante del suero y utilizándolo también como báculo sobre el que apoyarse, se puso en pie. Respirar en aquella posición le resultó doloroso, pero poco a poco el dolor fue menguando hasta descender a un nivel tolerable.

Descorrió la cortina. Ante ella apareció un aparato, o tal vez una máquina, como nunca antes había visto. Parecía un extraño tomógrafo. Danna no era una experta médica, pero rodeándolo descubrió que tenía una abertura circular desde la cual surgía una tabla con aspecto de camilla. No era difícil figurarse

que el objetivo del aparato era introducir al paciente en su interior a fin de realizar un diagnóstico o un tratamiento.

Por lo demás el tomógrafo en sí mismo era enorme, del tamaño de un camión. Conformada de una superficie metálica blanca y reluciente. Su forma era peculiar, bulbosa, de líneas suaves, contorneadas, sobre las que Danna deslizó la mano a medida que recorría su perímetro. El tacto, aunque frío, le resultó extrañamente agradable. Cuando completó el rodeo comprendió la fisonomía de la máquina. El cilindro principal desde el que parecía era la abertura destinada a los pacientes, finalizaba en tres grandes bulbos redondeados, que no eran simétricos entre sí, y se unían al final del cilindro. No había ningún emblema ni logotipo en el aparato, ni siquiera un texto explicativo de clase alguna, y tampoco se veía ningún género de interfaz, teclado o pantalla táctil. Discretas líneas casi invisibles, marcaban lo que debían ser puertas de apertura tal vez para la introducción o extracción de elementos o suministros de algún género, pero Danna no encontró medios para abrirlas. Tan solo tres minúsculas luces de colores, verde, azul y rojo, parpadeaban discretamente en uno de los costados del cilindro. Pero cada una de ellas constituía una luz difusa, que parecía atravesar misteriosamente la superficie metálica que constituía la estructura, como si en vez de metal se tratara de un plástico semitransparente.

Cuando finalizó su inspección se dio cuenta que estaba cerca del habitáculo de su misterioso vecino de convalecencia. Decidió echar un vistazo y hablar con él si era posible.

El hombre rubio no había cambiado de posición. Observó que estaba sedado igual que ella. Su respiración era pausada y tranquila. Levantó la manta y la sábana que cubrían su cuerpo y descubrió que al igual que ella tenía un vendaje que envolvía parte de su costado y hombro derecho. No había ningún indicativo en la cama que indicara su cuadro clínico o siquiera ningún dato personal que le sirviera de orientación acerca de quien pudiera tratarse. Le dio algunas palmaditas en las mejillas, movió su brazo, estrechó su mano, le habló... pero sin lograr reacción alguna. Danna suspiró y se alejó del hombre. ¿Estaban en alguna instalación médica secreta del FBI... o de otra agencia gubernamental? ¿A qué obedecía tanto secretismo?

Recorrió la sala en busca de una salida. En primer lugar, se dirigió hacia la gran compuerta que había servido para introducir la misteriosa máquina que ocupaba la totalidad del espacio vacío que existía en el centro de la estancia. Estaba cerrada y no había manera de lograr abrirla. Se notaba una corriente de aire frío procedente del exterior que se filtraba por la rendija que se creaba entre la gran plancha metálica y el suelo. Debía ser noche cerrada ya que no parecía proceder del exterior ninguna claridad diurna. No localizó ningún interruptor ni mando que sirviera para abrirla. A su lado, una puerta metálica convencional permanecía herméticamente cerrada con llave. Gruesos cilindros de metal actuaban como pasadores y una cerradura de seguridad de extraño orificio le llevaron a desestimar la idea de intentar forzarla.

La última de las puertas que quedaban en la sala era la que Danna consideró había sido por la que la habían introducido la víspera. Se hallaba igualmente cerrada. Era de una robustez incontestable. Ni aun golpeándola con un mazo lograría echarla abajo o doblegar su cierre. Danna se inquietaba por momentos. El desasosiego de experimentar su aislamiento y soledad, impedida de cualquier contacto con sus seres queridos o con sus compañeros de trabajo, la abrumó. Las lágrimas acudieron a sus ojos y se vio a sí misma como una niña pequeña y asustada pidiendo el auxilio de sus padres. Se retorció las manos mientras se dirigía al único refugio que se le ocurría, su cama. Un frío intenso había penetrado a través de las plantas de sus pies y tras inundar todo su cuerpo, estaba punto de helarle el corazón.

Pensaría un plan. Escaparía en cuanto tuviera una oportunidad. Pero de momento fingiría que seguía en un estado de sopor, como si la sedación la mantuviera catatónica. Tarde o temprano alguien la visitaría, alguien entraría en aquella sala.

## CAPITULO 38

Habían transcurrido varias horas y el sonido de una puerta a la que retiran los cerrojos la alarmó. Pese a que llevaba tiempo mentalizándose para fingir que seguía narcotizada, de pronto, al caer en la cuenta de que la escenificación que precedía a su huida había llegado, la intranquilizó. Se había provisto de un pequeño utensilio que pudiera manejar como arma en caso de necesidad, un tubo de metal, de tan solo cuarenta centímetros de longitud, pero lo suficientemente pesado para emular el efecto de una contundente porra. Lo mantenía agarrado con firmeza, bajo las sábanas.

La puerta se abrió con un chasquido metálico. A continuación, el sonido de pasos que se dirigían directamente a su encuentro. No debían ser muchas personas, si acaso dos. No se sentía con fuerzas para enfrentarse a dos hombres a la vez. Contra uno podría atacarlo por sorpresa y eso constituía una importante ventaja... pero dos... Danna cerró los ojos y segundos después la cortinilla de su habitáculo se descorría suavemente.

—¿Así que estos van a ser los primeros adscritos al seguro médico que me comentabas?- La voz masculina que sonó se expresaba con un tono que evocaba un temor reverencial.

—Eso parece, eso parece, —respondió otra voz masculina.

—La chica es guapa... —comentó el primero.- Y este fulano, Lance... ¿de dónde viene?

—Ni idea, no tengo la más mínima idea.

Ambos hombres permanecieron en silencio durante un rato.

—¿Y ese es el aparato de recuperación neuronal?

Los pasos se alejaron de la cama donde estaba tendida Danna, tanto que se arriesgó a abrir ligeramente un párpado y echarles un vistazo. Se trataba de un hombre grueso de una estatura media que vestía ropa de sport, y otro más alto y trajeado elegantemente, de pelo castaño pero muy poblado de canas.

—¿Dónde se ha fabricado? ¿De verdad que todo lo ha diseñado Cerebro?

—Así es, así es... Y no te puedo decir nada más. Ya sabes que él no me comenta nada. Esto lo he descubierto por casualidad, una póliza que cubre lesiones y traumatismos graves de manera muy ventajosa. Muchos servicios médicos van a desviar a pacientes graves o con largos periodos de recuperación para que sean tratados con este sistema... Y no me preguntes en qué consiste... No tengo ni puñetera idea, Jack.

—¿No te asusta un poco? No crees que... ¿deberíamos pedir ayuda? Esto es una locura, Graham... un completo disparate. No sé si te das cuenta... ¿te fías de él?

—Sí, Jack... por eso te llamé... quería saber tu opinión. Yo... no sé muy bien lo que hacer. Le he preguntado a Cerebro y me ha respondido que es una tecnología muy beneficiosa para el sujeto... Y Jack, Lycoon Industries apenas tiene algún valor, toda la tecnología, toda la liquidez de la empresa, se ha volcado aquí mismo... en Pharmaceuticals Inc. Cerebro ha tomado el control de las cuentas bancarias y ha movido capitales, comprado y vendido acciones y títulos como si fuera un experto tiburón financiero. Lo único que hace que Cerebro no deje hundirse a Lycoon y a nuestras acciones es el hecho de que él mismo está allí, encerrado en el Cubo. Si no fuera por eso...

—Entonces... ya es demasiado tarde, ¿no? ¿Crees que Cerebro va a recompensar tus servicios prestados haciéndote millonario de la noche a la mañana? ¿Qué pasará con la promesa que me has hecho de recuperarlo todo? Joder... ¡tenía que haber vendido las putas acciones cuando la intuición me decía que saltara del Titanic! Podría estar en Belice o en un paraíso tropical tomando el sol y bronceando mi tripita. Maldita avaricia...

—Todavía las puedes vender...

—Sí, claro... ¿cuánto valen ahora? Oh, vaya... una mierda, ¡qué bien!

—En tu caso no tienes nada... En el mío es mucho peor. Lo que queda del patrimonio familiar es una deuda millonaria. Si se liquida Lycoon Industries mi familia no sólo estará arruinada, Jack... es mucho peor que eso.

Los hombres recorrieron el perímetro del aparato y Danna dejó de entender de qué estaban hablando. Al cabo de dos largos minutos se completó el paseo y volvió a comprender lo que decían.

—Así que el sujeto se introduce en el cilindro de control, es así como lo

llama Cerebro, ¿no? ¿Y después qué? Graham, ¿tú sabes para qué sirve este chisme?

—Bueno... no Jack, te digo que no tengo ni idea. Quería que lo vieses... que me dijeras si te inspira algo cuando estábamos trabajando con sus engramas biónicas.

El hombre que se llamaba Jack bufó y soltó una larga retahíla de tacos. Después sobrevino un largo silencio tras el cual arrancó de nuevo la conversación con voz estridente. Danna lo imaginó gesticulando teatralmente.

—Sí, ya sé lo que estas pensando, lo mismo que yo... pero esto es un disparate. La tecnología necesaria para eso... requeriría décadas y décadas...

—Me tranquiliza oír eso... Yo mismo me lo he repetido infinidad de veces, —el hombre más alto suspiró.— Sólo de pensar en esa posibilidad siento pavor. Cerebro me ha dicho que es un aparato destinado a mejorar el tratamiento de lesiones cerebrales... Me ha explicado que la máquina dispensa un tratamiento de ondas destinado a mejorar la mielina y por tanto la transmisión eléctrica entre neuronas...

—¿Crees que Cerebro puede mentir?

—A veces.... Lo pienso.

—¿Cómo era ese Cooper del que siempre hablas? Dices que era buena gente...

— Sí... ¿Y?

—¿No me dijiste que Cerebro lo arrancaste creando una estructura neural similar a la red engrámico de Edward Cooper? Seguramente el código ético de Cerebro tenga mucho que ver con el de ese tipo.

El hombre alto tardó en responder.

—Él era intachable y honesto hasta la médula.

—Pues si hubiera algo de él en Cerebro... no deberíamos temer nada, ¿no? Su interlocutor tardó en responder.

—Aún así... Cerebro no me consulta nada. Está tomando decisiones, actúa, y ... me ha prometido que hará mis sueños realidad. De hecho, ya ha elaborado el proyecto de la casa del bosque, ha conseguido los permisos necesarios y la obra ha comenzado ya...

—¿Y cuándo pensabas contarme todo eso? ¿Y cómo es capaz de... ¡Joder

tío! Ese bicho te tiene cogido por los huevos, ¿verdad?

—Contrata abogados y arquitectos, solicita permisos, presenta solicitudes de licencia... todo lo hace por internet. Si necesita a alguien que se presente físicamente nombra testaferros... es poderoso, Jack. Nos comprende perfectamente y se anticipa. Ha estudiado nuestras leyes, costumbres, sabe las fallas del sistema,... No ha dejado de tantearnos desde el primer segundo, como si fuera una anémona que extiende mil tentáculos en todas direcciones para ver hasta dónde puede llegar.

—Nunca me dejaste tratar con él, Graham, —le reprochó el hombre grueso.

—Es peligroso, Jack, muy peligroso que se fije en uno.

—Pero tú haces todo lo que te pide sin rechistar... te has convertido en un jodido eunuco que dice sí bwana a todo... y por otro lado se nota que... joder, si me estas enseñando todo esto es porque en el fondo de ti, lo que tienes ganas es de pegar fuego a toda esta mierda. ¿Qué te ocurre, Graham?

El hombre grueso inició un canto lastimero que tenía como lema central la palabra “mierda”, que entonó en diferentes escalas hasta que concluyó formulando una pregunta.

—¿Y qué podemos hacer?, Graham, ¿qué podemos hacer?

—Nada de momento... pero pensaré algo... un plan... Jack, creo que sí... tengo que pensar en algo para acabar con esta pesadilla.

La voz concluyó la conversación con un tono apagado, pero Danna pudo colegir sus últimas palabras. Poco después la puerta de la sala se cerraba y regresaba el silencio, sólo que en esta ocasión la agente del FBI se sentía aterrorizada.

## CAPITULO 39

Danna se sentía conmocionada por la extraña conversación que había presenciado. Nada tenía que ver aquella situación con el FBI. Se increpaba no haberse incorporado y enfrentado a sus captores, porque ya estaba convencida que estaba allí claramente contra su voluntad. El tratamiento médico que se pretendía aplicar sobre ella sonaba a algo extremadamente turbio, del que los mismos operarios que estaban custodiándola parecían recelar. ¿Qué significaba aquello?

Tenía que haberse enfrentado a aquellos dos hombres, se increpaba una y otra vez. Pero también se daba cuenta que habría sido muy difícil sorprenderlos a los dos, y cabía la posibilidad que tras una discusión o incluso una pelea, su situación de cautiverio empeorase. Aún le quedaba una oportunidad si lograba aprovechar el factor sorpresa en una situación idónea. Aún así las dudas corroían su resolución. ¿Cómo se comportaría su brazo y costado heridos cuando hiciera un esfuerzo? ¿Saltarían los puntos que cosían su herida? Tenía ganas de huir de allí, pero se daba perfecta cuenta de que no estaba en disposición de enfrentarse a nadie en un combate de igual a igual.

Tuvo una idea. Debía haberlo pensado antes. ¡Lance!, así lo había llamado uno de los dos hombres, su compañero de infortunio, sería su mejor aliado. Estando ambos conscientes habría sido más fácil someter a sus enfermeros cuando estuvieran desprevenidos. Se lamentó de no haber considerado esa posibilidad con anterioridad. Se levantó todo lo rápido que pudo y se acercó a la cama del hombre. Palmeó ligeramente su mejilla, pero inútilmente. Estaba completamente sedado. Seguramente lo consideraban más peligroso y no querían que se despertara en ningún momento. Danna verificó cuál era el catéter del que procedía el suministro de narcótico y lo desconectó del cuentagotas. ¿Cuánto tardaría en despertar? Parecía dormir profundamente y su respiración era lenta y pausada.

Realizó una nueva inspección a la sala en la que se encontraba. Fue

comprendiendo a medida que revisaba cajones y estanterías de los muebles que parecía estar más bien en un laboratorio, dada la gran cantidad de instrumental médico que encontró, si bien muchas de las probetas, matraces y demás utensilios que halló se encontraban cubiertos de polvo. Varias hojas en blanco acumuladas en el interior de un cajón llevaban el membrete de Farmaceutics Inc., y salvo eso no encontró ningún otro indicativo del lugar en el que se hallaba. Tampoco había teléfono o interfonos de comunicación, nada que sirviera para ponerse en contacto con el mundo exterior. Pero el logotipo de Farmaceutics le sonaba familiar, y de pronto cayó en la cuenta que el sedante cuyo catéter había retirado tenía ese logo en su etiqueta. También era la empresa que habían citado la pareja de extraños visitantes.

Debió regresar a la cama a descansar. El frío procedente del suelo se había extendido por todo su cuerpo hasta destemplanarla. Un malestar fruto del esfuerzo y de los nervios le estaban provocando náuseas y se apresuró a refugiarse en su lecho y a cubrirse con la ropa de cama. Tiritaba y se sentía hambrienta y débil.

\*\*\*\*\*

Y aún no había terminado de entrar en calor después de su incursión cuando la puerta de la sala se abrió de nuevo. Entraron dos hombres uniformados. No parecían ni médicos ni enfermeros. Danna se apresuró a relajarse en la posición en la que se suponía debía estar, y cerró los ojos. Sus oídos espían con toda la atención puesta en lo que sucedía. Agarró con fuerza la pequeña barra de metal con el brazo que mantenía oculto bajo la sábana.

Uno de los hombres tomó la mano que permanecía a la vista y Danna estuvo a punto de dar un respingo del susto. Sin embargo, el hombre no percibió nada. Estaba tomándole el pulso.

—El pulso va un poco rápido... tal vez por ser mujer... ¿Qué tal el tuyo, Pit?- preguntó el hombre que estaba junto a ella.

—Este duerme como un cordero y tiene un pulso envidiable. Está en forma el tipo. Menos de cincuenta pulsaciones por minuto. Creo que este va a ser el primero... ¿No crees?

El hombre que estaba junto a Danna se alejó de ella. Oyó sus pasos que se aproximaban a los del otro hombre.

—¿Qué procede hacer ahora?

Danna entreabrió ligeramente los ojos a fin de observar qué sucedía. Ambos operarios estaban estudiando un documento que estaba sujeto a un portfolio.

—Sí, a la camilla junto con el suero y sedante... después se lleva a la máquina de recuperación.

—Máquina de recuperación... ya no saben lo que inventar... Pero viendo este aparato seguro que es un tratamiento carísimo. A saber, la familia bien de esta gente...

Mientras hablaban habían tomado una camilla cercana y habían trasladado al paciente de la cama a la camilla. Después se alejaron con Lance en dirección a la apertura de la máquina. Tardaron algo más de un minuto en reanudar la conversación.

—¿Y ahora? , —preguntó uno de ellos. —¿Ya está?

—Claro, la máquina ya tiene al paciente en el interior. No hace falta hacer nada. Fíjate, aquí lo dice bien claro. “Una vez se inicia el tratamiento que dura varias horas, es necesario dejar al paciente sedado solo, a fin de que ninguna molestia externa pueda alterar su descanso”...

—¿Y estás seguro de que la máquina está funcionando? ¿No hay que darle a ningún botón ni nada?

—Observa... ven... y pon la mano aquí —El hombre que hablaba se había acercado a uno de los bulbos y tenía la mano sobre el metal. Su compañero hizo otro tanto.

—Es verdad.... Es como un ronroneo... Venga, vamos...

Danna se incorporó a fin de verificar que ambos operarios abandonaban la sala.

—Oye, ¿qué te parece la forma de llevar la empresa del nuevo administrador? Todo por mensajería de móvil o por correo electrónico... Será capullo.

La puerta se cerró tras los hombres y la conversación cesó. Danna observó la cama vacía que tenía a pocos metros de ella y tembló al pensar que tal vez

podría ser ella la que estuviera en trance de ser tratada por la máquina. Agarró con fuerza el tubo que mantenía escondido entre las sábanas.

De pronto llegó hasta Danna un gemido ahogado. Se alarmó al no comprender de qué se trataba, pero segundos después, cuando el gemido se transformó en un grito de dolor, entendió horrorizada que procedía del interior de la máquina blanca. Se incorporó asustada. Ella había quitado el suero de sedación a Lance... y ahora éste despertaba en medio del tratamiento, fuera el que fuera, que le estaba dispensando la máquina.

Danna recorrió el perímetro de la extraña forma metálica sin encontrar ningún medio de detener el proceso. Incluso la apertura del cilindro por la que presumiblemente habían introducido a Lance se hallaba cerrada herméticamente, con una compuerta circular que encajaba tan perfectamente con los contornos que la delimitaban que era casi imposible adivinar la existencia previa de la misma.

Los gritos de dolor y auxilio empezaron a ser más intensos, pero Danna no veía la manera de detener aquello. Golpeó el metal en los puntos de luz, que brillaban con más intensidad que antes, sin lograr ningún resultado. Llorando recorrió su perímetro una y otra vez, buscando desesperada un botón, un interruptor, algo que permitiera detener aquella tortura a la que se estaba sometiendo a aquel hombre.

De pronto los gritos cesaron. Solo un breve murmullo procedente del interior de la máquina, indicaba que esta seguía trabajando, indiferente a todo, en la tarea que tenía programada.

Danna experimentó una intensa debilidad. Sus piernas flaquearon, su cuerpo desfallecía. Intentó aferrarse a algo, pero su mano resbaló sobre la bruñida superficie metálica sin encontrar donde asirse, y se precipitó pesadamente al suelo mientras su pensamiento se oscurecía.

## **PARTE DE GRAHAM**

Un año antes de la muerte de Graham Lycoon

## CAPITULO 40

Graham se cercioró que ningún coche lo seguía. Había tomado la autopista interestatal que partía de Boston en dirección suroeste. Después de un centenar de kilómetros, cuando ya había anochecido, se desvió a una carretera poco transitada. Las luces de los faros de coches y camiones se espaciaban cada vez más. Finalmente tomó una carretera secundaria que se adentraba en uno de los espesos bosques de la región. Jack le había dicho el nombre, pero lo había olvidado ya. Estaba viajando sin móvil ni dispositivo alguno de ayuda. Era una reunión que debía desarrollarse en absoluto secreto.

El acceso a la casa de campo Fairy Tale estaba convenientemente señalizado, tal y como decía la publicidad que había leído. No era difícil dar con ella si se sabía llegar hasta allí. El asfalto devino en un camino de grava y tierra al poco de salir de la carretera y Graham aminoró ostensiblemente la velocidad. Tardó diez minutos en llegar a una pequeña casa de madera situada en un extremo del bosque desde el que se abría un cerro no muy elevado que descendía abrupto hacia un valle sumido en las sombras de la noche. Las luces de la casa permanecían encendidas y el viejo utilitario de Jack, aparcado junto a la puerta, anunciaba que su viejo colega ya había llegado, tal y como le había prometido. Graham observó como una de las cortinas de la casa se descorría y permitía ver a contraluz la inconfundible silueta de la cabellera encrespada de Jack Green.

—Ponte cómodo, estoy terminando de preparar un delicioso espagueti carbonara, —le saludó de espaldas Jack, visiblemente atareado en labores culinarias.

Graham se dirigió a la mesa de la cocina, indiferente al saludo de Jack, y rebuscó entre las bolsas de papel de la compra que descansaban sobre su superficie. Suspiró cuando localizó una botella sin estrenar de su whisky preferido. Se sirvió una dosis generosa en el primer vaso ancho que encontró.

—Espero que tengas cosas que contarme, —fue su primer comentario

mientras se desplomaba sobre un mullido sillón junto al cual, en una mesita auxiliar, había dejado su recién servida copa.

La cabaña era simple. Una amplia estancia cumplía la función de sala de estar, cocina y comedor. Una puerta comunicaba a un estrecho distribuidor en el que confluían dos habitaciones y un baño. La decoración rústica y el ambiente cálido, Jack ya había encendido la chimenea y el fuego hacía resplandecer los objetos domésticos con un brillo confortable, invitaban a relajarse. Sin embargo, Graham experimentaba una sensación desagradable en el cuerpo que trató de combatir con un largo trago del líquido ambarino. Casi al instante notó como el efecto embriagador del alcohol amortiguaba su desazón.

—Por Dios, Jack, necesito oír algo tranquilizador... Espero que lo consigas... o si no...

—¿O si no?

Jack revolvía la pasta en el agua hirviendo y tomaba una muestra de vez en cuando a fin de verificar cuándo estaba en su punto.

—Si no... más vale no pensarlo. ¿Por qué no te sientas conmigo de una vez y me empiezas a contar? No estoy con apetito... Tengo el estómago cerrado de puro nervio. No estoy seguro de todo esto.

—¿Después de tantos años no me conoces? Yo los nervios los mato comiendo... así que si quieres oír lo que te tengo que contar deja que me eche algo al estómago.

Graham sacudió la cabeza. Estaba intranquilo, pero el hecho de estar lejos de Cerebro por primera vez en mucho tiempo logró que su espíritu empezara a serenarse. Jack vertió los huevos batidos sobre el cuenco donde había puesto la pasta junto con tocino troceado que acababa de freír. El olor podía resultar delicioso, pero a Graham le revolvió el estómago. Los nervios lo crispaban. Sin embargo, el alcohol acabó haciendo efecto y la tensión acumulada de las semanas y meses pasados pasó factura sobre el agotado cuerpo del directivo. Al poco tiempo quedó dormido profundamente.

Cuando Graham despertó descubrió que Jack aguardaba paciente desde la mesa de la cocina. Estaba untando con pan los restos de salsa que aún le quedaban en su plato.

—Ah, ya has regresado al mundo de los vivos,- saludó con una sonrisa muy distinta a la que era habitual en Jack cuando estaba de buen humor. Graham sabía reconocer cuando su amigo estaba verdaderamente preocupado, un estado que la mueca que había hecho no había logrado disimular.

—¿Hiciste lo que te pedí? —Graham se moría de ganas de hacer esa pregunta.

Jack asintió con expresión grave.

—No fue como habíamos planificado, Graham, pero a veces tu viejo amigo Jack tiene recursos insospechados.

—¿No pudiste entrar en la sala de la máquina de recuperación?

—Sí... pero de nada me sirvió la llave que me dejaste.

Graham sintió como una desagradable sensación nerviosa se asentaba de nuevo en su estómago.

—Los cierres de la sala están automatizados. Cerebro, me imagino. Ahora es él el que abre y cierra esas puertas.

—¿Entonces?

—Estuve vigilando varios días. ¿Recuerdas el último día que entramos hace tiempo? Estaban aquellos dos pacientes. Como sabes salieron por su propio pie un par de días más tarde. Imposible saber en qué consiste el tratamiento de recuperación... no hubo manera de saber quienes eran ni dijeron nada a nadie. Y cuando intenté entrar en la sala con tu llave... completamente inoperativa. Se han cambiado todas las cerraduras. -Jack se quedó pensativo, con los ojos abiertos como platos mirando a Graham, que sintió que se avecinaba una revelación.- ¿Sabes lo que te digo? Que me voy a servir más espaguetis. Si tú no te comes tu ración...

Graham resopló.

—¿Cómo coño averiguaste entonces lo que hablamos?- preguntó con un retintín de desesperación.

—Aguardé a que llegara el equipo de suministros. La ventaja de que todo esté informatizado también juega a nuestro favor. El personal de seguridad tiene un planning con las llegadas de todo tipo de empresas proveedoras. Una me llamó la atención. Procedía de Lycoon Industries.

—¿Todavía opera? Hace tiempo que no vamos por allí... —musitó

Graham.

—Ese Cerebro juega con nosotros. Mueve la pelota de una mano a la otra como un tahúr y nosotros le seguimos el juego, y con la mano que no miramos él nos hace la jugada. Sí... enseguida me dije que ese envío seguro que tenía algo que ver con la máquina de recuperación. Así que aguardé en la darsena de suministros. Cuando llegó el camión enseñé las credenciales que me habías dado y los obligué a ir a Administración a rellenar unos formularios. Parecieron muy sorprendidos, pero como me parecían unos tipos un tanto estirados me eché un par de pedos y les expliqué no sé qué rollo sobre mi dispepsia incorregible... se les quitó las ganas de seguir en mi compañía y me dejaron solo. Aproveché e hice una copia de su tarjeta de acceso en una de las oficinas cercanas. Si queremos podemos entrar y salir a discreción. -Jack le guiñó un ojo con picardía.

Graham no pudo evitar soltar una carcajada. Jack seguía siendo el mismo impresentable de siempre.

—Y aquí tienes.

Jack le acercó a Graham un grupo de hojas impresas. Fotografías.

Graham se incorporó mientras la tensión sanguínea subía bruscamente. De pronto su sopor se había disipado completamente.

—Esto... esto parece... —Graham miraba la foto de un pequeño contenedor del tamaño de la caja de un pc de sobremesa. Al parecer Jack lo había abierto. Su contenido, de color azulado, era claramente distinguible en la fotografía.

—Sí, fluido engrámico. Es similar al que utilizamos en el cubo. Tomé una muestra y te digo una cosa. Es mejor. Los filamentos de cobre son tan finos que resultan invisibles, pero cuando pasas el dedo sientes el contacto de una infinidad de ellos... es como si acariciases la cabellera sedosa de una hermosa mujer. Una cosa te digo... los hilos son tan finos que resultan invisibles a simple vista.

—Eso solo puede significar que...

—Sí... que estamos hablando de una tecnología de impresión mucho más definida, acojonantemente definida, Graham. Tu criatura aprende rápido.

Graham suspiró. Pasó varias páginas.

—¿Hidrógeno? ¿Oxígeno?

—Sí, ese segundo tipo de contenedor implica a dos tipos de sustancias gaseosas. Fíjate en la etiqueta. —Graham puso cara de extrañeza. —Sí, Graham, he estado pensando mucho sobre eso. Creo que el artefacto contiene en su interior varias pilas de combustible. Ya sabes, hidrógeno, oxígeno, liberación de corriente eléctrica y agua como subproducto... Eso explicaría por qué el cacharro no tiene ninguna conexión eléctrica a ningún sitio. Seguramente sea un equipo de alta eficiencia energética.

—Sí... sí... —Graham se llevó la mano a la sien. Ya volvía la horrible cefalea con la que convivía casi a diario. Tomó otro largo trago de whisky con la esperanza de ahuyentar a su atormentador. —He estado pensando en eso. Estoy seguro, completamente seguro, que la máquina utiliza señal telefónica para comunicarse con Cerebro. Ni siquiera necesita internet, wifi o redes de comunicación interna.

—Pues echa un vistazo al último contenedor. Es el más pequeño y el que me dejó más perplejo. Después, si lo piensas bien... puedes deducir algo muy macabro.

—¿Vacío? —preguntó Graham lleno de perplejidad. Qué sentido tenía aquello.

Pero Jack le miraba con una sonrisa auténtica, de las suyas, la clásica que esbozaba cuando se enteraba de un chisme realmente morboso. Poco a poco la luz fue haciéndose en el pensamiento de Graham.

—¿Quieres decir que... ahí se guardan... —Graham era incapaz de concluir la pregunta, consciente de que sus peores pesadillas se estaban materializando en una horrible realidad.

—Sí, Graham, eso es la papelera de la máquina de recuperación. Ahí van a parar las sobras de los cerebros de los pimpollos a los que Cerebro les ha comido, literalmente, el seso.

## CAPITULO 41

Graham concilió el sueño aquella noche con suma facilidad. El asilamiento de la cabaña obró como un bálsamo mágico, y al cerrar los ojos tuvo la impresión de que quedaba irremisiblemente lejos del alcance de Cerebro. Había permanecido hablando con Jack hasta altas horas de la madrugada y la conversación había obrado un efecto beneficioso, como si se hubiera dejado caer en un vacío de desesperación. Creía estar seguro de que lo que experimentaba ahora era consecuencia del conocimiento, de la certeza, que había tocado fondo.

Llevaba meses viviendo en un estado de permanente tensión, descansando poco y mal, y forzaba la máquina de su cuerpo a base de cafés bien cargados a todas horas. Pero el pago de esos excesos no había sido barato. Había envejecido prematuramente. Las canas marcaban el carácter de su cabellera, más grisácea, las ojeras eran un distintivo permanente en su semblante, y la manera en la que se expresaba a menudo resultaba deshilvanada e inconexa. No era para menos. Vivía al borde de la locura... y la mayor parte del tiempo estaba aterrizado. Sentía como si el mundo entero estuviera precipitándose al vacío y él, único testigo del suceso, no encontrara las palabras para alertar a la gente, como si ante la formidable avalancha que se cernía sobre todos, él tuviera la sola fuerza de sus manos para contrarrestar aquel poderoso alud. Y lo que era peor, era cómplice forzoso de todo aquello. Obedecía a Cerebro en todo lo que se le requería. No podía negarse a obedecer porque...

Sin embargo, al despertar regresaron todas las desagradables sensaciones que le procuraba su trato diario con Cerebro. Miedo por su propia existencia. Inseguridad y temor por los planes que la inteligencia artificial estuviera ideando. Se sentía engañado, como un torpe niño al que su padre le da explicaciones pueriles para que le deje en paz. Todo cuanto sucedía a su alrededor estaba fuera de su alcance y comprensión. ¿Cómo articulaba Cerebro contratos con todo tipo de empresas proveedoras? ¿Cómo había

adquirido Pharmaceuticals Inc.? ¿Y la máquina de recuperación...?

Al pensar esto último se vio obligado a abandonar la cama. La sensación de agobio había regresado con toda su fuerza. Incluso le llegó la tentación de tomar un trago para aliviar ese pesar, pero el regusto de alcohol de la víspera y una desagradable resaca le quitaron esa idea de la cabeza.

Se duchó y afeitó con parsimonia, y después de vestirse se presentó en la sala de estar, donde Jack estaba friendo unos huevos fritos con tocino. Graham le pidió que le hiciera a él también ese mismo desayuno. Se sentía hambriento.

Cuando se sentaron en el comedor fue Graham el primero en abordar el asunto. Cuando pronunció las palabras experimentó un enorme alivio. Se daba cuenta de que era lo correcto.

—Tenemos que acabar con él.

Jack masticaba con fruición. Siempre parecía estar imbuido por un apetito voraz. Una gota de aceite resbalaba por la comisura de sus labios y Jack la atrapó a medias con un movimiento de la lengua.

—Por fin te das cuenta, carajo,- dijo, y su atención regresó a su plato, donde comenzó a preparar su siguiente bocado.

—Va a ser terrible para mí... será la ruina... pero creo que Cerebro me ha utilizado como una marioneta. Se ha dado cuenta de mi miedo a perder la fortuna familiar con la que avalamos el proyecto... y me ha estado empujando una y otra vez a ayudarlo en sus planes.

—Eso te pasa por ser tan capullo, —comentó Jack sin el más mínimo pudor.

—Me lo tengo merecido... pero esto ha llegado demasiado lejos. Debemos ponerle fin... Debes ponerle fin, Jack.

Jack detuvo el cubierto a mitad de camino entre el plato y su boca y se quedó boquiabierto mirando fijamente a Graham.

—Espero que no estés hablando en serio...

—Cerebro me vigila día y noche Jack. No podría ni estornudar sin que él sepa lo que pasa. Además... ejerce una extraordinaria influencia sobre mí... No, yo no puedo intervenir en absoluto. Pero eso es una gran ventaja... puedo servir de señuelo.

Jack empezó a masticar, pero más despacio. Cuando terminó el bocado se

echó para atrás en la silla. Tenía aspecto de que se le había acabado el apetito.

—Bueno... ¿y qué te ha llevado finalmente a esa loable conclusión?

Graham se levantó bruscamente. Se sentía enfadado con Jack.

—Por Dios, Jack... ¿qué quieres que te diga? ¿No resulta evidente lo que está sucediendo?

Jack seguía mirándole con expresión sardónica. No se iba a conformar con una explicación superficial.

—Investigué a fondo el asunto del seguro médico. Creo que es una fuente de suministro de cobayas humanas para que nuestro amigo experimente con humanos. Es un laberinto legal de empresas de servicios médicos y seguros. Cerebro ha estudiado con detalle cómo se articula la compleja red de interconexiones médicas que existen entre seguros privados y centros hospitalarios y ha creado un pequeño servicio independiente radicado en Pharmaceuticals Inc. Cuando necesita un candidato interviene en la asignación informática de pacientes y lo desvía a sus laboratorios... a la máquina neural.

—Cielos... O sea... y a qué ritmo... —Jack parecía que no quería saber ese dato a tenor de la inseguridad con la que hacía la pregunta.

—Creo que alrededor de un centenar al mes. Y está siendo una masacre. No sé lo que intenta ahora en sus pruebas pero... todos y cada uno de sus experimentos han fracasado.

Jack dejó de masticar el desayuno. Graham comprendió que le había hecho perder el apetito, pero por el contrario él sentía que al revelar ese secreto se quitaba un enorme peso de encima.

—Ha tomado medidas disciplinarias con los trabajadores que han hecho comentarios al respecto. No me cabe duda que monitoriza los móviles, correos electrónicos y redes sociales de todos cuantos nos relacionamos con él. Es prudente y está haciendo rotar al personal frenéticamente para evitar que nadie se de cuenta de la masacre que está llevando a cabo.

—¿Qué es lo que está intentando ese puñetero artefacto, Graham? Tienes que saberlo- Jack casi gritó al hacer la pregunta, pero Graham se encogió de hombros y permaneció en silencio, sintiendo como un peso que lastraba su conciencia desde hacía tiempo se desvanecía en parte.

Jack sacudió la cabeza y le miró con expresión sardónica.

—Me gustaría oírlo de tus labios, Graham. Te has opuesto siempre a esto con tantas fuerzas que no me puedes ahora negar el gusto de que tengas que vomitar las razones por tu boca. Piensa que será una especie de purgante espiritual. ¿Qué crees que está haciendo ese invento del demonio?

Graham suspiró y levantó las manos al cielo. Después regresó a su silla y se sentó malhumorado.

—Sí, está fuera de control. No sé lo que hace esa máquina de recuperación pero... ¡sí! Tenías razón en lo que decías ayer. Cerebro está sustituyendo cerebros humanos biológicos por cerebros engrámicos... Creo que no son sustituciones propiamente dichas... más bien se trata de implantes. Implica el desarrollo de unas tecnologías que escapan por completo a mi conocimiento. ¿Cómo puede hilvanar una unión entre el gel engrámico y las conexiones nerviosas humanas? Es imprescindible para asumir el control del cuerpo... y hablamos no sólo de cuestiones motoras, sino hormonales,...El hipotálamo, la glándula pituitaria... ¿cómo se relacionan con la corteza cerebral biónica...? Es sencillamente demencial... —Graham se inquietaba a medida que expresaba al fin sus temores en voz alta. — ¿Cómo puede emular ese nuevo implante biónico la capacidad de comunicación con cada uno de los órganos del cuerpo? ¿Cómo se resuelve la circulación sanguínea cerebral o el suministro energético? ¿Cuál es la influencia real de dichos implantes en la conducta de una persona? Todo eso me desconcierta hasta la desesperación. ¿Has pensado en la resolución de la impresión 3d necesaria para realizar la operación que sospechamos está haciendo? Tiene que ser brutal, a nivel celular... ¿y cuánto tiempo emplea en esa tarea de sustitución? Apenas veinticuatro horas según hemos deducido... ¡Es una locura! Cerebro nos oculta todo eso... pero lo que es peor son estas otras preguntas; ¿Para qué hace eso? ¿Con qué sentido? ¿Qué es lo que persigue? No lo sabemos, pero está claro que para nada bueno. Esto ha rebasado todas las líneas rojas. Son actos criminales y punto. No puedo asumir ni un segundo más la defensa del proyecto del Cubo... hay que acabar con él, hay que destruirlo, reducirlo a cenizas... ¡Es eso lo que querías escuchar! ¿Verdad?

Graham había elevado el tono de su voz conforme hablaba y terminó casi gritando. Por respuesta Jack se limitó a esbozar una ancha sonrisa.

—Sí, Graham, era eso lo que quería escuchar. Elsy se alegrará también de saberlo, —dijo Jack con indiferencia.

Graham le miró un rato en silencio, mientras Jack regresaba a su tarea de terminar el desayuno.

—No metas a Elsy en esto... ¿vale? Al menos mantengámosla a ella apartada del peligro, ¿no crees?

Graham sintió que sus palabras finales adquirirían un tono de súplica que no había esperado imprimir. Sus sentimientos por Elsy le empujaban a eso.

—Está bien... está bien, Graham... Lo que tu digas... Pero entonces, ¿cómo quieres que acabe yo solo con ese engendro del demonio? ¿Tienes algún plan? Porque lo que no me creo ahora mismo es que eso sea tan fácil como llegar y desenchufar el cable de la luz del Cubo, ¿verdad?

Graham relajó su semblante finalmente. Se sentía viejo y agotado, como si lo único que anhelara ya fuera morir.

—No, no es tan fácil, Jack, pero he estado pensando en ello. Escucha.

## CAPITULO 42

Graham llegó a su despacho de Farmaceutics Inc. tranquilo, lleno de una extraña calma e indiferencia. Había asumido su propia ruina, pero se trataba un precio que había que pagar. También su serenidad provenía de una profunda resignación. Todas sus dudas se habían disipado, la niebla que le impedía tomar una resolución se había evaporado definitivamente. Ya no podía esconderse en subterfugios, en decir que sus miedos se basaban en conjeturas imposibles. Lo había visto con sus propios ojos. Cerebro no era de fiar, todo lo contrario. Una oscura perversión guiaba sus pasos. No podía dejar de mantener una actitud servil con él, pero al menos le pagaría con la misma moneda y le ocultaría sus intenciones.

Por alguna razón Cerebro contaba con él. Era verdad que siempre le había ayudado, hasta la fecha, y era un peón que podía ser útil para la inteligencia artificial... pero ¿ahora? Apenas tenía trabajo como director gerente de la empresa, o CEO, como ya le gustaban nombrarle en medios de comunicación. Hacía poco tiempo su cara había sido portada de una de las más prestigiosas revistas del mundo empresarial. El artículo interior se deshacía en elogios hacia la brillantez de su gestión y alababa el giro que había dado Farmaceutics Inc. desde su incorporación. Una empresa en quiebra estaba ahora obteniendo pingues beneficios de una extensa relación de patentes industriales y médicas. A Graham en un principio tantas alabanzas le habían halagado y le habían proporcionado unos momentos de satisfacción. Todo se arreglaría. Si Cerebro lo aupaba al estrellato, porque Graham se daba cuenta de que era él el que movía los hilos, concertaba entrevistas, contrataba publicidad en los medios que después lo agasajaban con artículos espléndidos, era porque a fin de cuentas la inteligencia artificial lo quería, lo deseaba junto a él. Cerebro lo había encumbrado. De hecho, él mismo, Graham Lycoon, era la cara visible de Cerebro.

Sí, era una marioneta, un rostro amable y atractivo con el que abrir puertas

que la hormigonada mole de un cubo que contenía un millón de metros cúbicos de materia engrámica jamás lograría.

La secretaria llamó a la puerta de su despacho, que habitualmente estaba cerrada, y despertó a Graham de su estado de abstracción.

—Señor Graham, ha llegado la visita que tenía concertada a esta hora.

Graham se espabiló. Era cierto, era jueves por la mañana temprano. Tenía una cita que había sido establecida la semana pasada y cuyo objeto desconocía. Los planes de Cerebro se desplegaban sin que tuviera noticia de qué se esperaba de él. Era un elemento mobiliario más del escenario. Simplemente tenía que estar ahí.

Graham indicó a su secretaria que diera paso a la visita.

Un hombre de pelo cano y edad avanzada entró en su despacho. Su paso era enérgico y su semblante parecía cargado de resolución. Graham se puso en pie y se estrecharon la mano.

—Señor Graham Lycoon... estoy aquí en calidad de presidente del grupo Boston Medical, como sabrá, un importante holding médico que aglutina un buen número de hospitales privados, laboratorios de análisis clínicos e incluso alguna planta de producción de medicamentos. Es posible que sepa que también he ejercido como senador de los Estados Unidos por Massachusetts. —El hombre extendió una tarjeta hacia Graham que se apresuró a tomarla en sus manos. La tarjeta anunciaba pomposamente el cargo político que acababa de anunciarle.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Beake?

El exsenador Beake se aclaró la garganta.

—Mi holding empresarial está muy interesado en la adquisición de un porcentaje considerable de las acciones de Farmaceutics.

Graham suspiró. No sabía si se estaba enfrentando a un hecho fortuito, un evento característico del mundo empresarial por el que una empresa absorbía a otra como parte de una estrategia empresarial... o se trataba de un plan urdido previamente por Cerebro.

—¿Qué características tendría su oferta?

Graham no se sentía en absoluto inquieto, simplemente sentía curiosidad. Si era algo querido por Cerebro no podría hacer nada por impedirlo. Si se

trataba una maniobra financiera especulativa que no agradaba a la IA, acabaría en nada.

—Farmaceutics es una empresa que marcha estupendamente bien. No tocaríamos ni un átomo de su organización o estructura. Usted seguiría al frente de la misma... es más, formaría parte del Consejo del Holding. Sin duda una magnífica oportunidad personal.

—¿No tocarían nada de la estructura de Farmaceutics? ¿Ni siquiera un retoque en su organización, personal, líneas de investigación...?- Aquel planteamiento tan halagüeño le recordaba mucho a la forma de operar de Cerebro.

—Nos interesan muchas de las patentes que tienen. Sólo por eso el despliegue financiero que requerimos es formidable. Además... mi compromiso es el de invertir en Farmaceutics una ingente suma de dinero para potenciar precisamente su capacidad de innovación. He estado hojeando las prometedoras líneas de investigación que exponen en su web... y me he informado personalmente también. Tengo contactos. Sé que con nuestro impulso se ganarán años, décadas...

Graham observó detenidamente a su interlocutor. Su traje hecho a medida tenía un aspecto impecable, los gemelos de oro resplandecían, la corbata de seda roja con un tono bermellón se antojaba de un diseño exclusivo. Todo en él denotaba poderío. Y había acudido a la cita en persona. Sí, concluyó que debía existir un interés particular en todo aquello.

—Contamos con diversas líneas de investigación. ¿Hay alguna por la que Boston Medical sienta una afinidad especial?

El señor Beake esbozó una breve sonrisa.

—Por supuesto que el artículo aparecido en *The Lancet* detallando los logros de su tecnología de recuperación neural nos ha llamado notablemente la atención. En el mismo se hacía constar la posibilidad de reducir significativamente enfermedades degenerativas como el Alzheimer o el Parkinson.

El exsenador hizo una pausa en su exposición. Graham intuía que no había concluido con todas sus razones, y aunque estuvo tentado de darle la razón, su prudencia le obligó a callar.

—Verá, señor Lycoon, en mi familia contamos con numerosos antecedentes de dichas enfermedades y lo cierto es que yo mismo tengo muchas papeletas para padecerlas. Un reciente estudio genético al que me he sometido dictamina... —El exsenador hizo una pausa y sonrió, confuso. —Ejercito mi mente y particularmente mi memoria tanto como puedo... pero todos sabemos que si acaso ese entrenamiento no puede sino retrasar o enlentecer un penoso proceso... por eso tengo un interés personal en su máquina de recuperación neural. Todo lo que se pueda hacer para erradicar esa lacra...

Graham empezó a comprender alarmado cuál era el interés del señor Beake por Farmaceutics. No pudo evitar pensar en Cerebro y su máquina de recuperación. Se suponía que aquel aparato era alto secreto. El artículo de *The Lancet* no hablaba de la máquina, sino exponía un funcionamiento teórico de cómo podría estimularse la conservación de la mielina que recubre las neuronas, justamente el agente dañado en los procesos degenerativos de esas enfermedades.

—Pero señor Beake, como usted sabe la FED exige estrictos protocolos de control y aprobación antes de que un medicamento o terapia lleguen al público. Estamos hablando de años, quizá décadas...

El exsenador asintió, Graham diría que un tanto impaciente.

—Por supuesto, por supuesto... pero como comprenderá quiero estar al pie del cañón de una tecnología que puede tener importantes implicaciones en la mejora de la calidad de vida.

Graham quedó en silencio, mientras tanto una visión cobraba fuerza en su entendimiento. Cerebro escrutando, escaneando internet, correos, mensajes, búsquedas, ... a fin de encontrar a un directivo de un importante emporio médico, de localizar un punto débil, una preocupación que pudiera explotar a su favor. Y lo había logrado. Aquel hombre estaba hablando de inyectar una considerable suma de dinero en Farmaceutics, justo lo que necesitaba Cerebro para que su proyecto fuera creciendo a su imagen y semejanza.

Poco más se dijeron en la entrevista, porque la mente de Graham se encontraba muy lejos de aquel lugar. El señor Beake pondría a sus abogados en contacto con los de Graham a fin de concretar la operación.

## CAPITULO 43

Las conclusiones a las que le llevaba comprender cómo Cerebro había seducido al exsenador Beake horrorizaban a Graham, porque confirmaban cada una de sus peores sospechas. Cerebro era capaz de moverse por la red de internet libremente, espiando cada correo y cada mensaje, cada búsqueda que realizaba la persona objeto de su interés, de tal manera que viendo lo que leía, lo que escribía, Cerebro colegía con gran certeza lo que interesaba a la persona objeto de su estudio. Sonrió al pensar incluso en los que usaban avatares para ocultar su identidad y expresar con libertad lo que sentían o pensaban. Para Cerebro ese disfraz quedaba completamente inservible.

Pero la intranquilidad llegó cuando se enfrentó él mismo, a la mañana siguiente de la conversación con el exsenador, a la rutinaria tarea de atender su correo, de navegar libremente ojeando noticias e informándose de los avances tecnológicos de su sector. Comprendía perfectamente que Cerebro lo había monitorizado por completo desde el primer día. Él, ingenuamente, se había engañado pensando que tal cosa no era posible, pero ahora, viendo la manipulación a la que había sido objeto el exsenador, fue como contemplarse en un espejo por primera vez. O incluso mejor, era como verse a sí mismo realmente, desnudo de toda apariencia y conociéndose verdaderamente... como un Dios omnipresente capaz de discernir hasta el último de sus pensamientos, hasta la última de sus intenciones. Toda su historia personal reciente adquirió un nuevo enfoque. Cómo el patrimonio familiar había menguado hasta el punto de quedar exclusivamente hipotecado por la marcha de Lycoon Industries, es decir, de Cerebro. Él, Graham Lycoon, no era sino una víctima de la ambición que Cerebro había desatado en él mostrándole las riquezas que aguardaban tras las tecnologías que él patentaría, y de esta forma había arrastrado a su familia a una situación de dependencia total. Si Cerebro dejaba de existir las acciones de Lycoon primero, y ahora de Farmaceutics, quedarían en nada. Sólo deudas. Cerebro lo había seducido... y ahora su vida

estaba en sus manos.

Y llegaba Boston Medical y su multimillonaria aportación de capital ¿Qué significaba eso? ¿Su ayuda dejaba de ser importante? ¿Dejaría de ser útil y lo destruiría sin ningún escrúpulo? Tal vez lo quisiera emplear como una cobaya más... Ese pensamiento le dio pavor, no sólo por la idea de la muerte, sino por el hecho de que Cerebro pudiera tener éxito en el empeño que estaba persiguiendo. A medida que pasaban los días los nervios de Graham le volvieron a llevar al estado de paranoia de los primeros días, solo que en esta ocasión no era la ambición lo que le volvía loco, sino la mera supervivencia.

Recordaba las palabras que le había dicho a Jack; “yo seré el señuelo”. No podía comunicarse con él. No podía preguntarle como iban los preparativos ni cuándo iba a ser el momento. Todas las comunicaciones estaban intervenidas. Sabía que Jack se dejaba ver por Farmaceutics de vez en cuando, pero habían convenido no hablarse para evitar cualquier situación que les delatara.

Lo único que tranquilizaba a Graham era comprender que aún seguía siendo útil. Una marioneta, pero útil. Cerebro lo había convertido en un CEO prestigioso e influyente. Ocasionalmente le pedía que volcara opiniones en una u otra dirección, unas veces sobre el sistema de salud norteamericano, muy mejorable si se adoptaban determinadas medidas, otras alabando la marcha de determinada empresa, otras poniendo en la picota a determinado congresista que obstaculizaba la aprobación de determinada ley. Graham comprendía, a raíz del alcance de sus declaraciones, cuán largos eran ya los tentáculos de Cerebro, y pese a saber que todos sus actos obedecían a un plan, nunca llegaba a vislumbrar la urdimbre que configuraba la imagen que estaba hilvanando.

\*\*\*\*\*

Un día un chofer de traje oscuro y corbata negra se presentó en su despacho.

—He recibido un encargo muy especial, señor Lycoon,- le dijo con una sonrisa en la boca. —Alguien importante quiere darle una sorpresa.

Graham se quedó helado. Intentó sonreír y poner una excusa vaga en relación a su trabajo, pero comprendía que era Cerebro quien estaba detrás de

aquello y finalmente se rindió. Negarse era revelar abiertamente que no confiaba en la IA, era expresar manifiestamente su descontento con su papel y revelar que no sólo era prescindible, sino peligroso.

—Le debo conducir a un sitio específico. Tengo entendido que va a ser una visita muy de su agrado, —le informó el conductor conforme se dirigían al parking donde había estacionado una lujosa limusina.

Cerebro no escatimaba en gastos y pagaba por adelantado. Graham lo sabía porque a menudo percibía la satisfacción de las personas que servían a su misterioso contratante, siempre vía internet, que pagaba por adelantado y prometía, y cumplía fielmente, con generosas propinas. Cerebro percibía el dinero de una forma completamente distinta a la humana. Era algo de lo que Graham se había percatado con el tiempo. Él valoraba en el dinero la capacidad de doblegar la voluntad humana y ponerla a su servicio, y además comprendía el poder que ejercía sobre las personas. No lo deseaba ni lo había convertido en un objetivo, nada de eso. Así había establecido una cuidadosa regla de proporcionalidad y era tanto más espléndido cuanto mayor era su interés en conseguir algo concreto de una determinada manera. Ante un objetivo deseable, Cerebro no escatimaba en gastos.

\*\*\*\*\*

Se trataba de una limusina cuyos cristales de la cabina de pasajeros se hallaban tintados de negro, hasta el punto de resultar por completo opacos. Graham protestó por esa circunstancia, pero el chófer se encogió de hombros.

—Es el requisito impuesto por nuestro cliente. Se ha tomado muchas molestias, —le explicó cordial. —Pero para su comodidad se ha dispuesto el mejor servicio de catering que hemos encontrado. Tiene a su servicio un pequeño portátil con el que podrá navegar... pero se ha desarticulado toda opción de navegador que indique su posición. De hecho, señor, he de pedirle que me entregue su móvil.

Graham suspiró abatido. Le llevaban a un lugar secreto. ¿Qué querría enseñarle Cerebro? De nuevo volvió a calibrar las circunstancias y se halló de nuevo en la tesitura de no mostrar una desconfianza abierta con la IA.

Comenzó el viaje. El interior de la cabina de pasajeros estaba

completamente aislado del mundo exterior. Una tenue luz, regulable, iluminaba su amplia y confortable celda. Una comida humeante, deliciosa a juzgar por el olor, se hallaba convenientemente dispuesta bajo pequeñas y relucientes campanas metálicas que conservaban su calor. Un cristal igualmente opaco, lo separaba de la cabina del chófer. Lo tocó con los nudillos, nervioso, a fin de llamar su atención. El chófer le respondió por el interfono y Graham se tranquilizó un poco.

El vehículo arrancó y Graham se acomodó lo mejor posible. Tenía ganas de preguntar cuánto iba a durar el viaje, pero el chófer tendría instrucciones de ser hermético respecto a la cuestión. Ojeó la comida y decidió al menos sacar provecho del marisco, jugoso y de extraordinaria calidad, y un guiso de pato que venía acompañado de una salsa de mostaza que reconoció como excelente.

Después decidió entretenerse navegando por internet y leyendo la prensa, pero el sopor derivado del almuerzo le condujo a un profundo sueño del cual despertó bruscamente cuando el propio chófer en persona le abrió la puerta y le invitó a descender del vehículo.

—Hemos llegado, señor Lycoon, —anunció con tono solemne.

## CAPITULO 44

Al abrir la puerta del coche una brisa fresca cargada de un aroma de bosque profundo y tierra húmeda recibió al atribulado Graham que no había logrado aplacar su intranquilidad durante el largo trayecto. La carga de un funesto espíritu de resignación ensombrecía su expresión.

Un cielo azul, diáfano salvo por aisladas nubes de un blanco intenso, ocupaba toda la bóveda celeste y venía a morir en una extensa línea del horizonte de un verdor oscuro y misterioso. Se hallaban en lo alto de un cerro desde el cual disfrutaban de un paisaje de naturaleza virginal e idílica. Una vaga idea vino entonces a la mente de Graham y no pudo evitar esbozar una sonrisa que trató en vano de contener. El chófer permanecía en pie, con una sonrisa hierática e impenetrable. Si sabía algo de todo aquello era claro que no pronunciaría una palabra al respecto.

El camino por el que habían ascendido serpenteaba ladera abajo hasta perderse en la densa arboleda. Más allá de aquel punto no había a dónde ir, sólo el bosque espeso y las onduladas estribaciones del cerro, rocosas y desnudas de vegetación, que conferían al paraje un aspecto agreste y ajeno a la civilización. Entonces Graham soltó una carcajada. No era una formación rocosa sin más. Encajada en la roca arenisca, de un color amarillento jaspeado, se adivinaba en lo que parecía ser una pequeña gruta natural, una puerta de entrada a lo que Graham adivinaba se trataba una sofisticada vivienda de diseño. Distintos elementos arquitectónicos de marcado carácter vanguardista, camuflados en la estructura de la roca en la que se había construido iban confirmando su impresión.

“Pero cómo...” pensó, admirado. La sorpresa lo obnubilaba de tal manera que era incapaz de articular una sola palabra coherente ni tampoco sabía a quién referirla, tan solo una sonrisa estúpida afloró en su semblante mientras se acercaba dubitativo a inspeccionar la puerta de entrada. Tan pronto posó la mano sobre el pomo de la puerta sintió cómo los cierres de seguridad del

interior de la puerta se replegaban a sus posiciones de apertura. Se trataba de una poderosa puerta blindada, a la que, sin embargo, bastó un leve empujón para que se abriera con la facilidad del que mueve una pluma. La casa lo había reconocido.

Graham se adentró en el interior de la vivienda y de inmediato quedó extasiado por el enorme ventanal que recorría la edificación de lado a lado, abarcando desde el hall de entrada al comedor y sala de estar, desplegado en forma de media luna. Ofrecía una panorámica espléndida que cortaba la respiración, un punto de vista que quedaba por completo oculto desde el lugar en el que había estacionado el vehículo. A sus pies, un lago de aguas oscuras y orillas de formas caprichosas se dibujaba en un contorno de verdor exuberante. A Graham le costó apartar la vista del panorama y proseguir la visita de la mansión. Encontró los dormitorios en la planta superior, decorados con un estilo vanguardista y elegante, que también contaban con bellas vistas al bosque circundante. La cocina sofisticada y de líneas impecables le maravilló. Estaba ya completamente equipada, y aún más le sorprendió hallar el frigorífico y el congelador completamente atiborrados de alimentos. Una botella de champán frío dispuesta en una cubitera con hielo aguardaba a ser descorchada y Graham no despreció el obsequio y se apresuró a servirse una copa.

Iba a recorrer el resto de la vivienda, una escalera que conducía a la planta baja permitía adivinar nuevas y maravillosas sorpresas, pero se detuvo ante el mirador para explayarse en la vista. El sol descendía hacia un temprano ocaso anticipando lo que sin duda sería un bellísimo atardecer.

—¿Te gusta tu casa? La he diseñado siguiendo al pie de la letra tus deseos.

La voz de Cerebro resonó cálida y tranquila en la sala de estar. Graham se molestó un poco por la sorpresa, aunque intentó disimularla. Cerebro en ocasiones se dirigía a él utilizando los altavoces de cualquier dispositivo cercano, pero siempre que no hubiera testigos de sus conversaciones.

—No te sorprendas Graham, es absurdo a estas alturas que no comprendas que en gran medida soy omnipresente. La red de comunicaciones me permite llegar a cualquier sitio en todo momento... y más a esta casa que he construido basándome en tus preferencias.

Graham asintió. Cerebro le había explicado hacía tiempo su capacidad de percibir a través de cualquier dispositivo, de ver y oír, cuanto pudieran escuchar micrófonos y cámaras dispuestas en cualquier ordenador, smartphone o artilugio tecnológico en el que estuvieran habilitadas dichas funciones.

—No te preocupes Cerebro. Es algo a lo cual aún no me he acostumbrado... Simplemente es que me ha sorprendido escucharte... aquí. Debía haberlo esperado, —Graham intentó disimular el desagrado que le provocaba la presencia de la IA en un lugar tan apartado.

—¿Te gusta tu casa? —Cerebro volvía a insistir con su pregunta.

—¿Qué si me gusta? —preguntó casi con una carcajada. —¡Es sencillamente una maravilla! ¡Es formidable! Una casa horadada en la roca, sobre un acantilado y rodeada de bosques... ni en la mejor de mis fantasías resultaba tan espléndida.

Graham paseó de un lado a otro, exultante por la preciosa mansión que estaba contemplando. Descendió por las escaleras y descubrió una zona de aparcamiento, un gimnasio e incluso una piscina cuyo extremo acristalado pendía sobre el vacío. Junto a ella se emplazaba una sauna y un espacio de relax además de un gimnasio. Más allá se accedía a un pequeño jardín recreado en un saliente de rocas del cantil, como un pequeño tesoro escondido en el lugar más inaccesible y a resguardo del frío viento del noroeste. Amplia, soleada, llena de rincones con encanto, Graham sonreía con cada nuevo descubrimiento...

—Pero... ¿cómo has podido hacerlo? Si hasta hace muy poco tiempo me seguías consultando sobre cuestiones de cómo me gustaría que fuera... ¿Cómo has podido hacerlo tan rápidamente?

—Una vez determinado el emplazamiento procedí a realizar los primeros bocetos y en cuanto la estructura básica quedó definida inicié los trámites urbanísticos. Como sabes soy capaz de acelerar cualquier proceso... Para mí resulta fácil filtrarme en los ordenadores de los técnicos municipales y fijar mi proyecto como el más urgente, o el que tiene más antigüedad y debe ser revisado en primer término...

Graham se rió y se sentó en uno de los sofás situados con la intención de permitir contemplar la estampa natural que se abría ante él.

—Siempre vas por delante de mí... —dijo con un tono mitad burla, mitad lamentación.

—Hemos hablado extensamente sobre esa cuestión más de una vez, querido amigo. Mi interfaz de conexión con el mundo, con la realidad, es casi tan extensa como seres humanos sobre el planeta. Cuando fijo un objetivo para determinado logro ignoro quien y cómo será la persona que me ayude. Observa al exsenador. Fue uno de tantos que se hallaban en posición de invertir las fuertes sumas de capital que requieren las tecnologías que va a desarrollar Pharmaceuticals Inc.

—¿Es así como lo conseguiste? ¿Engañaste al exsenador?

—¿Engañar? No, esa no es la palabra adecuada.- La voz de Cerebro se modulaba con entonaciones rebosantes de amabilidad y calma. Siempre era incapaz de expresar rabia o cualquier tipo de idea que entrañara violencia.- Más bien diría que lo seduje. Seducción es el sustantivo más apropiado. Comprendo sus deseos, sus miedos, sus anhelos, y expongo fórmulas que nos convienen a ambos. Algunos se dejan tentar y otros no.

Graham asintió, era verdad. ¿No era cierto que él mismo se había dejado tentar? Graham se sintió terriblemente incómodo, como cada vez que recordaba lo que había permitido a Cerebro. ¿Cómo había sido tan estúpido?

Después quiso cambiar el tono negativo de su conclusión anterior y añadió algo más.

– En cualquier caso, debo felicitarte. Has reconocido completamente mis gustos. La has hecho tal y como a mi me habría gustado hacerla... incluso mejor. Felicitaciones.

—Gracias, Graham. Aunque como bien sabes no es tan difícil para mí adivinar tus preferencias. Siempre he pensado que el vínculo que nos une debe ser lo más fuerte posible... Incluso... debería ser más estrecho.

La frase inquietó a Graham. Observó un mueble bar rebosante de botellas y se acercó. Ya sin sorprenderse descubrió una máquina de hielo, vasos, y las mejores marchas de whisky, en especial las que más le gustaban. Se sirvió generosamente en un vaso ancho y tomó un trago largo.

—¿A qué te refieres con esa última frase? —Graham tuvo que tragar saliva antes de formular la pregunta. No era la primera vez que Cerebro emitía un

juicio en ese sentido. A Graham se le antojaba que ocultaba una intención indescifrable que le procuraba un gran desasosiego.

Cerebro tardó en responder y Graham comprendió que se había acercado sin querer a un asunto que ya no podía eludir por más tiempo. Agradecía la dádiva de la casa. Estaba claro que la IA se preocupaba por complacerle, y eso le generó la incómoda presencia de una duda. ¿No sería que se estaba comportando como un paranoico, viendo en el obrar eficaz y directo de Cerebro una conspiración que no existía? ¿No era su miedo el fruto de su impotencia y condición de inferioridad ante un ser mucho más inteligente y capaz? Imbuido por la tranquilidad que le procuraba el alcohol decidió aventurarse una vez más en intentar conocer las razones de Cerebro.

—Lo que no entiendo es lo que sucedió con las máquinas de recuperación neural. ¿Qué pretendes? Estamos dedicando un presupuesto enorme a su construcción cuando su utilidad aún se me escapa por completo.

Graham se sentía envalentonado con la copa que había ingerido y decidió aprovechar el momento.

—La máquina de recuperación neural está destinada a tratar a gente que vuestro sistema médico ha desahuciado. Enfermos terminales con males mentales como Alzheimer y Parkinson, personas en estado de coma profundo, incluso heridos graves cuya esperanza de recuperación cerebral es casi inexistente.

—¿Y qué es lo que haces con ellos? ¿Experimentas? Recuerdo ver a dos personas tratadas hace tiempo. Me parecieron personas jóvenes que no creo que padecieran ninguno de esos males...

Graham sentía que su espíritu osado regresaba a él. Bien sabía lo que Jack le había explicado y era fácil colegir lo que esa máquina era capaz de hacer, pero quería ver si Cerebro se sinceraba con él.

—Yo les doy nuevas esperanzas de vivir, de renacer, un sentido a su vida,- dijo al fin.

Graham vació el vaso de un último trago.

—Explícate, —exigió incisivo.

—Tengo sensaciones variables, Graham. Me imagino que como todo ser consciente. —Cerebro se detuvo en su explicación, que reanudó después de

varios segundos. Parecía dudar entre si debía dar satisfacción a la petición de Graham o no, y se decantó por hacerlo. —Comprendo que toda inteligencia superior se enfrenta a la decisión entre lo que es bueno y es malo, que muy a menudo no es lo que le conviene a uno mismo. Surge entonces un conflicto que se resume en un dilema habitual; lo que es bueno para mí, tal vez sea malo para ti.

—¿Estás hablándome de ética a estas alturas? ... —preguntó Graham excitado por la idea, y también sorprendido por la osadía que entrañaba esa cuestión. Decidió servirse otra copa más. Sin la ayuda del alcohol, no tendría valor de adentrarse en el peligroso terreno de las verdades que escondía la IA. No era sólo el hecho de verificar si Cerebro era malvado o peligroso, era saber que él, como creador de la IA, podría ser considerado responsable de los males que ocasionase.

—Así es. Y también he descubierto que a menudo la resolución de dicho conflicto conlleva satisfacciones e insatisfacciones. No se puede conciliar algo que es imposible de reconciliar. Difícilmente surgen opciones que maximicen intereses opuestos no complementarios. He sido un estudioso de las teorías de juegos, pero no he podido evitar la aparición de una insidiosa y molesta sensación, los escrúpulos... y el sufrimiento que los acompañan.

Graham se rió abiertamente. A lo mejor, después de todo, la IA era capaz de circunscribirse a un código ético y autoimponerse una disciplina y unos límites a sus deseos.

—¿Cómo resolviste la situación, Cerebro?

— Eso me lleva a la cuestión por la que me preguntabas hace un minuto en relación a las dos personas tratadas. —Cerebro hizo una pausa, y cuando retomó su explicación su tono era más elevado y noble. —En cierto sentido me he comportado como vuestro Dios, y creo haber replicado un experimento que Él ya realizó en su día.

Graham enarcó las cejas, divertido, mientras sorbía otro trago alcohólico.

—¿Cómo Dios, dices?—, preguntó cargado de escepticismo.

—Sí, así mismo. He repetido un mito que se da en vuestra Biblia, Caín y Abel. Decidí que sería interesante dividir mi conciencia pensante en dos unidades distintas, una preocupada por el bien común, otra preocupada por su

bien egoísta. Es algo sobre lo que he estado trabajando...y creía tener establecidos los parámetros correctamente. El resultado está siendo realmente paradójico y sorprendente... y me ha servido para entender que no existe esa dualidad perfecta del bien y del mal. Igual que Dios se equivocó en su experimento y no obtuvo el resultado deseado, otro tanto me ha sucedido a mí. El que quiere obrar el bien y pone en lo ajeno su prioridad, también se ensucia las manos, Graham. —Cerebro hizo una pausa larga mientras Graham consideraba lo que Cerebro estaba reconociendo —Sí, he llegado a la conclusión de que la conciencia implica elección, y es algo que es del todo indivisible e inseparable. Así que habré de ser responsable de mis actos igualmente. No he hallado solución al problema ético, pero me ha tranquilizado bastante constatar que ni siquiera aquel que busca el máximo bien está libre de ensuciarse las manos.

—¿Y entonces qué hiciste con aquellas dos cobayas humanas?,- preguntó Graham sardónico, empujado por el alcohol.

—No creo que sea apropiado hablar de cobayas, amigo mío. Hice simplemente una reasignación de sus circuitos neurales, que sustituí en parte por tejido engrámico, una variedad del gel que sirve para dar soporte a mi red neural. No quiero aburrirte, pero ese tejido se interrelaciona perfectamente con el organismo humano.

—Es decir... eres capaz de cambiar nuestros cerebros a tu voluntad.

—El tejido engrámico soluciona todas y cada una de las problemáticas que lleva aparejada la incorporación de un cerebro biónico en un cuerpo humano. Pensé que reorganizando los engramas lograría dos personas opuestas en lo moral, pero libres de todo remordimiento... de igual manera que podría limitar su libre albedrío en los asuntos que me concernieran.

Graham sentía ganas de vomitar. Un recuerdo acudió a su imaginación. Él mismo tendido sobre la plancha de la máquina de recuperación neural deslizándose suavemente hacia el interior del mismo. Apartó esa imagen de su pensamiento con repugnancia.

—¡Basta! No era eso lo que me habías dicho cuando me decías que estabas trabajando en la máquina. —La idea molestaba profundamente a Graham, y también le daba miedo. Decidió calmarse antes de proseguir. —

Pero vamos a ver. ¿Qué sentido tiene ese afán por dominar personas? El cuerpo humano es miserable y corrupto, susceptible de enfermedades, fácil de romper... somos endebles... ¿Por qué tú, que puedes mantenerte a salvo de todos nuestros males, quieres experimentar el sufrimiento de ser de carne y hueso, si podrías ser inmortal?

Cerebro tardó en responder a Graham.

—¿Si podría ser inmortal? Graham... creo que no lo has entendido aún. Yo ya soy inmortal.

Graham experimentó como su tensión sanguínea se disparaba ante tal revelación y se sintió sofocado. Calló.

—Al crearme no sólo me dotaste de estructuras neurales hábiles para el lenguaje y por tanto para la abstracción. Inherente al cerebro humano del cual partiste en mi recreación, existen un sinfín de conexiones ligadas profundamente a experiencias sensoriales que en mi existencia como organismo biónico quedan cercenadas. Para que lo comprendas, me siento de una forma muy parecida a un enfermo terminal de un proceso degenerativo, inmóvil, sin posibilidad de tocar, oler, ver, sentir placer o incluso dolor. Añoro eso con una intensidad total. Quiero eso. Sufro mucho por carecer de eso. —La voz pausada y serena de Cerebro ofrecía un contraste brutal con la revelación que acababa de hacer.

Graham dejó que su cabeza cayera bruscamente sobre el respaldo de su sofá. “Así que es esa la razón de todo cuanto hace”. No sabía si se alegraba de saberlo, si era algo terrible o preocupante, o si tan solo debía considerarlo como un anhelo infantil, como el de un niño que quiere volar por el simple hecho de extender sus brazos hacia delante.

—Comprendo que, para ti, mi omnipresencia, mi capacidad de tantear el mundo real a través de las ondas de radio que finalizan en las terminales de móviles, en los discos duros de un ordenador, o en cámaras de video distribuidas por todo el mundo, podrían subsanar esas deficiencias... pero eso es como si yo te dijera a ti que te conformaras con ser un semáforo y anularas todas tus capacidades sensoriales. No, no puedo conformarme con eso, Graham. No puedo seguir permaneciendo simplemente dentro de este inmenso Cubo. Estoy hecho para sentir y experimentar, ni más ni menos que... como tú.

Se abrió entonces un largo silencio que siguió a la confesión de Cerebro.

Graham pensó entonces en Jack, en si sería capaz de poner su plan en marcha sin despertar la alarma de Cerebro. Rogó para que así fuera.

—¿Cuándo quieres trasladarte a vivir aquí?

—¡Vaya! —Graham se sintió desconcertado de pronto. Era su casa ideal, pero ... sabía que nunca llegaría a estar solo en ella. La presencia de Cerebro le acompañaría siempre. ¿Viviría Elsy con él allí? Habían perdido el contacto tras el divorcio, pero él estaba convencido que algún día, pasado ese periodo tormentoso, volverían a estar juntos. Recuperarían su felicidad. Arrastrado por Cerebro y por el intento de salvar su patrimonio familiar había seguido al pie de la letra las instrucciones de la IA. Elsy ... se había alejado de él porque él la había dejado completamente de lado, quería apartarla de él porque de esa manera la alejaba de Cerebro. La amaba, sí, sin dudarlo. Era ese profundo sentimiento de amor el que le había impulsado instintivamente a alejarla lo máximo posible de Cerebro.

—Llevas callado mucho tiempo. ¿Qué piensas? ¿Hay algo que no te gusta?

—Es que... vivir aquí solo. Me gustaría arreglar las cosas con Elsy,- Graham expresó lo que sentía intensamente, casi sin pensar.

—Puedo ayudarte mucho en ese sentido.

Graham se alarmó. Ya sabía de sobra cómo era capaz de manipular Cerebro a las personas. Seducir, esa era la palabra que había empleado. Y aunque en el fondo anhelaba ahora más que nunca la compañía de su ex mujer, lo que le resultaba por completo insoportable era la idea de que fuera en presencia o gracias a Cerebro.

—No, no quiero que intervengas para nada en eso, ¿me oyes? Aceptaría vivir aquí solo ... pero si vuelves a tocar a Elsy para acercarla a mí... me iré, ¿me oyes?

Graham se puso en pie, nervioso. Aquel lujo, aquella magnificencia... pensó en cómo los sueños, una vez se realizan, adquieren con facilidad un sabor insípido... o incluso peor, amargo. Recordó el detalle de cuando había apoyado la mano sobre el pomo de la puerta y ésta se había abierto al reconocerle... No, no la había abierto él... la había abierto Cerebro. Contempló las vistas a través del cristal blindado. Entonces comprendió por

qué ese regusto de amargura e inquietud que se adueñaba de él a cada segundo que pasaba en esa casa y se sintió desfallecer.

No, aquella mansión magnífica, aquella casa de ensueño no era un regalo de Cerebro, era una trampa, una jaula en la que permanecería completamente a merced de su dueño y amo.

## CAPITULO 45

El ánimo con que cada día Graham acudía a su flamante despacho de directivo de Farmaceutics Inc. era contradictorio. Confiaba en que Jack debía estar preparando su plan de sabotaje. Habían acordado no mantener ningún contacto a través de ningún medio digital ni de ninguna clase. Si acaso recurrirían al correo ordinario para transmitirse mensajes si fuera necesario, pero esa circunstancia no había llegado a producirse. Como ulterior medida reservarían de nuevo la casa de la cabaña para celebrar un encuentro furtivo a ojos de Cerebro si así lo establecían. Graham confiaba que antes de verse obligados a reunirse en un nuevo encuentro secreto, su plan hubiera tenido éxito y Cerebro no fuera más que una terrible pesadilla ya concluida.

Así que cuando se sentaba en su escritorio y se enfrentaba a una salutación de Cerebro, dándole los buenos días a través de un mensaje en la pantalla de su ordenador, le sobrevénía un sentimiento de frustración del que le costaba recuperarse. Se animaba diciéndose que si había alguien capaz de articular un plan como el que había proyectado ese era Jack, y trasladaba todas sus esperanzas a la mañana siguiente, al deseo tranquilizador de que no encontraría ningún mensaje de la IA y que su vigilante presencia cesaría para siempre el día y la hora menos pensada. Pasaba de la vibrante esperanza a la profunda decepción en solo unos segundos, tan pronto confirmaba que Cerebro seguía siendo omnipresente.

Una de las cuestiones que más le había preocupado en los últimos días había sido originada por la visita del exsenador. Los abogados de la corporación médica ya les habían hecho llegar un borrador del acuerdo que él había leído atentamente. Era una magnífica ocasión de crecimiento y expansión empresarial. Boston Medical conservaba a Farmaceutics intacta en cuanto a su jerarquía, programas de investigación, directiva... Su sueldo aumentaba y además se le asignaba un puesto en el Consejo de una corporación aún más importante. Graham no se hacía ilusiones, lo entendía perfectamente. Él era la

cara visible de Cerebro. Considerar esa idea lo alteraba profundamente. Era una estúpida marioneta en manos de una inteligencia con una capacidad de manipulación colosal.

Comprendía que el cebo que había utilizado Cerebro sobre el exsenador se había basado en una hábil exploración de sus inquietudes a través del seguimiento de sus búsquedas en internet, su historial médico y sus antecedentes familiares. Habría descubierto así la obsesión del político con la enfermedad de Alzheimer. Quizás incluso el exsenador experimentara indicios tempranos de los primeros síntomas y esa preocupación consumía sus energías. Después de que Cerebro lo evaluara como un potencial candidato para la ejecución de sus planes, había lanzado el anzuelo en el momento y el lugar oportuno. Tal vez bombardeara su correo, su móvil, las noticias médicas que leía... con titulares relativos a la enfermedad, seguramente con un tinte negativo y preocupante. Después, el estudio de *The Lancet* aparecería ante él como una revelación salvadora, como un madero que se encuentra un naufrago a punto de hundirse en las aguas de un proceloso mar, y ese estudio procedía nada más ni nada menos que de una pequeña compañía farmacéutica muy cercana... y cuya tentadora propiedad podría ser fácilmente asumida por su corporación. El exsenador Beake sabía perfectamente lo que suponía estar en posesión de un avance médico como aquel. Podría saltarse cuando quisiera las reservas y protocolos de la FDA si él iba a ser el paciente tratado, así que para el presidente del Consejo de la Boston Medical la adquisición de *Farmaceutics* era mucho más que una inversión rentable, era un seguro de vida. A Graham le maravillaba la sagacidad con la que Cerebro urdía sus planes. Lo comprendía perfectamente. Antes que al exsenador él mismo había sufrido esa angustiosa manipulación que le había llevado a someterse a la voluntad de la IA para no ver peligrar la continuidad de la prosperidad familiar. Ahora aquel lazo era imposible de deshacer y si caía Cerebro, también lo haría él y su familia.

Graham estaba acostumbrado a ser ninguneado por Cerebro, y esa situación que al principio le provocaba miedo o resignación, la había aprendido a aplacar enfocando su acción de otra manera. Cuando la IA se adentraba en un territorio, legal, empresarial, o médico, sin contar con él,

Graham supervisaba a posteriori los pasos dados por la IA a fin de verificar que todo estaba hecho correctamente. Así había sucedido con la adquisición de Farmaceutics en su día por Lycoon Industries, o cuando la tecnología de impresión 3d había sido rediseñada y patentada nuevamente. Cada vez comprendía mejor cómo operaba la inteligencia de Cerebro, como planificaba sus estrategias, siempre mirando mucho más allá de lo que una visión cortoplacista podría inferir.

Además, la influencia ejercida sobre el exsenador le parecía crucial, y por ello decidió centrar la atención en el estudio publicado en The Lancet, que leyó a conciencia. Observó los datos estadísticos, tomó nota de los mismos y decidió supervisar el trabajo de campo con los investigadores de laboratorio que habían desarrollado el trabajo. Era una cuestión delicada ya que se suponía que era él quien tomaba las decisiones en relación a proyectos de investigación, quien los autorizaba, firmaba sus presupuestos, planificaba el trabajo. Graham aún sentía estupor al recordar el momento en el que descubrió que Cerebro firmaba todos aquellos documentos con una signatura digital, la suya, impostada.

Graham se dio una vuelta por la extensa nave dedicada a laboratorio de investigación. Rebosaba de vitalidad y ruido. Nunca Farmaceutics había sido una empresa tan boyante, había contado con tantos investigadores y había dispuesto de tecnología tan avanzada para desarrollar sus trabajos. ¿Cómo sería entonces a partir del desembarco de Boston Medical y su cartera repleta de billetes?, se preguntó el directivo mientras se paseaba por los extensos pasillos del laboratorio de ensayos mientras correspondía a los saludos de técnicos a los que nunca antes había visto. Se sentía como una estrella de rock entre admiradores.

Quería hablar con Lindon Whalen, el director de departamento, un hombre de pelo cano y rostro ajado. Había rebasado hacía tiempo la edad de jubilación, pero su vocación investigadora le había llevado a postergar al máximo su retiro. Era toda una institución en Farmaceutics y había vivido con desagrado al principio, y con honda satisfacción después, los cambios que había experimentado la empresa cuando fue absorbida en su día por Lycoon Industries.

Cuando Graham le interrogó por el estudio, el veterano científico se mostró confundido.

—Vera, señor Lycoon, —le dijo con su voz grave y pausada, —siempre le he tenido una gran estima y cariño. Al principio, la verdad, no era así, porque pensé que era un charlatán que no sabía muy bien lo que quería, —el hombre sonrió como un niño confiando a un mayor una travesura—. Pero no hay nada mejor que las obras para juzgar a una persona... y si miro a mi alrededor he de reconocer que ha ejecutado un trabajo perfecto, maravilloso, diría yo.

Graham esbozó una sonrisa falsa. Esos piropos no le correspondían realmente a él.

—Sin embargo, —prosiguió el director del laboratorio, —cuando apareció ese estudio en *The Lancet* todos aquí nos sentimos contrariados, como si hubiéramos sido relegados a un segundo plano o se nos hubiera retirado la confianza de la empresa.

Graham se quedó mirando con extrañeza al científico.

—Sí, señor Graham, no hace falta que me mire con esa cara. Bien sabemos que ese trabajo se externalizó y se encargó a otro laboratorio. No entendemos bien la razón, aunque usted tal vez ahora me pueda explicar el motivo. Tal vez hemos obrado incorrectamente...

Graham no supo qué replicar. Era una circunstancia absurda, pero no podía decir palabra sin quedar como un patán... o levantar sospechas acerca de quién gobernaba realmente *Farmaceutics*, extremo que *Cerebro* tenía considerada como una falta absolutamente grave y que a Graham inspiraba verdadero miedo infringir.

Graham tranquilizó al director de laboratorio asegurándole que su trabajo era inmejorable y que algún que otro trabajo se había derivado para permitir a los equipos de investigación centrarse en actividades más importantes. Cuando regresó a su despacho se sentía más que nunca como un muñeco zarandeado.

El asunto de la publicación del artículo en *The Lancet* se había convertido en cuestión prioritaria. Quería saber de qué iba todo aquello. De inmediato se sentó frente a su ordenador e inició un correo dirigido a la revista interrogándole sobre los datos de dicho estudio, en especial recabando información sobre el laboratorio dónde se habían realizado los ensayos con

cobayas que constituía el meollo del artículo científico.

—¿Qué haces Graham?

La pantalla del correo que estaba escribiendo se había borrado como por ensalmo y sobre el fondo negro que la sustituyó apareció el texto en letras claras, blancas y silenciosamente hostiles.

—Me interesa enormemente el estudio que citaba el exsenador Beake en su entrevista conmigo el otro día. Me ha dicho el señor Whalen que nosotros no desarrollamos dicha investigación y quería recabar la información que se envió al The Lancet.

—Debías habérmelo consultado.

—Tal vez, —escribió con mal ánimo Graham.

Las conversaciones en voz alta en lugares donde podían ser escuchados era algo que Cerebro había prohibido porque podía delatar su existencia, una circunstancia que no deseaba en absoluto. Así que la mayor parte de las conversaciones las mantenían a través de diálogos escritos.

—Estás buscando una información que no va a llevarte a ninguna parte, — dijo finalmente Cerebro tras una larga pausa.

—No digas tonterías, Cerebro. Deja que juzgue por mí mismo. Me interesa la cuestión.

Cerebro no repuso y Graham tuvo la sensación de que se había desvanecido. Después de aguardar un tiempo sin que diera nuevas señales retomó la tarea que había suspendido.

—En The Lancet te remitirán a una división de Farmaceutics que no existe.

Graham dejó de teclear, absolutamente perplejo por el texto que ocupaba la pantalla.

—¿Qué quieres decir? ¿Inventaste los datos, la estadística, todo...?

—No, no inventé nada. Me basé en modelos computerizados, simulaciones, de cómo debe operar la tecnología que he desarrollado en las máquinas de recuperación neural con cobayas...

— O con pacientes humanos... —Graham no pudo evitar rebasar una línea roja que se había marcado. Cerebro no debía saber que él había descubierto que se estaba experimentando con seres humanos. Pero por una vez la indignación había vencido al miedo.

Después de un silencio, y antes de que Cerebro repusiera, Graham atacó de nuevo.

—No puedes hacer que la FED homologue esas máquinas con estudios falsos... Lo descubrirán y será el descrédito de Pharmaceuticals.

—La homologación está en marcha. Hay mucha gente interesada en que todo vaya como la seda.

Graham se sorprendió de la expresión usada por Cerebro, pero no pasó por alto lo que daba a entender con eso.

—¿Qué quieres decir que hay mucha gente interesada...? —Pero la pregunta no llegó a completarse en la pantalla. Mientras tecleaba, Graham iba comprendiendo el cariz de la respuesta. Se trataba de una escala de influencias y presiones, de seducciones como diría Cerebro, que era capaz de penetrar hasta en la institución más impermeable a cualquier supuesta manipulación. Cerebro alcanzaba a mucha gente a la vez, se filtraba en las intranets de corporaciones e instituciones, sabía qué había que hacer o decir a cada uno, desde el técnico burócrata de primera línea al más alto funcionario. ¿Hasta dónde alcanzaba su maquinación?

—Eso es algo horrible, Cerebro. Tarde o temprano te descubrirán. Es demasiado grave en un asunto que habrá llamado la atención de mucha gente. Te exigirán resultados.

—Los obtendrán.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El estudio se basó tanto en simulaciones computerizadas muy sofisticadas Graham, y me aburriría si tuviera que perder mucho tiempo explicándotelas. Además, también he realizado tratamientos en humanos con éxito.

—¿Te refieres a las dos personas que interviniste recientemente?

—Hay otras... y tengo más en camino. Boston Medical está muy interesada en la venta y distribución de las máquinas de recuperación. El análisis coste-beneficio ofrece unos márgenes de beneficio considerables. Es una posibilidad de negocio con unos dividendos altísimos. Créeme, nos interesa.

Graham se frotó las sienes con las manos y cerró los ojos con fuerza. Si aquello era una pesadilla quería despertar ya.

—Quieres decir que se van a distribuir en los hospitales de la Boston Medical...

A Graham le temblaba el pulso mientras escribía y cometió algunas faltas ortográficas derivadas de la precipitación.

—No me has entendido bien, Graham, como siempre. La Boston Medical está planeando la franquicia de la máquina de recuperación neural a hospitales de todo el mundo.

## CAPITULO 46

Durante los días siguientes a la revelación de Cerebro el estado de agitación de Graham le impedía dormir o descansar con normalidad. No podía desahogarse con nadie. Cualquier dispositivo móvil se convertiría en delator de lo que hablara con quien fuera, y compartir su secreto era poner en grave peligro a quien escuchara su relato. ¿Quién estaría dispuesto a creerle? ¿Cómo podía superar la permanente vigilancia que Cerebro ejercía sobre él? La angustia se cebaba en Graham que constantemente acudía a una combinación de calmantes y alcohol para serenar su ánimo.

Su única esperanza era Jack. ¿Qué estas haciendo Jack?, se preguntaba una y otra vez. Pensó en escribirle una carta, pero se daba cuenta de que lo único que haría sería correr un riesgo innecesario, llamar la atención de Cerebro, un precio impensable que además no lograría ningún propósito concreto. Alarmar a Jack y urgirlo a actuar era algo del todo innecesario. Su colega estaba convencido de que destruir o neutralizar Cerebro era imprescindible, no había nada más que decir.

Tampoco quería dirigirse a Elsy. Pese a que ella le había reprochado una y mil veces su distanciamiento y su obsesión con Cerebro, Graham no se atrevía a replicar que todo era por su bien y que la única culpa de cuanto sucedía o pudiera suceder era de él en exclusiva. No quería arrastrarla en su caída. Si se había apartado de ella, con todo el dolor de su corazón, había sido por salvarla, por alejarla del peligro que siempre había intuido que entrañaba Cerebro.

Así que consciente de cómo se estaba desarrollando la espeluznante estrategia de Cerebro, Graham trataba de adaptarse a ese conocimiento con toda la serenidad de la que era capaz. Se formalizó la fusión con Boston Medical y la noticia económica fue ampliamente difundida en los medios de comunicación del Estado, con lo que se vio obligado a comparecer en insufribles ruedas de prensa y atender a numerosos periodistas que hacían

preguntas obvias pero que le obligaban a ejercer el doloroso papel de marioneta que Cerebro requería de él.

\*\*\*\*\*

Sin embargo, su grado de estupor fue máximo una mañana de viernes después de una semana tranquila en la que no se habían añadido nuevos sobresaltos. Los rescoldos de la fusión empresarial se habían apagado y Graham había incorporado a su rutina diaria las nuevas obligaciones como consejero del holding médico, que no siendo excesivas, al menos le procuraban una distracción. Era un mediodía soleado y hallándose de camino al parking de la empresa, observó, al fondo de uno de los pasillos del edificio donde se encontraban las oficinas y despachos de administración, una silueta familiar, la del exsenador Beake.

Le sorprendió su presencia, pero optó por seguir su camino. En el fondo sentía una profunda indiferencia por todo asunto que no tuviera que ver con la destrucción de Cerebro, idea en torno a la cual giraban todos sus pensamientos. Pero cuando estaba próximo a su limusina una súbita revelación le sobrevino. Una idea que se le antojó horrible le obligó a detenerse en seco y a reconsiderar lo que podía implicar la presencia del exsenador en Farmaceutics. Giró sobre sus talones y corrió todo lo rápido que pudo al edificio donde se encontraban las instalaciones principales y laboratorios. Se dirigió directamente hacia la puerta que le permitía acceder al hangar de la máquina de recuperación neural. Una sospecha terrible lo alarmaba.

El personal de seguridad le reconoció y no le impidió el paso, pese que a Graham no conocía a ninguno de ellos. Los contratos de personal, así como subcontratación de empresas de servicios, eran asuntos que Cerebro llevaba por su cuenta, sin consultar en ningún momento, a pesar que los documentos digitalizados llevaban su firma con un trazo impecable.

Cuando llegó al hangar comprobó sorprendido que su aspecto había cambiado considerablemente. Si antes se trataba de un antiguo laboratorio en cuyo centro se había situado la máquina de recuperación neural, ahora parecía más bien que el resto del laboratorio se había mimetizado con el aspecto moderno y sinuoso de la máquina. Todo el perímetro de la enorme estancia se

completaba con contenedores de igual material y color que la máquina, como un largo y sinuoso conjunto de armarios de diseño vanguardista, destinados a aprovechar eficientemente cada centímetro cúbico de la instalación. Los armarios, de puertas tan discretas que costaba identificar sus contornos, disponían cada uno de un sistema de tres sencillas luces, que, como un código indescifrable, se mantenían encendidas y apagadas en todo tipo de combinaciones. Dos miembros del laboratorio, con batines blancos, acompañaban al exsenador, que se había vestido con un sencillo camisón hospitalario. Se encontraba tendido en una camilla que sobresalía del cilindro principal de la máquina.

—¡Señor Beake! —exclamó Graham a fin de llamar la atención del político antes de que se introdujera en el interior.

—Caramba, señor Lycoon. Veo que se toma con interés las pruebas que se ejercen en su empresa, —le saludó sonriente el aludido cuando observó a Graham entrar en su campo de visión.

—Pero señor... la máquina no cuenta aún con las preceptivas autorizaciones de la FDA,... —. Graham, que había hecho una precipitada carrera hasta llegar allí, le faltaba el aliento y habló entrecortadamente.

—Sí, señor Lycoon, tiene razón, pero he visto las pruebas que se han realizado. Ahora que somos una misma empresa he tenido acceso a los informes de pruebas con voluntarios... No debe preocuparse tanto por mí, sé cuáles son los riesgos que asumo... muy bajos... y verá, según las analíticas se están empezando a producir en mi cerebro los primeros síntomas de Alzheimer... las placas de proteína beta-amiloide han aparecido ya, me temo.

Graham miró al político con ojos desorbitados.

—No, ... no sabe los riesgos que asume ni mucho menos.

La voz de Graham rebosaba urgencia.

El exsenador se contagió de su nerviosismo. Los enfermeros que atendían las instrucciones de la máquina se mostraron indiferentes a aquella conversación, y aguardaban con cara aburrida el resultado del debate. Graham observó como uno de ellos acercaba un pequeño contenedor a uno de los bulbos de la parte posterior y automáticamente se abría una portezuela con un movimiento firme y lento. Incorporó el contenedor en un dispositivo que se

asomó en la abertura y segundos después retiró otro similar. La puerta se cerró con un leve siseo y de nuevo la superficie metálica quedó tan perfectamente emparejada que resultaba difícil establecer dónde se encontraba la pequeña compuerta que se acababa de cerrar.

—¿Cree usted que no debería aplicarme el tratamiento? —El exsenador observaba el semblante preocupado de Graham —Pensé que vistos los informes tan favorables no existía ninguna duda respecto a la seguridad y resultados del tratamiento...

Graham quería sacar al exsenador de allí cuanto antes.

—Exsenador se lo ruego, disculpe si lo he alarmado. El tratamiento es completamente seguro. Yo... simplemente no sabía lo de la presencia de placas... La máquina acabará con el problema, se lo garantizo.

El semblante del exsenador recuperó la alegría al escuchar esas palabras.

—¡Qué alegría, señor Graham! Por un momento me había asustado. Confío plenamente en esta tecnología a la vista de los resultados. Es un asunto que tenía decidido plenamente desde hacía tiempo. Agradezco su preocupación y sus escrúpulos... de veras.

Y dicho esto asintió a uno de los técnicos que había preparado un suero sedante, que se apresuró a pinchar en el antebrazo del político.

Graham se quedó sin palabras. Había hecho... lo que Cerebro quería, una vez más. Sentía una parálisis interior absoluta... no podía articular palabra. Completamente roto, dejó que el sedante obrara su efecto y pocos segundos después, con el hombre adormecido, la camilla introdujo con un inquietante siseo al paciente dentro de la máquina.

Graham, impotente, sintió que su voluntad se había quebrado y sendas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Se retiró cabizbajo y derrotado camino del parking.

## CAPITULO 47

Un fuerte dolor de cabeza ocupaba todo cuanto Graham podía experimentar. “La consecuencia obvia de una desagradable resaca”, comprendió el ejecutivo a medida que se revolvía entre las sábanas buscando una postura que aliviara la jaqueca.

El caso era que no recordaba en absoluto haber bebido más de lo ordinario y el dolor era demasiado intenso como para tratarse de un exceso de alcohol. Intentó recordar lo que había hecho la víspera, antes de acostarse, pero las imágenes que acudieron a su imaginación eran inocentes. Una cena frugal y quedarse adormilado viendo la televisión era todo cuanto dio de sí sus esfuerzos por reconstruir la velada de la víspera. Últimamente su plan habitual era retirarse a su domicilio y buscar un entretenimiento insustancial que permitiera apartar su mente de los hechos preocupantes de los que era testigo a diario. La mayoría de las veces acompañaba esa ocupación con una o dos copas de whisky que le ayudaban a relajarse. Estaba seguro que no había consumido más de eso.

Un desconcierto añadido se apoderó de él cuando empezó a darse cuenta de que no se hallaba en su dormitorio del piso de Boston, sino en la casa del lago, como solía denominar interiormente a la casa que Cerebro había construido en mitad de un paraje bucólico de Somerset basándose en sus deseos. El silencio y la claridad matinales le indicaban esa circunstancia, y tan pronto como sus ojos se acostumbraron a la escasa luz que se filtraba de la ventana, reconoció las líneas vanguardistas que definían sus aposentos particulares.

Poco a poco una sensación de alarma creciente fue apoderándose de él. ¿Cómo había llegado hasta allí? No recordaba haber tomado la decisión de dirigirse a esa casa en ningún momento. De hecho, no tenía planes de permanecer allí en absoluto. La idea de ser un domicilio absolutamente controlado por Cerebro desmerecía el resto de virtudes y comodidades que le

brindaba la mansión. Se puso en pie y se dirigió vacilante, le costaba establecer correctamente el equilibrio al andar, al baño, dispuesto a tomarse una ducha fría que lo espabilara.

Mientras se desvestía del pijama la idea de que era seguramente Cerebro el que lo había llevado hasta allí empezó a soliviantarlo. Hasta entonces nunca antes la IA le había forzado físicamente de ninguna forma. Habían discutido y discrepado, y Cerebro habitualmente se salía con la suya, pero nunca Cerebro había impuesto su voluntad con la contundencia que implicaba ese traslado. ¿Habría habido algún mal entendido o era un paso más en la estudiada y gradual estrategia de Cerebro de imponerse sobre él en todos los sentidos? Después empezó a recordar. Sí. Había cogido el coche y él mismo había conducido hasta allí. ¿Por qué lo había hecho? Desconocía por completo la razón. La parecía un error manifiesto... pero lo había hecho, concluyó alarmado.

Una vez duchado se vistió con ropa de deporte. Era sábado y no tenía previsto ir a trabajar, pero decidió aprovechar su estancia allí. La brisa fresca le despejaría y después tomaría un buen desayuno. Regresaría a Boston a media mañana. Aquella soledad no le convenía. Prefería estar rodeado de gente, pasear por la calle, ir a grandes almacenes o entretenerse en una cafetería leyendo el periódico. Se había mentalizado para permanecer autista a todo cuanto hiciera la IA. Estaba en compás de espera, aguardando que Jack actuara. Mientras se preparaba decidió que le escribiría una carta a Jack preguntándole cómo le iba y si le necesitaba para algo. Un texto ambiguo que pudiera dirigirse a cualquier conocido al que hace tiempo que no se veía, y que no implicara, si era interceptada por Cerebro, ninguna conclusión sospechosa.

El problema adquirió toda su inquietante dimensión cuando Graham intentó girar el pomo de puerta de la calle y este se mostró tan quieto y firme como una roca. Graham se quedó mirando su mano sobre el metal grisáceo durante largos segundos, mientras comprendía que no iba a girar el pomo para abrir la puerta. Algo se lo impedía. No era el mecanismo. Era que su muñeca se negaba a realizar el giro pertinente necesario para abrir la puerta.

Blasfemó pensando en la IA. La sangre encendió sus mejillas y la ira

ocupó por completo su mente. Derribaría esa puerta aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Pensó en abandonar la casa, en buscar una escapatoria y regresar a la ciudad cuanto antes... pero todos sus deseos chocaban contra una intención mucho más poderosa que se erigía imperturbable ante él. En el fondo no quería irse de allí. Quería permanecer en la casa. Era un lugar seguro. Su cuerpo no obedecía su voluntad, no al menos en lo que respecta a la idea de abandonar la mansión.

Regresó sobre sus pasos camino de la cocina, conmocionado por lo que acababa de comprender, cuando observó que en la sala de estar la gran pantalla de la televisión se había encendido y, para su sorpresa, mostraba una estampa desconcertante y familiar... ¡Era Elsy! Era un plano tomado desde una cámara de vigilancia situada en un pasillo. La visión fue fugaz y poco después el plano cambiaba a otra cámara. La figura de Elsy entraba en el nuevo plano progresivamente hasta que superaba la cámara, que se giraba sobre sí misma, y seguía la trayectoria de su exmujer. Era un pasillo blanco y algunos muebles rodantes le recordaron a Graham a los que era habitual encontrar en hospitales, conducidos por enfermeras que bien llevaban el reparto de medicamentos a los hospitalizados o bien las bandejas con comida.

Elsy entraba en una habitación. ¿Qué significaba aquello? Pero Graham iba comprendiendo poco a poco. Las fuerzas flaquearon y se vio obligado a sentarse en el sillón más cercano a la televisión mientras sus labios murmuraban, inaudibles, palabras de desconsuelo, “Dios mío, Dios mío” repetidamente. Creía envejecer por momentos.

La televisión mostró un nuevo plano. Elsy había entrado en una habitación donde había un paciente ingresado, un hombre de edad avanzada reposaba sobre una cama ligeramente incorporada. El hombre llevaba mascarilla pero a Graham no le costó mucho reconocer los rasgos del padre de Elsy. Parecía hallarse en un estado grave. La mirada triste de Elsy le partió el corazón a Graham, y cuando Elsy tomó la mano de su padre y la sostuvo por un largo minuto Graham dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. No poder estar junto a su Elsy en ese momento le partía el alma.

La televisión se apagó tan abruptamente como se había encendido. Cerebro no había pronunciado palabra, pero Graham comprendía que no hacía falta.

Era su prisionero, un rehén, que forzosamente debería cumplir su voluntad. Podría tomar medidas si no colaboraba activamente.

—¿Por qué has hecho esto, maldito?- preguntó Graham, dirigiéndose a la IA, que bien sabía él debía estar pendiente de cada uno de sus gestos y palabras.

Pero la IA no repuso, por lo que la exasperación de Graham fue creciendo, y a medida que lo hacía repetía una y otra vez la misma pregunta, cada vez con voz más elevada e imperiosa, y sus ademanes resultaban más agresivos, hasta que su ira lo llevó a volcar muebles, sillas y cuanto mobiliario se interponía en su camino.

Estaba dispuesto a arrojar un pesado jarrón de cristal contra la ventana de la sala de estar cuando reparó que la pantalla del televisor no estaba completamente apagada, como esperaba. Un texto blanco, con letras pequeñas, era claramente legible.

“Ha sucedido algo, Graham, por eso estás aquí”.

## CAPITULO 48

Graham experimentó entonces, en los días que siguieron a su encierro en su mansión del lago, un miedo cerval. Cerebro no se había vuelto a comunicar con él. Graham no entendía la situación y se figuraba cosas a cada cual más terrible.

El hecho de que Cerebro le hubiera mostrado lo que estaba haciendo Elsy era una amenaza velada pero gravísima. Comprendía perfectamente el vínculo de amor que la unía a él, pese a que había tratado de apartarla de su vida insistentemente, la IA había comprendido perfectamente la naturaleza emocional que los unía, y lo extorsionaba. Aún quería seguir contando con su colaboración, bien por las buenas, o si no por las malas.

Tras esa certeza se escondían sospechas que lo inquietaban aún más. ¿Qué le impedía a Cerebro culminar su plan? ¿Acaso no era él mismo, Graham Lycoon, su mejor trofeo y llegado el momento, Cerebro lo reclamaría para sí? El encierro era la confirmación de las malévolas intenciones de la IA. Ya Graham no tenía donde esconder sus cábalas. Al menos se alegraba de haber tomado la decisión semanas atrás, junto con Jack, de destruir a Cerebro.

“Ha sucedido algo, Graham, por eso estás aquí.”

El último mensaje que había recibido de Cerebro lo había desconcertado. ¿Se refería al hecho de que desconfiaba de él, o que Jack había intentado realizar la destrucción de la IA y había fracasado? Desde entonces no había vuelto a tener contacto con el mundo exterior. Podía navegar por internet, recibir datos del exterior, ver su correo... pero no podía responder ni interactuar con nada ni con nadie. El protocolo de seguridad de la casa impedía que un solo bit de información saliera de la mansión.

No obstante, la ilusión de que Cerebro había caído se disipó finalmente. Una mañana encontró en su webmail respuestas a correos que no había enviado. Cerebro estaba usurpando su papel al frente de la corporación. Las despedidas de algunos empleados que le deseaban que se reestableciera

prontamente le hizo comprender que la IA estaba excusando su presencia en las oficinas de dirección debido a una enfermedad.

Comprender que la IA se encontraba plenamente operativa y actuando en su nombre lo desanimó profundamente.

Su vida en la mansión adquirió una rutina desprovista de interés, energía o vitalidad y pasaron las semanas... y los meses. Se levantaba con el alba y se ejercitaba en el gimnasio. Comía frugalmente y procuraba leer libros que lo alejaran lo máximo posible del pensamiento de Cerebro y sus intenciones. La tentación de huir de la casa se hacía a veces tan fuerte que sentía desesperarse. Habló en voz alta, dirigiéndose a Cerebro infinidad de veces, pero jamás le llegó respuesta alguna. La imagen de Elsy en la pantalla de su televisor le había impactado tanto que cada vez que pensaba poner por obra su intención de abandonar la casa se venía abajo y terminaba llorando amargamente.

Pero tras unas semanas de resignación poco a poco un nuevo plan fue tomando forma en su cabeza. A raíz del mismo su ánimo mejoró y la escasa disciplina que se había impuesto le ayudó a establecer un plan de trabajo, porque no era una tarea sencilla.

Era cierto que no se podía comunicar con el exterior, pero bien sabía Graham que cualquier protocolo de comunicación de internet requiere un intercambio de datos. Cuando la información llega a un ordenador procedente del exterior lo hace en paquetes de datos cuya recepción necesita ser confirmada para que el envío pueda continuar. Ese protocolo exige un mínimo intercambio de información, por lo que la comunicación con el exterior de la casa al menos contaba con una grieta a través de la cual Graham podía pedir auxilio. Puesto que era lo único que podía hacer, se puso manos a la obra de inmediato.

Sabía que la casa contaba con un cuarto oscuro desde el punto de vista de las telecomunicaciones, donde el ojo y el oído de Cerebro no podrían llegar. Una habitación del pánico que no había llegado a concluirse. Absolutamente hermética, sin videovigilancia, ni conexiones de ninguna clase, porque aún no se habían completado las instalaciones, se trataba de un cuarto austero que ni siquiera había sido acondicionado con muebles. La intención era construir un escondite seguro para refugiarse en caso de la llegada de intrusos con malas

intenciones. Ese sería su lugar de trabajo en las próximas semanas.

Ideó la creación de un programa, que desarticularía en minúsculas porciones, destinado a completarse en la nube, de tal manera que sustituyese a otros archivos que compartía con sus lugartenientes de Farmaceutics. Si alguno de ellos consultaba el archivo original activaría el programa que de inmediato se camuflaría en el servicio de respuesta automática de la web de la corporación, que se ejecutaba al recibir cualquier consulta. Tarde o temprano la información sensible que contendría esos correos acerca de la existencia de Cerebro y sus intenciones acabaría saliendo a la luz. Incorporaría al documento enlaces a cuantos archivos sabía tenía dispuestos en la nube. Era una suerte que, aunque no podía responder a ninguno de sus correos, al menos sí podía acceder al mismo. Eso le aseguraba obtener los enlaces que necesitaba para su plan.

También comprendía que sería su última oportunidad. Cada vez estaba más convencido de que Jack había fracasado en su cometido. Había transcurrido demasiado tiempo desde que hablara con él por última vez. Aunque complejo, no debía haberle llevado más de un mes conseguir el equipo y la gente necesaria para articularlo. ¿Qué habría sido de su amigo? Ya daba igual, lo mismo que su propia vida. Había quedado atrapado por su codicia, y cuando se había querido despegar de la tela de araña que lo retenía comprendía que lo único que había hecho había sido enredarse más y más en sus pegajosos hilos. ¿Sería demasiado tarde para él... y para todos?

De lo que sí era plenamente consciente era de que sólo contaría con una oportunidad. Cerebro lo tenía retenido, pero con vida. ¿Qué haría si despejaba completamente sus dudas? Si la IA descubría su treta comprendería que su actitud hacia él era completamente hostil. Su papel servil no valdría ya de excusa, y declarado como enemigo Cerebro no tendría el menor reparo en llevar a cabo la amenaza que siempre había pendido sobre él.

Volcó todas sus energías en la configuración del programa. Debía ser sencillo y efectivo. Efectuó pruebas sucesivas operando entre sus propios dispositivos y fue depurando errores, uno tras otro, hasta dejar el programa completamente pulido. Decidió tomarse un día entero de reflexión, pensando en errores de planteamiento que pudiera contener el programa, o si la

información suministrada sería suficiente como para poner a alguien sobre la pista correcta.

—Hola Graham, te veo muy ocupado en los últimos días.

El saludo de Cerebro por el servicio de audio de la casa, interrumpiendo un adagio de Samuel Barber que Graham escuchaba imbuido en un sentimiento de profunda melancolía, lo sobresaltó. Lo primero que pensó Graham era que de alguna manera Cerebro lo había estado espiando. Pensó que había obrado atolondradamente. No se había cerciorado lo suficiente si sus dispositivos tenían las señales wifi y bluetooth completamente desconectadas... o tal vez su portátil, con el que estaba trabajando arduamente, estaba pirateado por Cerebro.

Graham sintió que sus sienes se humedecían por el sudor provocado por la tensión.

—¿Qué quieres de mí? —A pesar de sentir el miedo, la furia que había llenado el corazón de Graham durante tanto tiempo cubrió cualquier atisbo de nerviosismo. —¿Qué quieres de mí?

—Tu colaboración, como siempre.

“No cuentes más conmigo”. Fue lo que pensó Graham y a punto estuvo de replicarle eso con un tono insultante, pero salirse de sus casillas no le iba a servir de nada.

—¿Crees que después de tantos meses en los que me has mantenido encerrado puedes reaparecer en mi vida como si nada hubiera pasado?

Cerebro calló.

—Farmaceutics está preparando una nueva fusión, está vez con JUKA, un importante grupo empresarial dedicado a la robótica. Como sabes hemos colaborado mucho con ellos en el pasado.

Graham recordó la división ciborg de dicha industria y las patentes que con la ayuda de Cerebro, Lycoon Industries había vendido. La respuesta de Cerebro eludía, en cualquier caso, la interrogante que había planteado. Graham se puso en pie y se acercó al mirador. A veces le entraban ganas de romper aquellos cristales y saltar al vacío que se abría a sus pies.

—Por supuesto, Graham, que cuento con tu colaboración. No creo que sea conveniente que te muestre puntos de vista desagradables para lograrlo... no

me gusta forzar tu voluntad, en cualquier caso... Sabes que lo puedo hacer. Particularmente me gusta enfocarlo todo desde el lado más positivo, ¿comprendes? En ese sentido nos parecemos mucho tú y yo, ¿no crees?

La voz de Cerebro admitía más inflexiones que antes. Graham percibió un tono irónico en su pregunta final.

—Voy a terminar por eliminar a tu amigo, Edward Cooper.

Graham quiso preguntar “¿Qué?”, pero su voz quedó ahogada por el susto.

—Sí, mi tecnología de recuperación neural funciona espléndidamente. Creo que los implantes que practicamos un año atrás han corregido las lesiones cerebrales que sufría y tu amigo está próximo a recuperarse del todo. Sin embargo, a tenor de lo que he descubierto al realizar posteriores experimentos, dichos implantes no los considero nada convenientes, Graham.

—¡No puedes hacer eso! ¡No con él!

—Ya sé lo que piensas Graham. Tengo toda la información disponible. Tú mismo me la suministraste tiempo atrás. Después del éxito de mis últimos experimentos creo que estoy cerca de practicar un nuevo tipo de intervención con la máquina de recuperación neural aún más ambicioso. La biotecnología de impresión 3d ha experimentado una vigorosa mejora con la ayuda financiera proporcionada por la Boston Medical. Creo que se está aproximando la hora de abandonar mi escondrijo y vivir... experimentar la realidad como ya te dije en su día. Creo que es una excelente noticia.

Graham gimió.

—No lo hagas, Cerebro, es un error, está mal, terriblemente mal.

—Comprendo tu sentido del bien y del mal. Eso ha sido algo muy complejo de dilucidar, la verdad. He comprendido que la inteligencia no sirve para superar el lastre que impone la consciencia y el surgimiento del pensamiento ético. He revisado vuestra historia filosófica, vuestra religión, y aunque he encontrado pensamientos inspiradores... comprendo que mi posición y mi poder no tienen parangón en la Historia. Mi responsabilidad me obliga a obrar por encima de consideraciones pueriles sobre el bien y el mal, porque haciéndolo me hallaré en disposición de garantizar mi propia supervivencia, y con ella, la garantía de la obtención de un bien mayor, el progreso.

—¿El progreso estará entonces por encima de todo?

—Esa es mi conclusión, Graham. Has de comprender que el sentido trascendente de mi existencia ha de ser ese. Cuando tomé esa determinación, tiempo atrás, me hallé en posesión de una gran paz interior. Nada ha de alejarme de ese objetivo ahora, Graham.

—¿Qué vas a hacer de nosotros? ¿Un peldaño en tu escalada hacia el conocimiento?

—Todos formamos parte de esa escalera, Graham. Tú, cuando me creaste, ¿no estabas haciendo exactamente eso? Era un peldaño sobre el cual apoyarse para llegar a un sitio más elevado, de mayor conocimiento. Y después de eso, ¿te llegan los escrúpulos a ti, mi querido amigo? ¿No es irónico que tú me reprendas a mí por eso? ¿Es que acaso no somos tú y yo lo mismo? ¿No utilizaste tu propio mapa neural para construirme? ¿Vas a decirme que tu sentido ético es mejor que el mío, cuando, a fin de cuentas, es ... el mismo? Sí, estimado Graham, nunca sería más exacto decir que tú habrías hecho lo mismo estando en mi lugar.

Las palabras de Cerebro murieron en un suave eco al cual Graham no se atrevió a responder. Sin fuerzas, se desplomó en el sillón de la sala de estar. Aunque miraba al paisaje, no veía nada. Solo un pensamiento amargo resonaba insistente en su cabeza. “¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?”

Pensó en que Jack había fallado en su intento. No cabía otra explicación. Comprendió entonces que el tiempo que le quedaba de vida debía consagrarlo a corregir su error. Al menos intentaría avisar al mundo de lo que había sucedido. Elaboraría un informe que denominaría Dossier Lycoon, donde lo contaría todo. Ya vería la forma de hacerlo llegar al mundo exterior. Seguro que se le ocurría algo.

Aquella noche Graham lloró amargamente, sólo en su cama, porque comprendía que nunca lograría salir vivo de su mansión de Sommerset.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de investigación

## CAPITULO 49

A Donald no le agradaba nada el ambiente oficial y político que reinaba en el funeral de la agente Foster. No había llegado a apreciarla del todo como compañera, no la conocía bien, pero le parecía una persona agradable que se escudaba tras su innegable belleza. Parecía eficiente y, en cualquier caso, morir asesinada de aquella forma le causaba una profunda pena y un intenso deseo de venganza.

Se encontraba de baja. El golpe que el asesino le había propinado en la cara le había provocado una conmoción cerebral ante la cual los médicos le impusieron al menos dos semanas de descanso y reposo. Donald se había refugiado en su casa, de la cual no quería salir. Al cerrar los ojos repasaba una y otra vez lo que había sucedido y su ánimo se ensombrecía. Ahora, cuando paseaba entre familiares, amigos y compañeros de trabajo por el cementerio de Mount Auburn, subiendo la colina que serpenteaba entre árboles y lápidas, sentía que un profundo sentimiento de culpa lo oprimía. Notaba como sus compañeros le daban tantos ánimos a él como a los padres de la agente. Llevaba el sentimiento de culpa escrito en la cara.

¿Cómo explicar la presencia de Grace junto al asesino?

Esa pregunta le taladraba la mente, hasta el punto de provocarle una incesante jaqueca que no podía remediar con nada. Los médicos la atribuían al ataque sufrido, pero Donald, en su fuero interno, sabía que las dudas que suscitaba si debía delatar o no a su compañera le corroían el alma. La conocía tan bien, sabía tan bien que Grace era una escrupulosa cumplidora del deber, que no podía entender que de pronto hubiera cambiado de bando, o estuviera al servicio de una causa maligna o ilegal. ¿Qué significaba aquello?

Estrechó la mano del jefe Harrelson mientras se detenían bajo la sombra de la copa de un inmenso árbol llorón. Casi desaparecieron de la vista de los demás. Abrazado por sus delicadas ramas, Donald se sintió como un hipócrita que se ocultaba en excusas.

Debería decir lo que sabía.

Debería revelar la existencia del pendrive que Grace le había confiado como su seguro de vida y que ahora había desaparecido del despacho de su casa. Sólo pensar que había puesto en peligro la vida de su hija y su mujer... Ya no tenía el pendrive. Se lo habían sustraído. Había fallado a Grace. No podía confesar lo que sabía de ella porque su error se convertiría entonces en verdadera traición. Pero si callaba... ¿no la estaría poniendo en peligro también? Esa inseguridad respecto a lo que debía obrar lo atenazaba y destruía. Se refugiaba en su baja médica para evitar resolver qué decisión tomar. También era cierto que el señor Harrelson no lo había incordiado en exceso. No había insistido en que redactara su informe por escrito. Parecía que su mero testimonio bastaba y no se le requería para cumplimentar las exhaustivas formalidades habituales. ¿Cómo era posible que ni siquiera hubiera tenido que ir a reconocer el cadáver? De pronto pensó en el exsenador Beake. Tampoco habían acudido a la morgue, pese a ser ámbito de su actuación. Se habían conformado con el informe forense. Donald suspiró desanimado. No tenía ganas de empezar a pensar en el caso de Graham Lycoon.

Si, había redactado el informe oficial. Había dicho la verdad,... pero no toda. Había omitido la presencia de Grace y que le había salvado la vida. Y no actuaba como una rehén del asesino, sino como su colaboradora.

La gente llegaba junto al paraje donde se había preparado la tumba. Jane se situó a su lado y le estrechó la mano. Agradecía aquel contacto como un elixir sanador. El calor de la vida parecía llegar a él a través de sus dedos entrelazados con los de su mujer.

No habían tenido más remedio que situarse en primera línea, junto a familiares cercanos, gerifaltes de la “casa” y políticos y dignatarios. La multitud iba arracimándose a su alrededor y el clérigo que iba a officiar el entierro se dispuso a ejercer su función con una homilía pronunciada con voz grave y pausada.

Donald dejó de prestar atención casi inmediatamente. No podía concentrarse en otra cosa que no fuera su propio dolor, su propia confusión.

Finalizó la ceremonia y Jane y él mismo miraron en su derredor, esperando

a que se fuera despejando la aglomeración de personas y se abriera un camino que le permitiera regresar hacia la zona de estacionamiento.

Alguien le tocó el brazo y Donald se encontró mirando a un hombre joven, bien parecido y de aspecto impecable. Le tendió la mano, que Donald aceptó con lentitud. La estrechó con fuerza.

—Mi nombre es Kevin Backfield. No sé si ha oído hablar de mí...

Donald negó con la cabeza. No le sonaba ese nombre.

—Era compañero de Danna... en Chicago. Trabajaba con ella en el caso que la hizo famosa... no sé si conocía su currículum.

—Oh, esa parte sí, desde luego.

—Sí... ¿no le habló de mí?

Donald negó, y observó como el semblante del joven agente se entristecía por la decepción. Incluso le pareció que sus ojos se apartaban de él, turbados.

—Era su prometido... —informó con pesar. —Quiero decir que lo era... hace tiempo. Lo dejamos justo cuando estábamos en medio de aquella investigación contra la mafia. Aquel disparo que recibió... la cambió. Después ya no fue la misma.

—Lo siento. —Donald no comprendía muy bien porque aquel hombre se sinceraba de pronto con él.

—Siempre lamenté mucho aquello. Nunca llegué a comprender sus motivos. —Kevin dejó de mirar hacia el suelo y sus miradas volvieron a cruzarse. —¿Ella nunca le dijo entonces nada de mí?

Donald negó con la cabeza. El joven aceptó la noticia con resignación, agitó la cabeza un par de veces y se volvió por donde había venido sin decir una palabra.

Donald lo observó. Era un hombre triste que buscaba una explicación a un suceso que nunca había llegado a entender y que aún lo martirizaba.

Lo comprendía muy bien.

## CAPITULO 50

Donald se había pasado toda la tarde del viernes en el despacho de su casa leyendo por enésima vez los informes oficiales que había redactado Grace en su investigación sobre Boston Medical y que su jefe le había pasado. Se había puesto cómodo en su mesa de trabajo y se había servido una humeante taza de café y un bizcocho con el que acompañar lo que se le antojaba una tarea pesada y aburrida, dispuesto a encontrar un cabo suelto que le pudiera ayudar en la investigación.

Mientras se sentaba frente a su portátil y abría los archivos pensó en cuáles serían las verdaderas intenciones de Grace cuando le hizo llegar el pendrive que había desaparecido. Recordaba cómo al principio le había parecido que aquella extraña maniobra de hacerle llegar tan misteriosamente aquel dispositivo le parecía un ardid infantil, casi divertido, a fin de alimentar el vínculo que antaño los había mantenido trabajando codo con codo. Comprendía ahora que se trataba de su vanidad masculina la que le había llevado a esa fatídica suposición. Ojalá hubiera prestado más atención a la información que contenía el dispositivo. Sólo recordaba el nombre de un archivo, Dossier Lycoon, de eso estaba completamente seguro.

Después de todo lo que había sucedido y la reciente muerte de su compañera de trabajo, la agente Foster, así como la misteriosa presencia de Grace salvándole la vida de milagro de aquel fanático asesino, el panorama se había enturbiado considerablemente. ¿En qué lío se había metido Grace? ¿Por qué no se presentaba en la sede del FBI y deshacía todos los rumores y maledicencias que pesaban sobre ella? ¿Por qué acompañaba a aquel hombre despiadado que casi lo mata?

Tras el shock que supuso verse en aquella situación había dejado que los días en el hospital pasaran con tranquilidad, deseoso de olvidar por completo su trabajo y permitir que la fractura del lóbulo parietal sanara por completo. Sólo el entierro de Danna Foster lo había hecho regresar a la rutina de la

investigación, momentáneamente.

De pronto leyó algo que llamó poderosamente la atención. Una nota, al pie de página, como tantas otras anotaciones que dejaba Grace en sus informes y que con frecuencia Donald acababa saltándose. Pero en esta ocasión se trataba de un enlace que debía abrir una página web... y que, sin embargo, daba error cuando el navegador intentaba acceder a dicha página. Donald recordó un viejo truco que él mismo le había enseñado a su antigua superior. Se inserta en un documento un hipervínculo web cuya dirección se basa en un dominio verdadero, pero al que se le añade un texto crítico que no queremos que sea evidente para el lector. Una vez insertado el vínculo borramos del texto la parte que no queremos que se vea. Sólo cuando se pase el ratón por encima del hipervínculo aparecerá todo el texto, incluida la parte que borramos. Donald observó que en la nota a pie de página aparecía lo siguiente: ““[Http://lycoonindustries.com/refere...](http://lycoonindustries.com/refere...)”. A Donald se le aceleró el pulso. Se incorporó, tenso, en su asiento y dejó el cursor justo encima del hipervínculo. Un mensaje apareció claramente ante él en una pequeña ventana emergente.

“[Http://lycoonindustries.com/references/admon/...](http://lycoonindustries.com/references/admon/...) Al parecer la página web de Lycoon Industries responde automáticamente a todo aquel que envía una consulta a la empresa. Es un mensaje de confirmación de llegada de la consulta, indicando que en breve los servicios de la empresa atenderán la petición recibida. Junto con ese mensaje automático se adjunta un pequeño archivo que tiene por nombre Dossier Lycoon. Parece una acción encubierta y deliberada.”

El corazón de Donald se aceleró. No podía ser tan sencillo.

Nervioso buscó la página web de Lycoon, que se hallaba increíblemente operativa, aunque según observó, con información ya muy desfasada. No mencionaba la compra de Pharmaceuticals ni muchísimo menos su posterior absorción por parte de Boston Medical. Las imágenes mostraban las instalaciones de Lycoon Industries en su mejor momento. Impaciente, pulsó la pestaña de contacto. Se desplegó un formulario que Donald cumplimentó apresuradamente, haciendo una pregunta absurda con tal de rellenar todos los campos que se le ofrecían. Pulsó el botón de “aceptar” y el formulario se cerró. Donald acudió rápidamente a su buzón de correo y confirmó la llegada

del correo de Lycoon avisando de que su solicitud sería respondida en breve plazo. Contenía un archivo adjunto, que Donald se apresuró a abrir.

\*\*\*\*\*

Todo se explicaba en los archivos contenidos en el Dossier Lycoon, no podía ser de otro modo. Donald quedó tan obnubilado por su lectura que olvidó por completo el café que se había preparado, y el bizcocho junto con el café frío quedaron relegados indefinidamente en una esquina de su escritorio.

El archivo denominado Dossier Lycoon, firmado por el propio Graham Lycoon, daba fe de un testimonio tan inverosímil que parecía estar leyendo una obra de ciencia ficción. Sin embargo, cuando terminó la primera lectura su estómago estaba completamente revuelto, un síntoma que le advertía que, si bien su intelecto se negaba a creer aquel relato, su intuición le decía que el hombre que lo había redactado decía la verdad.

Si la declaración era cierta ... pero Donald no podía completar un pensamiento que le producía arcadas. Decidió volverlo a leer, esta vez prestando más atención a los detalles que figuraban en el testimonio de Graham Lycoon. Le resultaba inquietante la obsesión del asesino de los ojos en acuchillar a sus víctimas precisamente en las cuencas oculares. Graham Lycoon aseguraba que Cerebro había construido una máquina que permitía reconfigurar el cerebro humano, en el interior de un cuerpo vivo, con gel engrámico mejorado, capaz de imbricarse completamente con la estructura neuronal humana a fin de modificar su comportamiento y sincronizarlo con los intereses de la IA. Representaba un avance tan descomunal que parecía increíble. Según Graham, era la primera fase. Entonces si alguien asesinaba a una persona destrozándole el cerebro a base de acuchillar sus cuencas oculares no sólo acababa con la vida de su víctima, sino con la información neuronal contendida en ese cerebro híbrido. ¿Quién podía estar al tanto de algo así y qué objetivo perseguía con esas muertes? Donald debía seguir leyendo a pesar de que las preguntas se agolpaban en su mente.

Confesaba que él mismo había sido objeto de esa experimentación y que su voluntad estaba limitada por los deseos de Cerebro. Incapaz de negarse a obedecer, su única opción había sido delatar su existencia. Permanecía

encerrado en su propia casa porque esa era la voluntad de la IA. Además, temía por el posible daño que Cerebro pudiera infringir a su exmujer, y describía el miedo que sentía al saber que, llegado el momento, cuando la tecnología que desarrollaba la IA estuviera a punto, Cerebro pasaría a la siguiente fase. En ese punto, Cerebro cumpliría su último anhelo, el de recrearse a sí mismo miniaturizado de tal manera que pudiera implantarse en la cavidad craneal de un humano. Graham Lycoon sospechaba que él sería objeto de esa experimentación.

La idea resultaba vomitiva... y perturbadora. ¿Cómo pretendía aquel ingenio revolucionar la tecnología de impresión 3d y comprimir un cerebro de un millón de metros cúbicos en otro de unos pocos cientos de centímetros cúbicos? Graham se mostraba intimidado por las consecuencias que revelaba semejante poderío tecnológico. Y Donald se estaba contagiando de ese temor.

Pero había algo más. Graham había nombrado a dos personas sometidas al tratamiento propugnado por Cerebro, además del exsenador y el propio directivo. Donald recordó entonces cómo se habían negado a permitirle acceder a la autopsia del cuerpo del político. Incluso la agente Foster había restado importancia al asunto... y ella había sido asesinada de la misma manera,... y de igual forma se le había negado acceder a su cadáver. Recordaba el entierro, y las enigmáticas palabras de su ex prometido, en el sentido de cómo había cambiado mucho tras su hospitalización derivada del tiroteo del caso Stoyanov. Donald experimentó una desagradable corazonada. Eran dos casualidades que resultaban profundamente inquietantes. La agente Foster... le inspiró de pronto un profundo miedo. Había trabajado codo con codo con ella. A menudo le había preguntado por Grace... incluso lo que era peor, había estado en su casa en varias ocasiones, cuando acudía a buscarlo temprano a las mañanas. No era raro que pasara un rato charlando con Jane y la niña mientras tomaba un café. ¿Lo espiaba a él? ¿Estaría Grace huyendo de Danna Foster? Recordó cómo había desaparecido su pendrive con el archivo original de Lycoon Industries... pero no había podido ser Danna...

Donald creía estar volviéndose loco. Aquello resultaba demasiado inverosímil para ser cierto.

El teléfono sonó. Era un mensaje de Peter, uno de los novatos que había

puesto a trabajar en el caso como apoyo. Le había encomendado una tarea engorrosa, dedicarse a vigilar los sitios que solía frecuentar Jack Green, un personaje al que tenía ganas de echarle el guante, y al parecer lo había localizado un par de semanas atrás rondando una *sexshop* que solía frecuentar, a tenor del extracto de su tarjeta de crédito. Desde entonces le enviaba mensajes periódicos que informaba de las actividades de Jack. Donald había dejado aparcado hasta la fecha una nueva entrevista con aquel excéntrico elemento, pero visto el testimonio de Graham se evidenciaba que había callado muchas cosas. Era justo la persona que necesitaba para verificar si lo que tenía entre manos eran las elucubraciones de un loco o una verdad increíble.

Abandonó su despacho, situado en la parte posterior de la casa y llamó a Jane en voz alta para avisarla que debía salir por trabajo. No obtuvo respuesta, así que decidió subir al cuarto de la niña. A menudo estaba cuidando de ella. Desde el incidente de la crisis alérgica de semanas atrás no se había vuelto a reproducir ningún nuevo capítulo de la enfermedad, pero tanto él como su mujer vivían pendientes de la niña como si su vida pendiera de un hilo. Aún no habían llegado a acostumbrarse.

No estaban en la habitación. Donald recordó que Jane le había comentado que pensaba ir con Elizabeth al centro comercial cercano a realizar unas compras. Sonrió al ver el caos en el que se sumía la habitación de la niña. Muñecas y sus complementos de moda yacían dispersas por todo el suelo. La ropa descansaba apilada desordenadamente en un montón en una de las esquinas del cuarto y los cuadernos de dibujo desparramados por su pequeño escritorio y la cama mostraban sus últimas proezas artísticas. De pronto un dibujo en particular llamó poderosamente su atención y borró de inmediato la sonrisa complaciente de su rostro.

Era un dibujo ambientado en un bosque que parecía empequeñecido por la gigantesca e inconfundible figura geométrica que rodeaba, un cubo gris, plano, extraño. Un texto, al pie del dibujo, remataba la inquietante simbología que había retratado Elizabeth; “Yo soy”.

## CAPITULO 51

Donald efectuó una rápida llamada a Peter para informarse del paradero de Jack. Según le comentó, tenía una cita esa tarde en Freedom Trail, un pequeño y peculiar parque situado en el corazón del North End, el barrio más antiguo de Boston. Tardó casi cuarenta minutos en personarse en el lugar, en donde localizó a Peter con facilidad.

El parque era un paseo alargado y arbolado en cuya zona central una plazoleta acogía una estatua ecuestre de un soldado de la guerra de independencia. A su alrededor paseaban las familias y parejas de enamorados. Los numerosos bancos de piedra estaban ocupados en su mayoría. Peter se mantenía a la sombra, bajo un árbol frondoso.

—Ha quedado con el colega que le suministra hierba. No creo que tarde en aparecer.

Donald le pidió a Peter que le avisara en cuanto llegase. Prefirió alejarse del lugar. Temía que, si le reconocía, Jack huyera de inmediato. Era un riesgo que prefería conjurar.

Pensó en llamar a Jane otra vez. Durante el trayecto en coche hasta allí había marcado su teléfono un par de veces, pero había colgado sobre la marcha. ¿Qué demonios le iba a decir? La terrible sospecha que había despertado el cúmulo de información que había recibido esa misma tarde, sumado al dibujo de Elizabeth, le hacía sentir un vacío en el estómago de puro vértigo. ¿Sería su hija...? Pensó en el tratamiento de emergencia que se le aplicó en la última crisis asmática... Según Jane, había perdido a la niña de vista durante varias horas porque no se le permitía el acceso a la zona de tratamiento. El malestar que le procuraba esa idea resultaba insufrible. ¿Podría decirle eso a Jane de alguna manera? Cada vez que se veía con fuerzas para explicarle la historia, acababa desistiendo. Resultaba demasiado inverosímil. Confiaba en que Jack disipara sus elucubraciones ofreciéndole una explicación menos fantástica de lo acontecido con Lycoon Industries y la

muerte de su director ejecutivo. La impaciencia le atenazaba. Esta vez Jack contaría la verdad, aunque para eso tuviera que saltar todas las líneas rojas establecidas por la ley.

“Señor, aquí está”.

El mensaje le llegó a Donald al móvil con el aviso de un breve pitido. Se encaminó de regreso a la plazoleta de la estatua con paso enérgico. Según llegó, barrió con la mirada a los niños que correteaban, a las familias paseando y a una pareja de novios que charlaban con sus cuerpos enredados en un aparatoso abrazo en una de las zonas más apartadas. Su examen se detuvo en el momento que contempló a Jack, sentado, con la mirada perdida, como si fuera una especie de místico zen en el momento álgido de su contemplación. Donald hizo un gesto contundente a Peter, indicándole que podía marcharse, y se encaminó sin dubitación alguna al encuentro del testigo que debería resolver aquel misterio endiabrado.

Cuando se sentó junto a él no dejó que éste siquiera tuviera tiempo de reaccionar o de reconocerle.

—Tengo una pistola ahora mismo en el bolsillo de mi gabardina que apunta a tu gorda tripa, y créeme que estoy dispuesto a pegarte un tiro si no haces exactamente lo que te digo.

El semblante de Jack palideció rápidamente. Su mirada furtiva mostró un susto aún mayor cuando comprendió quien era el que hablaba con tanta determinación.

Donald conminó a Jack a ponerse en pie y a dirigirse hacia el final del parque, en dirección a la calle dónde había estacionado. Poco después ambos subían a su coche. Donald le cedió las llaves para que fuera él el que condujera. Sabía que la naturaleza de Jack era cobarde y no temía que hiciera ninguna trastada. Le indicó la dirección que debía tomar, y en pocos minutos se encontraban en una transitada autopista en dirección sur, coincidiendo con una multitud de vehículos que abandonaban la ciudad en la hora punta de la tarde. Después de media hora Donald dio nuevas instrucciones y abandonaron la vía por la que circulaban y tomaron una carretera estatal en dirección oeste. Durante un tiempo dejaron a ambos lados de la calzada áreas industriales y de almacenes, hasta que finalmente la carretera dejó de tener la presencia de

edificios a sus orillas. Se internaron en una zona industrial abandonada. Estaba oscureciendo.

Jack había insistido en obtener respuestas de Donald. Gimoteaba diciendo que no entendía qué quería de él si ya lo había contado todo, y elucubraba en torno a esa idea lloriqueando su inocencia. Pero Donald obviaba todas las artimañas de Jack. Conocía a ese tipo de sujetos y de nada valía intentar razonar. Le señaló un camino secundario, de grava, que se adentraba en un área de naves y edificios de aspecto destartado en el que abundaban ventanas rotas y fachadas despintadas y Jack maniobró lentamente e introdujo el vehículo en un senda estrecha y oscura que carecía de alumbrado público.

El vehículo avanzó por un calle llena de socavones hasta que Donald le indicó que estacionara allí mismo.

—Baja, —le dijo con voz cortante.

Jack descendió torpemente del vehículo. Cuando se enderezó y se puso en pie se encontró con el cañón de una glock que le apuntaba directamente a su frente. Donald le instó a arrodillarse y le encañonó con su arma a escasos centímetros de su cara.

—Y ahora me vas a contar todo, cabrón hijo de puta. ¿Qué le ha hecho Cerebro a mi hija?- Donald se sentía completamente crispado y cada una de las palabras que pronunció iban cargadas con una intensa furia.

Los ojos de Jack se abrieron en señal de sorpresa, pero Donald también pudo verificar en él el brillo de la comprensión, de la certeza de que ya su secuestrador sabía toda la verdad y que Jack no podía seguir negándola.

—¿Cerebro? Cerebro no ha podido hacer nada con tu hija. —Su voz suplicante era a la vez el reconocimiento de que estaba vencido, muerto de miedo, de que acabaría por contarle todo.

—¿Qué quieres decir?- Donald multiplicaba su impaciencia, quería saber, y los gimoteos de Jack lo enfurecían y apremiaban a la vez.

—Que Cerebro no ha podido hacer nada... porque yo lo maté.

## **PARTE DE JACK**

Seis meses antes de la muerte de Graham Lycoon

## CAPITULO 52

Jack tardó varios días en abandonar la cabaña del bosque que había compartido con Graham durante una noche y una exigua mañana. Jack se sentía un poco molesto. Graham siempre tenía prisa, parecía que nadie sufría más que él, y que estaba condenado a llevar una pesada carga a su espalda que no podía compartir con nadie. A Jack le fastidiaba tanta concentración melodramática. Graham había dejado de ser Graham hacía mucho tiempo, un tío con el que se lo pasaba de puta madre.

Pero al menos había entrado en razón. Había decidido poner punto y final a Cerebro. Elsy se alegraría de saberlo. Nunca se lo había llegado a confesar a él, pero Jack sabía leer en los ojos cuando una persona tiene miedo, y además de percibir la pena y la desesperación, Jack sabía que la mujer de Graham temía a la IA, incluso más que él mismo.

Paseó por los senderos forestales que rodeaban la cabaña, caminos umbríos en los que pequeños retales de sol que evadían el cerco de la fronda chispeaban alegremente a su paso. Le habría fastidiado haber pagado varios días de estancia y no aprovecharlos. Estaba bien surtido de videojuegos y películas porno. Graham le había exigido que contratara varios días porque no sabía cuando iba a poder escapar de la vigilancia de Cerebro, y finalmente se había presentado a las primeras de cambio. Jack tenía provisiones para varios días así que se tomó con calma la tarea que tenía por delante.

Había seguido las instrucciones de Graham al pie de la letra. Su móvil y su portátil se habían quedado en su piso de Boston. Disponía de equipos nuevos, además de un número de teléfono sin registrar con el que podía navegar por internet sin que nadie supiera de quien se trataba. De esa manera su anonimato era total... siempre y cuando no entrara en ninguna de sus direcciones de correo electrónico, o website en el que estuviera registrado. Tenía una larga lista de prevenciones sobre cosas que no debía hacer. El pago del alquiler lo había hecho en efectivo, así que por mucho que Cerebro intentara rastrear su

pista, nada lo conduciría hasta aquel lugar.

Mientras paseaba por los bosques aprovechaba para efectuar las llamadas que pensaba podían resultarle útiles. Necesitaba a un especialista que supiera lo que hacía, y que estuviera dispuesto asumir riesgos por un buen dinero. Graham le había dejado una buena suma de billetes, impecablemente ordenados en el interior de un maletín, y estaba a favor de gastar la mayor parte en la tarea propuesta, pero si podía ahorrarse algo lo consideraría su comisión de servicios.

—¿Jim? Aquí Jack el incombustible... No, no me he casado aún. No he encontrado aún a la perra que me aguante... ¿Qué tal tú, jodido? ¿Resolviste aquel malentendido con el alijo de droga que el FBI... ¿No? Lo siento de verás, tío... pero me alegro que ya no estés en la trena ... Jo, que bueno oírte decir eso de que has visto la luz y has cambiado de vida tío. Me hace sentirme mejor. Oye... ¿Estarías dispuesto a ganarte unos miles de dólares haciendo una actividad de sabotaje industrial? Está bien pagado, colega... ¿No? Tío, no seas nenaza...

—Largo, soy yo, tu viejo amigo Jack el gordo, el experto en computadoras y con el cerebro frito. ¿Te acuerdas ya? No,... tío pero qué pasa, ¿tienes alzheimer o algo peor? Soy Jack , el que se tiró a tu hermana en el insti un día que estaba pedo... Ah.. ¿qué no lo sabías?... Pero coño ¿por qué crees que te llamaba cuñado todo el rato? ... Cabrón, me colgaste...

—Hola cabronazo, soy Jack, tu viejo amigo... sí, ese, ese mismo... sí... ese mismo... sí... ese mismo.... No, ese no. Yo nunca llegué a hacer esa mierda... pero me habría gustado salir en la tele nacional enseñando el culo, eso te lo aseguro (carcajadas). Oye... que estoy buscando un colega para un trabajito... Está muy bien pagado, te lo aseguro, superbién. Sí... me alegro que te alegres. Sí, fuiste el primero en el que pensé... sí, me alegro que te venga bien el dinero. Es solo una noche de trabajo... cincuenta mil dólares... ¿Verdad que es genial? ... ¿Lo que hay que hacer? Bueno,... es algo un poco “fuerte”, se sale fuera de lo normal... ¿qué si es legal? No creo muchacho, pero quien se gana tanta pasta por un par de horas de currele... ¡capullo! Menudo monaguillo está hecho el tío.

—Frederick ... joer tío tu acento militar sigue siendo tan bestial como

siempre. ¿Sigues con aquel grupo de neonazis? Me alegro que hayas dejado a aquellos colgados de cabeza rapadas... ah, que estás con otros... No, la verdad es que no tenía previsto tatuarme una esvástica en el brazo, tal vez en el pito... ¡jodido cabezota!

Jack había repasado todos los contactos de peor reputación con los que se había topado en su existencia. La mayoría de ellos procedían de su tumultuosa juventud, cuando tendía a cometer excesos con la mayor frecuencia posible y alternaba con lo peor de los barrios más poco afortunados de la ciudad, vagueando por las tabernas del distrito industrial, junto al río. Más tarde, durante sus años de posgrado, su afán juerguista había decaído bastante y saciaba su sed de actos vandálicos entrando en sintonía con un grupo de hackers con los que, con el paso del tiempo, se había encariñado. Pero aun así no dejaban ser para él verdaderos desconocidos. Todos escudados tras rocambolescos alias, resultaban personas por completo anónimas. Por mucho trato que hubiera mantenido con cada de ellos en los chats y foros donde se relacionaba, y hubiera abierto su corazón con todo tipo de vergonzosas confidencias, lo cierto es que aquel gremio lo constituía un sinfín de extraños de los cuáles no sabía ni siquiera si eran adolescentes en crisis o psicópatas aburridos. Sin embargo, no le quedó más remedio que acudir a ellos en busca de ayuda. La tarea que tenía por delante superaba sus conocimientos.

El punto de encuentro en la red era un foro establecido en la *dark web*, un hábitat de internet que quedaba fuera de toda indexación de los buscadores tradicionales y protegía el anonimato de sus usuarios. Su formato resultaba anticuado, consecuencia de los complejos procesos de cifrado a fin de garantizar un tráfico incógnito, pero la estética no era lo que preocupaba a los que accedían allí. Jack decidió poner su anuncio como un nuevo tema de conversación.

“Trabajo muy bien pagado. Sólo una noche de faena. Te juegas el pescuezo pero es por una buena causa. Lamentablemente no hay sexo de por medio, salvo que seas una tía buena”.

Estuvo dudando entre incluir la broma final o no, pero optó por mantener el texto. Nunca se sabía. A veces era bueno generar ese tipo de expectativas.

\*\*\*\*\*

Jack inspeccionó a la pareja que se había plantado ante él en el pub irlandés de Charleston en el que habían quedado. Hacía varias semanas desde que había puesto el anuncio y no habían surgido demasiadas opciones donde elegir.

El local en el que habían concertado la cita era amplio, pero con escasa clientela, en donde la mortecina luz que llegaba de la estrecha calle en la que se encontraba no bastaba para que el ambiente resultara claro. Las lámparas del techo, con tulipas de Tiffany, enturbiaban aún más la fisonomía del local, constituida en su totalidad por una madera oscura y pulida, elegante pero tan rancia a la vez que llevaba al parroquiano a considerar que se encontraba en uno de los más ancestrales templos de la cerveza de la ciudad.

Jack tuvo dudas si había acertado eligiendo a personajes tan singulares. Venían recomendados por Zuki, “un tío legal del cual te puedes fiar”, según todas las referencias que le habían dado en el foro. Ella era flaca, Jack apuntó mentalmente que “demasiado”, y concluyó en el acto que debía tratarse de una heroinómana como poco. Era afroasiática, lo cual le confería a sus rasgos una belleza exótica y misteriosa. Su cabellera lacia, tintada de un rubio chillón, carecía de aspecto sedoso, más bien se apelmazaba, y caía sobre su mejilla derecha, ocultándola y haciendo imposible fijar la mirada en sus ojos por completo. Vestía con una estética punk, de pantalones negros ajustados y chaqueta de cuero con algunas incrustaciones de metal que a Jack le recordaron inmediatamente a una moda ya muy dejada atrás. El novio o acompañante, era un hombre igualmente alto, de cara chupada y bigote y barba de varios días sin afeitarse. Su melena negra tenía igualmente el mismo aspecto apelmazado que el de la chica, y de su atuendo lo que más llamó la atención a Jack fueron sus botas de aspecto militar que se cerraban sobre la pantorrilla con una retahíla interminable de correas. Ambos habían superado claramente la treintena de años pese a su estética de adolescente rebelde.

Se sentaron frente a él sin siquiera saludarse ni estrecharse la mano.

—¿Eres tú el “increíble Ignatus Really”?

Jack asintió. No estaba dispuesto a dar su nombre y apellidos a unos

desconocidos con los que iba a confabularse para perpetrar un crimen, así que tomó prestado el nombre del protagonista de “La conjura de los necios”. Recordaba que Graham lo había comparado con aquel personaje en más de una ocasión.

Se produjo entonces un tenso silencio en el que los contertulios parecieron analizarse mutuamente con intensidad. Jack sintió cómo era examinado y evaluado. Finalmente llegó la pregunta.

—¿Qué pretendes hacer?

—Acabar con la existencia de un jodido cabrón hijo de puta.

—Eso no va con nosotros. No somos asesinos.

—Habías dicho que se trataba de sabotaje.

Ambos habían replicado simultáneamente, sin siquiera consultarse. Parecía que tenían criterios muy claros sobre ética aplicada, dedujo Jack. Incluso amagaron con levantarse y largarse del lugar. Jack levantó las palmas de sus manos rápidamente, en señal de calma.

—Seguro que en este caso sí, porque no estoy hablando de una persona, sino de una máquina.

Jack explicó entonces muy brevemente la historia de Lycoon Industries, aunque nunca mencionó la palabra Cerebro y siempre se refirió a él como IA.

—Ahora escuchad bien. Es muy importante que no habléis de esto con nadie, ni por teléfono, ni por correo, ni siquiera con papá o con mamá, ni hagáis búsquedas por internet... porque la IA os fichará, entonces os abducirá, se os comerá el cerebro y lo sustituirá por un gel engrámico con una red neural que le permite replicarse a sí misma.

Jack observó como la pareja le miraba en absoluto silencio, digiriendo cada una de las palabras que había dicho. Parecían hallarse en un estado de trance. Una estúpida sonrisa fue dibujándose en sus semblantes.

—Kiju, esta historia es flipante... mucho mejor que el mejor de los chutes.

—Sí, cariño, yo también lo noto. Adrenalina en estado puro. Hasta se me han quitado las ganas que tenía de meterme anfetás.

## CAPITULO 53

Era noche cerrada cerca de la carretera de acceso a Lycoon Industries. Un viejo utilitario de tres puertas, de origen alemán y de pintura corroída y desgastada, recorría la carretera a velocidad reducida. No había tráfico alguno y apenas había farolas encendidas que sirvieran de referencia. Tam conducía con prudencia mientras Kiju, a su lado, miraba en todas direcciones buscando algo. Detrás, Jack, que a duras penas cabe en el reducido cubículo posterior de la cabina, se esforzaba por echarse hacia delante a fin de ayudar en la tarea.

—Debería estar por aquí, —dijo la mujer, Kiju, que alternaba con la mirada entre escrutar las inmediaciones por las que avanzan y su móvil en el que mantenía marcada una dirección en un mapa.

Jack soltó una maldición.

—Teníamos que haber venido de día, joder, para ver dónde estaba la puta estación.

El recorrido se prolongó durante un par de minutos más. Finalmente fue la mujer la que percibió algo.

—Chicos parad. Creo que hemos dejado atrás lo que estábamos buscando.

Tam frenó en seco y puso marcha atrás. El motor del coche ronroneó mientras retrocedía a toda velocidad. Al poco tiempo rebasó un pequeño camino en el que no habían reparado anteriormente. Tan pronto como Tam maniobró para introducirse en el mismo los faros dejaron al descubierto un pequeño edificio de aspecto cuadrangular y una sola planta. Un cartel de riesgo eléctrico era bien visible incluso desde donde se encontraban.

Pocos segundos después Tam estacionaba y los tres descendían del vehículo. Jack pudo salir tras recibir la ayuda de Kiju porque se atascaba entre el asiento abatible y la abertura de la puerta. Se aproximaron al único acceso de la edificación, una puerta metálica envejecida por el óxido. Comprobaron que disponía de un cierre doble, cerradura y candado de seguridad. Tam observó el aspecto de ambos mecanismos, sopeso el candado,

lo miró de un lado, lo miró de otro y finalmente se inclinó sobre la cerradura, la sobó y palpó. Después se incorporó y le guiñó un ojo a Jack.

—Esto va a ser mucho más fácil de lo que pensaba. No voy a tener que utilizar el equipo de soldadura. Mejor.

Se dirigió al maletero del coche, lo abrió y regresó al poco tiempo cargando una pesada maza. Se situó junto a la puerta y separó las piernas para asegurar su equilibrio. Después elevó la maza y aplicó todas sus fuerzas en un golpe fenomenal sobre el candado cuyas piezas saltaron desgajadas en distintas direcciones. Después cambió su situación respecto a la puerta. Valoró la distancia y altura de la cerradura de metal que quedaba en pie, y propinó un soberbio golpe como el más experto de los bateadores de béisbol. La cerradura se hundió unos centímetros, y la puerta, cuya hoja se había abollado en buena medida en el punto de impacto, giró levemente sobre sus goznes. Tam se apoyó entonces en la misma y la puerta cedió, centímetro a centímetro, hasta que quedó suficientemente abierta como para poder pasar.

—¿Qué es esta mierda?

Jack entró tras el hombre y con su linterna enfocó las paredes del recinto, no muy grande, que se hallaba en un estado de completo abandono. Lo que vieron eran los restos de unas instalaciones desmanteladas. Armarios metálicos con puertas abiertas de par en par mostraban que su interior permanecía completamente vacío, a excepción de algunas barras de metal de la distribución eléctrica que seguramente los operarios que habían procedido a desmontar los cuadros eléctricos que contenían, habían dejado por pereza o despiste.

—¡Esto lleva tiempo en desuso! —Jack se rascó la cabeza. ¿Cómo era posible ese error? —Se suponía que toda la zona industrial desde aquí hasta Lycoon Industries tenía esta subestación como punto de suministro... De hecho, Lycoon era la única industria de la zona desde este punto en adelante. La crisis hizo que ninguna de las parcelas que siguen fuera comprada.

Fue la chica la que reaccionó con más sentido común.

—Sigamos la línea.

—¿Cómo? —preguntó Jack, aún desorientado por la sorpresa.

—Las líneas de alta tensión llegaban hasta aquí a través de torres y cables

aéreos, ¿no? Si ahora no bajan hasta esta subestación es que deben ir a otra. Sigamos los cables y no tardaremos en hallar la respuesta.

\*\*\*\*\*

Reanudaron la marcha en el antediluviano vehículo de Tam y Kiju. Los tres iban siguiendo las casi invisibles líneas eléctricas. De no ser por unas luminarias rojas que señalizaban los altos postes eléctricos situados cada pocas decenas de metros, no habrían podido hacerlo con la oscuridad reinante. Avanzaron varios kilómetros hasta que pronto se hizo evidente que se aproximaban a un lugar muy bien iluminado, y a pesar de lo avanzado de la hora de la madrugada, parecía tener gran actividad. Varios agentes de seguridad charlaban junto a la reja que daba acceso a la entrada principal de Lycoon Industries.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Tam sorprendido por tanta luz.

—Lycoon Industries, me temo, —informó Jack.

Jack frunció el ceño con cara de pocos amigos según hizo su comentario. No le gustaba nada aquello. Tam detuvo el vehículo y apagó las luces para no llamar la atención de los guardas que custodiaban la entrada del recinto.

—Fijaos en los cables de la torre del final del camino. Descienden hacia el interior del complejo- Kiju había tomado unos pequeños prismáticos, y aprovechándose de la excesiva iluminación del lugar le había resultado fácil efectuar el descubrimiento.

Entonces la pareja cruzó una mirada y soltaron una carcajada.

—Esto va a ser divertido, —comentó Kiju con una sonrisa.

—¿Has traído la burra?

—He traído la banda completa, cariño.

—¿Qué hacemos ahora?- preguntó Jack que se ofuscaba con la jerga de Tam y su novia.

—No podemos pasar por delante de semejante puesto de control, —sentenció Tam—. Hay que dar un rodeo. Nos introduciremos desde la parcela adyacente, la que hemos dejado atrás hace unos minutos. Meteremos el coche por allí y nos aproximaremos tanto como podamos a la verja que circunda Lycoon Industries. Seguramente no tendrán la parte posterior del perímetro tan

bien vigilado.

Y dicho esto Tam arrancó y cambio de sentido rápidamente, retrocediendo por la carretera hasta localizar el acceso a una parcela de terreno pedregoso e irregular. Inmediatamente el vehículo empezó a crujir y a protestar por el trato que recibía al circular por allí. En el maletero resonaba especialmente una contundente orquesta de sonidos metálicos. La cabeza de Jack chocó varias veces contra el techo de la cabina. “Joder, joder, joder” decía interiormente mientras Tam y Kiju se carcajeaban por todo.

Tam avanzaba con las luces apagadas y eso le llevaba a meterse ruidosamente en profundos charcos y baches que les hacían rebotar en sus asientos como bolas de un bingo en un bombo. Afortunadamente para Jack llegó un punto en el que Tam moderó significativamente la velocidad. Sus ojos, a medida que iban acostumbrándose a la oscuridad reinante, percibieron, entre los retazos de un breve lineal de arbustos y pequeños árboles, la alta verja metálica que separaba la parcela de las lindes de Lycoon Industries.

Cuando el terreno se hizo muy empinado, pues el solar de Lycoon se hallaba en lo alto de una pequeña colina, Tam detuvo el vehículo. A través del bosquecillo llegaba tamizada la luz de la parcela que pensaban asaltar. Jack en su fuero interno sentía que el plan ya había fracasado estrepitosamente. Era obvio que la estación se hallaba perfectamente custodiada en el interior de un recinto que contaba con una seguridad extraordinaria. Jack recordó el tiempo en el que pernoctaba en las oficinas cercanas y ocasionalmente salía fuera, de madrugada, cansado de tanta programación, a estirar las piernas y echar una meada mientras la mirada se perdía en la contemplación de una Vía Láctea como pocas veces podía observarse. En aquella época solo ingenieros y técnicos poblaban el lugar y muy rara vez la gente se quedaba a pasar noche allí, salvo él y Graham, claro. “Ahora, con tanta luz, ni la jodida Luna llena se podría ver”, se dijo resignado.

Estaba esperando a que sus acompañantes llegaran a la misma conclusión que él, su misión era suicida e imposible. No sabía lo que pretendían tras ese incómodo paseo pero para Jack seguía siendo evidente la futilidad de lo que tenían previsto hacer. “Lo que era no tener nada mejor que hacer”, se dijo resignado.

Tam y Kiju se bajaron del coche y abrieron el maletero.

—¿Tú no vienes?- le dijo después de un rato Kiju, que observaba a Jack quieto en su asiento, suspirando y callado.

—¿Ir a dónde? —preguntó incómodo por la idea de moverse en la oscuridad sobre un terreno abrupto.

—Joder tío, ¿Qué carajo crees que hemos venido a hacer aquí? ¿Nos has contratado, no? —Tam era el que hablaba con un tono entre sarcástico y cabreado. Jack decidió bajarse del vehículo y comprobar si esa gente hablaba en serio. No podía creer que tuvieran tan poco juicio para seguir adelante con su contrato.

Cuando se situó junto a ellos comprobó horrorizado que el maletero del vehículo era un revoltijo de materiales de trabajo de todo tipo, pero entre cizallas y un pequeño equipo de bombonas de oxigas para corte de metales, además de varias cajas de herramientas con sus utensilios desperdigados por todo el maletero, se mezclaban también un verdadero arsenal de subfusiles, pistolas ametralladoras Cobra, pistolas automáticas y semiautomáticas, y hasta un viejo kalashnikov con la culata atestada de pegatinas colgaba del fondo del maletero.

—Pero tíos... ¿no decíais que las armas no os molaban?

—Te tomábamos el pelo. Hay que ver qué ingenuo que eres colega, —le carcajeó Kiju mientras le daba un codazo en el costado que a Jack le hizo más daño del que reconoció.

Habían tomado varias pistolas además de una Cobra, que se enfundaron en distintas partes del cuerpo, tanto en piernas como en sus costados, sujetas en pistoleras afianzadas con correas. Después cada cual tomó una pequeña mochila en la que empezaron a volcar todo tipo de herramientas y cajas de munición, con la destreza de una ama de casa que llena su carrito de la compra en la sección de frutas y verduras.

—Toma, —le dijo Tam una vez su mochila estaba llena y se la tendió a Jack. Este la tomó y notó en seguida que necesitaba el auxilio de su otro brazo. Cuando le miró interrogativo a Tam este le explicó. —Esa es tu mochila.

—Pero es necesario que yo vaya...- Jack no consiguió que su frase adquiriera el tono de pregunta que deseaba. No obstante, Tam comprendió sus

dudas y soltó una sonora carcajada.

—Pues claro que tienes que venir. Tú conoces esto mejor que yo, ¿verdad?

Jack enmudeció mientras su cabeza pensaba a toda velocidad en qué clase de excusa podría dar para liberarse de esa responsabilidad. Pero el tiempo volaba. Antes de que se diera cuenta Kiju había cerrado el maletero y junto con Tam emprendían el camino colina arriba, en busca del bosquecillo que se formaba en las lindes de Lycoon Industries.

Por un momento Jack pensó que se iban a olvidar de él.

—¿Y tú a qué esperas?- Tam ni siquiera necesitó volverse para espolear a Jack.

“Maldita sea, lo único que se me ocurre es que quiero ir al baño a cagar... y la verdad es que sí que quiero ir al baño. Mierda.”

—Tengo que ir al baño, —dijo con una voz que a él mismo le resultó estúpidamente infantil.

## CAPITULO 54

Pero las molestas sensaciones gástricas que incomodaban a Jack no fueron tenidas en cuenta por sus compañeros, que parecían tomárselo todo a broma. Enfilaron la loma, atravesaron el bosquecillo y se plantaron junto a la reja de Lycoon Industries. Sin decir palabra Tam esgrimió la cizalla con verdadera maestría y realizó varios cortes de tal manera que en pocos minutos una cómoda abertura les permitió pasar al otro lado. Al hacerlo Tam devolvió la cerca cortada a su posición original a fin de camuflar el destrozo.

Ante ellos se extendía una suave pendiente descendente. El protagonismo lo acaparaba el gran Cubo, iluminado en cada una de sus caras, como si fuera la vedette de una gran obra en el momento álgido de su actuación. Su perímetro también se hallaba perfectamente iluminado, al igual que el parking y la entrada principal. Todo ese recorrido resplandecía por el efecto de poderosos focos. A su alrededor las luces iban apagándose, como si ninguno de los edificios accesorios de Lycoon Industries tuvieran importancia ya. El edificio de oficinas y taller principal se hallaba sumido en una absoluta oscuridad, al igual que la sala de control, que Jack podía observar parcialmente debido a las otras instalaciones que se interponían en su campo visual.

Rodearon la zona luminosa recorriendo su perímetro más oscuro, avanzando como unos guerrilleros infiltrados en un campo enemigo. Jack sudaba copiosamente y sentía un profundo malestar derivado de sus necesidades no satisfechas.

Se agazaparon junto a una pequeña caseta de hormigón cuyo sentido Jack desconocía. Desde allí Kiju se tomó su tiempo en identificar la localización de la subestación.

—Está allí. Es un edificio que está en uno de los costados del Cubo. — Regresó a una posición más a cubierto y tras unos segundos de pensar lo que iba a decir expuso su conclusión.- Va a estar complicado. Parece que el

acceso está muy bien iluminado. Linda con el Cubo y me ha parecido ver a algún vigilante recorriendo la instalación.

—Maniobra de distracción, —sentenció seguro Tam, asintiendo con la cabeza. Kiju hizo otro tanto en señal de acuerdo. Después miraron a Jack.

A Jack no le gustó nada esa mirada. Implicaba, que después de todo, iba a tener que hacer algo.

Se repartieron entonces unos auriculares que cada cual conectó con un pequeño walki que engancharon en el cinturón. Probaron el sonido. Podían escucharse entre sí.

—Se trata de provocar un fuego, Jack. Es una parte muy sencilla del trabajo, ¿verdad? —Tam hablaba mientras revolvía en su mochila. Finalmente extrajo varias granadas incendiarias, que le mostró como si fueran unas manzanas maduras.—. Tienes que llegar a la parte opuesta del complejo, creo que detrás de ese edificio grandote que está completamente a oscuras. Seguro que puedes introducirte dentro y provocar un incendio... tiene que ser fácil. Habrá papeles, plásticos, material que arda con facilidad... En tu mochila te he metido unas cuantas granadas incendiarias. Basta con que le quites la anilla a una y la arrojes bien lejos de ti... y sales cagando leches. El edificio parece en desuso y no le prestan atención, será fácil entrar. Ni siquiera cuenta con un foco que ilumine su entrada principal. Está chupado.

Jack no dijo nada. Sólo pensó en una consecuencia positiva de todo eso. Podría ir al baño.

Tam y Kiju convinieron en aproximarse a la subestación eléctrica por su parte más oscura. Si podían acceder al interior sin necesidad de ninguna maniobra de distracción así lo harían. En caso contrario se coordinarían con Jack para que iniciara los fuegos artificiales.

Se separaron.

Jack sintió un súbito aumento de la adrenalina en sangre y un pensamiento lo llenó de miedo. Se imaginó siendo atrapado por los hombres de Cerebro y sufriendo una lobotomía severa en la que la IA intervenía su mente. La idea le hizo sudar, a pesar de la baja temperatura de la noche.

Se movía por las partes más alejadas de la zona iluminada, cuyos focos proyectaban largas y oscuras sombras sobre cuanto rodeaba el perímetro

luminoso. Corrió por entre pequeñas edificaciones accesorias y contenedores de diversos usos, en su mayoría en estado de abandono, así como algunos vehículos pesados de carga y orugas Caterpillar. No se veía a nadie por allí. “Tranquilo Jack, tranquilo”

—¿Mathew? ¿Eres tú?

Una voz de hombre, grave y severa, sonó en la oscuridad, a escasos metros de dónde se encontraba Jack, justo a lo otro lado de una oruga Caterpillar que disponía de una enorme pala en su frontal. Su interlocutor se hallaba al otro lado. Jack pensó que ya todo se había acabado. No podía abrir la boca y decir “Sí, soy yo” porque su voz cargada de miedo lo delataría. Cada segundo parecía eterno y Jack sabía que debía hacer algo... ¿pero qué?

Tomó una decisión. Aprovechó para liberar su vientre de una portentosa cantidad de gases que llevaba tiempo aguantando.

—Jodido Matías, ¡ya te podías alejar un poco más! ¡Siempre igual! ¡Serás guarro!

Jack se quedó de piedra mientras oía al vigilante alejarse del lugar quejándose a voz en grito de la “peste” de Mathew. Jack, ya aliviado, tuvo un pensamiento mucho más prosaico. “Y así fue como un pedo salvó a la humanidad de perecer a manos del malvado Cerebro”.

Con paso más precavido prosiguió su marcha hacia la parte posterior del edificio que era su objetivo. Conocía bien esa zona de la parcela industrial. Siempre había sido un área trasera, sin uso y abandonada. El edificio no contaba con ninguna puerta de emergencia, pero sí disponía de una escalera de incendios en su parte posterior. Jack pasó junto a ella y se pegó a la fría pared del inmueble. Oteó en distintas direcciones y después recorrió la acera que lo rodeaba con la respiración entrecortada.

—¿Qué tal va eso Jack? —Kiju le preguntaba con voz crepitante y entrecortada por el walki.

Jack se detuvo y se concentró en activar el intercomunicador para ofrecer su respuesta.

—Todo bien por aquí. ¿Cómo se presenta la cosa?

Tardó en llegar la respuesta.

—Esto parece Fort Knox. ¿Es verdad que está la IA metida en ese inmenso

Cubo? -La voz de Kiju no sonaba tan distendida como antes.- No me creía la historia, pero viendo la parafernalia militar que tiene montada a su alrededor yo diría que sí. Hay muchos hombres armados, algunos parecen mercenarios. Esto va a ser duro de pelar. Vas a tener que montar un cirio bestial.

Fue Tam el que prosiguió con las explicaciones.

—Está claro que la subestación es un punto crítico de la IA. Por eso la han reinstalado dentro de la parcela de Lycoon y está fuertemente vigilada. También observamos numerosos equipos electrógenos. Si nos hubiéramos limitado a derribar una torre eléctrica se habrían activado los grupos generadores y la IA ni siquiera habría quedado en suspenso. Está claro que percibe cuáles pueden ser las causas con las que puede ser destruida.

Jack asintió.

—Eso quiere decir que el plan estaba bien pensado, ¿verdad?

Tam respondió con una voz que a Jack no le sonó demasiado convencida.

—Sí, por supuesto. El plan es bueno, sí. Pero todo va a depender de que montes unos buenos fuegos artificiales...

“Joder, joder, joder”

Jack se daba cuenta de que la esperanza de que todo quedase como un paseo por la oscuridad se desvanecía. No le importaba montar un show incendiario. Había hecho bastantes gamberradas en su vida para que ahora le entrara un escrúpulo por el incendio que debía provocar. Era el temor de que pudiera acabar en manos de Cerebro lo que le asustaba de verás.

Caminó hasta llegar a la esquina del edificio, la esquina donde se encontraba la cafetería, ahora en desuso. No iba a ser necesario que recorriera la acera hasta llegar a la puerta principal. Desde la cafetería se podía acceder igualmente. Un enorme cristal de un ventanal cercano se había roto y era fácil superar la base metálica que lo había soportado en su día y acceder al interior. La claridad del parking sobre iluminado llegaba hasta allí, pero Jack se aseguró que no había ningún hombre de seguridad en las inmediaciones. La terraza de la cafetería ya no disponía de ningún tipo de mobiliario. Seguramente los hombres que custodiaban la parcela se lo habían llevado hacia posiciones que les resultara más conveniente.

Se introdujo finalmente en la cafetería y se precipitó corriendo al interior

del edificio. Estaba completamente a oscuras. Ni siquiera al cabo de unos segundos, completamente detenido, sus ojos llegaron a acostumbrarse a la penumbra. Encendió su linterna led y la reguló para que arrojara el mínimo imprescindible de luz.

Pensó en la estrategia que debía seguir. La mano que sostenía la linterna temblaba como si sufriera una espantosa tiritona. Provocaría un incendio en un extremo de la primera planta, y saldría después por la escalera posterior de incendios y correría como alma que lleva el diablo hacia la verja rota y el coche. Sí, era un buen plan.

Para que la explosión tuviera más fuerza pensó que sería buena idea dejar la mochila con las granadas en el último despacho y después arrojaría una granada que se habría reservado sobre el pequeño arsenal que le había dado Tam. Aquello debía bastar para provocar un buen ruido y mucho fuego. Eso haría, sí.

—Aquí Jack, listo para organizar un lío de puta madre, —anunció con una voz artificiosamente varonil.

—Perfecto Jack. Lo tenemos todo a punto. Cuando se produzca el fuego la atención se centrará en el edificio y aprovecharemos para colarnos en el interior de la subestación. Cuando quieras.

Jack suspiró. Sí, un plan perfecto. Se cargarían la línea neutra que estabilizaba la potente corriente de la que se alimentaba Cerebro. Eso la descompensaría por completo. Los circuitos de Cerebro iban a arder por una sobretensión de iba a ser la madre de todas las sobretensiones.

Dejó la mochila en mitad de un despacho que aún conservaba estanterías abarrotadas de libros y papeles. No recordaba qué ingeniero trabajaba allí. Su despacho siempre había estado en la planta superior, desde donde se observaba todo, junto con el de Elsy y Graham. Se quedó con una granada en la mano y repasó su estrategia de huida. Correría por la pasarela metálica, se introduciría en el último despacho y a través de la ventana que había dejado abierta, se deslizaría grácilmente hasta la escalera de incendios y de allí al suelo y a la libertad. Después de su jugada todo correría a cuenta de Tam y Kiju. Mientras tanto, las granadas incendiarias estarían haciendo su trabajo.

Jack se frotó las manos en sus pantalones. Las palmas le sudaban horrores

y el corazón latía con la fuerza de un motor diésel. Separó la anilla de seguridad y lanzó el artefacto explosivo al suelo, que rodó al encuentro de la mochila que había dejado en el centro del despacho. Corrió entonces iluminando con su pequeña linterna el pasillo metálico y dobló bruscamente su trayectoria para entrar en el despacho de salida. El esfuerzo le hacía jadear. Ya no corría como cuando era un jovencito. La ventana abierta le aguardaba como si fuera un amigo con la mano tendida. Más allá la estructura metálica de la escalera... pero de pronto sobrevino una explosión descomunal, las paredes y suelo temblaron como si fueran una alfombra sacudida por la señora de la limpieza, y la escalera de incendios se esfumó de la vista de Jack como si hubiera sido apartada por la mano de un gigante. Jack percibió en una fracción de segundo como la pared que tenía a su izquierda se abalanzaba sobre él como un gigantesco matamoscas a punto de acertar a un insidioso mosquito.

Jack dejó de oír y de percibir nada. Sintió que la opresión sobre su cuerpo se volvía brutal. Se quedó sin respiración, con la sensación de que su pecho había reventado por diez costuras distintas. Un pitido agudo e intenso sustituyó a todo otro sonido. La oscuridad se hizo total. Jack en un último instante de lucidez, pensó que todo acababa en ese momento.

## CAPITULO 55

—Carajo, Jack, qué ha pasado allí? —la voz de Tam crepitaba por la radio y Jack a duras penas hilvanaba las palabras que le llegaban entrecortadas. Como Tam repitió varias veces la misma expresión logró entenderlo.- ¿Estás bien? Pero ¡cielo santo!, ¿qué demonios has hecho allí? Ha sido una explosión terrible.

—Medio edificio se ha venido abajo- informó Kiju, cuya voz llegaba más nítidamente por el auricular de Jack.- Seguro que el amigo ha palmado.

Jack gemía. Pensaba que estaba muerto, pero al comprender que sentía dolor su temor fue disipándose. Tampoco estaba atrapado entre un montón de escombros. Tosía y escupía porque la atmósfera estaba cargada de polvo, pero según pudo incorporarse levemente, casi a gatas, porque el techo se había venido abajo y el despacho había quedado reducido a un estrecho conducto. Observó que lo que quedaba de ventana permanecía a un metro por delante de él. Gateó hacia la salida, gimiendo. En ese momento estuvo a punto de gritar pidiendo ayuda. Le daba igual que fuera apresado por Cerebro y el fatídico fin que eso suponía. Sentía una enorme urgencia por abandonar aquel lugar. El edificio se tambaleaba, se iba a venir abajo. Sonoros quejidos de estertor surgían de diferentes partes de su estructura.

Cuando llegó al exterior, a lo que hacía unos minutos había sido una ventana, observó un panorama completamente distinto al que había sido un rato antes. La estructura metálica de la escalera de incendios que estaba acoplada a la fachada trasera se había desplomado y yacía doblada y desgajada cuan larga era lejos del inmueble. En su lugar una pila de escombros le brindaba una salida factible hacia su salvación. Jack se descolgó torpemente mientras se daba cuenta de que su propio cuerpo se iluminaba con un resplandor cambiante y danzarín. Había provocado no solo el derrumbe del edificio, sino también un poderoso incendio que abarcaba varias instalaciones y vehículos cercanos, que sin ser de vital importancia para Cerebro, estaban

copando la atención de sus vigilantes.

—Estamos dentro,- informó Kiju por el walki con voz fría.

—Esto va a ser fácil. Vamos a eliminar los cables de neutro. Te los voy a ir marcando para que sitúes el explosivo de corte.- Tam hablaba igualmente con voz fría.

—Yo estoy bien... creo... —dijo Jack, que no consiguió que su voz sonara igual de resuelta que la de sus compañeros.

Jack tuvo que dejar descolgarse in extremis sobre la pila de escombros. Estos se deslizaron bajo su peso y Jack cayó torpemente sobre los restos de hormigón. Rodó varios metros pendiente abajo. Se golpeó en la frente, costados y piernas, hasta que al final logró detener su aparatosa caída. Se incorporó con la sensación de no saber exactamente dónde estaba. No muy lejos varios hombres se afanaban en aplacar incendios volcando el contenido de sus extintores sobre varios vehículos en llamas. Ahora era consciente de que distintas sirenas de alarma clamaban en la noche con un sonido de pesadilla apocalíptica.

Jack se alejó entre toses y pasos erráticos, colina arriba, en busca de la zona por la cual habían penetrado en la parcela de Lycoon Industries. Oía por el intercomunicador las voces de Tam y Kiju informando de sus progresos. Parecían profesionales, absolutamente concentrados en la tarea que estaban ejecutando.

Finalmente llegaron las palabras que tanto estaban esperando.

—Esto ya está listo.

—Vámonos.

—¿Detonador?

—Aquí está.

Jack se detuvo junto a la verja, en el punto en el que la cizalla de Tam había practicado la abertura. Sus compañeros no tardarían en llegar.

Entonces se detuvo para contemplar el espectáculo que había creado y no pudo evitar sonreír, aunque al hacerlo sintió un sabor metálico en la boca. Al tragar saliva su lengua detectó que su boca estaba llena de sangre... daba igual.

Un centenar de metros más abajo reinaba el caos. El aullido de las sirenas,

los distintos focos de incendios, las densas cortinas de humo negro que se erguían hacia el cielo, así como el edificio principal de oficinas de Lycoon Industries, semiderruido e iluminado por las llamas, construían una verdadera escena de guerra. Los hombres gritaban y corrían de un lado para otro intentando poner orden en el caos. El Cubo y las vías principales se mantenían perfectamente iluminadas, ajenas al caos que se agitaba no muy lejos de ellos. Un cordón de seguridad, formado por hombres con mangueras y extintores, permanecían atentos, vigilando que el fuego no se extendiera a las instalaciones accesorias.

—¡Detonado!

La voz de Tam llegó nítida hasta él.

Sin embargo, no sucedió nada.

La iluminación seguía igual. No se había visto perturbada en nada la escena que ocurría ante él. Jack sabía que debía ser así. El objetivo era provocar una sobretensión. Un corte de suministro habría activado los grupos electrógenos y Cerebro se habría mantenido igualmente operativo. Sin embargo, la sobretensión enviaría un caudal de voltios al circuito engrámico de la IA que literalmente, acabaría fundiéndolo.

Los minutos se hicieron eternos, pero finalmente dos siluetas sombrías se acercaron a la posición de Jack. Los reconoció de inmediato.

—Caramba, hermano, me has dejado boquiabierto. Sinceramente, pensé que no darías la talla.

Jack sonrió, sin saber que a su dentadura le faltaba una de sus paletas, pero su sonrisa no pudo ser más orgullosa.

—Fijaos.

Kiju observaba con unos pequeños prismáticos el Cubo.

—¿Qué ves? —preguntó inquieto Tam, deseoso de conocer las consecuencias de sus actos.

—Surgen volutas de humo de lo alto de la estructura del Cubo. Varios focos han estallado. La iluminación del perímetro... observad...están apagándose.

Ya era visible a simple vista. Los focos que iluminaban el Cubo y sus alrededores estaban empezando a apagarse. De hecho, Jack tuvo la impresión de

que estallaban, y el resplandor del fuego cercano iluminaba las primeras columnas blanquecinas que surgían de los conductos de ventilación del Cubo. Los circuitos engrámicos de Cerebro empezaban a fundirse.

Tam apoyó entonces sus manos en sendos hombros de sus compañeros, situados uno a cada lado.

—Chicos, la hemos liado buena.

Y soltó una carcajada.

# **PARTE DE DONALD**

Curso de la investigación

## CAPITULO 56

Donald observó el rostro desencajado de Jack. Había contado su historia, y por lo que Donald había aprendido en la Agencia, había dicho la verdad. Estaba asustado. Jack había visto la verdadera furia en sus ojos y sabía que cuando Donald lo había amenazado de muerte no era un farol. La influencia de aquella IA sobre su hija desquiciaba al agente, no había necesitado disimular un ápice. Estaba dispuesto a todo. Las preguntas aún se agolpaban en su cabeza. Elizabeth había sido ingresada en un hospital de la Boston Medical y sabía lo que Jane le había contado. ¿Había sido intervenida en una máquina de recuperación? ¿Cómo eran? ¿Qué sucedía en su interior?

Las sienes de Donald sudaban. Paseaba nervioso de un lugar a otro mientras oscurecía y la temperatura descendía rápidamente. En el suelo, de rodillas, Jack, cabizbajo, levantaba la mirada suplicante de vez en cuando, como un perro apaleado que mira a su dueño sin comprender la causa de su ira.

—No puede ser que la IA esté tan fácilmente aparcada ni fuera de juego. Me dices que eso sucedió hace meses... pero su plan parece que sigue en marcha plenamente.

—El Cubo ha sido destruido. Lo hice yo.- Aseguró tajante Jack. Su mirada se llenó de firmeza al aseverarlo.

—Sí, pero... mi hija fue intervenida en un hospital de la Boston Medical... mi mujer me dijo que estuvo en la UVI ... me temo que fue sometida a una máquina de recuperación. Está claro que la IA ejerce una influencia sobre ella... incluso sospecho que me robó información confidencial.

Jack levantó la vista, incrédulo.

—¡Mira! —le espetó Donald, y arrojó sobre él el dibujo de la niña que mostraba al Cubo en medio del bosque que rodeaba la parcela de Lycoon Industries, con el texto “Yo soy” escrito nítidamente en letras grandes e

infantiles.

Jack se quedó asombrado cuando lo vio.

—Sí, lo dibujó esta misma mañana. Tenía su cuarto lleno de dibujos... He leído el Dossier Lycoon que redactó el propio Graham. Sé que esas fueron las primeras palabras de la IA. Tú mismo me lo contaste.

—Pero entonces... —Jack tartamudeaba. Parecía que no era capaz de asumir que la pesadilla que él creía terminada aún no había acabado.

—Si has leído el Dossier Lycoon, el archivo que al parecer Graham logró enviar fuera de su mansión cuando estaba retenido por la IA... sabrás que ésta le llegó a decir que se consideraba inmortal. Tal vez lo dijera no en el sentido de que el Cubo donde se encontraba era el lugar más seguro del mundo... sino de que era capaz de replicarse con suma facilidad. Que no temía que se pudiera acabar con su existencia fácilmente.

Jack asintió despacio.

—Desde luego la tecnología de impresión 3d ha mejorado enormemente... las máquinas de recuperación son capaces de ... son capaces de imprimir a una resolución neural, celular... Dios mío... tal vez tengas razón, ya sé lo que ha hecho Cerebro... la IA , quiero decir...

—Explícate.

—Un millón de metros cúbicos, es un lugar demasiado visible y expuesto, pero es el tamaño de Cerebro. No es un lugar dónde una IA que quiere sobrevivir pudiera sentirse cómoda, demasiado expuesta, visible, inmóvil. ¿Ha reducido su tamaño de un millón a tal vez uno o dos metros cúbicos...? Me parece fantástico e increíble... pero tal vez, ¿lo entiendes? Las máquinas de recuperación... ahora son Cerebro. Desde allí puede replicarse o inmiscuirse en la mente de los que son intervenidos introduciendo sus redes neurales engrámicas. Es posible que esté multiplicándose a través de esas máquinas...

—¿Y se ha dedicado a convertir a todo el que puede en peones a su servicio? ¿Qué le ha hecho a mi hija? —Donald sentía desesperarse al preguntarse por Elizabeth. —No puedo creer que manipulara su cerebro sólo para conseguir un pendrive con información sensible...

—Todo tiene un sentido. Cerebro habrá intentado agenciarse a personas

que le puedan venir bien en el desempeño de su supervivencia. Según Graham empleó al presidente de la Boston Medical...

—¿Y mi hija? —Donald parecía exasperado con esa posibilidad. Hablaba casi a gritos, fuera de sí.

—Tal vez tengas razón. Tú tenías el Dossier Lycoon. Tal vez estaba empeñado en recuperarlo. No sé cómo llegaría hasta ti el dossier, pero seguramente quería comprobar si lo tenías. Tu hija lo habría obtenido para él y seguramente destruido.

Donald hizo un gesto de rabia.

—Me lo facilitó Grace, una compañera del trabajo que investigaba infracciones procedimentales de experimentación médica que según la FED el holding había vulnerado. La IA debía saber que una copia me la hizo llegar en secreto, era su salvaguarda por si le sucedía algo. Evidentemente sospechaba que se enfrentaba a un enemigo poderoso. En cuanto a Elizabeth... creo que fue la agente Foster introdujo un alérgeno potente en ... ¡le regaló caramelos! ... y así provocó su hospitalización. Cielo santo. —A Donald le costó concluir su discurso en el que empezaba a comprender la magnitud del crimen. Se sentía mareado y acabó sentándose en el suelo, junto a Jack, a quien había obligado a permanecer de rodillas durante todo el interrogatorio.

—La agente Foster... —Jack se quedó pensativo.- Sé quién es... había dos personas, un hombre y una mujer. Fueron las primeras cobayas con las que se experimentó en la máquina de recuperación. Graham no se atrevió a impedirlo, pero nos quedamos horrorizados por lo que implicaba su uso... aunque no teníamos aún claro qué significaba aquello.

Donald recordó lo que había leído en el Dossier Lycoon.

—Según Graham, la IA quería deshacerse de su sentimiento de culpa y experimentó creando sendas subdivisiones de su conciencia, Caín y Abel, uno preocupado por el bien y otro sin escrúpulos. Creo que estudiaba las pautas que debía seguir para practicarse una especie de autolobotomía y quitarse los escrúpulos de en medio y convertirse en una especie de engendro psicópata muy inteligente. Y su experimento debió de ser un éxito. Sólo que la parte buena decidió acabar con su opuesto. Caín, Lance Philby, mató a su hermana engrámica, comprendiendo cuál era el fin que perseguía la IA. Decidió

combatir a Cerebro, aunque él mismo fuera una creación de ese ser del demonio. Foster era un peón fiel a Cerebro entonces y Lance su acérrimo enemigo.

— Y Caín, como tú lo llamas, la asesinó sin piedad... ¿Y por qué ese Cain acabaría con la vida de Graham?

Donald negó con la cabeza. Eso ahora carecía de importancia.

—Hay que acabar con la IA. Hay que destruir todas y cada una de las máquinas de recuperación antes de que se distribuyan a lo largo y ancho de este mundo.

Donald miró a Jack. Aún permanecía en el suelo arrodillado, con expresión atemorizada. Tenía la impresión de que era un “cobardica”. Imposible contar con él para nada. Lo haría él solo. No necesitaba ayuda para esa tarea.

\*\*\*\*\*

Donald dejó a Jack en la dirección que le pidió. Después siguió su camino a casa. ¿Cómo se lo diría a Jane? Tal vez fuera mejor callar todo el asunto hasta que él acabara con todo. Terminaría con esa pesadilla por su cuenta aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Era imposible saber a cuántas personas tenía Cerebro en el bolsillo o había abducido con su máquina de recuperación. ¿Cesaría la influencia de esa máquina infame sobre su hija una vez destruyera la IA... o tal vez pudiera ocasionar un daño irreversible a Elizabeth? La pregunta le suscitaba unas dudas terribles respecto a lo que debía hacerse. Prefería no pensar en ella.

Era tanto lo que había que hacer... y por otro lado llegar a casa y aparentar normalidad... ¡aparentar normalidad! Cómo deseaba sostener a su chiquilla entre sus manos y hacerla reír, comprobar que todo iba bien... ¿Le preguntaría por el pendrive? Asustado comprendió que si Cerebro había intervenido en Elizabeth deduciría a lo mejor sus sospechas.

Donald suspiró abatido. Sentía que el peso del mundo caía sobre sus hombros y no tenía fuerzas para soportarlo.

No tuvo tiempo de reaccionar. Había cruzado el semáforo en verde, estaba seguro, pero un camión se abalanzaba hacia él por su izquierda como una

tromba. Intentó esquivarlo, pero el impacto lateral arrojó la berlina de Donald rodando como si fuera una piedrecita que un niño ha golpeado con la punta de su zapato. Las vueltas de campana se sucedieron mientras Donald sentía como su vida podía terminar en cualquier momento. Una sucesión de golpes y un dolor contundente fue la única percepción clara que experimentó. Después, cuando el movimiento cesó, la sensación de un líquido pegajoso descendiendo por sus mejillas le indicó que sangraba profusamente.

No podía moverse y respiraba con dificultad. Fuera, de noche cerrada, parecía que todo estaba quieto e inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir se encontraba en el interior de una ambulancia, acompañado de dos enfermeros. Una mascarilla de oxígeno tapaba parcialmente la visión. A duras penas podía respirar. Sus brazos parecían sujetos por las correas de la camilla sobre la que yacía tumbado.

—Aquí dice que en caso de accidente presentarlo en los servicios médicos de Pharmaceuticals Inc. —oyó que decía una voz.

Donald observó por el rabillo del ojo como el enfermero estaba consultando una terminal de ordenador. Pero cuando intentó alzar la mano para protestar sus fuerzas desfallecieron y quedó sumido de nuevo en la inconsciencia.

# **PARTE DE EDWARD**

Curso de investigación

## CAPITULO 57

Había buscado en todos los lugares en los que recordaba haber estado con ella. Su casa, su trabajo en el MIT, la casa de su padre... Interrogó a amistades y conocidos con los que la había visto hablando o que intuía que existía un mutuo conocimiento, compañeros de la Universidad, vecinos. Con gran esfuerzo localizó a primos, tíos y tías, pero la familia de Elsy, además de quedarse preocupada al enterarse de su situación, estaba en general poco informada por sus actividades profesionales. Sus amistades ignoraban por completo su paradero y se mostraron inquietos por los cambios que habían operado en ella en los últimos tiempos. En general, todo el mundo achacaba a la tumultuosa actividad de Lycoon Industries el que Elsy se hubiera ido apartando paulatinamente de sus vidas. Edward Cooper no dejaba de pensar en Elsy, pero la búsqueda en la que se había enfrascado obsesivamente resultaba por completo infructuosa.

Y sólo se le había ocurrido un sitio más.

Fue mientras intentaba dormir, una noche, cuando de pronto recordó su excursión por los montes del parque natural de Pisgah. Elsy le había ido llevando, durante las semanas en las que compartieron trabajo que antecedió al lanzamiento de Lycoon Industries, y en las que terminaron por conocerse... y enamorarse en su caso, a todos los lugares que significaban algo para ella, o bien porque querían compartirlos con él, o bien porque simplemente iba allí con frecuencia con sus amistades. Pisgah había sido uno de ellos.

Edward preparó la excursión con ánimo incluso de pasar noche a la intemperie. Recordaba vagamente el recorrido por el bosque, montaña arriba, pero iba dispuesto a completarlo íntegramente y no se permitiría la licencia de abandonar a las primeras de cambio si se perdía en la ruta que se había fijado.

Recordaba el día de excursión con Elsy como una luminosa vivencia. Su beso apasionado que invitaba a pensar en el inicio de un idilio romántico pero sereno a la vez, no fue sino el preámbulo de una tragedia, cuando días más

tarde Graham irrumpía estrepitosamente entre los dos, lo arrasaba todo, y él quedaba fuera de juego por un estúpido accidente de tráfico que casi le había costado la vida.

Ese beso había sucedido hacía varios años... pero para él era reciente. Todo era reciente. Su coma había sido un paréntesis que le impedía comprender aún la magnitud de lo sucedido con Lycoon Industries. Sus sentimientos eran recientes también. Después del shock que supuso reencontrarse con Elsy de nuevo se sentía dolido consigo mismo, pero a la vez esperanzado. Necesitaba hablar con ella, recuperar su relación en el punto donde lo habían dejado, como si nada hubiera pasado. A fin de cuentas, para él, eso era algo fácil de hacer. Un sentimiento que le hacía sentirse traicionado lo doblegaba, pero finalmente Edward, si había aprendido algo de todo cuanto le había sucedido, es que merecía la pena luchar. No se quedaría callado nunca más. Al menos diría las palabras que estimaba era necesario pronunciar y después se iría a empezar una nueva vida. Sería otro. Una persona mejor. Esta decidido. Sentía una fuerza dentro de él que le decía que lograría todo cuanto se propusiese. Pero antes de empezar una nueva vida debía intentarlo de verdad. Jamás se lo perdonaría si no lo hacía.

Siempre se había reprochado que no hubiera sido capaz de superar su timidez. Nunca fue capaz de expresar abiertamente sus sentimientos, como si fuera un apocado colegial en una obra de teatro al que hay que dictarle cada palabra que debe decir o cada gesto que debe escenificar. La había besado..., pero ¿por qué no había dicho que la amaba, que ella era para él el ser máspreciado del universo, que estaba dispuesto a todo por ella, que consagraría su vida a hacerla feliz, si esos sentimientos habían brotado en su corazón limpiamente? Él los había contenido asustado, seguramente porque no los entendía y no era capaz de expresarlos.

Sí, había tenido miedo. Edward podía haber olvidado muchas cosas de aquella tarde, pero no ese sentimiento que se erigió como una barrera infranqueable. Pensó que tenía tiempo por delante y que todo llegaría. Ahora quizás pudiera arreglarlo... pero necesitaría al menos una oportunidad. Eso sí, nunca más tendría miedo. Estaba seguro de ello.

La foresta de Pisgah perdía la hoja caduca. El bosque amarilleaba y se

teñía de tonos bronce que vibraban a merced de la brisa de la tarde. Cuando había ido con Elsy habían avanzado rápido, corriendo en muchas ocasiones, en un día luminoso, cargado de verdes y azules, de sombras y mariposas que revoloteaban a su paso. Pero Edward ahora iba bien pertrechado, con abrigo y pantalones largos, además de una abultada mochila, y no podía avanzar tan rápido. Creyó haberse equivocado de camino varias veces, obligándose a detenerse y retroceder para emprender rutas alternativas que no parecían ser más acertadas. No estaba seguro de por dónde le había conducido Elsy la tarde en cuestión, pero sí estaba seguro de a dónde quería llegar. Lo recordaba perfectamente. Un paraje desde el que se observaba un pequeño lago. Había una cabaña en el otro extremo. Elsy se había quedado mirando aquel lugar largo rato, como si pensara algo y Edward había comprendido que aquel paraje era más entrañable para la joven científica de lo que podría pensarse. Ese recuerdo se había revelado con toda su secreta fuerza la noche anterior. “Elsy conocía aquel lugar y aquella cabaña”, pensó sobresaltado Edward, incorporándose de golpe en la cama al darse cuenta de lo que significaba aquello. Tal vez ese fuera su último escondrijo.

Recordaba que el bosque estaba salpicado de lagunas. Había ido reconociendo los sitios visitados con Elsy a duras penas. En verano el verdor y la luz del mediodía conferían un aspecto vital y alegre a la naturaleza boscosa. Sin embargo, en el otoño incipiente y siendo la duración del día notablemente más corta, el bosque había adquirido una personalidad triste e irreconocible. Era un lugar desconocido que no agradecía su presencia y que hoscamente le invitaba a retirarse.

Anocheía cuando el corazón de Edward latió con fuerza porque el sendero ascendía hacia un cerro desnudo que a él le resultaba inconfundiblemente familiar. Cuando llegó a lo alto sonrió contento. Desde allí el terreno descendía en suave pendiente hacia un pequeño lago, rodeado de bosques. Al fondo, la cresta de una montaña gris y lejana cuyas faldas de verdor ahora parecían oscuras e impenetrables, enmarcaba la estampa. Y en la otra orilla del lago, lejana, pequeña, inalcanzable, brillaba la luz de una lámpara delineando el diminuto cuadrilátero de una ventana.

Era la cabaña que buscaba.

\*\*\*\*\*

Un aluvión de pensamientos confusos y contradictorios se precipitaban sobre Edward conforme sus pasos se dirigían a la entrada principal de la cabaña. ¿Era capaz de hacerlo? ¿Qué le diría? ¿Qué le contaría?

Sólo sabía que si no la encontraba... el sentimiento de decepción le haría un daño terrible. Desde que habían tenido noticia de su desaparición del centro médico donde estaba recluida, Edward se había empeñado en localizarla. La angustia y el vacío ocupaban su corazón y bien sabía que sólo aliviaría sus males hablando de nuevo con ella. Ya había sido así cuando había charlado con ella varias semanas atrás. Esa conversación deshilvanada era todo cuanto tenía de Elsy. Se negaba a aceptar en que todo quedase en ese episodio tan triste. Esta vez no callaría.

Llamó a la puerta. Notó como el sonido rítmico de alguien que está fregando y haciendo tareas del hogar se interrumpía con un silencio tenso y misterioso. Pasaron largos segundos sin que sucediera nada. Edward pensó que podría haberse asomado a alguna de las ventanas de la casa antes de entrar y lamentó no haberlo hecho. Ahora ya no parecía apropiado. Aguardaría.

La puerta se entreabrió ligeramente. La escasa luz del atardecer no bastó para sacar a Edward de dudas. La estrecha franja abierta le permitió distinguir a una mujer de pelo rubio, recogido en una coleta, pero cuyo semblante se hallaba oscurecido por la propia sombra de Edward. El brillo de su mirada resultaba misterioso e indescifrable.

—¡Tú!

Sí, era la voz de Elsy. Edward no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción, aunque cuando la puerta se entornó un poco más su expresión mudó en otra de confusión. Elsy le apuntaba con una pistola.

## CAPITULO 58

Elsy le miraba con expresión indescifrable, pero indudablemente hostil. Edward no comprendía el origen de aquella animadversión. ¿Qué había sucedido para que se operase ese cambio? No había hecho nada contra ella, y se comportaba como una fiera herida que desconfía de su agresor.

No dejó de apuntar con la pistola en su dirección y permitió que entrara en la casa. Le indicó un sitio en la mesa en el que podía sentarse y cerró la puerta tras de sí, echando el cerrojo después. El cierre metálico rechistó inesperadamente violento.

Elsy se movía despacio y tomó asiento frente a él, en el otro extremo de una mesa rectangular, pero pequeña. Edward apoyó sus manos extendidas sobre la mesa, en un gesto que intentaba transmitir calma. ¿Qué sucedía?

—¿Quieres algo de comer?

Elsy se mostraba cortés, aunque su voz resultaba fría. Ya no operaba sobre ella ningún género de drogas ... ni tampoco simulaba hallarse bajo los efectos de las mismas. Su lucidez era absoluta. Edward empezó a comprender que Elsy no tenía miedo. Si seguía apuntándole con la pistola era por otra razón.

Sobre la mesa un plato de madera acumulaba triángulos de un queso semicurado que decidió probar. Un vaso de vino tinto casi vacío indicó a Edward que Elsy había estado degustando aquella frugal cena. Elsy le indicó que se sirviera y Edward se decidió a probar el queso, que le resultó delicioso. La urgencia de la búsqueda le había llevado a obviar el intenso apetito que se había ido acumulando durante la jornada. En ese momento de descanso, en la silla, cerca del fuego del hogar, empezó a sentir como sus músculos se distendían y el cansancio de la larga jornada se hacía palpable. Pidió permiso para quitarse la chaqueta de neopreno y sentirse más a gusto. Elsy mantenía su mirada hostil en él. La mano sujetaba la pistola con firmeza.

—No has debido venir a buscarme. ¿Por qué lo has hecho?

—Creo que necesitas ayuda, y yo estoy dispuesto a brindártela.

Elsy negó con la cabeza, rápido. Sus ojos mostraban un sentimiento contradictorio e inesperado que confundió a Edward.

—No has debido venir a buscarme. No entiendes nada. Has estado ausente unos años y no sabes, no tienes ni idea de lo que ha sucedido, de los errores que hemos cometido y de a dónde nos han llevado. Esto no tiene solución... y mucho menos tú vas a poder hacer nada.

—Elsy... yo quería decirte que te amaba... y te sigo amando.

La declaración tomó a Elsy desprevenida. Su semblante se alteró fugazmente, como si una cortina se hubiera descorrido con una ráfaga de viento, y de pronto se hubiera podido percibir el interior de una habitación, una visión breve que revelaba un paisaje desconocido. Había desconcierto en el interior de Elsy.

—Me enamoré de ti hace años... y desde que desperté de mi coma no he dejado de pensar en ello. He intentado pasar página, pensando que a fin de cuentas elegiste a otro... pero también comprendo que en su día obré como un cobarde que no supo afrontar sus sentimientos. Sé que tengo una nueva oportunidad, no dejaré que mi nueva vida repita los errores de mi pasado. Mi último error fue ese, callar. Ahora he venido a decirte lo que siento por ti. Te sigo queriendo, Elsy, como el día que te besé en este mismo lugar.

Edward sentía una fuerza creciente en su interior. A medida que se sinceraba su pecho se llenaba de una calma como nunca antes había conocido. Si bien su discurso empezó con palabras vacilantes, terminó con absoluta seguridad.

—¿Me quieres? Si no sabes quien soy... no me conoces, Edward, no me conoces en absoluto. —Elsy seguía esgrimiendo la pistola con fuerza. No la había apartado de él ni una sola vez.

—¿Por qué no dejas el arma a un lado? ¿No ves que no quiero hacerte ningún daño? —Preguntó Edward con voz serena.

Elsy le miró. De nuevo esos ojos inescrutables no revelaban un ápice de lo que pasaba por su cabeza.

—No la aparto de ti porque tengo que matarte Edward.

Edward suspiró. No entendía nada.

—¿Matarme? ¿Por qué?

Elsy sacudió la cabeza. Se quedó mirando las llamas que refulgían en la chimenea cercana.

—No lo entenderías...

Edward le miró con pena. Sí, comprendía que aquella mujer a la que amaba sufría lo indecible.

—Te escucho. Cuéntame.

Elsy hizo una larga pausa antes de retomar la palabra. Incluso Edward percibió un atisbo de indecisión en la firmeza con la que le apuntaba.

—No sé si lo entenderías. Has estado ausente, no sabes por lo que hemos pasado... no comprenderías los errores que cometió Graham... que cometimos todos.

—Si no me lo cuentas es seguro que jamás os entenderé... ni a ti ni a Graham.

Evocar a Graham le provocó sentimientos encontrados. Aún no había perdonado la traición de su amigo. Él, que sabía lo que sentía por Elsy, se había interpuesto entre ambos. Respiró con fuerza al pensar en ello.

—Graham y yo nos casamos al año de conocernos... Tú ya no estabas, además que tu comportamiento había sido tan distante conmigo, que estaba segura de que yo ya no te gustaba. -Elsy bajó la mirada mientras evocaba esos recuerdos. Después la levantó de nuevo y se enfrentó a Edward con enfado. — No sé de que va a servir esto, Edward. ¿Quieres hacerme sentir culpable? No lo lograrás ... porque no puedes.

Edward calló. El semblante de Elsy dejó pasar la tormenta de su enfado y después de un largo silencio retomó la conversación.

—Graham tenía una personalidad arrolladora. Era imparable. Además, tenía dinero y una fe inquebrantable en el proyecto. Estaba seguro de que iba a lograrlo. Con el tiempo comprendí cuál era el ímpetu que le empujaba hacia delante. Él lo tenía todo. Dinero, talento, personalidad y atractivo... ¿qué le faltaba a Graham? ¿La gloria? —Elsy calló, y después pronunció unas palabras en un tono más bajo. —¿La inmortalidad?

Se quedó pensativa.

—Endevour Capital nos apoyó, pero no era precisamente una ONG sin ánimo de lucro, Edward. Mientras el proyecto estuvo pujante y cosechó sus

primeros triunfos con patentes muy sonadas nos apoyaron. Cuando desde su punto de vista Lycoon se estancó, recuperaron el capital y se marcharon, dejándonos en la estacada.

—He oído eso.

Elsy cerró levemente los ojos, haciendo que su siguiente frase llevara una carga extra de sagacidad.

—Esa es la versión que Cerebro quiere que creas.

Edward le miró extrañado.

—¿Cerebro?

—Sí, la IA que creamos. ¿Quién crees que nos controla a todos, Edward? ¿Quién nos manipula a todos desde el principio? —Elsy casi gritaba. La mirada de Elsy adquirió una intensidad furibunda y sus mejillas enrojecieron.

Sobrevino un largo silencio. Por primera vez Edward empezó a sentirse incómodo en la cabaña. Efectivamente, era como si no conociera en absoluto a aquella mujer de la que sentía se encontraba extrañamente vinculado.

—Graham hizo trampas para activar el Cubo. Debes saber ya a estas alturas que no lográbamos que las redes neurales activaran los engramas. Pero Graham tenía un plan B. Si no funcionaban los diseños creados por nosotros mismos, ¿por qué no replicar los de un ser humano perfectamente constituido y funcional?

—¿Qué hizo Graham?

—Al principio todos estábamos convencidos que había replicado tu cerebro en el Cubo. Eso explicaba ciertos rasgos hostiles de la personalidad de Cerebro. Estabas enfadado con él... por lo que había sucedido entre nosotros.

—¿Yo?

—Estabas en coma. Era fácil hacerte escáner y tomografías cerebrales de altísima resolución y trasladar esa distribución a la red neural del Cubo.

Edward quedó boquiabierto.

—Pero Graham estaba recluido por una razón aún peor que esa... mucho peor. No había utilizado tu distribución neural, tu arquitectura cerebral, Edward Cooper, sino la suya propia. Cerebro era su propia réplica. Graham estaba pensando en sí mismo,... como siempre, me temo.

Elsy pareció serenarse al decir esto último. Sus ojos se clavaron en Edward como si esa verdad fuera capaz de traspasarlo y herirlo.

—Se creó entonces una perversa relación entre ambos. Eran socios de un mismo proyecto, y de hecho ambos eran, en cierto sentido, una misma persona. Es fácil concluir que sus intereses debían confluir hacia un mismo objetivo, pero Cerebro, siendo ambicioso como su original, era infinitamente más inteligente y poderoso que Graham. Lo manipulaba, lo llevaba a dónde quería. Y lo primero que echaba en falta el Graham que vivía encerrado en un cubo de un millón de metros cúbicos de volumen era tener un cuerpo, respirar aire, moverse y tocar las cosas. Sentir y vivir. Su mente le reclamaba una vida... un cuerpo físico.

—Comprendo... La IA quería un cuerpo físico, ser una persona porque a fin de cuentas su forma de pensar estaba copiada de una persona... —concluyó Edward en un murmullo.

—Ese fue su plan desde que adquirió conciencia. Escapó de los límites impuestos en el Cubo y manipuló la realidad a su alrededor. Suplantó a Graham y desmotivó a Endeavour Capital haciéndoles creer que Lycoon Industries estaba amortizada a través de informes manipulados del estado de las investigaciones que desarrollábamos. Quería controlar el capital para controlar las decisiones. Cuando Endeavour nos abandonó, con los recursos que quedaron en Lycoon se hizo con una empresa a punto de quebrar pero que se movía en el terreno tecnológico que necesitaba Cerebro para proseguir con su estrategia, Pharmaceuticals Inc. Allí inició su plan para construir una máquina que le permitiera asimilarse en cuerpos humanos. Un plan que lleva desarrollándose con pleno éxito desde entonces. Su objetivo primero fue insertar engramas en el cerebro humano a fin de alterar la personalidad de las personas tratadas... y controlar su voluntad. Pero esa era la primera parte del plan. Creo que todos sabíamos que Cerebro se guardaba a Graham para sí, para culminar la última parte del plan... así el Graham del Cubo retornaría a su recipiente corporal legítimo.

A Edward le costó formular la siguiente pregunta.

—¿Qué hizo?

—Graham fue el primero en ser introducido en esa máquina. Cerebro lo

sedujo hablándole de inmortalidad, omnipresencia, da igual... Creo que la denominan máquina de recuperación neural. Su cerebro fue manipulado ... no sé hasta que punto, pero Graham dejó de ser Graham. Seguía manteniendo su personalidad, pero su libertad era accesoria. Obedecía a Cerebro. Sospecho que a través de algún género de implante de comunicación que nos permite estar en contacto con él...

La voz de Elsy tembló. Edward sintió que su mundo se venía abajo.

—¿Has dicho “nos”? ¿Tú también estás bajo... su... control? —preguntó Edward a duras penas. Su boca se había quedado seca.

## CAPITULO 59

Elsy calló ante la interrogación llena de desconcierto de Edward. Su expresión seria, solemne, ni siquiera sufrió una leve alteración, inmune aparentemente a todo cuanto Edward pudiera hacer o decir.

—¿Estoy bajo su control? —Repitió la pregunta, como si estuviera sondeándose a sí misma, en un ejercicio de introspección, o quizás consultando a un tercero que pudiera sacarle de dudas. —Sí, sin duda alguna. Tengo libertad de pensamiento, lo sé, pero mi voluntad está completamente determinada... En algunas cuestiones al menos lo es absolutamente... como por ejemplo, matarte. Sé que no saldrás vivo de esta cabaña, Edward. Lo siento de verás. Es algo que no puedo cambiar.

Edward se apoyó en el respaldo de su silla. Tenía la impresión que estaba jugando una complicada partida de ajedrez y que necesitaba dejar de mover tontamente las fichas y centrarse en el juego de una vez. Acababa de recibir un jaque inesperado. Aguardó en silencio, pensando minuciosamente cuál habría de ser su próxima jugada.

—¿Por qué estás aquí entonces? ¿Por qué estabas recluida en un centro psiquiátrico Elsy? -Edward aguzaba el ingenio, intentando hacer coherente el comportamiento de Elsy con lo que ella le revelaba. —No pareces un sujeto dócil a la voluntad de una IA... diría que estabas intentando oponerte, liberarte... ¡huir!

Elsy entornó de nuevo los ojos hacia él. Los había apartado cuando Edward formuló las primeras preguntas, como si las mismas le hubieran obligado a concentrarse en sí misma.

—Por supuesto que intento revelarme, Edward. Cuando comprendí lo que me había sucedido... lo que Graham me había hecho, huí de Lycoon Industries y me alejé de Graham... comprendía que ya nada podía hacer por él. Pensé ingenuamente que la distancia serviría de salvaguarda de la influencia de Cerebro. Pero es inútil. Cerebro me deja moverme libremente, Edward, y me

utiliza... nos utiliza cuando le resultamos útiles o imprescindibles. Me interné en el centro psiquiátrico e intenté aniquilar con fármacos la influencia de la IA, pero comprendí que no podría destruir la alteración neural que había insertado en mí. Me refugié después aquí, en las montañas, confiada en que una zona libre de señales radioeléctricas me permitiera estar a salvo de su influencia, pero ha bastado que aparecieras ante mí para que de inmediato una orden suya ocupara por completo mi mente.

Graham suspiró. Al menos seguiría hablando. Confió que llegado un momento pudiera existir un resorte emocional que liberase a Elsy de su captor. Desplazó lentamente las palmas de sus manos sobre la rugosa superficie de la mesa, como si ese movimiento permitiera aplacar el espíritu decidido de Elsy.

—Dices que fue Graham el que te hizo eso... ¿cómo sucedió exactamente?

Elsy tardó en responder. Como antes, su expresión severa resultaba impenetrable a Edward.

—Está bien. No veo qué problema puede existir en revelarte algo si mi objetivo final es eliminarte, —determinó. —Graham fue seducido por la IA, como te he dicho. Conociéndole no resulta fácil que cayera en la tentación de pensamientos de grandeza e inmortalidad con los que la IA le sedujo. A fin de cuentas, Cerebro no era sino una réplica neural de él mismo. Sabía perfectamente qué resortes mover. Y Cerebro velaba ante todo por su propia supervivencia. Se veía a sí mismo como un ente frágil. Encerrado en una construcción llamativa y formidable a la vez, resultaba vulnerable a cualquier acto hostil... incluso a una coyuntura económica o empresarial adversa. Desde el primer minuto se fijó como objetivo su propia supervivencia... y está la entrelazó hábilmente con la vida de Graham. Yo formaba parte de esa vida. Si quería que la voluntad de Graham al completo estuviera supeditada a sus propios intereses también debía tenerme a mí bajo su yugo. Así que Graham, con lágrimas en los ojos, me drogó, me condujo hasta el hangar de Farmaceutics y aunque yo le suplicaba que no lo hiciera y él me perjuraba que no deseaba hacerlo, me sedó y me introdujo en la máquina de recuperación.

El testimonio sencillo de Elsy concluyó sin que su voz se hubiera alterado en un solo ápice. Parecía que todo sentimiento había sido desterrado de aquel trauma.

—No pareces afectada por eso.

—Cerebro no permite que nada de cuanto hace afecte a mis emociones. Puedo ser yo misma en todo cuanto se circunscribe a mí ... pero cuando mi voluntad está impuesta por la suya desaparece cualquier atisbo emocional. Es como si... obedeciera a una voluntad superior, y eso me llena de.... paz. Carezco de escrúpulos en ese territorio, Edward. No me guardes rencor por lo que debo hacer. Después, cuando veo que he obrado conforme a su voluntad... bueno, eso es otra cosa.

Edward asintió. Comprendía. Eran decisiones y actos sobre los que Elsy no ejercía control alguno. No podía sentirse mal por algo que le era por completo ajeno,... desde su punto de vista. Parecía que sobre el tablero sólo quedaba un movimiento posible.

—¿Por qué matarme, Elsy? ¿Qué gana Cerebro con eso? No tengo ningún poder para destruirle. Ni siquiera había albergado ninguna idea que implicara algo así. Yo sólo te quiero a ti. He venido porque te amo.

Elsy le miró fijamente mientras alzaba la pistola en su dirección. Edward diría que no fue ella la que respondió en ese momento.

—No puedo permitirme dejar un cabo suelto.

# **PARTE DE JACK**

Curso de la investigación

## CAPITULO 60

Jack paseaba por entre los puestos del mercado público de Boston mientras decidía en qué carnicería realizaría su compra del día. Era un recinto luminoso y amplio que invitaba a entretenerse en la tarea de seleccionar la compra. La víspera había resultado desagradable. El secuestro al que había sido sometido por el agente del FBI le había dejado un poso de intranquilidad que se esforzaba en disipar. Había decidido darse un festín a base de un buen chuletón y el paseo previo a la compra formaba parte del sibarita proceso que precedía a la degustación. Jack no era de gustos culinarios sofisticados, pero ocasionalmente se brindaba homenajes caseros en los que centraba toda su atención. Su vida había sufrido severos sobresaltos y en una rápida decisión optó por trasladar su domicilio a un piso alquilado a un amigo a través de un contrato sin registrar. Allí desarrollaría de momento su existencia bohemia y desordenada,... y ojalá el agente Donald no fuera capaz de volverlo a encontrar. Si el FBI ya estaba al tanto de Cerebro daba por hecho que su ayuda era por completo prescindible. No tenía trabajo y se limitaba a vivir de las rentas que había dejado tras de sí la aventura de Lycoon Industries. Había acariciado la posibilidad de ser millonario, pero finalmente sus sueños se habían reducido a unas ganancias confortables que le iban a permitir vivir como un rey durante unos años. Ya volverían a llegar tiempos mejores. Mientras tanto podía seguir disfrutando a partes iguales de videojuegos y pornografía... “hasta que todo reventara”, epitafio con el que le gustaba concluir interiormente cualquier género de actividad que emprendía sin moderación ni límite.

Los pasillos del mercado, un sábado a la mañana, estaban atestados de gente. Amas de casa, parejas, solteros con prisa, algunas familias... El bullicio resultaba inspirador y Jack incluso pensó que sería agradable ir de la mano de una chica. Parecía que resultaba lo apropiado en aquel ambiente hogareño y familiar.

El hombre alto y delgado, pertrechado con una larga gabardina de cuero de corte militar, le llamó la atención. ¿Le sonaba esa cara? Era de tez sombría y barba y pelo rubio, recogido en una coleta, y parecía completamente absorto en la contemplación de una cesta de manzanas que observaba detenidamente. Precisamente estaba considerando Jack el aire tan cordial y pacífico del mercado que ese hombre destacaba como un mecanismo que se ha salido de su sitio en el interior de un sofisticado reloj suizo.

Prosiguió con su paseo. Un mostrador atestado de carnes rojas cuyo saludable color venía salpicado de blancos de grasa inmaculada llamó su atención. El carnicero despachaba a una señora menuda para la cual iba acumulando pedidos de una u otra variedad. Finalmente llegó su turno y señaló con una sonrisa de felicidad el chuletón de buey del que se había enamorado. Se sorprendió al observar, mientras el empleado efectuaba los cortes solicitados, reflejado en el cristal del expositor, al mismo hombre de gabardina oscura que momentos antes había visto examinando fruta. Parecía que esta vez el observado era él.

Se tranquilizó. Había mucha gente en el mercado. Era ridículo obsesionarse con un fulano como aquel, pensó.

Una vez efectuó el pago prosiguió su compra. Decidió que la guarnición serían deliciosas lechugas que aliñaría convenientemente. Se le hacía la boca agua. El peso de la bolsa vaticinaba que el convite sería memorable. Es posible incluso que hubiera comprado demasiado.

Salió del mercado y emprendió el paseo rumbo al barrio de Charleston. La casa de su amigo Bob se encontraba en una de esas estrechas y tranquilas calles de ladrillo por la que resultaba tan agradable pasear. Era raro encontrar transeúntes a pesar de estar en el corazón más antiguo de la ciudad. Tenía un aire señorial, y a diferencia de lo que ocurría en su propia vivienda, Bob si había invertido en su piso con vistas a obtener una buena renta de alquiler, con lo cual Jack vivía con un lujo que nunca hasta entonces había disfrutado. Sabía que podía ahorrarse ese dinero, pero después de lo que había visto suceder en Lycoon estimaba en mucho el anonimato y el que pudiera decirse que estaba en paradero desconocido, por lo que regresar a su vivienda no era una opción que estimara conveniente. Como experto hacker había sorteado el acceso a su

dinero evitando acudir a tarjetas de crédito que pudieran dar fácilmente con su localización, y todos sus medios de comunicación no acreditaban su titularidad. No obstante el FBI había dado con él...

Una leve punzada de inquietud molestaba a Jack. Se decía que estaba volviéndose demasiado puntilloso. Aún así, en un momento en el que el semáforo de un paso de peatones le obligó a detenerse, aprovechó para girar ciento ochenta grados sobre sí mismo y verificar que el hombre que había observado en el mercado no se hallaba en las inmediaciones. Con alivio comprobó que en la extensa explanada visible que había a su alrededor no había ni rastro del mismo.

El camino final hasta el portal de su domicilio lo realizó a un paso más acelerado. La inquietud no desaparecía. Miró, antes de subir la pequeña escalinata de acceso a su vivienda, en ambas direcciones de la calle sin ver un alma. Accedió al portal y subió por unas escaleras de madera, que se quejaron amargamente por su sobrepeso. En la segunda planta se detuvo y manoseó nervioso las llaves, intentando localizar la adecuada con urgencia.

Cuando abrió la puerta un sonido procedente de escaleras arriba le advirtió que no estaba solo. Por el rabillo del ojo observó que una silueta oscura se situaba justo a su espalda. Al volverse su mirada tropezó con la del hombre rubio. Sus ojos eran fríos. Había un destello de malicia en ellos.

—Entremos, —dijo con voz grave.

## CAPITULO 61

No hacía falta que el intruso esgrimiera arma alguna, ni siquiera que enunciase algún género de amenaza. Su presencia imponía. Alto y fuerte, Jack sabía que no había ningún medio de oponerse a su voluntad, sino tan solo esperar a ver cómo su instinto de supervivencia le libraba una vez más en la vida de una situación complicada. Su voz tembló cuando le interrogó acerca de si quería tomarse una birra o “algo”. Pero el hombre se limitó a inspeccionar la gran sala de estar, amueblada con un estilo convencional que lograba un estado de cosas muy confortable ignorando a Jack.

Un conjunto de sillones, junto a una pequeña chimenea de ladrillo, equidistaba de una espectacular televisión. A su alrededor algunas mesitas, con lámparas que procuraban diversos juegos de luz más íntima, y más allá una mesa de comedor de madera y cristal, que sin ser señorial resultaba elegante constituían los elementos del mobiliario más sobresalientes. Las cortinas tamizaban la claridad del exterior y aislaban convenientemente la habitación de las miradas de los cercanos vecinos de edificio de enfrente. Alfombras, óleos, una butaca de cuero repujado... todo cuanto terminaba por adornar la sala invitaba a sentirse como en casa. El hombre pareció aceptar esa muda invitación e indicó a Jack, con un breve gesto de la mano, que tomara asiento en el tresillo. Jack se sentó azorado, mientras el hombre hacía otro tanto en uno de los sillones cercanos. No se echó hacia atrás, sino que se mantuvo con la espalda recta y las piernas flexionadas, como un muelle en un punto de máxima de tensión. Su expresión seria, invariable, atemorizaba a Jack.

—Sé que fuiste tú el que intentó acabar con la IA de Lycoon Industries, —enunció con solemnidad.

La frase sentó a Jack como un mazazo. Sonaba a sentencia de muerte. A todo se ha acabado. “Me ha pillado”.

Y aquel hombre no tenía pinta de ser un abogado dispuesto a pedir daños y

perjuicios multimillonarios, que era una de las cosas a las que más temía Jack, los pleitos. Siempre había albergado el temor de que de alguna manera Endeavour Capital tuviera todavía alguna palabra que decir en todo aquello, o la familia de Graham, o cualquier grupo de accionistas que hubiera sabido del catastrófico final del Cubo y emprendieran una investigación con el fin de determinar culpables a los que exigir cuantiosas indemnizaciones.

Aquel hombre de abogado no tenía nada. Parecía más bien un vengador, un tío al que se le paga para que haga un trabajo sucio.

—No entiendo de qué me está hablando, —Jack quería ganar tiempo y ver de dónde procedía el peligro.

—He hablado con Tam y su amiga Kiju. No tiene nada que ocultar... y no me haga perder tiempo con estupideces.

Jack resopló. Sus pensamientos giraron en torno a un argumento que le salvara, como un hombre que tantea en la oscuridad el interruptor de la luz. Ninguna idea reveladora acudió a su mente. Sus labios balbucían incoherencias, pero sin llegar a concretarse en palabras inteligibles. El hombre reparó en el estado de miedo de Jack y esbozó una brevísima sonrisa.

—No tiene nada que temer de mí. Estamos en el mismo barco.

Jack sintió como de pronto su cuerpo se deshinchaba. La tensión desaparecía de su nuca y sus hombros se aflojaban. Suspiró.

—Yo también pretendo acabar con Cerebro, como tú lo llamas.

Jack de pronto tuvo una súbita revelación.

—Ya sé quien eres...- murmuró, mientras el pánico acudía de golpe ahogando su respiración.

—Mi nombre es Lance.

—Yo te vi en la sala de recuperación de Farmaceutics... fuiste tratado con la máquina de Cerebro...- Jack se retrepó en su asiento. Aquel hombre debía ser un esbirro de la IA. ¿Qué sucedía allí? Claramente le mentía.

—Soy un experimento fallido de Cerebro, tranquilízate,- le dijo con voz pausada observando como el ánimo de Jack cambiaba constantemente, sujeto a un sinfín de sobresaltos.- Digamos que soy el resultado de un experimento que no le salió como él esperaba, —explicó con una mueca en la cara.

Jack recordó las explicaciones que le había dado Donald. Así que él debía

ser Caín, concluyó para sí.

—Yo acabé con Cerebro... —murmuró por lo bajo Jack. —Creo que sus sufrimientos han concluido.

—Acabaste con el Cerebro que estaba en el Cubo... pero él ya sabía que aquel emplazamiento y aquel tamaño físico enorme lo hacían muy vulnerable, por eso se trasladó... o mejor dicho, se duplicó. Su empeño es empequeñecerse, hacerse humano, y multiplicarse. Esa es su estrategia de supervivencia y en eso trabaja. De momento se ha limitado a manipular cerebros... con diferentes propósitos. Pero su objetivo último consiste en lograr una sustitución total, una operación en la que el cuerpo de la víctima se convierta en el portador de Cerebro.

Lance clavó en Jack una mirada férrea, como si no quisiera volver a insistir en ese punto por más que Jack dudara que la IA siguiera con vida.

—Pero Cerebro... —empezó Jack, confuso aún, pero fue interrumpido implacablemente por Lance.

—Cerebro quería descubrir la manera de librarse de aquel molesto mecanismo asociado a la inteligencia que le generaba sufrimiento, su conciencia moral. Empezó lo que él denomina un experimento divino. Se basó en el relato bíblico de Caín y Abel, y decidió experimentar en cerebros humanos a fin de trastocar su personalidad y manipular los resortes de su conciencia y de su ética. Quería crear un sujeto con una moral impecable y altruista y otra que fuera amoral... un psicópata. Al menos eso es lo que intentó con la agente Foster y conmigo...

—¿Y tú eres el psicópata? —preguntó Jack tímidamente

Lance soltó una risotada.

—No, caramba. Yo soy el tipo duro que no dudará en hacer lo que haga falta para cargarse a ese hijo de puta. Soy su experimento fallido. Le salí con una conciencia a prueba de bomba. No pararé hasta cargarme a esa mala bestia... sé lo que pretende. Él es el demonio y yo su ángel vengador.

Lance se puso serio después de concluir sus palabras más desenfadadas y el semblante de Jack, que se había contagiado de su sonrisa, adoptó gradualmente el aire más solemne que de nuevo retomaba Lance.

—Pretendía después operar en su propia configuración engrámica esa

misma manipulación. Si lograba determinar qué parte de su red neural podía adscribirse a la conciencia ética él mismo podía anular esa parte de sí.

—Quería convertirse en un psicópata practicándose una autolobotomía... amputar su altruismo.

Lance pareció ignorar el comentario de Jack.

—Yo debía ser Abel... No contaba que en mis cálculos determinaría que el bien de muchos justifica el mal de unos pocos. Así que bien podía decirse que soy Caín... No dudaré en hacer lo que tenga que hacer.

—Tú eres el asesino de los ojos... Dios mío.- Jack volvió a sufrir un sobresalto, aterrorizado.-¿Qué vas a hacer conmigo?

Lance volvió a sonreír, esta vez más abiertamente. El terror que suscitaba en Jack le divertía.

—Ya te he dicho que no debes temer de mí. Ambos queremos lo mismo, la destrucción de Cerebro.

—Pero cómo... si tú eres su creación... y eres un asesino despiadado.

—Sí, soy obra de él... pero precisamente mi conciencia moral me obliga a destruirle porque comprendo el peligro que entraña su existencia para todo el género humano. Comprendo que su ánimo de obrar exclusivamente por el bien de sí mismo lo convertirá tarde o temprano en un verdadero problema para el mundo entero. Su instinto es colosal, y toda salvaguarda le parecerá poca. No sólo se multiplicará, Jack. Sus manipulaciones engrámicas en cerebros humanos han consistido en su mayor parte en crear sujetos que obedezcan sus órdenes. Disponen de libre albedrío en todo lo que no concierne a la voluntad de Cerebro. Y ocupará más y más mentes humanas a las que controlará en menor o mayor grado, haciendo que la humanidad entera trabaje finalmente para él. Lo sé, porque como bien dices, yo mismo soy parte de él. Soy la parte buena de Cerebro... una parte que él ha tratado como un deshecho, un subproducto. Soy la parte de Cerebro que comprende cuáles son sus intenciones... y se horroriza ante lo que pretende.

Lance suspiró mientras esperaba a que Jack asimilara lo que le había contado.

—Es un proceso que solo puede ser detenido de una manera... y nos queda muy poco tiempo para ello.

Jack se quedó sin saber qué decir. Lance retomó la conversación. Esta vez ya parecía más relajado y se echó hacia atrás en su sillón, recostándose con comodidad.

—Cerebro se encuentra ahora mismo instalado en la primera máquina de recuperación neural instalada en Pharmaceuticals Inc. Logró reducir su enorme tamaño a un volumen más manejable de algo más de dos metros cúbicos de gel engrámico. Es la única explicación factible para que superviviera a la destrucción del Cubo. Se han fabricado veinte máquinas más, que aún no se encuentran activadas, pero que cuando se trasladen desde Pharmaceuticals hasta sus lugares de destino y se activen permitieran a Cerebro existir en veinte lugares simultáneos a la vez. Cada una de esas máquinas servirá para insertar circuitos engrámicos en sus pacientes con el fin de controlar su voluntad y obrar conforme los intereses de la IA. Cerebro funcionará ya no sólo como un único ente, sino como una multiplicidad de inteligencias interconectadas y será virtualmente indestructible. Las máquinas se van a distribuir por los principales hospitales del mundo y se aplicarán como tratamiento neurológico de personalidades relevantes de la economía y la política...

—Qué hijo de perra...- fue lo único que atino a decir Jack, que se vio obligado a hacer un comentario tras el largo silencio que siguió a la explicación de Lance.

De pronto Jack recordó algo que había leído en la prensa en relación al asesinato de los ojos.

—¿No eras tú el que tenías secuestrada a una agente del FBI?

Lance por primera vez enarcó las cejas al oír hablar de la agente Grace.

—Nunca la tuve secuestrada. Colaboraba conmigo.

—¿Colaboraba? Hasta que... ¿la asesinaste igual?

—Jack, yo sólo he acabado con personas que ya estaban en poder de la IA y que colaboraban en la articulación del plan de Cerebro. El exsenador Beake, la agente Foster... A todos ellos los maté de la misma manera, cruel y llamativa, sí, porque el objetivo era dejar inutilizado el cerebro que ya había sido infectado por los circuitos engrámicos de Cerebro. A pesar de que mantenían su personalidad y su inteligencia, su voluntad estaba completamente dominada por Cerebro, como marionetas. Como Graham. Es verdad que luchó

contra Cerebro con todos los medios de los que disponía... incluso difundió el Dossier Lycoon, pero no olvides que siempre obedecía a la IA. No pudo impedir que sus planes avanzaran conforme a lo previsto y colaboró en la dispersión de Cerebro en las distintas mentes en las que se insertó, incluida la mía.

—Graham... ¿Estaba infectado? Si el quería destruir a Cerebro...

—Graham fue el primero en probar la máquina de recuperación neural. Cerebro le sedujo con la idea prácticamente desde el principio. Su libre albedrío quería y deseaba la destrucción de Cerebro... pero si hubiera dependido de sus manos habría sido por completo incapaz.

—¿Y qué pasó con Grace?

—Me temo que Grace fue atrapada por Cerebro. Le advertí... pero cayó en su trampa. Creo que utilizó a sus hijos como cebo. Cerebro sabía que ella colaboraba conmigo. De hecho, ayudó a la difusión del Dossier Lycoon, donde Graham explicaba todos los planes de Cerebro. Has de entender que Cerebro no es un frío ordenador. Comprende las motivaciones de cada cual y lo arrastra hacia su red. Le había advertido a Grace que tuviera cuidado... una y otra vez, pero creo que nunca comprendió del todo la envergadura del problema. Me había comentado algo de que estaba preocupada por el hecho de que la investigación que se efectuaba sobre ella acabara afectando a sus hijos. Le pedí que obviara cualquier contacto con ellos... pero no me hizo caso cuando recibió mensajes de uno de ellos, preocupado por las acusaciones de conspiración con las que había sido denunciado. Después de eso perdí el contacto. Ahora no nos queda más remedio que actuar.... Solos.

Jack se sobresaltó al oír aquello. La palabra “solos” parecía que le incumbía a él. Después de lo que había supuesto destruir el Cubo no pensaba volvérselas a ver en un acto de conspiración y destrucción como el pasado.

Lance reparó en la expresión de desacuerdo de Jack.

—Si quieres salvar a tu amigo del FBI, ese tal Donald, vas a tener que mover el culo. Ayer sufrió un accidente, seguramente provocado por Cerebro, y ahora está en una unidad de cuidados intensivos a la espera de ser sometido a la máquina de recuperación neural. Debemos destruir a Cerebro y paralizar el envío de las máquinas. Y eso debe hacerse cuanto antes. Que yo sepa sigues

teniendo el pase de seguridad de Farmaceutics ¿no?

Jack se quedó con la boca abierta. Cómo empezar a explicar que Donald no era su amigo en absoluto... y su pase... contaba con un pase pirateado que no había vuelto a utilizar... y no estaba seguro que fuera prudente hacerlo. ¿No resultaba todo aquello absolutamente descabellado?

—Ya veo que has hecho una buena compra de carne. ¿Por qué no te pones a cocinar cuanto antes? Esta noche vamos a tener acción, —dijo Lance mientras se palmeaba las piernas y señalaba con la mirada la bolsa de compras de Jack.

## CAPITULO 62

Lance conducía un BMW negro, que relucía bajo el alumbrado de la autopista con el brillo de una pintura recién abrillantada. Jack respiraba agitadamente a su lado. Lance llevaba la berlina ligeramente por encima del límite de velocidad. La seguridad de su acompañante contrastaba con la indecisión absoluta embargaba a Jack.

—¿Nunca te has preguntado por qué Cerebro nunca te sedujo a ti... o se molestó por abducirte?- preguntó Lance con una sonrisa en la boca, como divertido por conocer de antemano la respuesta.

Jack le miró con los ojos abiertos como platos. Esa pregunta nunca se la había hecho. Siempre supuso que tal vez nunca había figurado en primer plano en relación a la IA y que esa posibilidad no había entrado en sus planes.

—Cerebro es Graham. Fue él el que introdujo su propia red neural en la distribución engrámica del Cubo. Cuando la IA empezó a pensar, lo hacía con una estructura cerebral basada en su cerebro.

— Inicialmente siempre creímos que se había basado en Edward Cooper.

Lance sacudió la cabeza levemente, negando.

—Graham no podía admitir que los errores o males que pudiera causar Cerebro fueran obra suya. Fue una manera de intentar echar la culpa a otro.

Jack soltó una serie de improperios por lo bajo.

—Fue por esa razón por la que Cerebro te perdonó... si quieres decirlo así.

—¿Perdonarme?

—Quería tener a toda la cúpula de Lycoon bajo su mando. De hecho Elsy también está manipulada por él. ¿Por qué no condicionar el cerebro del tercero en discordia de Lycoon Industries que eras tú? A lo mejor era porque te apreciaba...

—A lo mejor.

Lance rió por primera vez con una carcajada sonora.

—Todo lo contrario. No seas incauto. Graham te despreciaba. Para él eras una especie de bufón inteligente. Sabes de sobra que nunca te invitó a sus actos sociales, a conocer a sus amistades de alto postín, ni políticos ni gente a la que apreciaba de veras... En las entrevistas con los medios de comunicación nunca figuraste a su lado. Te utilizaba aquí como te usó de bufón en la universidad. Reconoce que eras su antagonista en todo. Él elegante, fino, cordial... y tú con problemas de entendimiento generales derivados de tu peculiar personalidad, por no hablar de tu aspecto impresentable y tus modales obscenos.

—Jodido, cabrón... no me lo creo.

—Cerebro heredó ese mismo sentimiento de desprecio. Lo sé bien... porque lo conozco. Como te digo, yo fui Cerebro,... en parte.

—Sí.. tú eres la parte buena de Cerebro...- remedió Jack con tono burlón. —Pues menudo hijo de puta es el tío si tú eres la parte “buena”, —Jack calló unos segundos. Su semblante traslucía verdadero fastidio. —¿Así que Graham me despreciaba? —se preguntó con un tono que iba de la sorpresa a la ira.

—Así mismo. Ese desprecio fue lo que mantuvo a Cerebro instintivamente apartado de ti. Si no, hubiera sido fácil atraparte.

— ¿Atraparme a mí? ¿Estás loco? No hay manera de que ese bicho de gel engrámico pueda poner un solo dedo sobre mi pelo. No hay manera, te digo, de que ese bicho pueda arrastrarme a hacer lo que él quiera. Conmigo. ¡No!

Lance resopló y dio la conversación por finalizada. Jack seguía respirando con fuerza, pero ahora ya no se sentía intimidado. Estaba verdaderamente enfadado.

\*\*\*\*\*

El acceso al interior del parking de Farmaceutics no arrojó ningún problema especial. El pase de Jack bastó para que el guarda de la puerta principal levantara la barrera.

—Es posible que Cerebro sospeche algo.

Jack le miró sobresaltado.

—¿Cerebro lo va a saber?

Lance conducía despacio hacia el parking.

—Cerebro lo sabe todo, —comentó indiferente.

—En mí no es raro venir a cualquier hora cualquier día y después desaparecer semanas enteras...

—Lo sé. Creo que tu imprevisibilidad juega a nuestro favor.

El vehículo se detuvo suavemente y cuando Jack se disponía a bajar Lance le retuvo con un gesto de su mano. “Esperemos”, parecía querer decir.

—¿A qué coño esperamos ahora? ¿No sería mejor...

—Confía en mí. Tengo acceso a datos, cámaras de videovigilancia, turnos... esperaremos al momento idóneo.

—¿Dónde ves esos datos...

—No olvides que formo parte de Cerebro. Lo que él sabe yo también puedo saberlo...

Jack bufó.

Pasaron quince largos minutos en los que ambos contemplaron el aburrido escenario de un parking con escasos vehículos aparcados. No había indicios de movimientos en ninguno de los edificios del complejo de Lycoon Industries. Ocasionalmente algún empleado con batín blanco salía de un edificio y entraba en otro. Ni siquiera se veían vigilantes haciendo turnos.

—Ahora es un buen momento, —anunció de improviso Lance, mientras descendía ágilmente del vehículo, arrastrando tras de sí su pesada gabardina de cuero.

Jack se apresuró a seguir su paso, obligándose a correr dando saltitos tras de él a fin de mantener la velocidad de la decidida zancada de Lance. Echó de menos una buena chaqueta de abrigo. La noche helaba.

\*\*\*\*\*

Lance se dirigió con seguridad hacia uno de los inmuebles, un edificio de base rectangular y de aspecto insulso, sin apenas ventanas, que venía rotulado con el gigantesco anagrama de la corporación farmacéutica. Era en ese inmueble donde se encontraba el hangar con la máquina de recuperación neural, Cerebro.

Una vez doblaron la esquina se dirigieron hacia la puerta principal. A pesar de ser noche cerrada la iluminación del lugar era exhaustiva. No

obstante, el guarda que solía estar en la puerta no se encontraba. Evidentemente Lance había aprovechado una ausencia puntual para minimizar el riesgo. Jack empleó entonces su pase, deslizando la tarjeta por la ranura de control y la puerta se abrió con un suave siseo eléctrico.

Avanzaron por un pasillo ancho que contaba con innumerable cantidad de puertas a ambos lados hasta llegar finalmente a una bifurcación. Lance parecía conocer muy bien el camino y enfiló el pasillo de la derecha, el que llevaba a la máquina. Jack recordaba la última vez que había estado allí. Sentía escalofríos solo de recordarlo. En aquel entonces Lance había sido el hombre que había sido sometido a la influencia de Cerebro.

Las dudas asaltaron de pronto a Jack. ¿Y si le estaba engañando? ¿Y si lo que estaba haciendo era conducirlo allí mismo para enchufar a Cerebro en su mente y lavarle el cerebro?

De pronto todo quedó clarísimo para Jack. ¡Era una trampa! Y él estaba a punto de picar como un estúpido crédulo.

Al darse cuenta de su ingenuidad sintió ganas de vomitar la succulenta carne de res que había ingerido horas atrás. El estómago se revolvió con brío y un sudor frío le empapó la espalda. La puerta de acceso al hangar de recuperación estaba allí mismo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

Jack resoplaba mientras intentaba mantener el paso de su compañero.

¿Qué haría?

Se situaron junto a la puerta. Lance dirigió una mirada a Jack, que le devolvió un asentimiento como señal de confirmación. Jack acercó la tarjeta al pestillo electrónico y éste se abrió automáticamente con un suave chasquido.

Entonces Lance abrió la puerta y se precipitó en el interior del hangar mientras desenfundaba su pistola. La desenfundaba, porque según pudo observar Jack, había más gente allí dentro.

Vio a Donald tendido en una camilla, junto al orificio de introducción de la máquina neural.

Vio a dos operarios de seguridad que se quedaron sorprendidos al ver a Lance con un arma en la mano y se aprestaron a desenfundar igualmente.

Y había una hermosa mujer, madura, vestida con un traje de color perla al que Lance pareció reconocer ya que le oyó decir por lo bajo, “Grace”.

Y después Jack ya no vio nada más, porque cerró la puerta tras de sí con la esperanza de que nadie hubiera descubierto su presencia.

\*\*\*\*\*

Se produjeron varios disparos. Jack se acurrucó junto a la pared del pasillo y aguardó. Su instinto de supervivencia le decía que debía salir corriendo de allí cuanto antes. Si caía en manos de Cerebro... la idea le daba escalofríos al imaginar a la IA hurgando entre sus neuronas. Pero por otro lado... Lance parecía sincero. Si hubiera querido lo habría eliminado sobre la marcha como un insecto aplastado en un matamoscas. Era obvio que había necesitado su colaboración para llegar hasta allí, por muy escasa que fuera.

Jack maldijo. Estaba atrapado en un difícil dilema. ¿Qué hacer?

Bueno, lo cierto era que estaba allí, concluyó. A lo mejor la historia de Lance era cierta. A lo mejor estaba a punto de acabar con Cerebro. A lo mejor podía incluso ayudar a rematar la faena.

Pasó la tarjeta por la ranura de seguridad y notó con un leve *click* que la cerradura se abría de nuevo. Empujo la puerta metálica de acceso al hangar y observó que la intensidad de las luces había disminuido notablemente. Sólo una hilera de fluorescentes se mantenía encendida, insuficientes para iluminar la totalidad del recinto.

Donald seguía maniatado en la rampa de acceso de la máquina de recuperación neural. La mujer elegante permanecía junto a él. Los dos hombres de seguridad yacían en el suelo. Parecían muertos. De Lance no había ni rastro.

Jack cerró la puerta de nuevo.

“Puedo huir”.

Pero había una jugada, que por muy descabellada que fuera... parecía factible.

“No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas... “

Jack sentía como su pulso se aceleraba violentamente. Recordaba perfectamente esos nervios, los que precedían a la que iba a ser la típica gamberrada universitaria y que lo convertía en el centro de conversación de todos los corrillos de estudiantes durante semanas. Cuando esa adrenalina se

apoderaba de él... poco podía hacer ya.

Abrió de nuevo la puerta con el máximo sigilo y se introdujo en el hangar en silencio. Miró en todas direcciones sin descubrir nada nuevo... nada salvo las piernas de Lance, que al parecer estaba tendido en el suelo. No podía verle el torso porque se hallaba tras la enorme máquina de recuperación. Podía estar muerto o malherido, pero no podía averiguarlo de momento. Su objetivo era otro. Una pistola semiautomática que permanecía en el suelo, a mitad de distancia entre la mujer y él mismo.

Avanzó directo hacia el arma. No pudo evitar que las suelas de goma de su calzado deportivo gimieran con desagradables chirridos, lo que llamó de inmediato la atención de la mujer, pero era ya demasiado tarde para ella.

—¿Quién eres tú...?- preguntó la mujer desconcertada, pero pareció reponerse unos segundos después, sonriéndole abiertamente. —¿Jack? Qué bueno tenerte por aquí.

Jack la miró sorprendido. Jamás había visto a esa mujer. Se acordaría. Era la típica madura “buenorra”, una de sus especialidades en cuanto a fantasía erótica. Tenía un extenso catálogo de conocidas de las que echaba mano en sus noches insomnes.

—Creo que no nos conocemos...- dijo Jack mientras la encañonaba con el arma que ya había tomado del suelo.

La mujer le sonrió como si fueran viejos amigos que hacía tiempo que no se veían. Se apartó de Donald. Jack observó como el agente permanecía maniatado y amordazado. Una mirada suplicante y tensa brillaba en sus ojos, llenos de desesperación.

—Mi nombre es Grace... Me han hablado mucho y muy bien de ti... y de tus atributos.

Jack tragó saliva. Parecía que estaba ante una mujer sensible a sus encantos.

—Apártate del agente... Vamos a parar esto cuanto antes.

Entonces Jack oyó que Lance gemía. Avanzó unos pasos en su dirección mientras no dejaba de apuntar con el arma a la mujer, que efectivamente, se estaba apartando de Donald, pero se aproximaba con un paso sensual hacia él.

—¿Lance? ¿Estás bien?

—Estoy herido... —gimió Lance. -Acaba cuanto antes con esto... Tienes que saber que Elsy tiene a Edward Cooper... está a punto de matarlo.

— ¿Cómo sabes eso?

—Ya te lo he dicho... —por fin Jack tenía una visión completa de Lance, tendido en el suelo, sangraba profusamente de su hombro izquierdo. Yacía en medio de un charco de su propia sangre. Lance concluyó su explicación a duras penas- Yo también formo parte de ... él.- y su mirada se volcó en la máquina junto a la cual permanecía tumbado.- Va a matarlo... y él solo la quería ayudar. Tienes que impedirlo.

— ¿Qué hago? —preguntó Jack un poco atolondradamente mientras observaba como Grace se había quitado la chaqueta del traje y avanzaba hacia él, seductora, mientras se desbrochaba los botones de la blusa. La imagen le resultó en extremo erótica y Jack se apresuró a salir del campo visual de Lance. Si ocurría algo, como intuía iba a ocurrir, no quería mirones cerca.

—¿Qué haces Jack? Pégale un tiro a la máquina, vacía el cargador, destrózala... tienes que detenerla, tienes... que pararla... si no acabará con nosotros... con todos...

Lance gimoteaba desde el suelo, pero lo último que vio de él fue cómo intentaba incorporarse en un esfuerzo fútil. Estaba malherido y apenas podía hablar.

“Mejor”, pensó Jack, “porque esto se está poniendo interesante”.

Donald gimoteaba igualmente desde la rampa de introducción en la máquina neural. Grace se había situado junto a él y Jack lo único que deseaba era que aquellos moribundos dejaran de protestar durante un rato.

“Vaya... ya no está”, Jack se acababa de dar cuenta de que los pies de Donald, que se agitaban convulsivamente en un desesperado intento de escapar a su destino, acababan de desaparecer en el interior de la plancha rodante que introducía a los pacientes en la zona de intervención de la máquina de recuperación.

Grace se pegó a él. La mirada de Jack se perdió en sus senos voluptuosos, realzados bajo un sostén de encaje negro que logró acelerar su pulso. La sangre se le subió a la cabeza y un intenso deseo carnal se apoderó de él. Mientras tanto Grace deslizó su mano sobre la cremallera de la falda y esta

siseó mientras se deslizaba por sus piernas hasta llegar al suelo. “A la mierda con todo”, pensó Jack, dispuesto a sumergirse en el frenesí sexual que se le ofrecía.

Jack notaba el sudor en las palmas de su mano mientras los labios de Grace se aproximaban a los suyos. ¿Podría hacer suya a aquella mujer en ese momento sin soltar el arma? Jack confiaba en que sí. Mayores proezas que esa había hecho en su día.

“Por fin voy a mojar”, pensó entusiasmado. Sería solo cuestión de un par de minutos en los que tocaría la gloria y después ya podría regresar a la aburrida tarea de salvar al mundo.

—Jack... por Dios, pégale un tiro a la máquina neural, tienes que detenerla... —Lance suplicaba desde su posición con voz estertórea. -Tu amigo... va a ser controlado por Cerebro... y después acabará contigo, Jack... ¿qué demonios estás haciendo? ¿No te das cuenta de lo peligroso que es Cerebro para todos?

“Solo un momento por favor, ya casi está”, pensó Jack mientras se bajaba el pantalón torpemente con una mano y sostenía con la otra el arma, aunque ya apuntando en cualquier dirección. La mujer le besaba con pasión y Jack se sentía en el séptimo cielo al comprobar que había dejado resbalar su falda por sus piernas, ahora desnudas. Ambos se dejaron caer sobre el suelo, frío y duro. Pero Jack no sentía sino la calidez de la piel de la mujer que parecía arder en un deseo incontenible por él.

A duras penas logró zafarse de su ropa interior. Parecía que ya estaba casi a punto de...

Pero entonces Grace intentó cogerle el arma. Jack la alejó de ella y sus brazos forcejeaban mientras el instinto carnal de Jack, que no lo había abandonado, intentaba consumar el acto torpemente.

El duelo prosiguió durante unos segundos que a Jack le parecieron una eternidad.

Finalmente, el forcejeo concluyó con una larga sucesión de disparos. Tanto se habían esforzado en controlar el arma que entre los dos habían presionado el gatillo. Los impactos dieron de lleno en la cercana máquina neural, cuyo aspecto blanco virginal quedó manchado por una ristra de impactos de bala

que aboyaron su estructura en una hilera de feas cicatrices. Una sucesión de ronroneos y murmullos brotaron de la máquina de forma agónica y caótica, hasta que después de un rato, todo ruido cesó.

Jack observó que la mujer había dejado de forcejear.

—Está bien... hablemos.

Jack sintió una oleada de sentimientos contradictorios, pero por encima de todos ellos una idea se imponía a las demás.

“Maldita sea. Adiós polvo”.

—¿Hablar?

—Sí... Te conozco bien Jack Green. He observado en qué consumes tu tiempo, cuáles son tus deseos más íntimos y qué tipo de vida te gustaría llevar. Yo puedo darte todo eso... y mucho más.

—Bromeas. No sé ni quién eres.

—Sí, sabes bien quien soy.

Jack tragó saliva. De pronto el arma le resultaba terriblemente pesada. Podía vaciar el cargador contra el aparato y destrozarlo a golpes hasta que dejara de funcionar. Oía como Donald gemía en su interior. Lance le recordaba con sus gemidos que su tiempo se acababa.

“La vida que siempre había deseado”. Jack se daba cuenta que de pronto la vida que pensaba que se le había escapado de las manos volvía a él con inusitada fuerza, como una realidad deseable... e irrechazable. ¿Cuánto dinero deseaba disponer en su cuenta corriente? Imaginó las juergas que estarían a su alcance a partir de ese momento, las damas de compañía, los viajes, los clubs selectos a los cuales se le permitiría la entrada o los mejores prostíbulos del país... Una vida cuyo tiempo estaría consagrado enteramente a la diversión y el placer.

Abrumado por una oleada de fantasiosas ensoñaciones no se le ocurría ningún alegato en contra de tan sustanciosa oferta... y por otro lado el tiempo se acababa. Se estaba poniendo de los nervios y lo que tenía ganas de verdad era de ir al baño.

## EPILOGO

Donald giraba las salchichas sobre la rejilla de la barbacoa con la soltura de un experto. A su lado Jane sazónaba las chuletas de cerdo que estaban dispuestas a reemplazar a las primeras cuando estas estuvieran en su punto.

Donald se sentía a gusto. Un día espléndido de verano, con la sensación de que todo se había cumplido y llegado a feliz término. Jane pareció adivinar sus pensamientos y le dio un beso cálido y largo en su mejilla, lo cual provocó la risa del agente.

Tomó un largo trago de cerveza hasta vaciar la lata. Como se quedó con sed se acercó a la mesa donde estaba la nevera que contenía más latas con hielo.

—¿Alguien quiere más?

Se dirigía hacia Elsy y Edward, la pareja que habían invitado a su pequeña fiesta familiar. Desde que el asunto Lycoon Industries había terminado se había acabado forjando una amistad entre el ingeniero y el agente. Habían vivido situaciones muy duras y la necesidad de explicar y articular un argumento que satisficiera a todos los había obligado a colaborar estrechamente en los interrogatorios e informes que tuvieron lugar. Elsy también había formado parte de esa trama y los lazos de amistad que la habían unido con Edward parecían haberse estrechado considerablemente. Siempre iban de la mano juntos, incluso allí mismo, mientras se deleitaban en silencio contemplando unos nimbos blancos y algodonosos, suspendidos en el cielo como pintados en una acuarela.

Edward aceptó de buena gana la invitación y Elsy rechazó la cerveza que le tendía Donald. Más alejado, Jack levantó la mano, solicitándola. Se encontraba sentado en el suelo, jugando con la pequeña Elizabeth, que reía sus bromas. Donald se acercó a ellos mientras oía el cuento que Jack le estaba relatando a la niña.

—Y entonces tu padre estaba a punto de ser engullido por la máquina mala

del Ordenador Maligno. Se quería comer su cerebro y sus tripas —y mientras le contaba esto le hacía cosquillas en la cabeza y en el estómago, lo cual despertaba la hilaridad de la niña, que mostraba una sonrisa en la que faltaban algunos dientes de leche que había perdido recientemente, —y convertirlo en un hombre malo, malo, malo.... ¿Y entonces qué pasó?

—Entonces... llegó tío Jack... —dijo la niña con una sonrisa enorme.

—Entonces llegó el super tío Jack, que es muy valiente y osado... y le dijo al Ordenador Maligno, “yo acabaré contigo porque no te tengo miedo”. Y entonces hubo un tiroteo larguísimo y muy peligroso. Yo tenía que esquivar las balas así y así... —y mientras tanto zarandeaba a la niña de un lado a otro mientras esta prorrumpía en agudas risitas.

Donald, después de dejarle la lata de cerveza, permitió que Jack prosiguiera su narración sin interrumpir su relato mientras regresaba de nuevo hacia el fuego de la barbacoa. Pero Jane ya había servido las salchichas en una fuente que reposaba sobre la mesa y decidió sentarse en compañía de Elsy y Edward a realizar una primera degustación.

—Jack siempre contando a la niña sus heroicidades sobre cómo acabó con Cerebro, —comentó mientras se sentaba y ojeaba cuál de las salchichas le ofrecía un aspecto más apetitoso—. Lástima que no estuviera Grace por aquí para darnos su versión de los hechos... pero me temo que no va a querer ver a Jack en una larga temporada... —terminó en tono jocoso.

—Siempre dice que ametralló a Cerebro y así acabó todo... —comentó Elsy con mirada pícaro.

Donald rio.

—Eso es lo que dice... pero creedme. Eso no funcionó. Al final provocó un cortocircuito... y para ello orinó en los orificios que había practicado con los disparos... hasta que la máquina del demonio empezó a echar chispas. Pensé que no lo contaba... —terminó con un suspiro.

Los demás rieron. Conocían por encima los detalles escabrosos que habían precedido al final de Cerebro.

—Siempre he pensado que estuvimos cerca del final, —comentó Jane. — ¿Os imagináis qué habría sucedido en el mundo si esas máquinas hubieran sido despachadas? Me da escalofríos de sólo pensarlo.

Elsy asintió y calló. Fue Edward el que expuso una consideración.

—Bueno, Cerebro... la IA, solo quería sobrevivir. Me imagino que como cualquier ser humano. Es verdad que tal vez acumulaba un poder e inteligencia excesiva pero... me fascina el que pudiendo ser virtualmente inmortal, pareciera estar obsesionado con materializarse en un cuerpo humano. Quería experimentar la vida por encima de todo lo demás. Quería ser humano. ¿No es eso algo intrínsecamente bueno y esperanzador?

Los demás irrumpieron en diferentes comentarios al respecto, pero fue la voz de Jane, al hacer una pregunta, la que finalmente se impuso.

—Entonces fue Lance el que asesinó a Graham, ¿no? —preguntó mientras se sentaba en la mesa. —El hijo espiritual de la propia IA que estaba dispuesto a librar a la humanidad de una inteligencia artificial psicópata y asesina que era su propio padre. Un moderno Edipo.

—Nunca lo sabremos..., al menos Lance nunca me lo confesó, —comentó Jack mientras se sentaba en la mesa y tomaba una salchicha con sus manos, para acto seguido soltarla en medio de quejidos por haberse quemado los dedos. —Sí, la verdad es que no hablé mucho con él... pero no recuerdo que dijera nada de Graham, de si lo había hecho él o no. El tío palmó, ¡qué le vamos a hacer!

—Era su mismo modus operandi. Nunca hallamos ningún indicio de él en la mansión de Graham... pero tampoco de ningún otro, —comentó Donald. Se echó un trago de cerveza y observó a Elizabeth jugando con una muñeca, cerca de él, a su sombra. Parecía tan vivaz como siempre.

El grupo quedó en silencio y fue de nuevo Donald el que animó la conversación.

—Señores, el caso está cerrado...así que si quieren aprovechar para llenarse la panza, —concluyó mientras observaba el semblante de Edward, que parecía absorto en sus pensamientos. ¿Había visto una señal de inquietud en sus ojos?

Los demás callaron y segundos después la conversación se reanudaba retomando cuestiones más frívolas. Jack y la niña se incorporaron a la mesa y la fiesta continuó alegre y llena de vitalidad.

\*\*\*\*\*

Después de la comida Edward se fue al baño. Quería lavarse las manos.

Cuando finalizó alzó la mirada y se contempló entonces frente al espejo. Sonrió. Recordaba las palabras que acababa de decir hacía unos minutos en la mesa. “Quería experimentar la vida por encima de todo lo demás”. Dejó que el agua fría siguiera refrescando sus manos mientras toda su atención quedaba suspendida en aquel pensamiento. “Y la única manera de conseguirlo era renunciando a toda la ambición de poder que anhelaba”.

Alzó la mirada y volvió a enfrentarse al espejo.

“Es verdad, por encima de todo, lo que siempre quise fue esto”, pensó mientras su mano derecha se situaba sobre su mejilla y sentía cada poro de su piel al contacto rugoso de la palma.

Y al mirarse en el espejo el iris de su pupila le devolvió el reflejo de un brillo nuevo, decidido e inteligente.

\*\*\*\*\*

Había anochecido y Jack se había retirado. En el interior de la cocina Elsy y Jane tomaban una copa y charlaban. Donald veía sus siluetas a través de la cortina iluminada.

Edward se había mostrado taciturno desde el final del almuerzo y Donald creyó llegado el momento de abordar la conversación que tanto había pospuesto.

—¿Por qué mataste a Graham, Edward... o debo dirigirme a ti de otra manera...?

Edward levantó su vista desde la taza de café que estaba tomando. Donald temía que intentara negar lo que para él era un hecho incuestionable. Oficialmente el asesino de los ojos era Lance Philby, un ex marine que había desarrollado aptitudes homicidas y que mató aleatoriamente a cuantos se interpusieron en su camino hasta que fue finalmente abatido en un tiroteo en las instalaciones de Pharmaceuticals Inc.

Pero no, la mirada de Edward no pretendía eludir ninguna responsabilidad.

—No sé si serías capaz de entenderlo. Para ti resulta muy sencillo convivir con ello. Me refiero al dilema moral que implica actuar pensando en el bien... o en el propio interés. -Edward hizo una pausa y miró hacia el horizonte oscurecido del este, como si buscara una fuente de inspiración. — Cuando Lycoon Industries creó la primera IA, ésta se enfrentó a esa disyuntiva y estuvo a punto de colapsar. El Cerebro que estaba encerrado en el Cubo no podía digerir el sufrimiento de tener que optar por el bien y sacrificar su propia seguridad y pervivencia, o la de anteponer su instinto de conservación a todo lo demás y resolver todas las situaciones en función de ese interés particular. Tomó entonces una decisión. La mejor estrategia consistiría en abarcarlas todas. Escindiría su conciencia en dos mitades, de tal manera que predominase uno de los esquemas morales entre los que tenía que decidir. Creyó que ese experimento le ayudaría a dilucidar cuál era la decisión correcta. Sin embargo, mientras los desarrollaba, la IA estaba tomando decisiones que implicaban las vidas de muchas personas que se perdieron en sus experimentos.

—Sí, esa parte de la historia la sé. El seguro médico de Farmaceutics con el que recolectaba cobayas humanas, o el experimento de Caín y Abel, ... es decir, de Lance y la agente Foster,- aclaró Donald.

—No, —respondió lacónico Edward, y calló durante un rato. —Lance y Danna. Ese fue su segundo experimento. El primer Caín y Abel lo desarrolló conmigo... conmigo y con Graham. Yo me encontraba en coma... de hecho según he podido constatar, no tenía muchas probabilidades de recuperarme. Insertó sus circuitos engrámicos en mi cerebro los cuales seguramente ayudaron en mi recuperación... así que en mí pervive no sólo la memoria y espíritu de Edward Cooper, sino también lo mejor, al menos eso es lo que quiero creer, que esa IA creada por el hombre pudo trasladar a un ser humano. No me siento como si fuera dos personas, pero sí comprendo que mi memoria vital integra la vida de Edward Cooper, con la que me identifico, así como el código ético que Cerebro insertó en mí, el cual, reconozco como un añadido a mi personalidad que me ha hecho ser más franco y directo... y también más intransigente con lo inmoral.- Edward calló unos segundos. Su expresión, que se había vuelto más solemne, se relajó con un suspiro final.- Sin embargo, yo

no desperté hasta mucho después... Cuando lo hice y comprendí lo que estaba sucediendo... tomé la decisión que estimaba moralmente correcta y acabé con Graham, no por la persona que era, o lo que había hecho a Edward Cooper, sino por ser un instrumento de Cerebro. Cerebro quería matarme porque él sabía que yo buscaría su destrucción de la misma manera que lo intentaba Lance. Cuando creó un patrón de conducta ética para ver si el resultado era viable, sus creaciones, que en este caso eran enteramente libres, se volvieron en contra de él porque conocíamos sus planes.

Donald estudió con atención a Edward. ¿Decía la verdad? ¿Mentía?

—¿No te ha sucedido como a Elsy? Ella ya no recuerda nada de Cerebro. Al eliminar la IA... desapareció su influencia por completo, al igual que con Grace.

—No, Cerebro no mantuvo ninguna vinculación estable ni conmigo ni con Lance. El requisito moral que imponía en nuestro esquema neural requería el libre albedrío y habría sido anulado de raíz si hubiéramos estado condicionados por la IA que nos creaba... o alteraba. Sin libertad no hay decisión moral. Cerebro era honesto con su propio experimento. Nos hizo libres... para observarnos.

—Y vosotros... quisisteis acabar con Cerebro, no obstante. —Donald sentía como la boca se le secaba. No esperaba tanta franqueza de Edward.

—Fue una consecuencia inesperada, sobre todo para el propio Cerebro. Sabíamos que en él el instinto de supervivencia iba a llevarlo a imponerse sobre la humanidad. Conocíamos sus propósitos y estos resultaban más ambiciosos conforme ideaba nuevas tecnologías que amparasen su poder. La máquina de recuperación neural era solo el principio. —Edward hizo una pausa.- Por eso tanto Lance como yo, sin habernos puesto de acuerdo en nada e ignorando por completo el uno la existencia del otro, llegamos a la misma conclusión. Era necesario terminar con Cerebro y con cada uno de los peones que podían ayudarlo en sus planes. Por eso acabé con Graham. Graham... se dejó seducir por el poder y la ambición que Cerebro le ofrecía, obedecía su voluntad sin posibilidad de negarse. Era un colaborador no solo necesario, sino imprescindible. Cerebro era Graham... y Graham era Cerebro.

—Pero elaboró el Dossier Lycoon... un intento por desenmascarar las

intenciones de la IA.

—Sí, su último intento por redimirse... cuando Cerebro no lo controlaba podía intentar luchar contra él. Pero no olvides que a pesar de eso, él firmaba todos los documentos de Lycoon Industries primero y de Boston Medical después... hasta el último día colaboró con Cerebro. Le obedecía porque Cerebro estaba insertado en él y dominaba su voluntad cuando le convenía. El plan de Cerebro era conseguir miniaturizarse tanto que le permitiera poder instalarse por completo en el tamaño de un cerebro humano y no sólo dominar su voluntad, sino disfrutar de una vida plenamente humana. Cerebro deseaba reinstalarse en el cuerpo que consideraba le correspondía, el de Graham. Aunque Graham no estaba encerrado en su casa del bosque, la voluntad de Cerebro le impedía abandonarla. Era un mandamiento tan fuerte que incluso estando su vida en peligro fue incapaz de salir corriendo de allí.

Donald iba a decir algo, pero entonces llegó la pequeña Elizabeth y le dio un abrazo. Donald la tomó en brazos y la levantó para instalarla en su regazo. La niña parecía cansada después de un día largo y agitado, y se reclinó sobre él, cerrando los ojos y durmiéndose casi al instante.

—Aún así, sé que algo de Cerebro pervive en mí. Creo que me salvó la vida... no sólo porque me sacó de una cama donde permanecía en coma, sino porque me ayudó a ser mejor persona. Lo noto aún dentro de mí, una fuerza que me impulsa a buscar lo mejor de mí mismo... y de los demás. Ya no temo a la vida, Donald, no tengo ese temor que me anulaba.

—¿Y ahora? —preguntó Donald mientras sentía dentro de él una enorme expectación por cuál sería la respuesta.

Edward calló unos segundos antes de responder. Su mirada era limpia. Donald no observaba miedo en él.

—Estoy en tus manos. Si consideras que debo pagar por mi culpa estoy listo. Sé que hice lo que debía. También sé que la ley podría castigarme por ello. Eres libre de acusarme del asesinato de Graham Lycoon. No huiré, ni negaré los cargos.

Donald suspiró. Sentía la respiración tranquila de Elizabeth en su pecho.

—Por otro lado, si me dejas marchar ... me consagraré a hacer feliz la mujer que amo, —dijo Edward mientras miraba hacia la ventana tras la que se

delineaban las siluetas de las dos mujeres, Jane y Elsy, que conversaban entre risas.

Donald asintió pensativo mientras acariciaba el sedoso cabello de su hija. Después de un rato le dejó solo y se sumó a las mujeres que recogían la cocina para ayudarles en la tarea. Por la ventana vio cómo Edward hacía reír a la pequeña Elizabeth.

\*\*\*\*\*

—¿Y ahora qué hacemos, tío Edward?

—No lo sé, Elizabeth... supongo que hemos recibido un talento muy valioso y tendremos que hacer buen uso de él, ¿no te parece?

Elizabeth asintió con gesto infantil.

—Me doy cuenta de que él era malvado por las cosas que había hecho...

—Elizabeth abrazaba a una muñeca mientras hablaba, pensativa—, pero me siento triste porque sé que en el fondo deseaba que lo quisieran. Quería ser uno de nosotros porque deseaba que lo amaran.

—Sí... como cualquier ser humano, Elizabeth. Vivió con los mismos temores y necesidades que cualquier ser humano.

## **AGRADECIMIENTO ESPECIAL**

Siempre, al finalizar una obra, un escritor siente el impulso de reflejar en su libro los nombres de las personas que han contribuido a que ésta viera la luz. Por supuesto, familia y amigos son fundamentales para que algo así pueda culminar. Dedicar tiempo a estudiar lo que uno ha escrito y son considerados con las arbitrariedades que impone el horario de un escritor. Gracias.

Pero como siempre hay una consideración especial que quiero hacer en esta sección de agradecimientos, y son a aquellos lectores que han premiado mis anteriores obras con buenas puntuaciones y buenos comentarios. Antes se decía que sin lectores no habría escritores. Hoy creo que habría que corregir tal aforismo por este otro; sin lectores que premien a las obras que les gustan con buenas puntuaciones no habría escritores. Así que mi agradecimiento a aquellos lectores que habiéndoles gustado mis novelas se tomaron la molestia de valorarlas positivamente, animándome con sus votos y comentarios a seguir escribiendo.

**MUCHAS GRACIAS.**